

ALEMANDIA

Por Alejandro Aristimuño



SEÑOR PRESIDENTE DE LA NACION

De nuestra mayor consideración,

Nos dirigimos a Ud. para pedirle Seguridad y Justicia. Nuestro hijo Juan Pablo, de apenas 23 años, fue secuestrado y asesinado hace una semana cuando viajaba, como lo hacía diariamente, desde su trabajo a nuestra casa. El fue víctima de la violencia sin control que se ha apoderado hoy de nuestro país.

Tenemos la sensación de estar viviendo en una sociedad sin Ley, en la cual no existen las garantías básicas que debe proporcionar un Estado de Derecho a la ciudadanía. No hay gobierno alguno que pueda sostenerse si no existe el respeto por la Ley. Y si continuamos por este camino, de temor y desamparo, nos desintegraremos como sociedad.

La existencia de una comunidad es la condición necesaria para el desenvolvimiento de los individuos. Y para que estos individuos convivan en paz, se requiere un acuerdo que es la Ley. Solo así, los ciudadanos podremos llevar adelante una obra en común, que resguarde la seguridad de todos.

Un gobierno reclama legitimidad a partir de su capacidad de implementar y sostener eficazmente en el tiempo sus decisiones. Por eso, le pedimos Señor Presidente que la próxima gran decisión que usted tome sea la de movilizar todo el aparato del Estado y trabajar aunando esfuerzos con el Poder Legislativo y Judicial para parar esta ola de violencia desenfrenada y que parece no tener fin.

Usted no puede devolvernos a Juan Pablo, pero si tiene, como Presidente, el poder de revertir esta historia y toda la sociedad lo acompañará en esa tarea. En sus manos hay una enorme responsabilidad: no debe perderse ni una vida más en manos de la delincuencia.

Porque sabemos que usted es un hombre de fe, como nosotros, encomendamos a Dios que los guíe en esta tarea tan difícil como prioritaria. Todo el pueblo quiere un país en el que sus hijos y nietos puedan crecer sanos y salvos. Por eso le pedimos que se ponga al frente de esta lucha.

No hay problema económico ni político que pueda ser resuelto con éxito si la gente siente que su vida no está protegida por el Estado, la Ley y la Justicia. Sabemos que este país tiene que cambiar y entre todos podemos hacer una nueva Democracia, más justa y con equidad, que no excluya, sino que integre a todos los ciudadanos.

¡Que Juan Pablo no sea una víctima más! ¡Que su muerte al menos sirva para que esta violencia se termine de una buena vez y para siempre!

Pedimos su compromiso, no con nosotros, sino con todo el país, para que podamos vivir seguros y en paz. Que el Señor le de la fuerza necesaria para lograrlo. Nosotros y toda la sociedad lo estamos apoyando.

Mirta y Gustavo Castro.

I

El sábado a la noche, los padres de *Juan Pablo Castro* se presentaron en la guardia del Palacio Presidencial luego de encabezar una movilización de miles de personas que marcharon hasta allí desde la casa del joven asesinado, ubicada en el *Barrio Militar*, en la frontera noreste entre *El Rosedal*, la capital de la nación; y *Roca Negra*, la provincia que rodeaba a la principal ciudad del país y, su vez, funcionaba como huésped de la casa del primer mandatario, una especie de fortín que miraba hacia el saliente protegido por altas escolleras contra las que chocaban las olas del *Mar Oscuro*.

Ocho días antes de esta marcha en reclamo de justicia, alrededor de las veintiuna, Juan Pablo había cerrado el local de venta de insumos informáticos que su padre tenía cerca del domicilio de la familia y se dirigió hacia su vivienda a bordo de su auto usado pero en buen estado. Sin embargo, antes de llegar, por lo menos tres delincuentes armados que se movilizaban en un utilitario lo interceptaron y se lo llevaron cautivo en su propio vehículo.

Los captores comenzaron a dar vueltas por los alrededores, una zona poblada principalmente por miembros de las Fuerzas Armadas tanto en actividad como retirados, aunque los Castro no tenían ningún vínculo con ese ámbito. Mientras se alejaban de la costa marítima compuesta por angostas playas pedregosas y se internaban en el sector oeste del barrio, los delincuentes obligaron a Juan Pablo a llamar desde su teléfono celular a su casa para decirles a sus padres que estaba secuestrado y que debían pagar un rescate para que lo liberaran.

Las negociaciones fueron rápidas y *papá Gustavo* consiguió reunir unos mil pesos en efectivo, a lo que los secuestradores le indicaron que reuniera más dinero y que lo dejara en la vereda de su hogar, ya que ellos iban a pasar por allí, recoger la plata y luego liberar a la víctima.

Cuando el padre de la víctima salió a la puerta con la plata en una bolsa de nylon, de esas que entregan en los supermercados, los captores detuvieron la marcha del auto de Juan Pablo, quien iba en el asiento trasero junto a uno de los delincuentes que lo apuntaba con una pistola, y el que iba como acompañante descendió del vehículo y se apoderó del dinero.

Este secuestrador vio que en la bolsa solo había mil pesos y, furioso, aplicó un golpe de puño en la cara Gustavo, quien quedó tirado en la vereda. Desde el suelo, el hombre le dijo al delincuente que era todo lo que había podido reunir en esos pocos

minutos, por lo que el captor le exigió que fuera a buscar más dinero y que en un rato lo volvería a llamar.

Los secuestradores abandonaron el frente de la casa de los Castro con la víctima aún cautiva, pero apenas cruzaron hacia provincia se detuvieron debajo de un puente ferroviario donde asesinaron a Juan Pablo de un balazo en la nuca y lo arrojaron agonizando a la calle. El joven, recientemente recibido de Licenciado en Publicidad, fue encontrado muerto media hora más tarde en ese mismo lugar, mientras que su vehículo apareció abandonado a unas veinte cuadras de allí.

La brutalidad y sangre fría con la que acribillaron a Juan Pablo despertó inmediatamente la indignación y bronca de la comunidad que decidió salir a la calle para pedir por el esclarecimiento del hecho. Así, los manifestantes que aquel sábado marcharon hacia el Palacio Presidencial cargaron una pancarta enorme con la fotografía del joven asesinado y portaron velas encendidas. Se movilizaron en silencio unos 2 kilómetros por la principal avenida, donde los vecinos y comerciantes, al ver pasar esa marea de gente de distintas edades y vínculos, lentamente se fueron plegando a la misma.

Aquel apoyo espontáneo de grupos de personas no organizadas y que no estaban directamente relacionadas con el reclamo en sí sorprendió a *Federico Alem*, quien caminaba al frente de esa movilización con sus manos reseca por el frío y guardadas en los bolsillos de su campera de polar. Solo atinó a sacarlas para tomar algunas notas que aportarían color a la crónica que le habían enviado a escribir del diario *El Central*, para el que trabaja en ese momento mientras terminaba el último semestre de la carrera en la Facultad de Periodismo.

Al mismo tiempo, la mente del cronista estaba ocupada en cómo llegar lo antes posible a la redacción, escribir la nota sobre el cierre y regresar a su domicilio ubicado en el *Barrio Obrero*, en el oeste del Rosedal, donde tenía previsto festejar el Día del Amigo.

Su cabeza no se detenía. El reclamo de Justicia no solo movilizaba estados de ánimo en la calle ya que él se sentía compungido y no era para menos. Federico tenía un año menos que Juan Pablo y no podía olvidar la sucesión de terribles hechos violentos que estaban ocurriendo a su alrededor en el último tiempo. Quizás se debía a que antes de empezar a trabajar no había prestado demasiada atención a los casos policiales.

Por esos días era casi imposible estar al tanto de todo, inclusive para los periodistas. Por ejemplo, casi nadie sabía que esa misma noche, a pocos más de 30

kilómetros del Palacio Presidencial, *José “Pepe” Palma* se disponía a pagar un rescate de cinco mil dólares y diez mil pesos para obtener la liberación de su hijo *Daniel*, que estaba secuestrado desde hacía quince días, cuando lo capturó un grupo de delincuentes disfrazados de policías cerca de su casa, en el distrito de *San Antonio*, en el sudoeste de la región metropolitana de Roca Negra, en momentos en que la víctima se dirigía a la escuela secundaria a la que asistía.

En tanto, al finalizar la marcha por el caso de Juan Pablo, los movileros de los canales de noticias se abalanzaron sobre el matrimonio Castro, mientras que Federico no se sumó a la batería de preguntas y en medio del tumulto solo colocó su grabador para reproducir luego esa improvisada conferencia de prensa.

Luego de grabar el testimonio de los padres de la víctima, el cronista corrió varias cuadras por la avenida, a contramano del resto de los manifestantes que comenzaban la desconcentración, hasta donde lo esperaba el remisero contratado por el diario para llevarlo de regreso a la redacción.

Apenas subió al vehículo se sobresaltó al escuchar el timbre del celular que le habían dado en *El Central* para cubrir la nota, tal como se hacía cada vez que un redactor salía a trabajar a la calle, para ganar tiempo pasando información vía telefónica a sus jefes que aguardaban en la oficina.

-¿Galleguito? ¿Me escuchás? -arrancó *Gabriel Cabrera*, a los que todos llamaban simplemente “*Gabo*”, uno de los periodistas especializados en los temas policiales de la sección “Información General” del diario que, a diferencia de sus competidores, nunca había dividido formalmente lo policial y judicial de los temas sociales.

-Sí, Gabo. Decime -respondió Federico mientras tomaba su libreta de apuntes para ordenar la información y dar un adelanto.

-¿Dónde estás?

-Arriba del remís. Ya estoy volviendo a la redacción.

-Perfecto, porque los jefes vieron que hubo mucha gente en la marcha y mandaron tu nota a la tapa, así que más vale te apures y traigas buena data. Por la investigación del caso no te preocupes porque yo ya hablé con algunas de mis fuentes policiales, así que cuando llegues te paso la información o hago un recuadro, ¿sí?

-Dale, Gabo. No hay problema. Tengo declaraciones de los padres de Castro, un poco de color de cómo fue la marcha y una copia de la carta que entregaron al presidente.

-Listo, listo. Con eso vamos a estar bien cubiertos. Che, ¿cuánta gente hubo, más o menos? Porque en la televisión se vio una multitud.

-Y... cientos de personas, calculo.

-No Galle, ni en pedo. En esa marcha hubo miles, así que fijate si podés hablar con algún jefe policial que estuvo en el operativo de seguridad y preguntale bien por la cifra.

-Ok, veo como hago porque ya estoy en viaje. Igual, tengo un par de teléfonos agendados, así que lo trato de resolver antes de llegar.

-¡Ah!, otra cosa, ¿hubo algún incidente en la marcha?

-No, nada. Estuvo re tranquilo.

-OK. Entonces yo le cuento como viene la mano a los jefes. Nos vemos en un rato.

Gabo era 13 años mayor que Federico y un periodista con una dilatada carrera. Se trataba de una persona sencilla y de buen trato, por lo que los jóvenes que ingresaban al diario no encontraban mayores dificultades para entablar una relación cordial con él. En el caso de Fede, este hacía dos meses que ya trabajaba los sábados, día de la semana en el que Gabriel era el único encargado de los hechos policiales en la sección y eso los había acercado aún más a ambos.

El cronista llegó a la redacción y luego de devolver el celular y el grabador se sentó frente a la computadora de Gabo, quien ya tenía en pantalla la denominada “caja” diseñada por los diagramadores como el espacio en blanco de la página donde se iba a escribir la nota. Antes, Gabriel había hecho un recuadro con los detalles de cómo marchaba la investigación del secuestro y homicidio de Juan Pablo.

Mientras Federico escribía lo más rápido posible se le acercó el jefe de la sección, *Leopoldo Morán*, un hombre alto, fornido, de pelo algo canoso, corto y con jopo, y cuyo vozarrón podía escucharse desde la mesa de los editores, en la que él corregía el material enviado a través de Intranet por los periodistas que, por su parte, se ubicaban en una hilera de escritorios cerca de las ventanas con vista al mar y que daban a la avenida.

La redacción ocupaba todo el segundo piso de un edificio de cuatro plantas ubicado en pleno centro de la Capital Nacional, justo frente al puerto de la ciudad. Desde el año anterior estaba en refacción ya que se había vendido a un grupo inversor extranjero tras haber mudado la planta de impresión que antes funcionaba en los dos

subsuelos del viejo inmueble. Ahora, los ejemplares se imprimían en un taller especial situado en el *Barrio Sur* del Rosedal.

Las secciones denominadas “calientes” estaban en el sector Este y conformaban distintas islas de escritorios. Las únicas oficinas que se levantaban sobre un suelo cubierto por una alfombra gastada eran los cubículos de los secretarios de redacción. Estos estaban situados de espaldas a las ventanas, entre Información General y “Economía” y justo en frente de “Política”, que daba hacia el ingreso al piso.

A la derecha de Información General estaban las secciones de “Cultura” y “Salud”, junto a Política se ubicaba “Exterior” (denominada por sus detractores como “Cables” ya que publicaban datos recabados de los distintos despachos de las agencias de noticias internacionales), mientras que hacia el lado de Economía se encontraban “Deportes” y “Espectáculos”.

Por su parte, las secciones “frías” como los suplementos de fin de semana y la revista dominical se situaban en el extremo norte del piso, el cual apuntaba hacia el microcentro de la capital y desde el que se podía ver una plaza, la sede del *Correo Nacional* y el inicio de un conglomerado de altos edificios, en su gran mayoría, sedes de las distintas oficinas gubernamentales.

“¿Y? ¿Te falta mucho?”, preguntó un Leopoldo que comenzaba a perder su paciencia, que habitualmente era poca, sobre todo, cuando se trataba de temas policiales, los que no eran de su predilección. Ese mal gusto por el crimen dejaba en evidencia que no sabía mucho al respecto, una de las razones por las que casi siempre discutía con Gabo, quien al no ostentar ningún cargo jerárquico dentro de la sección no tenía otra opción que terminar aceptando los términos y condiciones del jefe. En esos casos, Gabriel habitualmente le daba la razón a Leopoldo y después dejaba pasar el tiempo para que los propios hechos le demostrasen al mandamás que se había equivocado.

A pesar de aquellas diferencias, Gabo tenía un gran parecido físico con su jefe, sobre todo en cuanto a la altura, su tono de voz grave y su ancha contextura, aunque era más joven y tenía el pelo castaño y largo. Eran como dos osos, pero uno parecía vivir dentro de un circo y el otro en su hábitat natural, inmerso de la vida silvestre.

Federico entregó la nota y Leopoldo la editó enseguida para finalmente enviarla a los secretarios de redacción que se encargaban de los textos de la tapa del diario. “*Masiva marcha en reclamo de Justicia por joven secuestrado y asesinado*”, se leyó en el título de la crónica.

Por su parte, el jefe de sección le pidió al cronista que aguardara a leer la nota editada para tomar en cuenta las correcciones que le había hecho, aunque al joven solo le importaba irse del diario ya que estaba muy retrasado. Mientras leía cómo había quedado terminada la crónica, llamó por teléfono a la casa de su vecino y amigo *Mateo Lozada*, donde se desarrollaba el festejo por el Día del Amigo, para avisarle que empezaran a cenar sin él. “Guárdenme algo de comer, eh. No sean forros”, le dijo al anfitrión.

Mientras hablaba por teléfono, Gabo le hizo señas de que lo llamaban por otra línea, por lo que Federico cortó con su amigo.

-¿Quién es? -preguntó a su compañero.

-Soledad, ¿puede ser?

Federico asintió con un ligero movimiento de cabeza, se rascó la barba cada vez más tupida y luego pasó sus finas manos por su melena todavía enmarañada a raíz de las largas horas que había pasado a la intemperie.

Lo estaba llamando su novia, a la que debió haber llamado antes y la que en los últimos días trataba de convencerlo de que se afeitara y cortara el pelo para que resaltaran mejor las facciones de su rostro. “Con esa piel bronceada y los faroles verdes que tenés, es una lástima que te los tapes con tanto cabello morocho”, repetía la joven hasta el cansancio.

Así que él hizo una pausa, tomó aire y recién entonces colocó el tubo del teléfono junto a su oído esperando no quedar aturdido.

-Hola amor, justo te estaba por llamar -arrancó el muchacho con un tono superficialmente relajado.

-¿Qué te pasó? Te fuiste a los pedos de la Facultad y no me llamaste más.

-Estuve con mucho trabajo y recién llegó de una nota. Perdón.

-Ok ¿Ya salís? ¿Venís para casa?

-Justamente te estaba por llamar para avisarte que como se me hizo tarde me voy directo para el barrio, a juntarme con los chicos por el Día del Amigo. No te enojás, ¿no?

-Pero me dijiste que ibas a pasar por casa antes de juntarte con los chicos. ¡¿Me estás cargando?!

-Bueno, amor, no puedo estar en todo. No me da el tiempo.

-Está bien, pero ayer no salimos, hoy tampoco, entonces, ¿cuándo?

-Amor, hoy ya sabías que no salíamos porque vos te juntabas con las chicas y yo con los chicos. Así que nos vemos mañana. ¿Cuál es el problema?

-Porque mañana también trabajás, por lo que vas a venir re tarde, cuando estés demasiado cansado para salir a hacer algo y con la idea de acostarse temprano ya que el lunes hay que madrugar para ir a la facu. Esta historia ya la conozco.

-No te pongas así. Te prometo que mañana salimos, vamos a cenar afuera o al cine, ¿sí?

-Está bien. Pero hoy no te acuestes muy tarde así no estás tan cansado mañana.

-Sí, sí. Quedate tranquila. Seguro nos quedaremos en la casa de Mateo, tomando algo, charlando, escuchando música, sin ir a ningún lado.

-Mejor. Así te portás bien.

-Siempre me porto bien.

-No sé, no sé –la joven se había calmado y ahora bromeaba.

-¡Ja, ja! Mira quien habla.

Los novios comenzaron a reírse y tras unos segundos él se despidió para abandonar cuanto antes la redacción. La parada de colectivos estaba a solo una cuadra del diario, donde además, se iniciaba el recorrido de la línea, por lo que rápidamente emprendió el viaje cómodamente sentado.

En la casa de Mateo, ubicada a pocas cuadras de la de Federico, ya se encontraban *Nahuel Giannini*, *David Pereyra*, *Ariel Bukissian*, *Gabriel Ruíz* y *Esteban Pollack*. Con los primeros tres, Fede había ido al colegio primario y secundario, por lo que los conocía desde casi toda su vida. A Gabi y Esti, al igual que a Mateo, los había conocido apenas terminada la escuela, a través de David, quien jugaba con ellos al fútbol en un club privado de la vecina *Villa Universitaria*, situada al este del Barrio Obrero, en el corazón geográfico de la capital. Todos tenían más o menos la misma edad ya que eran clase ochenta y ochenta y uno.

Respecto de Nahuel y Ari, Federico compartía con ellos muchas horas de picados de papi fútbol en *El Fuerte*, el club social del barrio, donde se multiplicaban interminables charlas alrededor de una mesa cubierta por botellas de cervezas y encuentros para mirar los partidos de la Selección por televisión.

Con el resto de los amigos del grupo también tenía una excelente relación, sobre todo con Mateo y Esti, con quienes salía habitualmente los fines de semana a la noche. Ellos dos eran, justamente, los “solteros” del grupo, por lo que no se perdían de concurrir a los boliches, bares y fiestas de moda.

En cambio, David, Gabi, Nahuel y Ari estaban de novios, por lo que en aquel tiempo salían menos. Los primeros dos estaban en pareja desde hacía un par de años con dos amigas entre sí, mientras que Nahuel salía desde hacía poco tiempo con la hermana menor de Esti y, si bien era un noviazgo incipiente, se trataba de la hermana de un amigo, por lo que no había margen para el error.

En tanto, Ari mantenía desde el año anterior una relación bastante seria con una compañera de la Facultad de Derecho que vivía en la zona metropolitana oeste, bastante alejada de todo, por lo que ir a visitarla le demandaba un tiempo considerable.

Por entonces, Federico llevaba varios meses de novio con *Soledad* y repartía su agenda entre ella, el subgrupo de salidas y el de los comprometidos. Generalmente, los viernes salía con los amigos, los sábados con su novia y, ocasionalmente, alguna salida con las otras parejas, aunque Sole no se llevaba muy bien con las novias de los otros chicos, a las que consideraba “muy pendejas”. De hecho, las chicas eran tres años menores que sus respectivos novios mientras que la novia de Fede era trece meses mayor que él.

Una vez dentro del domicilio de Mateo, el cronista encontró al grupo reunido en el quincho, ubicado en el fondo del terreno, junto a la parrilla en la que aún ardían algunos carbones, de un lado, y la pileta con el agua podrida, del otro. Los chicos tenían frío ya que lo único que los guarecía de la intemperie era un techo de chapas y las puertas corredizas de vidrio que ocupaban casi todo el frente de la construcción de ladrillos a la vista. Sin embargo, el clima no evitó que entre ellos corrieran los vasos helados de fernet y cerveza.

-La verdad Fede que pensé que no ibas a venir -dijo Esteban mientras el recién llegado le daba el primer mordisco a la hamburguesa tibia y extremadamente cocida que Mateo acababa de sacar de la parrilla.

-¿Por? -respondió Federico con la boca llena.

-Y... entre el laburo y tu novia hincha pelotas cada vez tenés menos tiempo para nosotros.

-Y bueno, ¿qué querés que le haga?

-Ojo, no es un reproche....

-Ya lo sé. Además, si bien ahora tengo menos tiempo libre, como todos ustedes que también trabajan, estudian y están de novios, nunca dejé de salir con mis amigos.

En tanto, los demás amigos presenciaban la conversación entre Federico y Esteban en silencio, analizando las dos posturas. De todos modos, el debate no se

prolongó demasiado y los chicos cambiaron de tema: mujeres, música y fútbol, lo que más disfrutaban. Y, de vez en cuando, Mateo y David, los más “tuercas”, proponían bocadillos sobre autos.

Poco después de la una del domingo, las bebidas se agotaron, por lo que todos los amigos subieron a los vehículos de aquellos dos y partieron rumbo a un bar cercano donde también había presencia femenina, siempre bienvenida para el grupo, más allá de que casi todos los que estaban de novios se portaban bien.

II

Federico llegó a la redacción del diario con el almuerzo aun dando vueltas en su estómago. Su madre, *Ana Viren*, había preparado unos raviolos con estofado que había compartido con ella y su padre, *Roberto Alem*, los tres juntos, como hacía tiempo que no lo hacían un domingo al mediodía. Los intentos fallidos previos se debieron, principalmente, a las ausencias reiteradas del joven o a sus largas horas de sueño. Esta vez, el único hijo del matrimonio, que aún vivía con este, se había levantado de la cama nuevamente tarde, tras salir la noche anterior con Soledad y volver a su casa casi de día, por lo que aquel plato de pastas rellenas fue también su desayuno.

Luego de comer, el joven partió al diario y una vez instalado en la sección se encontró con *Facundo Romero*, quien era, junto a Gabo, el otro especialista en los temas policiales. A diferencia de Gabriel, era un hombre más pequeño y refinado, aunque igualmente experimentado ya que también venía de una larga carrera en el periodismo gráfico. Federico no había entablado aún una relación de confianza con Facundo ya que este había vuelto al trabajo recientemente luego de unas largas vacaciones en las que había pasado la mayor parte del tiempo en su casa, junto a su esposa *Verónica*, también periodista y quien había dado a luz el primer hijo de la pareja.

Apenas vio acomodarse a Federico, Facundo le pasó una información que Gabo había dejado en la agenda la noche anterior durante la guardia, cuando un hombre que se identificó como José Palma llamó por teléfono y denunció que su hijo Daniel, de diecisiete años, llevaba tres semanas secuestrado a pesar de que ya había pagado el rescate exigido por los captores. "Puede ser un notición", le dijo Facu al joven cronista para tratar convencerlo de que fuera hasta la casa del denunciante a hacerle una nota.

El problema principal de aquella situación radicaba en que había que entrevistarlo a Palma ese mismo día porque el hombre estaba tan desesperado por ganar la atención de los medios de comunicación y así presionar a los investigadores del caso que no iba a esperar mucho más antes de llamar a otros periodistas.

El otro inconveniente era que realizar la nota iba a tomar prácticamente todo el día ya que los Palma vivían *San Antonio*, un distrito lejano y desconocido para un muchacho como Federico, quien había vivido toda su vida en El Rosedal.

San Antonio se situaba en el denominado "*Cinturón Metropolitano*" de Roca Negra, el cual estaba conformado por distritos ubicados en un territorio de unos 50 kilómetros de ancho y en forma de medialuna que rodeaba El Rosedal por el sur, oeste y

norte, y llegaba hasta los límites de la capital de la provincia, del mismo nombre que esta. Al este, en cambio, la frontera la marcaba los vaivenes caprichosos del mar.

Particularmente, el distrito en el que residían los Palma constaba de unas cien manzanas, en su mayoría, terrenos baldíos que pertenecían a fábricas caídas en desgracia. Las calles eran casi todas de tierra y desembocaban en el *Río Mataderos*. De allí, que el nombre oficial completo del barrio era *San Antonio del Río*, aunque todos le decían simplemente “San Antonio”.

En aquel rincón del sudoeste metropolitano del que el cronista escuchaba por primera vez, las construcciones eran principalmente bajas, salvo por algunos comercios situados en la avenida principal y que tenían dos pisos, ya que era costumbre que sus dueños vivieran en la planta alta y atendieran su negocio en la baja.

En el extremo opuesto al curso de agua que actuaba como una frontera estaba la ruta provincial 21, que se convertía en el otro límite geográfico del distrito. A la vera de esa muy transitada cinta asfáltica se ubicaba la estación ferroviaria, el principal medio de transporte utilizado por los habitantes de la zona para comunicarse con los alrededores y la Capital Nacional. Es que la mayoría de los vecinos no tenía vehículo propio y, además, las líneas de colectivos muchas veces, sobre todo de noche y luego de una intensa lluvia, no circulaban por determinados puntos periféricos del distrito.

Tras una breve charla con Facundo, Federico abandonó la redacción fastidioso, no solo porque quería pasar una tarde tranquila y encontrar un resquicio de tiempo para utilizar la computadora con conexión a Internet del trabajo y adelantar unos resúmenes que estaba preparando para rendir esa semana el final de Lingüística II, la materia más difícil del último año de la Licenciatura en Periodismo; sino porque en el diario había televisión codificada y se podía ver el clásico de la fecha del torneo de fútbol que comenzaba justamente ese día.

Sin embargo, cuando abordó el remís de la agencia contratada por El Central, el joven se sintió algo reconfortado ya que el chofer estaba escuchando el partido por la radio. El conductor estaba tan concentrado en el *match* que no le prestó la debida atención a la indicación de cuál era la dirección a la que debían llegar. Así, el remisero subió a la autopista pero tomó la mano equivocada, ya que ingresó al acceso norte en vez del sur. Para colmo de males, Federico no advirtió el error hasta avanzado el recorrido. “Me parece a mí, ¿o estamos yendo para otro lado?”, lanzó poco después ante la indiferencia del chofer que, cuando finalmente corrigió el rumbo, ya había perdido

una buena media hora. Por suerte, a esa hora de un domingo, el tránsito en las principales vías de la ciudad y sus alrededores era fluido.

Al arribar a la estación de trenes de San Antonio, el remisero detuvo la marcha de su Peugeot 405 negro con vidrios polarizados y volvió a buscar la dirección de la casa de los Palma en la guía que guardaba en la guantera. El cronista miró hacia afuera y el ambiente que lo rodeaba no le pareció muy distinto a otros barrios humildes que había conocido en los últimos meses yendo a cubrir homicidios y secuestros en el sector metropolitano. Uno se acostumbra a cualquier cosa, pensó mientras tomaba notas con su mirada. Y en ese momento recordó cuando en el otoño pasado el jefe lo había enviado a una villa de la zona norte a entrevistar a los familiares de un adolescente asesinado a tiros por delincuentes que le robaron solo las zapatillas y el remisero que lo había llevado en aquella oportunidad no quiso acercarse con el auto hasta la vivienda de los deudos porque las calles eran de tierra y el aspecto del lugar y sus habitantes lo habían asustado. “¡Qué cagón hijo de puta!”, había dicho Federico sobre aquel conductor ya que ese día, como recién había comenzado a trabajar en el diario, estaba vestido con una camisa y zapatos, por lo que resaltó en ese barrio como una mosca en la leche.

Ahora, más relajado y en confianza, vestía una remera y zapatillas, y no solo porque era domingo, sino que hacía lo mismo el resto de la semana, lo que despertaba las críticas casi permanentes de su novia. Me critica tanto por envidia, porque yo conseguí este laburo y ella no, reflexionó Federico mientras oía los gritos desahogados del relator ante una salvada heroica del arquero.

-Ya me ubiqué. Estamos a pocas cuadras –el remisero guardó la guía nuevamente en el interior de la guantera-. Menos mal. Porque si seguíamos dando vueltas íbamos a volver de noche.

-Y sí -el cronista devolvió una sonrisa y comenzó a preparar el anotador, la lapicera y el grabador que llevaba en su mochila.

El remisero tenía razón, tras recorrer unas pocas cuadras, finalmente llegaron a la casa de los Palma. Se trataba de una construcción de material, con paredes de ladrillo hueco, revocadas pero sin pintar y un techo de chapa acanalada. En la planta baja funcionaba una distribuidora de bebidas, el negocio de la familia, a la que se accedía únicamente por un portón que daba a la vereda, el cual también permitía el ingreso a la planta alta, donde se encontraba el domicilio de José y los suyos, y al que se subía por una escalera de metal que bordeaba todo el lateral del inmueble.

Al escuchar el timbre José descendió por esa escalera y abrió la puerta de escape del portón para que pasara Federico, quien desde la vereda ya había observado que al costado de la vivienda y hacia los fondos se desplegaba un extenso patio que desembocaba en un galpón donde los vehículos pesados cargaban y descargaban la mercadería.

“Por acá”, indicó el dueño de casa, un hombre alto, de pelo corto y claro, y con un bigote prolijo, y se acercó hasta estrecharle la mano al visitante que retribuyó el saludo y agradeció el recibimiento. Luego, ambos subieron por la escalera mientras que el remisero se quedó esperando en el auto, escuchando la radio y tomando el tibio sol que atravesaba los cristales empañados.

Al entrar al primer piso Federico notó que el hogar de los Palma constaba de una cocina, un living comedor, dos habitaciones y un baño. El dormitorio de Daniel daba al patio, mientras que el de sus padres tenía un balcón hacia la calle. Todos los ambientes eran reducidos y con pisos de cerámica. En el living comedor, las paredes estaban revestidas con fórmica hasta media altura y los muebles, como la mesa con seis sillas y una ratona, eran de pino. El juego de sillones constaba de uno doble y dos individuales, todos recubiertos con una cuerina marrón claro.

-Por favor, siéntese –José le señaló al cronista el sillón doble mientras él se acomodaba en uno de los individuales, ubicado enfrente, del otro lado de la mesa ratona en la que había una serie de papeles.

-Gracias señor Palma.

-Dígame José o Pepe. Si no me voy a sentir un viejo.

-Está bien -asintió Federico y apoyó el grabador en la mesa. Y al lado del aparato colocó el anotador en el que se disponía a escribir los datos más salientes de la entrevista.

Gabo ya le había dicho a Federico en varias oportunidades que cada vez que pudiera grabara las notas, pero que también tomara apuntes para no tener que perder tanto tiempo desgrabando en la redacción.

De todos modos, en el inicio de la charla, el dueño de casa hizo un breve repaso de la historia familiar: contó que él y su mujer, *Estela Suárez*, se habían instalado en el distrito a principios de los ochenta, cuando todo el lugar era un inmenso descampado, que la pareja se había formado en el Interior del país, del otro lado de la frontera oeste de la provincia Roca Negra, donde ambos habían nacido, estudiado y trabajado; pero que su hijo era 100% de San Antonio.

Apenas llegó al distrito, Pepe Palma se convirtió en chofer de colectivos donde logró sus contactos dentro del rubro del transporte, por lo que cuando tuvo un accidente laboral y cobró el dinero del seguro, montó su propia distribuidora. Primero se compró una camioneta y trabajó para dueños de fábricas y embotelladoras, y con el tiempo construyó el depósito en el fondo de su casa.

-Bueno, Pepe, por qué no me cuenta qué ocurrió con su hijo -indicó Federico apenas el hombre hizo un alto en su repaso histórico.

-Como le dije anoche a su compañero cuando llamé al diario, la verdad es que la familia está desesperada. No sabemos qué más hacer.

El cronista se encontraba sentado frente a un hombre preso del terror, que ya había dejado atrás el miedo inicial, ese miedo que suele llevar a las personas a estar atentas y concentradas para no cometer ningún error y tener después que enfrentar las consecuencias de los mismos. Sin embargo, el terror aparece cuando los errores ya se cometieron y no hay ninguna posibilidad de corregir la situación, y solo queda esperar que se cumplan los peores presagios. Una persona aterrorizada está inmóvil, sin capacidad de reacción o respuesta.

Federico miró a su alrededor mientras José se sonaba la nariz con un pañuelo de tela que llevaba en el bolsillo superior izquierdo de su camisa rayada, oculta debajo de un *sweater* de hilo color crudo. El joven advirtió que desde que había ingresado a la casa no había notado la presencia de ninguna otra persona en el lugar.

-Disculpe, Pepe, ¿su mujer está?

-Sí, sí. Pero se siente mal y está acostada. Una sobrina la está cuidando, así que no podemos hacer mucho ruido.

-Ok. Así que Daniel es hijo único.

-Sí, con Estela quisimos tener una nena pero no se dio y fue pasando el tiempo.... Ahora ya estamos grandes.

-Claro.

El ambiente entre ambos se había vuelto un poco más relajado y el dueño de casa preguntó al cronista si deseaba tomar algo, a lo que el muchacho respondió con un sencillo “no, gracias”, tras lo cual, Pepe continuó el relato de lo que había ocurrido con su hijo.

Según el hombre, el primer viernes del mes, Daniel había salido de su casa alrededor de las siete y treinta para dirigirse al colegio donde cursaba el quinto año. Habitualmente caminaba hasta la escuela, ubicada en el mismo barrio, pero como esa

mañana lloviznaba Estela le llamó un remis. Es que el adolescente todavía padecía un fuerte resfriado que había traído de su viaje de egresados y su madre no quería que sufriera una recaída.

“Dani”, como todos sus conocidos lo llamaban desde pequeño, abordó el Peugeot 504 conducido por *Félix Amador*, quien trabajaba para la única agencia de San Antonio, y emprendió el recorrido. Pero a unas cinco cuadras de su casa, un Renault 18 se cruzó en su camino y el remisero tuvo que detener la marcha. “¡Policía!, ¡deténgase!”, gritaron tres hombres vestidos de azul y con gorras del mismo color con la inscripción “PRC” (las iniciales de la Policía de Roca Negra), y que descendieron armados del otro vehículo. Ante esa situación, Amador soltó el volante, apagó el motor, y abrió la puerta del auto, mientras que Daniel permaneció helado, sentado en la parte trasera.

Uno de los supuestos policías le apuntó al remisero y lo obligó a descender del auto y acostarse en la calle, boca abajo. Los otros dos, en cambio, abrieron la puerta trasera del lado del acompañante y de los pelos sacaron al adolescente del interior del habitáculo.

A los empujones introdujeron a Daniel en el Renault 18, en el que aguardaba un cuarto hombre vestido con ropas comunes, y abandonaron el lugar a toda velocidad ante la mirada atónita de algunos vecinos que pasaba por allí ocasionalmente, muchos de ellos, llevando a sus hijos al colegio.

Por su parte, Amador subió a su auto y regresó a la agencia desde donde llamó a la casa de Palma para alertar a los padres del chico de lo sucedido.

-Pepe, ¿usted sospecha que el remisero actuó como entregador?

-No sé. Pero me resulta muy sospechoso que volvió primero a la agencia, pasando por el frente de casa y recién después de que habló con sus compañeros, desde la remisería llamó acá para avisarnos.

-¿Pero él los conocía a ustedes?

-Claro. Si después de llamar a casa, Amador me pasó a buscar en el mismo remis y los dos juntos salimos a buscar a Daniel por toda la zona, pero no encontramos nada. Entonces me dejó de nuevo acá y ahí él se fue de nuevo a trabajar.

-¿Y usted denunció el hecho inmediatamente a la Policía?

-Sí. Porque apenas llegué de ir a buscar a mi hijo con el remisero, los secuestradores llamaron a casa pidiendo el rescate. Así que después de esa primera llamada avisamos a la Policía.

-¿Qué le dijeron los captores de su hijo en esa primera llamada extorsiva?

-Nos pidieron doscientos cincuentamil pesos de rescate pero yo les dije que no tenía semejante cantidad de plata, a lo que me respondieron que si no les pagaba esa cifra iban a matar a Daniel. Y también me advirtieron que no llamara a la Policía.

Pepe se calló abruptamente y unas lágrimas comenzaron a recorrer sus mejillas enrojecidas. Pero se las secó rápidamente con el pañuelo usado. Luego guardó aquel bollo de tela húmeda nuevamente en el bolsillo de su camisa y colocó sus dedos índice y pulgar de la mano derecha en la parte superior de la nariz, con las yemas casi sobre la comisura de las cavidades oculares.

-¿Qué hizo después? –preguntó Federico una vez que el entrevistado pareció recobrar la compostura.

-Nada, los policías de la Brigada Antisecuestros llegaron enseguida y se hicieron cargo de todo. Intervinieron el teléfono, me dijeron que era lo que tenía que decir cada vez que volvieran a llamar y tenía un psicólogo todo el tiempo al lado mío.

En ese tramo de la entrevista Federico decidió hacer una breve pausa para dar vuelta el casete del grabador y aprovechó el momento para hacer unas anotaciones.

-¿Cómo fueron las negociaciones después? –retomó el cronista.

-Al principio me llamaron una o dos veces por día y preguntaban cuánto había juntado. Yo les decía que no tenía la plata que me pedían pero que les iba a dar todo lo que pudiera. Pero que necesitaba más tiempo y que me dieran una prueba de vida.

-¿Y qué le dijeron?

-Me putearon de arriba abajo, insistieron en que yo tenía las doscientas cincuenta lucas y que si seguía jodiendo me iban a mandar un dedo de mi hijo.

-Disculpe, pero si usted terminó pagando un rescate, ¿cómo se pusieron de acuerdo?

-Después de cuatro o cinco días empezaron a llamar menos y me pidieron que les diera lo que había juntado lo antes posible. La Policía me dijo que insistiera con la prueba de vida, pero los secuestradores no quisieron saber nada con eso y amenazaron con matar no solo a Daniel, sino a toda mi familia. Así que les dije que tenía cinco mil dólares y diez mil pesos, y aceptaron.

-Y ahí acordaron como hacer el pago...

-Claro. Me llamaron el sábado veinte y me dijeron que esa misma noche saliera de mi casa con la plata en una bolsa y con mi celular prendido porque me iban a ir

llamado en el camino para darme las indicaciones, una por una, de cómo y dónde tenía que ir a pagar.

-Ajá.

-Así que primero me dijeron que fuera hasta la rotonda de San Antonio. Ahí, en una bolsa de basura me dejaron otro celular y deje el mío. Después me dijeron que fuera hasta la estación, que me subiera al primer tren que iba hacia el centro de provincia y cuando pasara por el puente al lado de la cancha del equipo de *Los Jardines*, mirara por la ventanilla hacia abajo y tirara la bolsa con la plata justo donde viera el humo que salía de una montaña de basura prendida fuego. Y que en cuanto ellos tuvieran la plata iban a soltar a mi hijo cerca de la cárcel de mujeres de la Capital Provincial.

-Pero no lo hicieron....

-No. Hice todo eso, pero mi hijo no apareció y no me llamaron nunca más.

-¿Y la Policía?

-La Policía no hizo más nada. Dicen que me siguieron cuando fui a pagar el rescate, pero que no pudieron ver entre el basural a nadie llevándose una bolsa y tampoco encontraron la plata tirada por ahí.

-O sea que el rescate no se perdió. Alguien lo tiene, ¿no?

-Exacto. La Policía dice que capaz hubo una mejicaneada. Pero si fuera así los secuestradores de mi hijo me hubieran vuelto a llamar para pedirme más la plata.

-¿Y no lo llamaron más?

-Nunca más. Ni siquiera para decirme que tenían o no la plata, que querían más. Ni para decirme que estaban calientes porque había llamado a la Policía y habían matado a mi hijo. Nada de nada.

-Entiendo.

-Ya pasó más de una semana y no tengo noticias de mi hijo. Nadie sabe qué pasó. Fui a verlo al juez y tampoco me dio una respuesta. Me dijo que están investigando, que se siguen distintas pistas, pero nada concreto. Estoy desesperado, ¿entiende?

-Sí, me imagino -el cronista apagó el grabador. También dejó el anotador y la lapicera sobre la mesa ratona-. Perdón que pregunte, pero ¿usted cree que a su hijo todavía está vivo?

-Mire, a mí no me queda otra que pensar que está vivo. Si no, no podría seguir, ¿me explico? Pero también soy realista y sé que algo salió mal. Así que, mientras nadie me confirme qué pasó exactamente, voy a seguir buscando a mi hijo.

-Entiendo.

Federico anotó aquella última frase y después dio por terminada la entrevista. Le pidió un número de teléfono celular a Palma para llamarlo en caso de emergencia y le dijo que un fotógrafo del diario, que en aquel momento estaba cubriendo uno de los partidos de la fecha, iba a pasar a pasar más tarde por la casa. Pepe le respondió que no tenía ningún problema y además de darle el número, le entregó el de la remisería donde trabajaba Amador, en caso de que quisiera hablar con él sobre el tema. “Capaz que le cuenta algo que yo no sé”, deslizó el hombre, que acompañó al visitante hasta la puerta.

En el camino se detuvieron en el umbral del dormitorio de Daniel, desde donde se podían ver las paredes cubiertas de posters del equipo de fútbol del que el adolescente secuestrado era fanático desde la cuna. “Gracias por la nota. Y espero que todo se solucione lo antes posible”, le dijo Federico a José antes de subir al remís, a lo que el hombre le recordó que al día siguiente los amigos y vecinos de su hijo iban a realizar una marcha en reclamo de Justicia hacia la comisaría de San Antonio.

“Este caso es una bomba”, manifestó el cronista mientras el vehículo de alquiler abandonaba aquel distrito convulsionado. En el trayecto desgrabó gran parte de la entrevista para ir ganando tiempo y llamó a la redacción para avisar que tenía la nota. Se sorprendió al escuchar del otro lado del teléfono a Leopoldo, quien habitualmente trabajaba los sábados, no los domingos; pero que ése día había ido a terminar un artículo sobre una investigación suya. Cuando le contó sobre la noticia, el jefe se entusiasmó y le avisó que le iba a guardar bastante “blanco”. Así que cuando el joven regresó al diario se sentó delante de la primera computadora disponible y comenzó a tipear sin parar.

Solo Leopoldo lo interrumpió para contarle que el fotógrafo había podido hacer imágenes de Palma. Le mostró que iba a publicar una del padre sosteniendo un retrato de su hijo y también le dijo que tratara de hablar con algún investigador de la *Brigada Antisecuestros* para ver si había alguna novedad en la pesquisa. Pero Federico no tenía ningún contacto con jefes de esa división policial, por lo que entró en pánico, empezó a sudar y la nota quedó paralizada en la pantalla.

Facundo, quien había escuchado las indicaciones del jefe, se acercó hasta el escritorio donde se ubicaba el cronista y le pasó el número del celular del jefe de la Brigada, el comisario general *Aníbal Casáis*.

-Gracias Facu –Federico respiró aliviado.

-El tipo no habla mucho, pero por lo menos te va a confirmar el hecho y si hay algún detenido. Con eso te va a alcanzar.

Dicho y hecho, cuando Federico llamó al jefe policial, este apenas le confirmó que estaban investigando el secuestro, pero se excusó de brindar más información para preservar el curso de la pesquisa.

Ahora, Federico enfrentaba su otro problema: cómo encabezar la nota. Miró la copia que le había entregado Pepe de la denuncia que él había hecho del secuestro ante la Justicia y le interesó la idea de arrancar con que los captores habían simulado ser policías. Entonces fue a consultarle a Facundo con el papel en la mano.

-No, galleguito. Me parece que el dato más importante son los días que pasaron desde que pagó el rescate y su hijo todavía no apareció. Empezá por ahí y después contás toda la historia.

-Esté bien, Facu. Gracias de nuevo –el cronista regresó a su escritorio para retomar la escritura. Cuando terminó se la envió al jefe pero éste prefirió que primero la revisara Facundo, quien, a pesar de hacerle unas correcciones, no le quitó la firma “Por Federico Alem” al pie de la nota. Era la primera crónica policial con el nombre del joven, quien antes solo había escrito con nombre y apellido sobre una novedosa intervención quirúrgica que estuvo en primera plana, pero no le había resultado tan interesante como esta.

Adolescente secuestrado sigue sin aparecer a pesar que su familia pagó el rescate, fue el título de la nota y el texto estuvo acompañado de una amplia fotografía a color. Esta vez, el artículo no llevó bajada ya que la fotografía ocupaba mucho espacio y el texto también. Además, un breve párrafo sobre el caso quedó incluido en la tapa del diario que anunciaba una nota de Gabo sobre estadísticas oficiales de política criminal que indicaban un aumento de los delitos en todo el país.

Federico se fue del diario poco después de las veintiuna, por lo que decidió ir a cenar a la casa de Soledad. Cuando regresó a su domicilio, pasada la medianoche, sus padres dormían y se fue derecho a la cama. A la mañana siguiente, Federico se levantó temprano y lo primero que hizo fue encender el televisor de su cuarto y sintonizar los canales de noticias. Así comprobó que uno de los títulos del día era el secuestro de Palma y que anunciaban la marcha que se iba a realizar para reclamar por la liberación del adolescente. Luego se vistió rápido y tuvo un rápido desayuno en compañía de su madre, quien a pesar de estar recién levantada y con ropa de cama seguía luciendo su

figura flaca y alargada, coronada con una cabellera lacia y rubia, y un rostro de tez blanca y ojos celestes.

-Está muy complicado andar por la calle, hijo. Tené cuidado. Mirá lo que pasó con ese chico secuestrado -dijo la madre mientras le pasaba al joven un mate amargo y acercaba la bolsita con los bizcochitos de grasa que le acababan de traer de la panadería de la esquina, propiedad de su suegro, *Don Francisco*.

-Sí, ya sé, má. No hace falta que me lo digas porque fui yo el que le hizo la nota al padre del pibe -respondió Fede y luego chupó con fuerza de la bombilla que no dejaba llegar bien el líquido caliente hasta su boca reseca y pastosa.

-Dame hijo, que la destapo y armo el mate de nuevo.

-No, dejá. Se me hace tarde. Me tengo que ir a la facu.

-¿A qué hora volvés?

-De la facu me voy a almorzar de Sole y de ahí al diario. Así que llegaré a la noche tarde -contestó el muchacho, quien se despidió de su madre con un beso de la frente apenas arrugada de la mujer.

El joven tomó su mochila y la campera, y salió de la casa rumbo a la parada de colectivos. “¡Cuidate!”, exclamó su madre desde la cocina, pero él ya había cruzado la puerta sin mirar hacia atrás.

En aquel momento a Ana le hubiera gustado decirle a Federico que *Roberto* le había admitido la noche anterior, antes de acostarse, que estaba orgulloso del trabajo que estaba haciendo su hijo en el diario, pero ella no lo hizo porque prefería que su esposo lo hiciera en personal, cuando él lo considerase más apropiado.

Roberto era una persona muy particular. Había estudiado en la Facultad de Ciencias Sociales, pero sin terminar ninguna carrera ya que se dedicó a trabajar *full time* en el rubro comercial, primero junto a su padre, un inmigrante español, y luego en sus propios negocios. También se había desempeñado, y aún lo hacía, en distintos cargos de la comisión directiva del club *El Fuerte*, donde obtuvo el apodo de “Roby” o “Negro”.

Además, el padre de Federico no era un habitual lector del *Central*, pero ahora que su hijo escribía para ese medio y llevaba a casa un ejemplar gratis todos los días, no se perdía ni una sola línea e, inclusive, comenzaba a gustarle, no tanto por la línea editorial del diario, sino por el buen nivel de redacción, estilo y diseño. Aunque tampoco lo admitiría tan fácilmente, ni siquiera ante su familia.

III

El remís del diario debió estacionar en la esquina de la casa de los Palma ya que el tránsito en la cuadra estaba cortado por las decenas de vecinos, en su mayoría jóvenes compañeros de escuela y amigos del barrio de Daniel que habían iniciado ese mismo lunes, el primero del mes de agosto, una vigilia hasta que el adolescente secuestrado apareciera sano y salvo. Para ello, los manifestantes colocaron una especie de carpa compuesta por un largo toldo que colgaba en forma arqueada desde el balcón del primer piso de la vivienda de la familia de la víctima y estaba sujetado por unos ganchos de fierros clavados en el piso de cemento de la vereda. De esta manera se había formado una galería dentro de la cual se exhibía una serie de fotografías de Dani y donde también se encendían velas.

Mientras Federico recorría el interior de la carpa observó muchas imágenes, algunas de ellas aportadas por la propia familia y en las que veía a Daniel de niño junto a José y Estela. Pero la mayoría de las fotos habían sido dispuestas por los amigos y compañeros del chico y mostraban a la víctima en distintas situaciones ocurridas en los últimos meses: con la remera del club de sus amores y una pelota bajo su pie derecho en la canchita de tierra del barrio, otra vestido con el guardapolvo blanco del colegio y su infaltable mochila con el escudo auriazul de su equipo de fútbol preferido, y una más en la que llevaba puesto un buzo que rezaba “Egresados” y se le veía arriba del micro en el que había viajado para festejar la culminación del colegio secundario.

El cronista sintió que estaba en una especie de santuario, donde casi todos los presentes guardaban silencio y rezaban en paz. En realidad, no tenía ganas de estar allí, sobre todo, porque consideraba que la nota no tenía el suficiente valor para haber viajado hasta San Antonio cuando ya era casi de noche.

Pero su editor *Ramiro Sarabia*, encargado de los temas policiales de lunes a viernes y que pisaba un escalón más abajo que Leopoldo pero más arriba que Facundo y Gabriel, le había pedido que fuera hasta la casa de los Palma para cubrir la vigilia y profundizar con la familia dos datos que habían surgido durante el día: uno, la reunión que habían mantenido los padres de Daniel con el presidente interino de la nación, *Ernesto Dauden*, y el gobernador de Roca Negra, *Fernando Solís*; dos, la detención del primer sospechoso del caso, *Julio Galindez*, de 21 años.

Si bien ese lunes había trascendido la información sobre la captura de este vecino de los Palma, la misma se había llevado a cabo el viernes anterior, pero los

investigadores policiales y judiciales pidieron a la familia que no divulgaran la novedad ya que el sospechoso podría aportar datos que permitiesen lograr que Daniel fuera liberado ileso. Además, si los cómplices de Galindo sabían que este había caído preso, podría haber consecuencias gravísimas como que mataran a la víctima y huyeran.

Sin embargo, tras un fin de semana de interrogatorios, los pesquisas manejaban como principal hipótesis que si bien el acusado había llamado a los Palma para exigirles un rescate, el vecino no sería parte de la banda, sino que, a sabiendas de lo ocurrido por los comentarios del barrio, quiso aprovechar la oportunidad para hacerse pasar por uno de los verdaderos captores y así quedarse con el dinero.

Al mismo tiempo, los investigadores judiciales no descartaban la posible vinculación con el hecho de uno de los detectives que, paradójicamente, había iniciado la pesquisa: el subcomisario *Juan Herrera*, quien pertenecía a la División Sur de la Brigada Antisecuestros y era uno de los subalternos de confianza del comisario general Casáis. Pero lo que despertaba sospechas era que, además, este policía acababa de ser formalmente imputado en una causa por privación ilegal de la libertad y extorsión en perjuicio de un comerciante de San Antonio al que supuestamente había alojado en un calabozo para exigirle que le entregara mercadería de su local.

“Pero, ¿qué relación hay entre un hecho y otro?”, le había preguntado el cronista a su editor apenas este le comunicó la novedad, a lo que Ramiro respondió que ninguna, más que la posibilidad de que el subcomisario Herrera estuviese encubriendo a los secuestradores de Daniel para extorsionar al padre de la víctima, tal como lo habría hecho con el otro comerciante. Sin embargo, Ramiro quería saber más detalles sobre esa posible pero poco probable conexión porque había mucho espacio en blanco por llenar y faltaba el título del día. De todos modos, el editor también había puesto a Gabriel a trabajar en el tema.

Esa pista policial, más la falta de resultados en la búsqueda del adolescente secuestrado, habían llevado a los padres de la víctima a la *Casa de Gobierno* en la Capital Nacional, donde el presidente y el gobernador les prometieron poner a disposición todos los recursos y esfuerzos del Poder Ejecutivo para encontrar con vida a Daniel y, al mismo tiempo, reemplazar a los investigadores bajo sospecha con personal más idóneo.

Por otra parte, antes de entrar al domicilio de los Palma, Federico habló con algunos compañeros de Daniel que participaban de la vigilia hasta que enseguida sonó el teléfono celular del diario: era Gabo, quien se escuchaba apurado.

-Galleguito, ¿dónde estás?

-Acá, en la casa de los Palma, cubriendo la vigilia, como me pidió tu amigo Ramiro -respondió el cronista y luego se disculpó con los jóvenes con los que recién había comenzado a charlar.

-Está bien. Pero, ¿sabés que necesito? Que cuando hablés con los padres del chico preguntales si es cierto que el gobierno va a ofrecer una recompensa para los que aporten datos a la investigación.

-¿Y eso de dónde salió? -Preguntó Federico una vez que se distanció de sus entrevistados y pudo hablar con mayor privacidad-. Porque yo escuché a los padres cuando salieron de la entrevista con el presidente y el gobernador, y no dijeron nada de ese tema.

-Me acaban de llamar de la corresponsalía de Roca Negra para decirme que el gobernador, en un acto que hizo allá hace un rato les dio a algunos periodistas ese dato pero en *off the record*, por eso necesitamos que lo confirmen los padres en *on*, ¿entendés?

-Sí, entiendo. Quedate tranquilo que ahora los voy a ir a ver y les pregunto -el cronista cortó la comunicación e inmediatamente traspasó el portón lateral que estaba abierto por la gran cantidad de personas que entraban y salían del patio de la casa.

Subió hasta el primer piso donde esta vez no lo recibió Pepe, sino su esposa y madre de Daniel. Estela era una mujer de baja estatura, con pelo corto, negro y ondulado, y de tez morena. Los rasgos de su rostro coincidían con los que había heredado su hijo y, al mismo tiempo, denotaban un linaje vinculado a los pueblos originarios, probablemente de la selva impenetrable del norte del país donde ella había nacido. Fue el primer encuentro en persona con Estela y al joven le costó entender lo que le decía porque hablaba con una voz suave, pero muy rápido y sin modular demasiado.

Se sentaron en los mismos sillones en los que él había entrevistado a José unos ocho días antes, cuando el caso no se conocía y no había tanta gente alrededor, y comenzó la entrevista.

-Estela, dentro de lo que me pueda contar, ¿de qué hablaron en la reunión en Casa de Gobierno?

-Bueno, este... el presidente me dijo que había puesto a disposición del juez a la Policía Nacional y el Servicio de Inteligencia, y que me quedara tranquila que ellos iban a hacer todo lo posible para que yo recupere a mi hijo, ¿vio?

-¿Y el gobernador?

-Este... bueno, él me dijo que iba a ordenar que más policías trabajen en la investigación.

-¿Le dijo el gobernador que iban a ofrecer una recompensa?

-Bueno... sí. Pero nos aclaró que eso puede llevar unos días hasta que firme un decreto y todo ese papelerío que yo no entiendo.

-¿De cuánto sería la recompensa? ¿Se habló de alguna cifra?

-Mirá, la verdad que no me acuerdo –respondió la mujer y luego llamó a su esposo, que estaba en la cocina con otros parientes-. Viejo, ¿te acordás de cuánto iba a ser la recompensa?

Pepe apareció en el living y con la voz entrecortada le pidió disculpas al cronista porque prefería no brindar ese detalle.

-Yo lo único que quiero es que mi hijo aparezca sano y salvo. Nada más. Si quieren ofrecer una recompensa, que lo hagan, no me importa de cuánto sea -el hombre se sentó a la izquierda de su mujer, quien, a su vez, le tomó la mano derecha y la colocó entre sus dos palmas para luego acariciarla lentamente.

-Está bien. No se preocupe –asintió Federico.

-Es muy injusto que te roben un hijo así. Lo que nos pasa es desesperante - intervino Estela-. A un mes del secuestro de mi hijo, quiero que alguien me diga algo.

-Pero la investigación parece avanzar. Hay un primer detenido –retomó el cronista.

-Sí, es cierto. Pero no le puedo decir más nada sobre eso –afirmó Pepe y luego bajó la vista.

-La Policía dice que es vecino de ustedes –Federico se dirigió a Estela-. ¿Lo conocen?

-Claro. Vive acá cerca, con su familia –respondió la mujer-. Al chico lo conozco de vista, pero con sus padres hemos mantenido una relación de vecinos por años.

-¿Y sospechan de él?

-A esta altura, ya no confiamos en nadie –afirmó Pepe con una mirada fulminante.

-Yo creo que sí tiene algo que ver –continuó Estela a pesar de que su esposo prefería no ahondar en más detalles-. Y se lo dije al juez. Le dije que le reconocí la voz porque yo atendí uno de los llamados cuando mi marido no estaba en casa.

Al advertir que el matrimonio estaba cada vez más incómodo, Federico dio por terminadas las preguntas. Además, ya se estaba haciendo tarde y quería volver cuanto antes a la redacción. Así que se despidió cordialmente y apenas salió de la casa llamó al diario y le pasó los datos a Gabo.

-No me dijo de cuánto va a ser la recompensa.

-No importa. Te confirmó que el gobernador va a ofrecer una. Con eso nos alcanza. Con ese dato, más la detención de Galindez y lo que te dijo la madre de que le reconoció la voz ya estamos hechos. Así que volverte tranquilo –señaló Gabriel antes de colgar.

En la redacción, Gabo esperaba a Federico para ultimar detalles de la nota central sobre el caso Palma, mientras Facundo redactaba la crónica sobre el otro hecho policial del día: habían detenido a *Julián “Chino” Montes*, un joven de veintitrés años que estaba acusado del secuestro y asesinato de Juan Pablo Castro.

El sospechoso había sido atrapado en el norte metropolitano y se lo buscaba desde mayo, cuando escapó tras atacar a balazos a varios policías de la seccional 35ta. del Rosedal que intentaron detenerlo tras un nuevo secuestro exprés.

La banda a la que pertenecería el ahora detenido había sido señalada como la autora de unos setenta delitos. Algunos de sus miembros vivían en un country ubicado en la región metropolitana y se dedicaban a cometer secuestros rápidos en los barrios acomodados de la Capital Nacional y en sectores aledaños del lado provincial.

Los detectives policiales que le seguían los pasos ya habían bautizado a esta organización como “*La banda fashion*”, dado el estilo de vida que llevaban sus integrantes, el cual era más acorde a las clases altas de la sociedad que a la delincuencia común.

Después de ir a buscar un café para entrar en calor, Federico le pasó los últimos datos a Gabriel y cuando se disponía a preguntarle a Leopoldo si necesitaba algo más, Ramiro lo abordó y le indicó que se había producido un “salto” de los avisos fúnebres y generado un nuevo espacio en blanco, por lo que había decidido colocar allí un recuadro de la vigilia.

Este editor, de unos cuarenta años, pelo largo y enrulado, y que lucía bigote ancho y algo caído hacia los lados, como si todavía estuviese viviendo en los setenta, era mucho más ameno que Leopoldo a la hora de pedir las cosas y cuando lo hacía recurría a algún chiste o broma, por lo que transmitía una imagen cómica, la cual se acentuaba con su baja estatura.

Por eso, si bien no le había causado ninguna gracia tener que quedarse a escribir un recuadro, Federico no le puso mala cara a su editor y en un rato lo tuvo listo a pesar de que no había recabado muchos testimonios en la puerta de la casa de los Palma.

Ante esa situación, Federico se dedicó a describir bastante las fotografías, las velas, el rezo y la estructura que habían montado los manifestantes. Y apenas colocó en medio de aquellos datos de color una declaración textual de los escasos compañeros de Daniel con los que había alcanzado a charlar antes de que lo interrumpiese Gabriel.

“No nos vamos a mover de acá hasta que nos devuelvan a Daniel sano y salvo porque estoy segura que él haría lo mismo por cualquiera de nosotros”, fue la cita que hizo de *Lorena*, “la amigovia”, tal como ella misma se describía, de la víctima y quien aseguraba estar convencida que el adolescente iba a ser liberado con vida pronto. Se trataba de la misma chica que había encabezado la primera marcha en reclamo de Justicia hasta la comisaría de San Antonio y una segunda, días después, frente a los tribunales de la Capital Provincial donde tramitaba la causa ya que el secuestro extorsivo era un delito federal que solo podía investigar la Justicia de la ciudad de Roca Negra. Mientras que en el resto de los distritos se juzgaba el crimen ordinario, de manera local.

El rostro lleno de acné de Lorena, sus gritos pelados y sus pequeños ojos desbordados de lágrimas eran por esos días las imágenes más repetidas en las fotografías de los diarios nacionales y las pantallas de todos los canales de noticias.

Si bien era noticia repetida, al cronista le pareció adecuado citarla y describirla ya que resumía el sentimiento de la gran mayoría de la gente que seguía el desarrollo del caso.

IV

El martes 13 amaneció gélido pero con sol, por lo que el ambiente permanecía igual de seco que desde hacía una semana. Federico despertó aquella mañana en el cuarto de huéspedes de la casa de su novia ubicada en el extremo oeste del *Barrio Marítimo*, en el límite con la Villa Universitaria y apartado de la playa. No era una zona tan coqueta como la costera, pero seguía siendo residencial. En cambio, la habitación donde se encontraba el joven era un ambiente de dos metros de largo por dos de ancho que lo hacía sentir como adentro de una caja en la que había una angostísima cama ubicada junto a un escritorio y pegada a la pared del lavadero lindero. Esta habitación se situaba en la planta alta, en el sector opuesto a la de Soledad, por un lado, y a la de los padres de la joven, por el otro; y en frente de la de Celeste, la hermana menor de Sole. Por alguna razón poco entendible, *Susana Rivas*, la madre de las chicas no le permitía a los tórtolos dormir en la misma pieza, ni siquiera estar solos en un mismo ambiente de la vivienda. Era ridículo por dos razones: una, los novios ya estaban en edad de tener sexo de manera fluida; la otra, tanto él como la chica no iba a arriesgarse a ser descubiertos teniendo relaciones por alguien de la familia, a sabiendas del control que ejercían sobre ellos.

El joven refregó sus ojos y alcanzó a percibir que todavía estaba oscuro. Sin embargo, en medio de las sombras divisó a *Mora*, la gata de pelaje beige de la familia de su novia.

-Salí, gata de mierda. Entre tus pelos y el olor a jabón en polvo no se puede dormir acá adentro -susurró.

-No te la agarrés con Mora, eh. Tratala bien -respondió Soledad mientras ingresaba a la habitación para despertar a su novio, aunque nunca hacía falta ya que el cuerpo de Federico parecía tener un despertador biológico que le permitía recobrar el conocimiento unos minutos antes de que sonara cualquier alarma.

Soledad llevaba puesto un camisón corto, blanco con vivos celestes, que si apenas se levantaba en su extremo inferior dejaba ver la base de sus delgados pero firmes glúteos. Encima de esta prenda tenía puesto una bata blanca de toalla gruesa, la cual ella casi siempre dejaba abierta. Luego de entrar, la joven se ató su pelo castaño y ondulado con una cola de caballo y luego recostó su alargado cuerpo sobre el de él. Lo miró con sus ojos marrones y lo besó intensamente en los labios. Por su parte, el muchacho intentó no abrir mucho la boca para no dejar salir el aliento desagradable del

que recién se despierta, al tiempo que se dejó llevar por la excitación del momento y con ambas manos apretó con fuerza la cola de su novia, pero Soledad lo detuvo en el acto. “Dale, dale, que se hace tarde. Yo me tengo que ir a la Facultad y vos al diario”, le dijo ella.

Los martes como aquel, Soledad cursaba la carrera de Derecho por la mañana, luego se iba a trabajar *ad honorem* al estudio jurídico de un amigo de su padre en Roca Negra Capital y por la tarde regresaba a El Rosedal para cursar Periodismo junto a su novio, quien le prometió que ese día iba a salir temprano de la redacción para poder llegar a tiempo a clase ya que había acordado con sus jefes en El Central cubrir la guardia matutina.

-No te olvides que hoy hay que exponer el trabajo práctico. Así que repasá en algún momento del día la parte que te tocó -indicó Soledad, quien se cerró la bata y comenzó a bajar las escaleras.

-Sí. Ya sé -Federico descendía detrás de ella y terminaba de colocarse el pullover-. Yo también quiero arrancar bien la materia. Hay que promocionarla como sea. Ni en pedo me la llevo a final.

-Igual yo. Ya tengo mucho para estudiar.

Cuando llegaron a la cocina, que tenía una de sus paredes laterales completamente vidriada y que daba al jardín con pileta, *Lander Figueroa*, el padre de Soledad, ya se había ido a trabajar y a llevar a su hija menor al colegio dejando todos los cubiertos y alimentos desparramados sobre la mesa, mientras que Susana tomaba una ducha en el baño de la planta baja para no hacer ruido en el del primer piso.

-Qué temprano se fue tu viejo, Sole -Federico acomodaba sus pertenencias adentro de la mochila que había apoyado sobre una de las sillas vacías.

-Parece que el horno no estaba para bollos- respondió ella y colocó la pava en el fuego.

-¿Por?

-Lo escuché discutiendo con mi vieja -Soledad abrió una de las puertas del aparador de fórmica ubicado justo al lado del extractor de aire y tomó dos tazas-. ¿Querés té, Fede?

-No, gracias. Mejor me voy. ¿Vos no te cambiás? ¿No se te hace tarde?

-Me voy con mamá. Así que todavía tengo algo de tiempo.

-Hablando de tu vieja, ¿no iba a arrancar a trabajar con tu viejo?

-¿Mi mamá trabajar con mi papá? ¡Ni locos! Mi vieja va a laburar con la hermana haciendo algunas mediaciones.

-¡Ah! Entonces entendí mal –Federico se cargó la mochila al hombro-. Che, ¿pero tan mal se están llevando tus viejos?

-Mirá, yo no sé ni cómo llegaron hasta acá.

-Bueno, pará. Quilombos tiene cualquier matrimonio. Mis viejos se pelean todo el tiempo. Es normal.

-¿Normal?

-Y sí –Federico se acercó hasta Soledad y ambos quedaron cara a cara junto a la mesada-. Pasa que nuestros padres son de otra generación. Viven más pendientes del compromiso que de lo que realmente siente el uno por el otro.

-Puede ser.

-Yo los veo como personas muy estructuradas y cerradas... con poco espacio para expresarse libremente y comunicarse entre ellos.

-Igual, en el caso de mis viejos es distinto. Pasa por otro lado.

-¿Por dónde?

-Y... mis viejos se conocieron en la Facultad de Derecho cuando ella era compañera de varias revolucionarias que usaban la casa de mi abuela como un *embute*, mientras él se infiltraba en los centros de estudiantes y espiaba para los militares. Así que ya te podrás imaginar...

-Pero tu papá no era... ¿o sí?

-No, Lander no era milico. Pero sí había estudiado en el Liceo y conocía a muchos que terminaron haciendo la carrera.

-Entiendo. No me digas más nada -indicó el joven moviendo su mano derecha del centro hacia fuera y después se descolgó la mochila para colocarse la campera-. Bueno, me fui -continuó el joven y antes de partir besó los labios de Soledad, quien se había sentado sobre la mesada de mármol, con las piernas ligeramente abiertas.

La redacción del diario quedaba más cerca de la casa de Soledad que de la de Federico, por lo que este demoró menos tiempo en arribar a su trabajo, aunque esa diferencia no radicaba solamente en una mera cuestión de distancia, sino también en que la vivienda de su novia estaba próxima a una de las principales líneas de subterráneos mientras que desde la de él cualquier colectivo daba mil vueltas por la ciudad.

Esa mañana en El Central el principal tema policial era el secuestro exprés que había sufrido el hijo de un reconocido empresario del transporte del distrito *El Naranjo*, en el sudeste metropolitano. Fue un caso más de los que se repetían a diario en la región, pero esta vez la víctima había adquirido valor noticioso por su prestigioso perfil.

Antes de entrar a la reunión de edición del mediodía, *Gimena García*, la jefa de turno en la sección, le indicó a Federico que hiciera unos llamados a los comisarios de la jurisdicción para obtener más información sobre el hecho. Por lo menos zafé de que me manden hasta allá, pensó el joven tras recibir las indicaciones de aquella que resaltaba por lucir una abundante cabellera colorada y con rizos.

Luego de varios intentos fallidos, el cronista logró obtener más datos del hecho a través del área de Prensa y Difusión del Ministerio de Justicia y Seguridad de Roca Negra (MJSRN), del que dependía la Policía, y también habló con un oficial de servicio en la División Sur de la Brigada Antisecuestros.

Según estas fuentes, la víctima, un hombre de cuarenta y cinco años, había sido capturada hacía dos noches, alrededor de las veinte y treinta, cuando llegaba a su casa junto a su esposa y a bordo de una camioneta importada. En momentos en que la pareja entraba el vehículo al garaje, tres delincuentes descendieron de un auto y la amenazaron con armas de fuego. A los gritos y empujones, los asaltantes abordaron el rodado de la víctima y huyeron del lugar con el matrimonio cautivo.

A las pocas cuadras, cerca del cementerio municipal, los captores abandonaron a la mujer ilesa y continuaron la fuga con su marido privado de su libertad. Luego, la banda trasladó a la víctima hasta una plaza ubicada en el vecino distrito de *Los Indios*, unos 5 kilómetros al norte de donde se había iniciado el hecho, y llamaron a su padre para exigirle el pago de un rescate.

Tras varias conversaciones, los secuestradores acordaron que el empresario llevara tres mil pesos en efectivo hasta el cementerio donde habían liberado a su nuera y luego se retirara del lugar. El padre de la víctima siguió cada una de las indicaciones y su hijo fue liberado dos horas después, en la estación de trenes más próxima a su casa.

Entonces, el secuestrado liberado corrió hasta la vivienda de su padre, ubicada frente al parque de la estación y tras constatar que su hijo estaba ileso, el empresario llamó a la Policía y recién entonces denunció lo ocurrido.

A partir de la denuncia, los efectivos policiales se entrevistaron con la víctima que les contó que tras ser liberada su mujer, los delincuentes lo pasaron al auto en el que lo habían interceptado y a bordo del cual estuvo cautivo todo el tiempo, por lo que lo

pesquisas salieron buscar el vehículo del hombre que finalmente apareció abandonado en inmediaciones del cementerio.

En función de los datos aportados por el cautivo respecto de las características fisonómicas de los secuestradores, los investigadores policiales sospechaban que eran los mismos que habían cometido en los últimos seis días otros dos secuestros exprés “al voleo” y en el mismo distrito. Además, todos estos hechos seguían un mismo patrón: ocurrieron entre las veintiuna y las veintidós, y a muy pocas cuadras uno del otro.

Una vez que terminó de redactar la crónica del hecho, Federico se la pasó a García, quien le indicó que esperara a que llegara Leopoldo para que él decidiera quién seguía con esa nota. Eran casi las catorce, así que el muchacho se fue a almorzar al comedor del diario mientras aguardaba el arribo del jefe.

El cronista regresó a la redacción minutos después de las quince, cuando Leopoldo y el resto de los periodistas de Policiales ya estaban trabajando allí. Enseguida fue a hablar con el jefe y le comentó cómo iba la nota que le había encomendado García, ante lo cual, Leopoldo le sugirió que tratara de conseguir más información. Entonces, Federico recordó que aún conservaba el número del celular de Casáis, de Antisecuestros, y aunque este lo había ignorado cuando lo llamó por el caso Palma, decidió volver a intentar hablar con él. A su favor jugaba que en este nuevo hecho la víctima se encontraba ilesa y la banda identificada, por lo que no había mucha pesquisa por resguardar. Así que, teóricamente, el policía podía hablarle libremente.

Pero Federico se equivocó porque se cansó de llamarlo y que siempre lo atendiera el contestador automático, por lo que le preguntó a Facundo y Gabriel si se les ocurría alguna otra fuente a la cual llamar para obtener más datos. “Seguí llamando a Casáis”, coincidieron los dos experimentados periodistas, casi a coro.

Al no producirse ninguna novedad, el cronista comenzó a escribir hasta el más mínimo detalle del hecho con los datos que ya tenía. Ya casi había terminado cuando apenas pasadas las dieciséis, la pantalla del televisor en el que estaba puesto uno de los dos canales de noticias se puso en rojo y en letras blancas, tamaño catástrofe, se leyó: *“Hallan a Daniel Palma asesinado en un basural de Los Indios.”*

Federico se quedó helado, mientras que el jefe, Ramiro y los demás compañeros presentes repitieron diversas exclamaciones y se tomaron la cabeza. Acto seguido, Leopoldo le ordenó al joven que se fuera con un fotógrafo hasta el lugar.

-Mire que yo hoy entré temprano porque tengo que ir a cursar a la Facultad - intentó excusarse Federico.

-Bueno, bueno ¿Hasta qué hora te podés quedar?

-Y... a las siete de la tarde tengo que estar en la Facultad.

-Listo, andate ya para allá y volvé un rato antes de las siete. Chau, ¡rajá! -
sentenció Leopoldo sin apartar la vista de la pantalla de su computadora en la que chequeaba sus correos electrónicos.

“Con razón Casáis no te atendía”, le dijo Facundo antes de irse y luego palmeó al novato en la espalda. “Quedate tranquilo. Con Gabo vamos a seguir el tema desde acá”, añadió.

Durante el viaje de 25 kilómetros en sentido sudeste hacia Los Indios, Federico llamó reiterada e infructuosamente a Palma padre. También quiso comunicarse con Soledad para avisarle que probablemente llegaría un poco tarde a clases, pero ella no contestó ya que debía estar muy ocupada en el estudio.

Al lugar del hallazgo del cadáver llegó por la autopista que bordeaba la costa marítima, a unos dos mil metros de distancia del curso de agua, y que unía El Rosedal con la ciudad de Roca Negra. Desde el asfalto y hacia el oeste se veía, y también olía, una montaña de basura con una base de poco más de un kilómetro de diámetro y rodeada por una vegetación de baja estatura. Solo algunos sauces llorones se distribuían en los cuatro puntos cardinales, como los vértices de un rectángulo imaginario y el basal se tratase de un fuerte custodiado por un póker de torres. En tanto, detrás de esta pila de desechos se alzaban los edificios más altos de aquel distrito, uno de las más importantes del sur metropolitano, como tropas enemigas que miraban para otro lado.

En cambio, hacia el Este se observaba otro montículo de residuos más pequeño y ubicado al costado de una pequeña laguna, como si fuera la continuación del basural principal que había pasado por debajo de la autovía y surgido de entre la tosca. Es que hasta ese sitio llegaban los desechos de todo el sudeste metropolitano que luego se cubrían de tierra para utilizarlos de relleno del suelo, razón por la cual, en sus alrededores había muchos pozos que se llenaban con agua de lluvia.

Sin embargo, desde hacía meses que la concesionaria de dicho servicio estaba prácticamente paralizada por un recurso de amparo presentado ante la Justicia por los habitantes de la zona que reclamaban mayores medidas de higiene. A esto se le sumaba una medida de fuerza sindical de los camioneros que cargaban y descargaban la basura, y que también se quejaban de problemas de salud.

Ya a la distancia el cronista advirtió la presencia de varios patrulleros, camiones de bomberos, ambulancias y los móviles de los distintos canales de televisión

estacionados junto al basural oeste, por lo que le sugirió al remisero que encontrara la forma de llegar hasta allí. Mientras tanto, el fotógrafo, uno de los más jóvenes y artísticos del diario, dormitaba con su cabeza apoyada contra la ventanilla trasera del lado del acompañante.

El chofer salió de la autopista en la bajada de Los Indios y, a través de una serie de caminos de tierra que bordeaban un precario asentamiento habitacional que limitaba en su extremo noreste con el basural, llegaron hasta una tranquera donde el cordón policial les impidió seguir. Allí estaban también todos los demás cronistas, movileros y camarógrafos.

Apenas se acomodó en el lugar, Federico llamó a la redacción y avisó a Ramiro que aguardaba novedades. Solo se encontraban allí unos chicos de la villa, conocidos de los muchachos que habían encontrado el cuerpo entre los residuos cuando se dirigían a pescar a una escollera en la orilla. Tomó algunos apuntes de lo que estos niños declaraban e insistió en hablar con los efectivos que conformaban el cordón policial, pero éstos repitieron que los periodistas debían esperar al jefe.

Tras casi una hora de guardia, atravesó el cordón la camioneta de la Policía Científica que retiraba el cadáver y momentos después lo hizo la comitiva de todas las autoridades a cargo del operativo, entre ellas, Casáis. Al verlo, los periodistas se abalanzaron sobre él antes que el jefe pudiese abordar el auto en el que lo esperaba su chofer. El comisario general era un hombre petiso, de cara redonda y limpia, casi pelado excepto por algunas canas, y con una panza abultada. Ante la presión física de los reporteros, Casáis quedó aprisionado contra el vehículo, con su cabeza echada hacia atrás al punto que le quedaba apoyada contra el borde del techo. “¡Por favor!, ¡por favor! Tengan paciencia. Lo único que les puedo confirmar por el momento es que hemos encontrado el cadáver de un NN masculino joven y estamos investigando si se podría tratar de Daniel Palma, quien, como ustedes bien saben, está desaparecido desde hace treinta y nueve días. Nada más”, señaló el jefe policial.

Casáis aclaró luego que el cuerpo había sido hallado vestido pero en un avanzado estado de descomposición, lo que impedía una individualización a simple vista. También indicó que el cadáver iba a ser remitido a la Morgue Judicial de la Capital Nacional donde los forenses tenían los recursos más modernos para acelerar el enfriamiento del mismo y así poder llevar adelante la autopsia lo antes posible. Allí también se iba a producir la posterior identificación oficial de la víctima, para lo cual, José Palma y su mujer Estela habían sido citados a concurrir a dicho lugar.

Al cielo le colocaron un techo gris y el viento arreció apenas la luz solar comenzó a despedirse hasta el día siguiente. A Federico se le hacía tarde, por lo que apenas Casáis y su brigada policial se retiraron del lugar, subió al remís junto al fotógrafo y emprendió el regreso a la redacción. En el trayecto, avisó a Gabriel que el cuerpo de Palma iba hacia El Rosedal y que él ya se estaba volviendo.

Apenas cortó la comunicación, Gabriel se reunió con Facundo, Ramiro y Leopoldo, quien decidió que el primero de ellos fuese hasta la morgue de los tribunales a aguardar por los primeros resultados de la autopsia.

Apuradísimo. Así pisó el cronista la redacción minutos después de las dieciocho y treinta. Y todavía tenía que llegar a la Facultad. “Gabo, ¿quierés que te pase unas declaraciones del comisario general Casáis?”, le preguntó al periodista que había quedado a cargo de la nota central del caso. “No hace falta galle. Tomé unas notas cuando lo pasaron en vivo por la televisión. Andá tranquilo”, respondió aquel.

De todos modos, el joven redactó algunas líneas de color sobre las características del lugar del hallazgo del cadáver y el clima que se vivió allí, con testimonios de algunos de los jóvenes pescadores que no solo buscaban animales, sino que también buscaban rescatar del basural algún objeto de valor para después venderlo. Luego de pasarle unas notas impresas en crudo a su compañero fue a hablar con Leopoldo.

-Ahí ya le pasé el informe a Gabriel. ¿Me puedo ir?

-¡¿Cómo que te vas?! ¿A dónde?

-¿Se acuerda que le dije que tenía que ir a cursar a la Facultad?

-Ah, cierto -respondió el jefe de la sección mientras editaba una nota en su computadora-. Está bien, andá, andá.

Federico comenzó a guardar sus pertenencias y antes de marcharse, Ramiro, quien había advertido el tono de la conversación con el jefe, se le acercó y le dijo que no se preocupara, que Leopoldo siempre se comportaba así en estos casos.

-No te hagas problema. Ya le habías avisado, así que andá tranquilo. Además, Facundo está en la morgue y Gabriel se encarga de la nota principal. No va a haber problemas.

-Igual, no entiendo por qué la mala onda.

-Porque él es así. Un jodido. Una vez, a una pasante la hizo llorar porque la chica le dijo que se tenía que ir a estudiar porque al otro día rendía un final para recibirse. Así que imagínate.

El joven sonrió ante la anécdota de Ramiro y le estrechó la mano, tras lo cual corrió hasta el correo para tomar el subte y llegar a la Facultad, donde Soledad lo esperaba. Por el tránsito que hay a esta hora, seguro que voy a llegar más rápido caminando desde la estación a la facu que en el colectivo que me deja en la esquina, analizó Federico en momentos en que se acercaba a la terminal subterránea. Y tuvo razón, aunque el cálculo no le alcanzó para llegar a tiempo y la clase empezó sin él.

Apenas su novia lo vio llegar a través de una de las ventanas del aula, le hizo señas para que la esperase afuera y pidió permiso al profesor para salir un momento.

-Menos mal que te dije que trataras de llegar a horario, ¿no? -arrancó Soledad sin siquiera darle un beso y alcanzándole al joven unas hojas de computadora fotocopiadas.

-Esta es tu parte del trabajo para exponer. Todavía no empezó el primer grupo, así que tenés algo de tiempo. Y por favor, acordáte: es un trabajo sobre la tergiversación.

-Ya sé, ya sé. Pará de cagarme a pedos. No es mi culpa que haya tenido tanto trabajo, Sole.

-Ya me enteré por la televisión lo del chico Palma. Es más, cuando vine del estudio vi todos patrulleros y móviles desde la autopista.

-Yo estuve ahí.

-Me imaginé –asintió ella justo antes de cruzar el umbral de la puerta de entrada al aula-. Andá un rato a la cafetería a repasar que yo te llamo cuando empezamos.

Federico no tuvo otra opción que seguir las indicaciones de su novia y se fue al buffet, aunque no pudo concentrarse al 100% en su trabajo sobre la tergiversación cometida por los periodistas a la hora de usar sinónimos que no son tales. Había dos conclusiones en el TP: una que se refería a que ese error periodístico se debía un afán por no repetir palabras y otra que directamente apuntaba a una intencionalidad editorial.

Después de repasar todo aquello, el joven tampoco pudo dejar de pensar en el pobre Daniel Palma durante toda la clase, ni siquiera cuando el profesor lo aprobó con una buena calificación, al igual que a Soledad.

Mientras los novios se reconciliaban, en la redacción del Central, cerca de la hora del cierre, el jefe de la sección quiso sostener el título de que Palma era “*el primer secuestrado asesinado desde el regreso de la Democracia en 1984*”, al tiempo que Facundo había escrito una nota sobre los resultados de las diligencias en la morgue donde se había confirmado la identidad de la víctima y los forenses revelado que el

chico había sido asesinado de varias puñaladas. De todos modos, los peritos no habían podido confirmar la data de la muerte, aunque estimaban que era bastante anterior al hallazgo del cuerpo.

Apenas escuchó la idea de Leopoldo, Gabriel le recordó el reciente caso de Juan Pablo Castro, lo que el jefe desechó por considerar que ése había sido un secuestro “expres” en el que, a diferencia de un secuestro extorsivo “clásico”, la víctima estuvo cautiva el breve tiempo que demoró cobrar un rescate, por lo que se parecía más a un robo “al voleo” con privación ilegal de la libertad.

Entonces, Gabo puso como ejemplo la banda de “Los Rugbiers”, que había comenzado a operar en 1982 y estuvo activa hasta el 1985, cuando sus cabecillas fueron detenidos justo antes de asesinar a una nueva víctima. También explicó que estos delincuentes, además de jugar juntos al rugby en un club del norte metropolitano, eran miembros de una misma familia y actuaban contra gente allegada a ellos, como vecinos y compañeros de trabajo. Y por eso mataban a sus víctimas, para no ser reconocidos.

Respecto de Los Rugbiers, los periodistas recordaron que en 1984 la banda había cometido un solo hecho y que, en realidad, se había tratado de una tentativa de secuestro ya que el cautivo fue asesinado de dos balazos en la puerta de su casa en el Distrito Presidencial cuando se resistió a que *Arturo Pozzi*, líder de la banda y vecino de la víctima, lo capturara. De todos modos, el caso contaba para la estadística porque los delincuentes ya tenían preparado el sótano de su casa donde iban a mantener cautiva a su presa el mayor tiempo posible mientras negociaban un millonario rescate.

En ese mismo sótano oscuro de la casa de Pozzi fue encontrada en agosto de 1985 la empresaria *Nelly Bolena del Paso*, quien había sido secuestrada por sus vecinos un mes antes. Cuando la Policía la rescató de la vivienda, en el lugar se encontraba el hijo de Arturo, *Alejo Pozzi*, quien quedó detenido en el momento. Poco después fue apresado su padre cuando iban a cobrar el rescate. Pero el resto de la banda desapareció.

Arturo fue condenado a reclusión perpetua por tiempo indeterminado aunque el fallo luego fue modificado y le permitió acceder a la libertad condicional, mientras que Alejo recibió la misma condena, que también fue rebajada aunque murió antes de poder salir de prisión a raíz de las secuelas que le habían dejado las lesiones sufridas cuando quiso escapar de los tribunales el primer día que iba a declarar ante la Justicia y se arrojó por la ventana de un quinto piso.

A su turno, Facundo, quien también parecía tener una memoria fotográfica, recordó el caso de “*Los Poliladrones*”, que en 1986 capturaron en pleno centro de la

Capital Nacional al economista *Oscar Novak*, quien ya había sido secuestrado en 1979 pero por la Inteligencia Militar. Esta vez, la víctima fue asesinada de un balazo en la nuca luego de que se pagara un rescate de un millón de dólares y su cuerpo fue hallado veintiocho meses después en un campo del interior provincial.

A esta banda integrada por policías, algunos retirados y otros en actividad, y delincuentes civiles, se le atribuyeron otros casos cometidos durante la última Dictadura y con la connivencia de ciertos militares.

Otro caso de secuestro y homicidio ocurrido desde el retorno de la Democracia había sucedido en junio de 1990, en un pequeño pueblo ubicado fuera de la región metropolitana, en el extremo sur de la costa marítima de Roca Negra, donde *David Gutiérrez*, hijo de un sindicalista, fue capturado por una banda delictiva encabezada por *José Luis Menéndez*, con cuñado del padre de la víctima.

Gutiérrez fue golpeado en la cabeza y enterrado vivo en un pozo cavado en un descampado. Pocos después, sin que se haya pagado el rescate exigido, Menéndez y el resto de los captores fueron detenidos.

Algo similar había ocurrido con *Raúl Ospina*, secuestrado por dos exmilitares con los que había compartido servicio mucho tiempo y hasta podría decirse que eran amigos.

Este caso se inició a principios de mayo de 1994, cuando este exmilitar devenido a próspero constructor fue secuestrado en el distrito *Los Jardines*, en el sudoeste metropolitano, por el teniente coronel retirado *Néstor Lugones*. Los dos hombres eran propietarios de campos vecinos y se conocían desde hacía varios años.

Por esa razón, Ospina no dudó en detener su camioneta cuando Lugones le hizo señas a pocas cuadras de su negocio. Unos segundos después, el exmilitar le disparó a su vecino y se hizo cargo del vehículo.

Al parecer, con la ayuda de su hijo *Martín*, Lugones enterró a Ospina en su propio campo y comenzó a exigirle un rescate a la familia del empresario que nunca pagó porque no tuvieron una prueba de vida. Meses después, Néstor y Martín Lugones fueron detenidos.

Dos años más tarde, Néstor confesó ser el autor del secuestro y homicidio, y desvinculó a su hijo, quien quedó libre y recién fue juzgado mucho tiempo después cuando terminó absuelto ya que se le atribuyó el delito de “encubrimiento” y este ya había prescripto.

Mientras que, en junio de 1996, el cadáver de *Pablo Martínez*, dueño de una pequeña metalúrgica que había sido secuestrado un mes antes en inmediaciones de la Base Aérea Oeste, en la región metropolitana, fue encontrado dentro de un tanque de metal al que se le había sellado la tapa. Luego se comprobó que la víctima había sido capturada por cuatro delincuentes, entre ellos, un exsocio suyo en la firma. Justamente, el tanque que contenía el cuerpo estaba ubicado en la casa del principal sospechoso que no había alcanzado a cobrar los seiscientos mil dólares que habían exigido de rescate a la familia del cautivo finalmente asesinado.

El Central finalmente publicó en su edición del día después al hallazgo del cuerpo de Daniel Palma un recuadro que repasó brevemente los resonantes casos de Los Rugbiers, Los Poliladrones y el economista Novak, Gutiérrez; el constructor Ospina; y el metalúrgico Martínez. Y, además, a la nota principal la acompañó una infografía con estadísticas judiciales sobre este tipo de delitos antes y después de la última restitución del sistema democrático en el país.

Si bien se trataba de información sobre hechos ocurridos décadas atrás, estos fragmentos de la historia servían para ejercitar la memoria, en especial, del lector. En ese sentido, sin contar los secuestros extorsivos que terminaron en asesinatos o en la desaparición forzada de personas producto del Terrorismo de Estado, la infografía reflejó la siguiente evolución de casos:

Durante los setenta, la mayoría de los secuestros tuvieron un móvil claramente político. El promedio anual fue de cincuenta y tuvo sus picos entre 197 y 1979.

En los ochenta y principios de los noventa, la cantidad de secuestros extorsivos descendió considerablemente, a la vez que se transformaron en delitos cometidos por especialistas que apuntaron contra profesionales exitosos y ricos para conseguir altas sumas de dinero.

En este período, los casos se repitieron más esporádicamente y hasta hubo años en los que no se produjo ninguno. De todos modos, el promedio anual durante los ochenta fue de cuatro y en la década siguiente de tres.

Mientras que desde que había comenzado el nuevo milenio, los secuestros extorsivos sumaban más de doscientos, aunque se diferenciaban de los ocurridos en los períodos anteriores por haber sido cometidos por bandas conformadas por delincuentes comunes, cuyo único objetivo era conseguir dinero a cualquier costo y sin importar demasiado la condición económica de sus víctimas.

Por su parte, Federico comenzó aquel miércoles cenando con Soledad. Luego de cursar y exponer exitosamente su trabajo práctico, los novios habían decidido salir a pasear un rato y concurrieron a su restorán preferido, ubicado en un cruce de dos avenidas en pleno corazón de la Villa Universitaria. Aprovechando que dado el horario no había otros comensales en el salón, el joven trató de pensar en nada y disfrutar del aroma a oliva y parmesano que despegaba en finas hebras de vapor desde su plato de

agnolottis mediterráneos, mientras que su novia se dedicó a teñir repetidamente sus labios de un violáceo malbec.

-Cambiá esa cara, nene –Soledad posó su copa sobre el blanco mantel.

-Bueno, ¿qué querés? Mi jefe se re calentó y mañana seguro lo voy a pagar caro
-respondió él, con media hoja de albaca a medio masticar dentro de su boca.

-Una cosa es estar mal por lo del chico secuestrado. Lo entiendo. Pero no tiene sentido hacerte mala sangre por tu jefe porque todos los jefes son así, en cualquier trabajo. Si trataran bien a sus empleados, no serían jefes.

-Ya sé. Pero vos no lo conocés. Es un obsesivo y, encima agrandado, cuando de Policiales no sabe nada. Pide notas que cualquiera de los otros que sí entienden del tema saben que son prácticamente imposibles de hacer. Decí que entre los editores está Ramiro que sabe mucho y le pone ciertos límites.

-Y para eso están. Para que cada uno haga su trabajo.

-El punto es que no se puede opinar distinto porque el jefe se pone como loco y empieza a discutir de mal modo, descalificando al otro. Un soberbio de mierda, ¿entendés?

-Te repito, él es el jefe y los que laburan con él se la tienen que bancar. Así que olvidate.

-Y no solo es agrandado y autoritario, también es chupa medias porque cuando vino uno de los chetos secretarios de redacción a armar una campaña en contra del Gobierno de la Ciudad porque le molestaba ver indigentes cuando salía a correr alrededor de los lagos del bosque, Leopoldo sabía que era cualquiera, un capricho discriminatorio, y no dijo nada, al contrario, se lo festejó.

Soledad casi ni miró a su novio mientras él hablaba y terminó de cenar en silencio hasta que le dijo a su novio que quería irse a dormir temprano. Pagaron la cuenta a medias y salieron a la calle desierta, donde ella se despidió hasta la mañana siguiente y tomó un taxi para llegar lo más rápido posible a su casa.

Tras la despedida, Federico se fue hasta la parada de colectivos y abordó el primer micro que pasó, el cual iba vacío, por lo que el cronista se recostó en el asiento doble adelante para que el chofer lo tuviera dentro de su campo visual en caso de que se quedara dormido. Es que en una oportunidad, también en una noche que salió muy tarde del diario, el joven se había despertado adentro de un ómnibus cerrado y estacionado en el garaje de la terminal cabecera, por lo que había tenido que salir del vehículo por una ventana para poder regresar a su casa. Esta vez, por las dudas, Federico también le

indicó al colectivero hasta dónde se dirigía y luego se dejó caer contra el respaldo, con los ojos cerrados; sin embargo, el conductor no lo dejó descansar ya que se sentía aburrido y buscaba conversar con alguien.

“¡Qué jodida está la calle, eh! Terrible lo que le pasó a ése pibe”, dijo el colectivero en referencia al Caso Palma. Ante lo cual, el pasajero solitario asintió y apoyó su cabeza contra la ventana, sin importar que se golpeará intermitentemente contra el borde metálico inferior del marco.

Faltaban dos cuadras para que Federico llegara a su parada cuando subió el inspector, quien inmediatamente reconoció al pasajero ya que siempre hacía el mismo recorrido en el turno noche. “Qué tarde que andás por acá, Fede. Tené cuidado que hay mucha bronca en la calle por todo lo que está pasando con la inseguridad”, opinó el “chancho”, a lo que el chico solo atinó a saludarlo levantando su mano derecha, como si estuviera respondiendo a un maestro que pasaba lista.

Al descender de colectivo, el joven comenzó a recorrer los ciento cincuenta metros que faltaban para llegar a su domicilio y en el camino advirtió que cada inhalación era como una avispa kamikaze impactando contra su pecho. Lo que no sabía aún era que el calor se había concentrado en San Antonio.

Una vez adentro de su casa, Federico encontró a su padre sentado en el rústico sillón de dos plazas, construido en algarrobo y adornado con unos almohadones con una cubierta de lona. Roberto había depositado el vaso de whisky en el ancho apoya brazo de madera y miraba la televisión con suma concentración.

El hijo saludó a su papá desde la cocina que estaba separada del living por una arcada. Frente al sillón donde estaba echado el dueño de casa había una mesa ratona, también de algarrobo y en la que el hombre apoyaba sus pies cubiertos por unas gruesas medias de lana, y al costado de esta se veía la mecedora de mimbre en la que los miembros de la familia solían turnarse en sus ratos libres para leer en silencio y a la luz de una lámpara ubicada justo al lado.

Federico se acercó a su padre y descubrió que este miraba el noticiero de la medianoche de uno de los canales de aire que transmitía en vivo y en directo los graves acontecimientos que se sucedían en San Antonio. Allí, la oscuridad cómplice era únicamente aplacada por las llamas que emergían de los neumáticos arrojados en las principales calles, del interior de la propia comisaría y de varios vehículos estacionados en los alrededores de la misma.

En poco más de mes, más de dos mil policías habían realizado cerca de mil doscientos allanamientos en busca de Daniel Palma, pero con resultados negativos, por lo que ciertas personas no pudieron contener su bronca ante semejante frustración e inoperancia extrema.

Los incidentes habían comenzado alrededor de las veintiuna, cuando un grupo de unos veinte jóvenes marchó hacia el frente de la seccional al grito de “¡Justicia! ¡Justicia!”. Estos manifestantes se concentraron en la calle, justo frente a la única entrada de la comisaría para evitar que los veinticinco efectivos que había adentro salieran de allí a reprimirlos con sus armas cargadas con postas de goma, las cuales se habían vuelto obligatorias luego de los asesinatos de dos manifestantes cometidos por personal de la fuerza durante un sangriento operativo anti tumulto ocurrido un par de meses antes en el puente del distrito rocanegrense *El Viaducto*, en el acceso sur a la Capital Nacional.

Mientras que en San Antonio la situación se descontroló en pocos minutos ya que se fueron sumando más manifestantes, cada vez más enfurecidos y que gritaban “¡asesinos!” a los policías parapetados detrás de las dos ventanas de la comisaría que daban a la calle. Este segundo grupo de revoltosos colocó un pasacalle que rezaba: “Pena de muerte para los culpables”

La violencia se desató por completo cuando los manifestantes más descontrolados arrojaron las primeras pedradas contra la sede policial, desde donde hubo algunos disparos con las postas de goma para tratar de dispersar a los agresores. Pero esta acción, lejos de lograr el objetivo buscado, derivó en que los jóvenes reaccionasen contratacando con una lluvia de piedras, palos y distintos elementos contundentes, algunos de ellos envueltos en llamas, que impactaron como pequeños meteoritos contra el frente de la seccional.

Cerca de las veintitrés, los manifestantes eran más de cuatrocientos y prendieron fuego y volcaron un Fiat Uno estacionado en la puerta de la comisaría, donde los efectivos seguían a resguardo y esperando las órdenes de sus superiores para actuar.

El jefe de la Departamental Sur, *Carlos Smart*, dispuso entonces el envío de personal de la Guardia de Infantería para controlar los incidentes, pero ordenó al resto de los efectivos que permanecieran en el interior de la comisaría y sin reprimir. Cuando llegaron los refuerzos en dos camionetas de la fuerza, los policías formaron un escudo humano en la puerta de la seccional, por lo que los manifestantes debieron retrasar su

posición y dispersarse. Y en esa maniobra atacaron dos patrulleros que habían quedado estacionados en las inmediaciones y sin ocupantes, y los incendiaron.

Los problemas continuaron cuando el personal de Infantería avanzó por la calle disparando las postas de goma y gases lacrimógenos, y se generó un espacio en su retaguardia que fue aprovechado por los jóvenes más exaltados, que bramaban “yo sabía que a Palma lo mató la Policía”, para ingresar a la seccional y prender fuego las cortinas de una de las oficinas de la que sustrajeron una computadora que luego destrozaron a palazos en la vereda.

“¡Esto pasó por culpa del hijo de puta del jefe de calle! ¡Ése trabaja para los secuestradores!”, exclamó un muchacho de unos dieciocho años, al que apenas se le podía ver su rostro debajo de la capucha de su buzo, en referencia al sargento *Mariano González* y delante del micrófono de uno de los pocos periodistas que se había atrevido a acercarse hasta la entrada de la comisaría.

A partir de la intervención de Infantería, los incidentes se trasladaron a unos doscientos metros de distancia de la seccional, entre la calle en la que se ubicada la sede policial y la avenida principal del distrito, justo donde funcionaban los principales comercios.

Allí, los manifestantes rompieron todos los carteles de señalización vial que luego utilizaron como “lanzas” para perforar las vidrieras de los locales, en especial, el de un negocio de venta de indumentaria deportiva del que varios chicos fueron vistos salir con bolsas de ropa y cajas de zapatillas.

Al advertir los saqueos, unos diez efectivos abandonaron inmediatamente la comisaría de San Antonio para tratar de controlar la situación, pero cuando llegaron hasta los comercios atacados ya no quedaba nada: ni manifestantes ni mercadería.

En la pantalla del televisor de Roberto se repetían estas imágenes al tiempo que el presentador de noticias recordaba que tras la confirmación de que la víctima había aparecido asesinada, el gobernador Solís adelantó que iba a presentar un proyecto en la Legislatura rocanegrense para desdoblar la cartera de Seguridad y Justicia en dos ministerios y, a su vez, crear una Jefatura de Gabinete para la provincia.

“José Luis Casino, ministro de Justicia y Seguridad provincial, aseguró que no va a renunciar a su cargo y que él, personalmente, se pondrá al frente de la investigación para encontrar a todos los culpables de este horrendo crimen. También habló de un posible complot político-policial contra su gestión. Esta postura fue respaldada públicamente por el propio gobernador Solís, quien lo consideró su mejor ministro.

“Por su parte, el presidente Ernesto Dauden se reunió en el Ministerio de Justicia y Seguridad de la Nación con los titulares del Ejército y de la Armada, tras lo cual decidió que los militares no debían intervenir y que la Policía Nacional iba a colaborar con la de Roca Negra.

“El primer mandatario está cada día más acorralado y sin respuestas. Ya lo han acusado de ordenar a las fuerzas de seguridad nacionales reprimir las diversas y sucesivas protestas sociales, en una de las cuáles y sin ir muy lejos en el tiempo, dos jóvenes fueron asesinados por la Policía en El Viaducto. Cabe recordar que este doble crimen atroz, si bien sucedió en territorio provincial e involucró a efectivos de ese distrito, derivó en que el presidente decidiera adelantar seis meses la elección de su sucesor prevista para el año siguiente. Sin embargo, esta maniobra parece no haber liberado la presión y las críticas en su contra no ceden”, concluyó el periodista televisivo.

Luego de escuchar el comentario sobre las repercusiones políticas del Caso Palma y ver simultáneamente la ya denominada “Pueblada de San Antonio”, Federico miró a su padre:

-Esto se caía de maduro. La inseguridad ya es tremenda.

-Me parece que más allá de esta tragedia y de la crisis en la que estamos inmersos, el gobierno y los medios están confundidos o se hacen los confundidos sobre el concepto de inseguridad y transmiten un mensaje equivocado –indicó Roberto bajando los pies de la ratona y apoyándolos en el suelo.

-¿Por qué lo decís?

-Porque se vincula la inseguridad con lo estrictamente policial y judicial. Y, en realidad, es un problema que hay que abordar principalmente desde la educación y el trabajo –el padre del cronista se despegó del respaldo del sillón-. Ni siquiera mejorando únicamente los índices económicos van a encontrar una solución mágica.

-Pero desde hace mucho tiempo que la Policía y la Justicia no están actuando para nada bien.

- ¡Ojo! Yo no estoy defendiendo a los policías ni a los jueces. Solo digo que pensar que son los únicos responsables es un grave error que nos aleja de la solución del problema.

-Entiendo.

-A lo que apunto es a que el mensaje debería ser que la solución a la inseguridad radica en tratar de evitar que se cometan los delitos y no conformarse con castigarlos de

la manera más dura posible. Porque muchas veces, cuando la Policía y la Justicia intervienen, por más bien que lo hagan, el hecho ya está consumado y no hay vuelta atrás.

-Pero así funciona el modelo –Federico se sentó sobre el apoya brazo del sillón en el que su padre seguía sentado con las piernas flexionadas y la espalda hacia delante-. ¿Qué hacemos entonces?

-Si lo supiera sería presidente. O gobernador –Roberto palmeó a su hijo en el hombro-. En mi humilde opinión, un modelo exitoso de seguridad ciudadana se basaría en una educación de calidad para los más chicos, trabajo digno para los adultos y mucha, pero mucha prevención.

-Suena perfecto, pero debe ser difícil lograrlo. Por algo no lo hacen.

-No estoy diciendo que sea fácil, pero tampoco veo a nadie intentándolo. Ni siquiera es un tema de discusión en el Congreso, en los medios ni en las calles. De un lado están los gobiernos de turno a los que solo les importa hacer negocios lo más rápido posible y no dedican su tiempo a las políticas de largo plazo. Y del otro está la gente común, que ni siquiera les demanda a los funcionarios que ellos mismos eligen que implementen esas políticas porque están más preocupados por llegar a fin de mes.

-Es como un círculo vicioso.

-Exacto. Y hay que tratar de romperlo.

-Pero es así en todo el mundo. Son las reglas del juego.

-Lo sé. Lo sé. Aunque cada vez estoy más convencido de que este país es uno de los países más materialistas del planeta y que el único código que maneja hoy en día es el dinero.

-Ya estás sonando como el abuelo, ja.

-Mmm..., no sé. Mi papá es bastante más individualista.

-Bueno, mejor no sigas con tus clases de Ciencia Política –Federico se levantó del sillón y se alejó del mismo-. Ya me quedó claro y estoy de acuerdo.

-Ok. Lo único que quiero decirte es que, más allá de cómo funciona el sistema, no tenés por qué actuar como la mayoría de la gente que te rodea. Si en el ambiente periodístico, por ejemplo, se manejan mal en estos temas, vos hijo acordate que la voluntad de cambiar para mejorar siempre parte de uno.

- ¡Otra vez con lo mismo! Ya me lo dijiste mil veces, pá. Es muy tarde y no estoy para aguantar tus discursos.

-Está bien, está bien –el hombre sonrió y sintonizó otro canal que lo ayudara a cambiar el tema de conversación por algo más relajado y divertido, mientras que Federico comenzó a caminar hacia su habitación-. Pará. No te vayas. Contame cómo te fue en la facultad con el trabajo que tenías que presentar

-Por suerte me fue bien –Federico volvió sobre sus pasos y se dirigió a su padre-. Creo que voy a poder promocionar la materia al final de cuatrimestre.

- ¡Qué raro! -bromeó Roby, quien luego se levantó de su asiento para ir a servirse otro trago.

Al ver que su padre seguía despabilado y con intenciones de acostarse tarde, Federico bostezó fuerte y se despidió de él para irse a dormir. Y apenas el joven apoyó la cabeza en la almohada se desmayó.

Desafortunadamente, Federico no tenía muchas horas por delante para descansar y cuando despertó, febo seguía escondido y lo primero que hizo él fue encender el televisor, cuya pantalla lo encandiló con su brillo artificial que rompió con la oscuridad como un rayo entre las nubes de tormenta.

En un breve *zapping*, el joven advirtió en todos los canales de noticias seguían transmitiendo desde San Antonio, donde el centro comercial y la comisaría habían quedado prácticamente destruidos. Ya no había fuego, solo humo y cenizas, tampoco quedaban manifestantes en las calles ennegrecidas, solo vecinos conmocionados que sentían un profundo dolor y mucha bronca por el crimen de Daniel, aunque no justificaban los daños y desmanes.

En ese marco desolador, el dueño del local de indumentaria deportiva que había sido saqueado no pudo contener el llanto delante de la cámara ya que le habían robado todo lo que tenía y lo desesperaba pensar cómo iba a hacer a partir de entonces para mantener a su familia. “Esto es tierra de nadie”, señaló el comerciante, mientras barría los vidrios rotos sobre la vereda de su negocio.

Por su parte, el comisario Smart confirmó que se habían detenido a seis jóvenes como acusados de haber participado de los incidentes y saqueos a comercios, y prometió hacer el mayor esfuerzo posible para tratar de recomponer la relación entre la Policía y los vecinos del distrito. El jefe policial se encargó de remarcar la diferencia entre los manifestantes comunes y los que produjeron los destrozos, y a estos últimos los calificó de “vándalos inescrupulosos”.

Smart también precisó que a raíz de los incidentes, uno de los policías de la comisaría sufrió un infarto, por lo que debió ser hospitalizado, y otros once efectivos

presentaban heridas por cortes y traumatismos producto de las pedradas, pero ninguno de ellos padecía lesiones de consideración.

Después de escuchar estos testimonios, Federico apagó el televisor y sin desayunar, y con un nudo en la garganta, se fue a la Facultad porque ese día tenía que cursar por la mañana. Casi no habló del tema con Soledad y apenas terminó la clase, cerca del mediodía, partió directamente hacia el diario. Pero antes de pisar la redacción almorzó a solas en el comedor.

Luego, al arribar a la oficina se sorprendió al ver que ya estaban todos los periodistas de la sección reunidos. Es que Leopoldo los había citado más temprano que lo habitual para organizar el trabajo que tenían por delante. El jefe les pidió por favor que no esperasen a que les llegaran las “cajas” con el “blanco” diseñado por los diagramadores para empezar a redactar. “Escriban antes, así van ganando tiempo, sino cerramos las páginas muy tarde y llegamos aún más tarde a impresión”, fue la indicación/orden.

Por su parte, Federico no tuvo tiempo ni de acomodarse en una de las pocas sillas libres alrededor de la mesa en la que se producía la reunión ya que el jefe apenas lo vio llegar le solicitó que fuese cuanto antes a cubrir el velatorio de Palma. Así que el joven partió nuevamente hacia San Antonio dado que la cochería donde despedían los restos del adolescente secuestrado y asesinado estaba ubicada cerca de la casa de la familia de la víctima.

Era una funeraria conformada por dos salas velatorias, una detrás de la otra, por lo que tenían entradas independientes en ambas paredes laterales. La construcción de ladrillo a la vista se había situado en la parte delantera de un terreno que era más largo que ancho y contra uno de los costados, por lo que el predio había quedado dividido en dos: la parte cubierta, de un lado, y un jardín paralelo, del otro. Este espacio carecía de plantas con flores y los maceteros estaban bastante pelados. De esta manera, las decenas de jóvenes que asistían al velatorio utilizaban los bordes de esos cajones de material rellenos de tierra como asientos.

Mientras tanto, los dueños de la funeraria habían dispuesto ante la gran cantidad de asistentes que las dos salas las utilizase la familia Palma. Así, la de adelante se empleó con un hall de recepción que a través de una puerta corrediza se conectaba con la otra donde se encontraba el ataúd, cerrado y rodeado de múltiples coronas. De hecho, había flores enviadas hasta por el presidente y el gobernador.

Poco después de su arribo, el cronista observó que ambas salas ya estaban repletas, pero aún no habían llegado los padres de Daniel, por lo que intentó tomar alguna declaración de los amigos, compañeros de escuela y/o vecinos de la víctima. Pero no tuvo mucho éxito ya que, además de llorar una muerte absurda e injusta, los chicos allí presentes repudiaban los incidentes que habían ocurrido durante la noche anterior.

Era un momento en el que costaba diferenciar si era la frustración o el dolor el sentimiento que prevalecía en aquella escena que quebraba todo lo que tocaba. “Me quiero ir a la mierda”, se dijo Federico por lo bajo, aunque sabía muy bien que no podía hacerlo. Entonces llamó a su novia desde el celular del diario. Por esos días pensaba en comprarse uno propio, pero cada vez que estaba a punto de hacerlo se daba cuenta de que no lo necesitaba ya que durante sus jornadas laborales tenía un aparato gratis y los fines de semana utilizaba el de Sole o los hijos.

-Boluda, esto es un garrón. No se puede estar. No aguanto más -se descargó Federico con la voz entrecortada y los ojos húmedos y enrojecidos apenas escuchó a Soledad del otro lado de la línea.

-Bueno, Fede, ¿qué vas a ser? Es el trabajo que te tocó. No te queda otra.

-Ya sé, pero vos no estás acá y no sabés lo difícil que es.

-No, no lo sé. Pero sí sé que si no hacés tu trabajo, tu jefe te va a matar y después soy yo la que te tiene que aguantar. Además, yo también tengo quilombos de laburo. Todos los tenemos.

-Me mata la idea de que nosotros dos somos apenas unos años más grandes que este pibe.

-Y sí, es imposible no identificarse con él. A mí me pasa algo parecido.

- ¿Cómo?

-Pienso en todas esas charlas que tuvimos sobre el caso, preguntándonos dónde podía estar secuestrado, mientras yo pasaba todos los días por al lado de ese basural de mierda cada vez que iba y venía del estudio jurídico.

-Es cierto. Igual, todavía no se sabe cuándo lo mataron y lo tiraron ahí.

-Por lo que estuve leyendo, el cuerpo estaba bastante descompuesto. Así que pasaron varios días hasta que lo encontraron.

- ¡Qué desastre! Es tremendo este caso.

-Gajes del oficio. Les pasa a todos, así que...

-Bueno, no te molesto más. Solo te llamé para sentirme un poco mejor – interrumpió el cronista antes de que su novia terminase recurriendo a su típico y habitual “no te quejes”.

-Todo bien.

-Te mando un beso.

-Otro.

- ¿Nos vemos a la noche?

-No creo. Tengo que estudiar.

-Listo. Chau, Sole.

-Chau, Fede. Cuidate.

“Qué al pedo la llame”, susurró el joven apenas cortó la comunicación y luego se fue a sentar a uno de los canteros junto a un grupo de jóvenes, entre los que se encontraba Lorena, la amigovia de Daniel, que estaba acompañada por otros chicos del colegio. Ella lo reconoció y lo saludó con un beso en la mejilla, entonces él pudo obtener las primeras declaraciones. Zafé, pensó Federico y siguió anotando datos de color para hacer una completa descripción del lugar y el ambiente.

Al caer la noche, cuando ya estaban presentes los móviles de todos los noticieros del horario central, arribaron los padres de Daniel e ingresaron a una sala velatoria colmada y con sus pequeñas ventanas empañadas.

José y Estela no hicieron declaraciones ante las cámaras apostadas en el ingreso y se abrieron paso por una especie de pasillo delimitado por dos largas filas de personas que se iban formando a ambos lados. Al llegar hasta el pie del cajón, el hombre rompió en llanto. Era la primera vez que lo hacía en público. Antes, siempre había mantenido una apariencia tranquila y calma. Pero ahora se había quedado sin fuerzas y atinó a abrazarse a su mujer.

-Fuerza, papi. ¡Fuerza! -le dijo Estela, quien parecía más entera, al tiempo que él dejaba caer su cabeza sobre el hombro de su esposa y sus más allegados los rodearon para darles apoyo.

-No lo pude rescatar ¿Entendés? ¡No lo pude rescatar!

-No es tu culpa, papi.

Aquellas personas que circundaban el ataúd no pudieron contener las lágrimas al escuchar esas duras palabras. La gran cantidad de gente presente en aquella habitación había convertido el aire en un gas irrespirable, por lo que el cronista, que había intentado infructuosamente acercarse a los padres de Daniel, decidió salir a la puerta de

la casa velatoria, ubicada frente a las vías ferroviarias. Las mismas vías que había recorrido Pepe para ir a pagar el rescate que terminó siendo inútil, sobre todo, cuando los forenses determinaron posteriormente que Daniel había sido asesinado apenas dos días después de haber sido capturado, mucho antes de que los secuestradores cobraran el dinero para liberarlo.

“Al final, yo tenía razón. Palma fue víctima antes que Castro”, le diría Leopoldo a Gabriel, cuando este escribió de manera exclusiva sobre los resultados complementarios de la autopsia al cuerpo de Daniel. En aquella oportunidad, Gabo no le respondió a su jefe porque si lo hacía iba a tener que aplicarle directamente una trompada en el rostro. Así que siguió escribiendo, al tiempo que Facundo y Ramiro solo intercambiaron unas miradas y continuaron con sus respectivas tareas.

A este tipo no le entran balas, pensó Gabriel, cuyos gruesos dedos golpeaban con furia el teclado de su computadora.

A su vez, el jefe de la sección no volvió a realizar comentario alguno respecto del tema y encendió un cigarrillo, sin importarle que en la redacción estuviera terminantemente prohibido fumar, excepto en la sala donde funcionaban las máquinas de café y *snacks*, que era tan diminuta que resultaba un espacio insuficiente para los adictos a la nicotina.

VI

Alejandro Márquez caminaba detrás de una pared de “cabezas de tortuga”, cómo se le decía al personal de Infantería, por los angostos y sinuosos pasillos de la villa El Motorcito, lindante con el basural donde habían hallado el cuerpo de Daniel Palma. Este asentamiento, además de rodear aquella inmundicia, se prologaba durante varios kilómetros por la banquina oeste de la autopista. Era temprano y el sol apenas se filtraba entre las construcciones con paredes de madera y cartón corrugado, y techos de chapa, y rebotaba en los cascos de los efectivos que acababan de llevar a cabo una serie de allanamientos que ellos mismos calificaban de “exitosos”.

Alejandro era un par de años mayor que Federico, con quien había ingresado a la redacción del Central simultáneamente y en el marco del mismo programa de pasantías. Sin embargo, el primero de ellos había sido asignado al turno mañana, más precisamente a la guardia de la Secretaría de Redacción. Esto implicaba que estaba a las órdenes de cualquiera de las secciones que debían cubrir hechos en las primeras horas del día. A diferencia de Federico, Alejandro ya se había recibido como periodista y estaba en el final de la carrera de Filosofía y Letras, por lo que su estilo y nivel de escritura era excelente. Los dos compañeros habían entablado una buena relación, en el marco de la cual, el primero de ellos envidiaba la calidad de redacción del otro y por ello terminó adoptando el uso permanente del diccionario, no solo para evitar errores ortográficos, sino también para encontrar sinónimos que enriquecieran los textos.

El cronista de guardia era un joven de mediana estatura, tez morena, pelo morocho, corto y peinado con raya al costado, lo que le daba una imagen de hombre mayor. Para su mala suerte, en la secretaría casi siempre lo enviaban a cubrir las marchas de distintas organizaciones de desocupados que, desde que la crisis había estallado en el último diciembre, cortaban el tránsito prácticamente a diario en distintos espacios públicos de la región metropolitana en reclamo de alimentos y trabajo. El gobierno nacional y el provincial habitualmente respondían a esas demandas con planes sociales que apenas servían para cubrir las necesidades básicas, aunque resultaban altamente efectivos para calmar los ánimos y, al mismo tiempo, cooptar potenciales votos.

Federico se lo cruzaba a Alejandro en algunos almuerzos cuando el segundo de ellos regresaba de cubrir esas manifestaciones. “Estoy harto de que manden a esas notas porque después no terminan publicando ni una línea”, se quejaba el cronista de guardia.

Sin embargo, en una sola oportunidad, esa tarea frustrante se convirtió en una experiencia cercana a la muerte cuando se produjo la denominada “represión del puente del Viaducto”.

Había ocurrido a fines de junio, cuando un grupo de desocupados cortaron dicho puente que funcionaba como una de las principales vías para comunicar la provincia de Roca Negra con el extremo sur de la Capital Nacional. Como la protesta se prolongó durante varias horas, pasado el mediodía se montó un amplio operativo con fuerzas nacionales del lado del Rosedal y la policía provincial del otro. La orden (nunca se supo bien de quién partió) fue liberar el puente, pero lo manifestantes se resistieron a abandonar el lugar, por lo que se originó un violento enfrentamiento.

Los que habían iniciado la protesta debieron dispersarse en sentido a provincia y a su paso destruyeron todos los comercios y vehículos que se cruzaron en el camino, entre ellos, el remís del diario en el que se movilizaba Alejandro, quien debió resguardarse en un hospital cercano ya que los manifestantes incendiaron y volcaron ese auto del alquiler.

Al llegar a la estación de trenes del Viaducto, un grupo de policías provinciales encerró a los supuestamente más revoltosos y los redujeron a los tiros. El problema fue que a los efectivos se les acabaron las postas de goma y algunos de ellos utilizaron balas de plomo que acabaron con la vida de dos de los manifestantes, *Marcelo Kubistic* y *Damián Sánchez*, quienes cayeron muertos en el lugar, delante de una multitud de pasajeros y una gran cantidad de reporteros gráficos que lograron captar en imágenes el momento en que las víctimas yacían baleadas sobre charcos de sangre en el hall de la terminal ferroviaria.

A partir de este episodio, Alejandro comenzó a cubrir más hechos policiales y su motivación mejoró. Cuando el viernes 30 de agosto Gabriel le pasó el dato de que a la mañana siguiente la policía rocanegrense iba a realizar un mega operativo para detener a los sospechosos del caso Palma, el cronista le respondió que estaba encantado de poder cubrirlo y así lo hizo.

Poco después del mediodía del sábado 31, Alejandro dejó El Motorcito y apenas regresó a la redacción comenzó a comparar la información que había recabado con la publicada en los cables de las distintas agencias de noticias, en especial, los de la *Agencia Estatal de Noticias (AGEN)*, en la que trabajaban algunos amigos de Gabriel y la esposa de Facundo.

Las últimas novedades precisaban que en los procedimientos, realizados por unos tres mil efectivos en distintos puntos del sur metropolitano, habían sido detenidas un total de diecisiete personas, entre ellas, los acusados de haber participado de manera directa del secuestro y homicidio del adolescente Palma.

También fueron detenidos el remisero Amador y dos policías de San Antonio, uno de ellos, el tan nombrado sargento González, quien fue aprehendido por la declaración de un testigo de la causa que lo involucró en el robo de la moto que había sido utilizada en el cobro del rescate.

Apenas finalizaron los allanamientos, el comisario mayor Casáis brindó una conferencia de prensa en la sede de la División Sur de la Brigada Antisecuestros en la que aseguró que entre los detenidos estaban los autores materiales del secuestro y homicidio de Palma, al tiempo que intentó desvincular del caso al personal policial duramente cuestionado.

El jefe Casáis precisó que los principales sospechosos habían sido apresados en el interior de la villa, donde los ladrones de autos habitualmente iban a desguazar los vehículos sustraídos, aunque tanto ellos como los que manejaban el desarmadero no residían en el lugar. Cuando los efectivos fueron a realizar los allanamientos por la causa Palma, algunos de ellos fueron agredidos a pedradas e insultados por ciertos habitantes del asentamiento cada vez que se llevaban detenido a un sospechoso.

Algunas versiones señalaban que dos de los acusados admitieron su participación en el hecho al momento de su captura, a lo que el comisario Casáis aclaró que las supuestas confesiones ante la Policía no tenían valor para la causa si no eran ratificadas o rectificadas ante la Justicia.

Y añadió que por los pasillos del asentamiento había sido capturada una mujer, conocida como "*La colorada Sarita*", quien se sospechaba era una de las personas que cuidó de la víctima durante el cautiverio.

Por su parte, al llegar al diario, Federico advirtió que Alejandro seguía chequeando la cablera y lo vio exhausto pero contento, aunque no sabía la nota que le había tocado cubrir a su compañero. Cuando se enteró, Fede sintió que a él le habría gustado estar presente en los operativos, pero no hubiera podido porque tenía que ir cursar a la Facultad.

-¿Cómo te fue Ale? -el recién llegado a la redacción se sentó al lado de su compañero.

-Hola galleguito. Todo bien, por suerte -respondió Alejandro, cuyos ojos se turnaban entre enfocar la pantalla de la PC y unas hojas lisas y blancas escritas a mano y depositadas todas sueltas en la carpeta de cartón que habitualmente llevaba consigo a todos lados. Así trabajaba él: sin un típico anotador anillado y rara vez un grabador.

-Esta vez no te corrieron a los tiros, ¿no?

-Más o menos. En uno de los allanamientos, los policías se llevaron preso a un chico de no más de veinte años y salieron como setenta personas de las casillas vecinas a defenderlo, y desde los techos tiraban piedras y palos.

-¡Uf!

-Encima, en la casilla de este chico estaban los padres y tres hermanitas que le gritaban que se quedara tranquilo, que ellos y todo el barrio lo apoyaban porque sabían que los policías no tenía ninguna prueba.

Luego, mientras Alejandro escribía su informe y Federico seguía enterándose de más detalles de los operativos, Leopoldo se acomodó en su escritorio y de inmediato le indicó al primero de los cronistas que se tenía que encargar de la nota central, en la que debía desarrollar solamente cómo se habían producido las detenciones, y que también hiciera un recuadro con la conferencia de prensa de Casáis y otro con la investigación y las pruebas que había contra cada acusado. En tanto, a Federico le pidió que llamara a los padres de Palma para hacer una nota sobre lo que opinaban de las detenciones.

Al oír aquellas indicaciones, el rostro de Alejandro se tornó blanco como la hoja del procesador de texto que se veía en la pantalla de su computadora y, desencajado, miró a su compañero, quien le dijo con resignación: “Pasa que vos no trabajás todas las tardes con este tipo.”

Sin embargo, cuando Gabriel arribó poco después a la oficina le dijo al jefe que él mismo se iba a encargar de la nota sobre la investigación y las pruebas, por lo que Alejandro respiró algo más aliviado, no mucho, porque su nota central iba a abrir el diario del día siguiente y debía escribir como ciento veinte líneas con un material que no era insuficiente pero sí escaso para una crónica de esa extensión. Pero la decisión ya la habían tomado Leopoldo y los secretarios de redacción.

Entonces, Gabriel le sugirió que primero escribiera el recuadro de la conferencia de prensa de Casáis y después esperase a que Federico terminara el suyo para agregar un párrafo de cada uno a la crónica principal y así poder alcanzar la mayor cantidad de líneas posibles.

-Che, galle, acá terminé la nota sobre Casáis, ¿la querés leer a ver qué te parece?
-pidió Alejandro a su compañero al ver que este cortaba por décima vez el teléfono sin haberse podido comunicar con los Palma.

Es que todos los periodistas del país querían hablar con ellos y tanto la línea fija como el celular de José estaban ocupados permanentemente.

Federico advirtió que Alejandro había utilizado un recurso muy inteligente para esos casos en los que el espacio en blanco sobraba: el de las preguntas y respuestas. Así, se podía leer una consulta por un balance de la investigación, ante la cual, Casáis consideraba que habían “fracasado” por no haber rescatado con vida a la víctima, aunque destacaba la detención de “los indubitables responsables del hecho”. Y, además, opinaba que, desde el punto de vista policial, el caso estaba “totalmente esclarecido”.

Esos tramos del recuadro le gustaron a Federico y se lo manifestó a su compañero para que se quedara tranquilo y pudiese terminar con la nota central. Luego, Gabriel les pasó a ambos su nota sobre la pesquisa para que utilizaran los datos que considerasen más pertinentes.

De acuerdo a la reconstrucción que habían hecho los investigadores citados por Gabriel, Daniel Palma había estado cautivo en una casa del distrito *El Naranjo*, lindante con Los Indios pero ubicado más al sur, a una menor distancia de Roca Negra Capital. Allí, la víctima habría reconocido a uno de sus captores, por lo que éstos decidieron matarlo y para tales fines lo llevaron dopado hasta una vivienda cercana al basural donde finalmente se encontró el cuerpo del adolescente.

En esa segunda casa, los pesquisas sospechaban que uno de los secuestradores, apodado “*Pipo*” y el único imputado que permanecía prófugo, tomó un cuchillo de cocina y llevó a la víctima, junto por lo menos dos de sus cómplices, hasta la montaña de basura donde le aplicó al adolescente siete puntazos en el cuello, a la altura de la nuez de Adán, y tres en la espalda. La víctima aun agonizaba en el suelo cuando sus asesinos cubrieron su cuerpo ensangrentado con más residuos para que no fuera visto fácilmente.

De acuerdo a los investigadores, Pipo era amante de La colorada Sarita, por lo que se sospechaba que además de ser el autor material del homicidio había cuidado de la víctima junto a la mujer durante el breve cautiverio. De todos modos, esto último no tenía por el momento demasiado fundamento.

Otro de los imputados era “*El Japonés*”, quien, siempre según las fuentes de la investigación consultadas por Gabriel, habría sido el vecino de San Antonio que actuó como “entregador” y al que la víctima reconoció durante su cautiverio.

De acuerdo a la principal hipótesis de la Policía, este imputado se dedicaba principalmente a entregar robos a sus cómplices de Los Indios, conocidos como “*Cholo*”, “*Pelado*” y “*Martín*” (también apresados) y éstos hacían lo mismo con los de San Antonio para así evitar ser identificados por sus víctimas, aunque no siempre funcionaba dicha táctica.

Federico terminó de leer los principales párrafos de la nota de Gabriel y volvió a marcar el número telefónico de la casa de los Palma y esta vez lo atendieron. Fue Estela la que del otro lado le habló sobre las novedades del caso.

-Señora Palma, soy Federico Alem del Central. Disculpe que la moleste, pero quería saber su opinión sobre las detenciones que se concretaron hoy.

-Creo que ya era hora, ¿no? Cuando empecé a golpear las puertas pidiendo ayuda, mi hijo todavía estaba vivo. Pero me lo devolvieron muerto, en una bolsa, como un perro de la calle.

-Entiendo.

-La investigación falló. No importa lo que diga ahora la Policía. Igual, confío en que algún día se sepa toda la verdad.

-¿Qué medidas cree que deberían tomarse para evitar que se repitan estos hechos?

-Los políticos tienen que poner mano dura porque estos delincuentes, que ni siquiera son delincuentes, sino animales, no merecen vivir -respondió con la voz entrecortada.

En ese momento se produjo un alto en la conversación y Gabriel, quien estaba al lado del joven desde el comienzo de la misma, le dijo por lo bajo que repreguntara si ella conocía a algunos de los detenidos.

-Estela, disculpe que insista, pero ustedes, ¿conocen a alguno de los detenidos? Porque la Policía dice que un joven renombre apodado El Japonés era de su barrio y aparentemente fue el entregador de Daniel.

-Nunca escuché hablar de él. Dani conocía a muchos chicos y siempre me contaba con quien andaba. Así que me acordaría de un apodo como ése, ¿vio?

-Bueno Estela, le agradezco que me haya atendido, como siempre. Espero que siga habiendo buenas novedades. Hasta luego.

-No, gracias a ustedes por preocuparse.

El cronista cortó la comunicación satisfecho pero a la vez saturado, así que utilizó en el título del recuadro la frase que tanto pretendía el jefe de la sección: “Pena de muerte”

Una vez terminada, le pasó el texto a Alejandro para que este pudiera redondear la nota central. Seguidamente, a pedido de Leopoldo, se dispuso a redactar la cronología del caso. En realidad, era media cronología ya que la primera parte se había publicado el día que encontraron el cuerpo de la víctima, por lo que ahora debía retomar desde ese punto hasta las detenciones.

Esa reconstrucción de los principales sucesos del caso comenzó con el jueves 15 de agosto, cuando cientos de personas participaron de la inhumación de los restos de Daniel en un cementerio privado de Los Jardines. Allí, la madre de la víctima exigía que el crimen de su hijo no quedara impune como tantos otros. Por su parte, el comisario general Casáis descartaba una participación policial en el hecho y se mostraba optimista de que todos los responsables terminarían detenidos.

El viernes 16, los investigadores difundieron el identikit de uno de los sospechosos que participó de la captura de la víctima. Se trataba de un hombre de unos treinta años, mediana estatura, cabello negro y corto, y de tez oscura. Paralelamente, los pesquisas admitían que la principal hipótesis apuntaba a que Daniel había sido asesinado porque reconoció a uno de sus secuestradores. Mientras que Galíndez, el primer detenido, declaraba ante la Justicia que tres policías de la comisaría local, entre ellos el sargento González, habían participado del hecho y que él solo había sido un testigo presencial de la captura. En tanto, una testigo de identidad reservada daba los nombres del resto de los acusados.

Tres días más tarde, el presidente Dauden y el gobernador Solís anunciaron la creación de un Comité de Crisis con autoridades del Rosedal y Roca Negra para combatir la inseguridad en la región metropolitana y el envío mil policías nacionales a territorio provincial. Por su parte, *Alberto Sorondo*, jefe de la policía de Roca Negra, adelantaba que en las siguientes 48 horas se iban a librar distintas órdenes de detención.

El martes 20, el fiscal federal del distrito de Roca Negra, *Cristian Dante*, pedía que el sargento González sea imputado e indagado por el secuestro y homicidio de Daniel junto a Galíndez y otros tres sospechosos identificados como “NN Pelado”, “NN Cholo” y “NN Martín”. Sin embargo, el juez de la causa, César Fernández Pereyra,

rechazó el pedido respecto del efectivo por considerar que las pruebas eran insuficientes.

Al día siguiente, el fiscal Dante señalaba públicamente que existían suficientes elementos para sospechar de una banda formada por integrantes organizados, probablemente policías o expolicías, y marginales de la zona metropolitana.

Y el viernes 24, el Comité de Crisis informaba que en lo que iba del año se habían cometido en la provincia de Roca Negra ciento setenta secuestros extorsivos y solo nueve en El Rosedal, incluidos los denominados “expres”. Respecto de los hechos en la Capital Nacional, siete casos habían sido esclarecidos, mientras que a nivel provincial solo la mitad estaban resueltos.

Una vez que terminó la cronología, Federico se la mostró Gabriel, quien le dijo que estaba “bien”, pero que había quedado un poco larga. Sin embargo, cuando se la entregó al jefe, este quedó satisfecho.

De esta manera, alrededor de las dieciocho, todo el material estaba listo y, por fin, Alejandro se pudo retirar tras una jornada laboral de más de diez horas.

Finalmente, la nota central del Caso Palma abrió el diario en su edición del domingo y la crónica continuaba en las páginas interiores de la sección donde el texto fue ilustrado con una fotografía en la que se veía a los policías llevando del brazo a un joven esposado y con la cabeza cubierta por una campera deportiva hacia un patrullero, mientras varios chicos, parados en el barro junto a la puerta de una de las precarias casillas de la villa los miraban pasar...

VII

El camión del Servicio Penitenciario de Roca Negra (SPRN) ingresó en los tribunales de la Capital Provincial por el portón lateral del viejo edificio judicial enteramente pintado de blanco, situado en la cima de unas larguísimas escalinatas y con una galería delantera adornada por unas firmes y robustas columnas corintias. La entrada principal estaba ubicada sobre la avenida semipeatonal, mientras que los vehículos se estacionaban en una calle lateral bastante transitada y con un bulevar en el medio que separaba ambas manos.

Mariano Carrizo, de veinticinco años y apodado “Cholo”, descendió del camión con su cabeza rapada cubierta por la campera deportiva que vestía al momento de ser detenido unas sesenta horas antes en Los Indios. No tenía demasiado sentido ocultar su rostro ya que era tarde y estaba oscuro, además de que en el edificio judicial ya no había casi nadie.

El sospechoso había estado previamente en esos tribunales el mismo día de su captura y junto a los otros 16 sospechosos cuando todos ellos se negaron a declarar ante el juez Fernández Pereyra. Pero esa misma noche, mientras permanecía alojado en los calabozos de la Brigada de Investigaciones Sur, había decidido hablar y por ello solicitó, por medio de su defensor oficial, una nueva entrevista ante el magistrado, que accedió lo antes posible a ampliar el acto de su indagatoria.

El imputado entró a la oficina del juez esposado, ya sin la campera deportiva cubriéndole la cabeza y custodiado por dos efectivos del SPR, uno de cada lado. El magistrado, con décadas en el Poder Judicial y, sobre todo, en el área penal, era un hombre pelado, salvo por algunos cabellos blancos amontonados sobre sus orejas y arriba de la nuca. Al ver entrar al acusado, Fernández Pereyra acomodó el saco de su impecable traje negro y se sentó a escuchar lo que el acusado tenía para decir. A su derecha se colocó en otra silla el fiscal Dante, quien era varios años menor que el juez y lucía una cabellera un poco más abundante y de un gris oscuro e intenso, el cual habitualmente llevaba peinado “a la gomina”.

El representante del Ministerio Público transmitía una imagen recia, acentuada por sus rasgos físicos; sin embargo, esa mañana los músculos de su cara se habían relajado ya que el juez acababa de firmar el auto de procesamiento con prisión preventiva que le había solicitado para el primer apresado en la causa, Galíndez, a quien había considerado “partícipe necesario” del delito de “secuestro extorsivo en concurso

real con homicidio agravado con ensañamiento y alevosía como para ocultar otro delito o bien para procurar la impunidad para sí o para otros”.

“Ya habíamos querido secuestrar el pibe unos dos meses antes, cuando estaba en la puerta de su casa con unos amigos, pero se nos escapó cuando lo fuimos a agarrar”, arrancó Carrizo, quien con ese dato terminó por confirmar lo que ya había declarado José Palma y los dos amigos de Daniel que estaban junto a la víctima al momento de esa fallida captura. Las dudas de los investigadores sobre este antecedente radicaban en por qué la familia del adolescente no lo había denunciado en su momento o bien, la Policía no quiso investigarlo.

Carrizo, a cuya izquierda contó con la muda presencia de su defensor oficial, indicó que las tareas de inteligencias las había realizado El Japonés, por orden de un tal “Charly” ya que el primero de los dos vivía en el mismo barrio que los Palma y podía seguir mejor que nadie los movimientos de la familia en su casa y sus alrededores.

-¿Dónde planearon el secuestro? -preguntó el fiscal mientras los secretarios del juzgado no paraban de tipear ni por un momento en sus máquinas de escribir que habían llevado hasta la oficina del juez ya que eran más fáciles de mover hasta ése lugar que las computadoras personales que incluían un manejo de cables, un monitor pesado, el teclado, la CPU, el *mouse* y, hasta en algunos casos, una impresora grande.

-En la casa de El Pelado. Estábamos yo, él, Charly, La colorada Sarita y Pipo -respondió el detenido.

-Cuándo usted nombra al Japonés, el Pelado, Charly, La colorada Sarita y Pipo, ¿se refiere a los acusados en esta misma causa identificados como *Lucas Shimauta*, *Diego Pizarro*, *Ceferino Rodríguez*, *Sara Pistone* y *Cristian Gatti*, respectivamente?

-Respectivamente quiere decir en ese mismo orden en que los nombró -susurró el defensor oficial cerca del oído del acusado, quien asintió en el acto y luego respondió tajante:

-Sí.

-Continúe.

Entonces, Carrizo prosiguió con su relato, mientras que su defensor permaneció casi todo el tiempo con la cabeza gacha y la mirada fija en el piso, y contó que el día de la captura Charly llevaba puesto un chaleco antibalas similar a los utilizados por la policía rocanegrense, lo que coincidía con la declaración de los testigos presenciales del momento del secuestro y del propio remisero Amador.

Según el acusado, el plan era que antes de ir a secuestrar a Palma debían robar un auto, por lo que alrededor de las cinco y treinta abordó el Volkswagen Senda blanco de Charly junto a Pipo y Martín, y sustrajeron un Fiat Siena rojo a un hombre que salía de su casa de Los Jardines y al que sus dos cómplices amenazaron con sendas pistolas 9 milímetros. Luego, Carrizo dijo que él continuó viaje en el Senda, en tanto que los otros dos lo hicieron en el Siena robado.

-El Martín al que usted está haciendo referencia -interrumpió el fiscal Dante-, ¿se trata del imputado *Esteban Balbuena*?

-Sí, doctor, es ése.

Tras esa segunda interrupción Carrizo indicó que se reunieron con los dos vehículos en la casa de Shimauta, a un par de manzanas del domicilio de los Palma. Allí permanecieron alrededor de una hora hasta que partieron él, Pistone y Balbuena en el Senda; y Gatti, Pizarro y Rodríguez en el Siena. Por su parte, Shimauta se quedó en la vivienda y luego se encargaría de ir a quemar el auto robado y utilizado en la captura.

De acuerdo a la confesión, tras concretar el secuestro, Carrizo esperó en la puerta de la vivienda a bordo del auto a que llegara el otro vehículo, del que Pizarro y Rodríguez descendieron junto a la víctima y abordaron un Renault 11 estacionado en el lugar y que pertenecía a la banda, mientras que Gatti se pasó al Senda. A bordo de estos últimos dos vehículos, los captores finalmente huyeron hacia una casa ubicada cerca de la estación de trenes del Naranjo, que era propiedad de Rodríguez y en cuyo frente tenía un alambrado que Pistone corrió para poder pasar.

Al escuchar este tramo de la indagatoria, el juez Fernández Pereyra cruzó una mirada con el fiscal Dante, quien asintió ligeramente con la cabeza. Es que la Justicia ya contaba con los resultados del entrecruzamiento de llamados telefónicos y de los peritajes de voz efectuados sobre las primeras dos comunicaciones extorsivas que recibió la familia Palma media hora después de la captura y que coincidían con el registro de Rodríguez y con la zona geográfica donde estaba ubicada la casa de este.

Carrizo añadió que adentro de esa vivienda permanecieron en un primer momento al cuidado de la víctima Balbuena y él, bajo las órdenes de Rodríguez, quien autorizó al primero de ellos a salir a comprar comida y carbón para encender un fuego ya que la casa estaba abandonada y no tenía gas ni electricidad.

El imputado describió el mencionado inmueble e indicó a los investigadores cómo llegar al mismo, y cuando los efectivos lo inspeccionaron posteriormente comprobaron que en el interior hacía mucho frío y no había luz artificial.

-¿Qué ocurrió en las siguientes horas? -preguntó el fiscal Dante, quien seguía haciendo anotaciones con una lapicera en un cuadernillo cuadriculado y con espiral.

-A la tarde, Charly le pidió al pibe que le pasara un número de teléfono de un vecino que viviera cerca de su casa. Lo anotó en un papel y a la noche llamó dos veces, la primera para avisar que fueran a buscar al padre del chico porque en cinco minutos volverían a llamar y tenía que hablar con él.

-¿A qué hora se produjeron estas comunicaciones, aproximadamente?

-No me acuerdo. Calculo que a eso de las nueve, nueve y media.

Perfecto, pensó el fiscal, quien tenía acreditado los llamados al vecino de los Palma a las veintiuna y veinte. Sin embargo, en su posterior indagatoria, el propio Rodríguez se declararía inocente y si bien admitiría que la casa del Naranjo era suya, negaría que allí haya estado cautivo el adolescente Palma. También terminaría por revelar que conocía a Carrizo, pero aclarando que este nunca estuvo presente en su inmueble.

Pero Carrizo fue muy contundente respecto de su cómplice al momento de la confesión. Dijo ante el juez y el fiscal que Charly hasta les entregó a Balbuena y a él tres pastillas para dormir que tenían que suministrárselas a la víctima.

-¿Y ustedes les dieron esos somníferos? -preguntó Dante.

-Sí. Uno la primera noche del secuestro, otra a la tarde del segundo día y la tercera a los dos días. La última la pidió el propio pibe porque decía que de esa forma se le pasaba más rápido el tiempo.

Por esta razón fue que Daniel Palma no se resistió al momento de ser asesinado y arrojado al basural de Los Indios. “¿Qué me van a hacer? Mi viejo no tiene la plata que ustedes piden ¿Cuándo me van a dejar ir?”, precisó Carrizo que la víctima repetía al final de su cautiverio, durante el cual, el acusado dijo que no solo lo “empastillaron”, sino que también le dieron de comer yogurt, fiambres y ravioles.

Pero el fiscal y el juez estaban más interesados en ese tramo de la indagatoria de Carrizo que en los datos que este podía aportar sobre las negociaciones del pago del rescate con el padre de la víctima.

En ese sentido, el acusado contó que en el segundo día de cautiverio, Charly llegó a su casa del Naranjo y le dijo a Balbuena y a él que en la última conversación con el padre del chico secuestrado el hombre le dijo que había podido juntar unos cinco mil pesos. Según el declarante, este y Balbuena manifestaron estar conformes con aquella suma pero Rodríguez, quien seguía movilizándose en su Senda, no estaba de acuerdo

porque pensaba que José Palma no quería entregar el dinero que ellos le pedían y que, por lo tanto, él mataría al adolescente.

Tras este contrapunto, Carrizo se fue junto a Charly a la casa de Pizarro, en Los Indios, donde ellos tres después se reunieron con Pipo y La colorada Sarita. Allí, Rodríguez volvió a insistir en que había que matar a la víctima.

Siempre según la versión de Carrizo, en esas circunstancias se produjo una acalorada discusión ya que él, Pistone y Pizarro se oponían al plan, a lo que Charly tomó un cuchillo de la cocina y a bordo del Renault 11 de Gatti regresó con este hasta El Naranjo, donde Balbuena había quedado solo al cuidado de Daniel.

De acuerdo al imputado confeso, la víctima fue cargada en el auto y trasladada hasta el frente de la casa de Pizarro, donde Charly bajó al chico del vehículo tomándolo de los hombros y lo condujo abrazado junto a Pipo y Martín hasta el interior del Senda.

-¿Cómo se encontraba la víctima cuando la vio en ese momento? -intervino el fiscal.

-Caminaba como borracho, por las pastillas.

-¿Y seguía con los ojos vendados?

-Ahí ya no -respondió el imputado pasándose el dedo índice por la nariz para quitarse la mucosa.

-Prosiga.

Carrizo señaló que Rodríguez, Balbuena y Gatti se fueron junto a la víctima en el Senda y en dirección al basural ubicado en las inmediaciones, y que regresaron a la casa de Pizarro un rato después a bordo del mismo vehículo pero ya sin Palma y con las manos y ropas manchadas con sangre, sobre todo Charly, por lo que los tres cómplices se cambiaron las prendas de vestir por otras que había en la vivienda y las sucias las quemaron en el fondo del terreno.

“Esos tipos estaban re locos, zarpados en merca y escabio. Entonces, yo, Sara y El Pelado dijimos que no daba matar a una pobre criatura inocente y que tampoco queríamos cobrar la plata. Ellos decían que nos había visto las caras, pero el pibe no iba a hablar ni en pedo”, aseguró el acusado y concluyó que después del hecho Pipo, Charly y Martín se encargaron de cobrar el rescate y se repartieron el dinero entre ellos tres solamente porque los demás miembros de la banda eran “unos giles que se cagaron en el compañerismo”.

Luego de confesar toda la secuencia del caso, el imputado dijo que ya era suficiente y pidió terminar con la indagatoria, a lo que accedió el juez Fernández

Pereyra, quien dispuso que el preso quedase alojado en la Alcaidía de los tribunales en vez de la sede policial en la que estaban los otros detenidos por razones de seguridad dado que cuando estos se enterasen de que Carrizo los había delatado, su vida corría serio peligro.

Mientras el fiscal Dante charlaba con el magistrado y los secretarios del juzgado en uno de los pasillos donde funcionaba la máquina expendedora de café sonó el celular del instructor de la causa que reconoció de inmediato el número entrante. “Llámeme en cinco, por favor”, le dijo a su interlocutor y, acto seguido, se apartó del resto de los presentes.

A los cinco minutos, Gabriel volvió a llamar al fiscal desde la redacción del Central y esta vez Dante lo atendió, como siempre lo hacía con el periodista.

-Doctor, disculpe que lo llame tan tarde, pero quería preguntarle si se había producido alguna novedad respecto de las indagatorias de los detenidos -arrancó Gabriel, quien ya había hablado con el fiscal cerca del mediodía sobre el procesamiento de Galíndez.

-Sí, Cabrera. Finalmente el imputado que había pedido declarar se quebró y confesó todo.

-Carrizo, ¿no?

-Efectivamente –respondió el fiscal, quien después hizo un breve, pero detallado, repaso de la reciente indagatoria.

Así fue que la cabeza de la nota pasó de informar sobre la prisión preventiva del primero de los detenidos por el caso a la confesión de Carrizo y de estar ubicada en el cuerpo del diario a ocupar directamente a la tapa del mismo. Y en el segundo párrafo de la crónica Gabriel colocó la información de que el expediente había sumado ese mismo día un detenido más: un vendedor de teléfonos celulares que se presentó ante la Policía luego de que los efectivos allanaran la casa de su esposa y le notificaran que estaba imputado en la causa. Este sospechoso declaró de manera voluntaria que él no tenía nada que ver; sin embargo, quedó preso e incomunicado.

El periodista también escribió un recuadro con declaraciones del abogado defensor de Galíndez que adelantaba que iba a apelar el procesamiento de su cliente luego de que terminaran las indagatorias de los últimos detenidos ya que consideraba que tarde o temprano iban a aportar más datos. Y no se equivocó.

Además, hubo otra nota secundaria redactada por Federico, quien habló nuevamente con Estela de Palma, que le dijo que ella creía que los detenidos durante el

fin de semana no eran todos los responsables del crimen y que alguien estaba encubriendo algo.

“No le creo al comisario Casáis cuando dice que el caso está resuelto. Para mí, estos detenidos son unos simples ladrones de gallinas, nada más, sin ninguna organización para cometer un secuestro así”, opinó la mujer y agregó: “Encima ahora dicen que el sargento González no está preso por el asesinato de Dani, sino por el robo de una moto.”

Por su parte, Gabriel logró que sus fuentes policiales le dieran la dirección exacta de la casa donde había estado cautivo Daniel en El Naranjo, por lo que su siguiente nota sobre el caso fue una visita a dicha vivienda, aunque solo pudo hacer una descripción desde el exterior ya que los policías la habían encintado y no se podía entrar a la misma.

Se trataba de un chalet de una planta y muy deteriorado. Apenas se podía advertir debajo del verdín que las tejas en algún momento habían sido coloradas, mientras que las paredes que solían ser blancas eran cruzadas verticalmente por serpenteantes lazos oscuros de humedad. En tanto, los vidrios de las ventanas de madera enmohecida estaban pintados con aerosol negro.

El inmueble estaba situado en el centro de un terreno cuadrado cubierto por un pasto alto. A la construcción se accedía por una puerta, también de madera, ubicada en el frente y en cuyo umbral comenzaba una vereda de dos hileras de baldosas que rodeaba toda la casa.

El predio lindaba con medianeras en el fondo y a ambos lados, y lo custodiaba un alambre frontal que se abría y cerraba desde unos de los costados donde se enganchaba a un poste de baja altura. No había portón peatonal ni para vehículos, tal y como había descrito el imputado Carrizo en su indagatoria.

La vivienda, sin numeración, estaba del otro lado de la calle que bordeaba las vías del tren y a unas diez cuerdas de la estación ferroviaria del Naranjo, justo a mitad del recorrido de la línea que unía El Rosedal con Roca Negra Capital.

De acuerdo a los vecinos consultados por Gabriel no se habían visto movimientos extraños en el lugar y estimaron que la casa estaba abandonada desde hacía unos cinco años, aproximadamente. Aunque los habitantes del barrio no descartaron que los actividades de la banda se hayan producido de noche, cuando casi nadie podía percatarse de lo que sucedía allí.

De hecho, nadie lo hizo, ni siquiera la custodia policial del Palacio Municipal por el que los secuestradores debieron pasar sí o sí para llegar a la casa de Pizarro y el basural, en Los Indios, ya que no había otro camino para hacerlo.

VIII

Loreley Zucker apoyó su bolso naranja sobre su escritorio de la sección Política del Central sin dejar de hablar por su teléfono celular, el cual se enredaba en los largos mechones de pelo lacio y morocho que ella misma se corría frenéticamente hasta detrás de su oreja con la mano que no sostenía el aparato. Quizás tenía que ver con que terminaba la semana o faltaban dos días para la llegada de la primavera, pero lo cierto era que la mujer, además de su colorido bolso, llamaba la atención vistiendo un trajecito rojo y debajo del saco una remera violeta que hacía juego con sus sandalias. La periodista siempre llevaba pantalones de vestir y no jeans, vestido o pollera, tal como lo hacía la mayoría de sus compañeras del diario que rondaban los treinta y cinco años, como ella.

Federico pasó por al lado de Loreley cuando regresaba de la cafetería y vio cómo cortaba la comunicación telefónica y caminaba detrás de él, en dirección a Información General. El joven miró rápidamente sobre su hombro y continuó su paso hasta su escritorio. Al sentarse y volverse hacia la mujer advirtió que esta charlaba con Ramiro. Los dos estaban parados y reían, al tiempo que la mujer apoyaba su mano derecha en el antebrazo del mismo lado del hombre y colocaba su boca cerca de oído del editor para que nadie escuchara lo que le decía.

-Che, Gabo, ¿qué onda Ramiro con la chica de Política? -preguntó Fede a su compañero, quien estaba sentado a su lado escribiendo una nota sobre un fallo judicial que confirmaba la prisión perpetua para dos exmiembros de la banda de Los Poliladrones condenados por el caso Novak de 1986 y también por el secuestro extorsivo de empresario del calzado Ricardo Klagerbund, quien había sido capturado en 1988 y desde entonces permanecía desaparecido, a pesar de que su familia había pagado el rescate.

-¿Por?

-Por nada en especial. Como el otro día Ramiro vino a la redacción con sus hijos me preguntaba si estaba casado.

-Se separó hace unos años de la madre de los chicos y hace unos meses que está saliendo con Loreley. Pero no digas nada porque la conducción del diario no está de acuerdo con la relación entre dos empleados.

-¿En serio?

-En serio. Como verás, esta empresa es muy particular.

-Me doy cuenta.

-¿Y vos Galleguito? ¿Sabés si te van a renovar el contrato a fin de mes?

-Ni idea. En Recursos Humanos me dijeron que ellos me avisaban, pero hasta ahora nada. Y estaba pensando en preguntarle a Leopoldo a ver si él podía hacer alguna gestión.

-Preguntale, para sacarte la duda. Vos y Ale trabajaron muy bien y se lo merece.

-Pero...

-Y... la realidad es que en el diario es muy difícil que te contraten de manera efectiva. Bah, hoy por hoy, en todo el país es así. Cualquiera empresa está con la misma política.

-Cierto.

-Cambiando de tema. Recién hablé con el fiscal Dante y me dijo que van a hacer una inspección ocular en el basural donde encontraron a Palma y que puede ir la prensa. ¿Querés ir?

-Sí, dale.

-Va a estar el juez, el detenido confeso y los padres de la víctima. Andá y proponélelo a Leopoldo, así quedás bien y seguís sumando porotos.

-Joya ¡Gracias!

El joven cronista le comentó la idea al jefe y este no dudó en enviarlo a Los Indios a cubrir la nota que parecía iba a ser interesante ya que los padres de la víctima estarían por primera vez cara a cara con uno de los miembros de la banda que había secuestrado y asesinado a su hijo.

Por entonces, de los diecisiete detenidos que habían sido apresados en el mega operativo realizado tres semanas antes solo quedaban presos el Carrizo, Rodríguez, Pistone, Balbuena, Pizarro y Shimauta, ya que el juez Fernández Pereyra, basándose en los dichos del primero de ellos, había decidido liberar por falta de pruebas al resto, incluyendo a los dos policías y al remisero Amador.

El magistrado también había adoptado el mismo temperamento con el denominado “bolsero” de los teléfonos celulares que había sido apresado dos días después que los demás sospechosos.

Es que para el juez había bastado con la confesión de Carrizo y los demás elementos de prueba reunidos anteriormente en el expediente para dictar el procesamientos con prisión preventiva de los seis principales imputados como

“coautores” del hecho, excepto Shimauta, a quien consideró, tal como lo había hecho con Galíndez, como “partícipe necesario”, es decir, un rol con menor responsabilidad.

Mientras tanto, el presidente Dauden había puesto en funciones una Comisión de Seguridad Nacional conformada por especialistas en la materia con el objetivo de realizar reformas legislativas y endurecer las penas para los casos de secuestros extorsivos.

Por su parte, el ministro Casino había resuelto que unos dos mil policías que estaban asignados a la custodia de funcionarios, dirigentes políticos, legisladores y jueces dejarán de cumplir esa función y salieran a patrullar las calles de toda la provincia, especialmente, la región metropolitana.

El aire frío del invierno estaba en franca retirada, por lo que las nuevas temperaturas convertían el basural de Los Indios en un ambiente poco agradable a raíz del calentamiento de los gases. Hasta resultaba contradictorio como en un mismo cuadro se podía apreciar un cielo celeste, limpio y reluciente, de un lado; y un terreno deforme, sucio, hediondo y opaco, del otro. Al frente de la caravana, compuesta principalmente por funcionarios judiciales y policiales, iban el juez, el fiscal de la causa, el Cholo Carrizo (esposado, con casco y chaleco antibalas) y la custodia de este. Más atrás, separados por un cordón de efectivos, José y Estela Palma.

Federico, al igual que el resto de los periodistas, iba entre los últimos de la fila que se asemejaba a una expedición de legionarios que subía y bajaba por las laderas de una montaña inhóspita ubicada en algún rincón desconocido del planeta.

El basural tenía un solo ingreso oficial: un camino de tierra que atravesaba El Motorcito con una tranquera cerrada con candado y un cartel que rezaba “Propiedad Privada”. No contaba con ningún alambre perimetral ni un puesto de control. Nada más que desechos.

Durante la inspección ocular, los investigadores determinaron a partir de los dichos de vecinos que al momento del crimen de Palma la tranquera con el candado estaban rotos, por lo que los secuestradores no tuvieron ningún inconveniente en ingresar al lugar en un auto.

Los pesquisas caminaron hasta el sitio exacto donde habían encontrado el cadáver de la víctima y los peritos volvieron a tomar fotografías del lugar e, incluso, uno de ellos llevó una videocámara para captar los movimientos y el audio de la diligencia.

En un momento dado, con la basura pasando los tobillos, uno de los expertos divisó una cadenita plateada en el suelo y la recogió. Luego se la mostró al juez, que tomó el objeto y lo colocó delante de Carrizo, quien agachó la cabeza con resignación.

El magistrado le preguntó al detenido si reconocía la cadenita y Carrizo respondió afirmativamente, tras lo cual, volvió a bajar la cabeza.

-¿Y el cuchillo? -inquirió Fernández Pereyra.

-Creo que lo tiraron en la basura, doctor.

Entonces, el juez ordenó que retiraran al acusado del lugar y que, en cambio, pidieran a los padres de Palma que se acercaran. Luego, dispuso que los policías y bomberos rastrellaran entre los residuos en busca del arma homicida.

Por su parte, el matrimonio Palma apenas observó la cadenita de cerca no dudó en afirmar que la misma había pertenecido a su hijo.

Después del reconocimiento positivo, los periodistas tuvieron la oportunidad de dialogar con el jefe policial a cargo del operativo que les contó los resultados de la diligencia, mientras el juez y el fiscal evitaron las cámaras, grabadores y micrófonos; y pudieron entrevistar a los padres de la víctima.

Estela contó que la cadenita que acababan de encontrar se la había regalado a su hijo una vecina muy creyente y que Daniel nunca se la sacaba. La mujer, entre lágrimas, también aprovechó el momento para seguir reclamando la pena máxima para quienes habían matado a su hijo adolescente y aclaró que ella no creía que el caso estuviera cerrado, sino que había otros involucrados aún no identificados y que seguramente habían tenido de cómplices a algunos malos policías.

Poco después, la comitiva de investigadores se trasladó varias cuadras hasta la casa de Pizarro, que había quedado abandonada tras la detención del acusado y ahora no era más que un rancho de cuatro chapas a punto de derrumbarse al suelo o directamente salir volando ante la siguiente tormenta de vientos huracanados que solían afectar la zona en época de sudestada.

Esta vez, los pesquisas inspeccionaron el lugar solos, sin la presencia de los familiares y la prensa, mientras que Carrizo señaló entre los yuyos del pequeño patio trasero un montículo de residuos carbonizados donde los supuestos autores materiales del homicidio habían quemado su ropa ensangrentada. Entonces, los peritos se dispusieron a rastrellar ese sitio delante del propio juez, aunque al final no encontraron ningún rastro de interés para la causa.

Federico, en tanto, a partir de los datos suministrados por las fuentes policiales y los testimonios de Estela, no tuvo inconvenientes en regresar al diario satisfecho y redactar una nueva crónica sobre el caso, a la espera de que no fuera la última.

Cuando terminó la nota aún era de día, por lo que el cronista decidió salir un rato de la redacción para cambiar el aire. Caminó las cinco cuadras que separaban el diario de la *Plaza Rosa* y al pisar aquel patio andaluz advirtió que los miles de ejemplares de la especie que le daba el nombre al lugar estaban floreciendo. Los ojos del joven se regocijaron con ese paisaje de colores apasionados cuya gama también abarcaba naranja, amarillo, borgoña, negro, azul y blanco. ¿Cuánto tiempo va a durar así?, pensó Federico recordando que si algo había demostrado la historia de la principal plaza de la nación era que a las pobres rosas las arrancaban y pisoteaban, y las volvían a reponer permanentemente en un derrotero de sinsentidos.

El cronista continuó su paso por la plaza hasta el frente de la Casa de Gobierno y permaneció parado de frente al edificio, el cual tenía un mal aspecto y no solo porque necesitaba una buena mano de pintura, sino también porque aún estaba enrejado todo su perímetro a la altura de la vereda para resguardarlo de aquellos manifestantes dañinos, como los que el año anterior habían arrojado todo tipo de elementos contundentes y realizado pintadas ofensivas en sus paredes para reclamar por la grave crisis económica y financiera.

El joven llegó hasta el cordón de la vereda y aprovechando que no había demasiada presencia policial se paró allí, con la espalda apoyada en la reja y miró hacia adelante, a la plaza que aquel día estaba tranquila y solo era ocupada por el tránsito peatonal que subía y bajaba de colectivos, y entraba y salía de las bocas de la terminal cabecera de una de las líneas de subterráneos.

De pie y con la vista al frente, Federico notó que el diario estaba ubicado cinco cuadras hacia la derecha de la Casa de Gobierno, en sentido norte. Luego giró la mirada hacia la izquierda y sintió ganas de caminar hacia el sur, para conocer un poco más de ese sector de la ciudad, pero no lo hizo porque debía regresar a la redacción. Así que este hijo del cercano oeste emprendió el regreso hacia su lugar de trabajo mientras anochecía y las luces naturales de las rosas se apagaban y comenzaban a encenderse las artificiales de la capital del país.

IX

Las calles del Rosedal presentaban un mayor tránsito peatonal y vehicular que cualquier otro domingo. No se trataban de personas que paseaban como cada fin de semana por la capital del país. No estaban relajados e iban de un lugar a otro en grandes cantidades. Apurados, como siempre, pero sin deambular, con un objetivo definido. Es que ese día se celebraban las elecciones nacionales que un año antes el presidente interino Dauden había decidido adelantar seis meses. Los comicios, por Ley, estaban previstos para octubre, pero la situación de la república necesitaba cambios urgentes y, como no se podía seguir esperando, se celebraron en abril. En ese marco fue que Federico había llamado a Soledad la tarde del sábado para saber cómo andaba después de casi tres semanas sin saber nada de ella. La chica le había pedido que no se comunicaran, aunque sea por un tiempo.

En cambio, él le propuso verse a la hora de la siesta del domingo, después de votar, en un territorio neutral como *La Feria del Libro*. Para el muchacho resultaba ideal ya que ambos querían ir a esa exposición desde que se había anunciado meses antes que no se suspendía por las elecciones. Y, además, con tanta gente preocupada por sus deberes cívicos, iba a haber menos visitantes en la muestra literaria, lo que la convertía en un plan aún más atractivo.

Fede y Sole se encontraron en uno de los ingresos a la Feria, pero en vez de ir directamente a recorrer los diferentes *stands* se acomodaron en una de las mesitas plásticas con sombrillas y sillas del mismo material ubicadas en un sector del jardín del centro de exposiciones. Tomaron café, charlaron y disfrutaron del tibio sol otoñal, observando como avanzaba un ejército amarillo que se había desprendido de los árboles como paracaidistas de la Fuerza Aérea y que ya habían copado la superficie del terreno formando un colchón vegetal.

-¿Cómo vas con la tesis? -preguntó ella mientras encendía su primer cigarrillo rubio.

-Bastante bien. La parte teórica ya la tengo terminada. Y estoy yendo todos los días a la Biblioteca Nacional para la parte práctica.

-¿Y qué información buscás ahí? -Soledad parecía inquieta, tal vez, por la combinación de la cafeína y la nicotina.

-Más que nada testimonios publicados en los diarios de la época -Fede intentó bajar la intensidad de la charla con un tono suave y pausado-. ¿Y vos con tu tesis?

-La verdad que la tengo un poco abandonada. Prefiero darle más tiempo a Derecho. Cuando termine el cuatrimestre, si no me quedó ningún final para dar, capaz que la retomo. Igual, no tengo apuro.

-Ni tiempo.

-Es cierto. Sigo trabajando en el estudio jurídico, así que...

-Está muy bien -señaló Federico y luego bebió el último sorbo de su cortado, cuya temperatura ya se había mimetizado con la del clima exterior.

-¿Y estás buscando laburo?

-Poco y nada. Fui a un par de entrevistas que conseguí sin mucho esfuerzo. Solo eso.

-Ajá.

-La realidad es que estoy más ocupado en terminar la tesis. La quiero presentar a mitad de año, así me saco de encima la carrera.

-Está bien. Ya vas a encontrar algo. El trabajo en el diario seguro que te va a ayudar. Es un muy buen antecedente para el currículum.

-Ojalá.

-Vas a ver que sí.

Los dos jóvenes permanecieron unos instantes en silencio. Ella exhalaba largas bocanadas de humo hacia arriba de su cabeza que apuntaba en dirección a la entrada de la Feria. El primero miró hacia el otro lado, en dirección a la avenida, y después clavó sus ojos en el suelo, lejos de los de ella.

-¿Saliste ayer? -retomó Federico.

-No. Me llamaron las chicas, pero no tenía ganas. ¿Vos?

-Salí a tomar algo con los pibes, pero me volví temprano del bar. Ellos se fueron a bailar, creo.

-¿Y por qué no fuiste con ellos?

-Porque no tenía ganas. Últimamente me siento así. Bah, parecido a lo que te pasa a vos también. ¿O no?

-¿A quién votaste al final? -repreguntó ella apagando con su pie derecho la colilla en el pasto.

-Como me cambiás de tema, eh.

-Dale, ¿a quién votaste?

-El voto es secreto.

-Dejate de joder, Fede. Entre nosotros eso no cuenta.

-Bueno, ¿y vos a quién votaste?

-No hace falta que te lo diga, ya lo sabés.

-Seguro que votaste como en las elecciones pasadas: a un ex ministro de Economía defensor del modelo neoliberal, ¿cierto?

-Sí, ¿y? De esa forma estábamos mejor que ahora.

-Vos sí, muchos otros no.

-Ah, ¿y vos la pasaste mal?

-No. Pero eso no tiene nada que ver.

-¿Cómo que no tiene nada que ver?

-Y sí. Vos y yo somos ejemplos de una minoría. Nada más.

-Mirá, a mí no me da vergüenza a quien voté. Peor vos que no me lo decís para no admitir que votaste a un guerrillero con ideas que huelen a naftalina.

-No es así. Yo no soy un rosado, un milico ni un revolucionario.

-Igual, seguro que no votaste al Partido Rosa ni al Militar.

-Obvio. Sino, estaría defendiendo el mismo pasado que vos.

-Entonces tengo razón.

-No es blanco o negro, bueno o malo.

-¿Y cómo es entonces?

-No sé –Fede hizo una breve pausa, tragó saliva, tomó aire y prosiguió:- Por ejemplo, yo justifico la guerrilla que desembocó en la revolución de 1973, pero también admito que una vez instalado el gobierno democrático y legítimo por el que tanto habían peleado tendrían que haber dejado la lucha armada. Por más justificación que hubieran tenido antes, seguirla era una especie de venganza y, sobre todo, ilegal.

-El problema es que vos sos un reformista –Soledad negaba con la cabeza-. No estás de un lado ni del otro. Yo, por lo menos, admito a quien apoyo sin importar que me critiquen los pseudos progresistas de ahora –agregó con sorna y en referencia los seguidores del candidato presidencial *Norberto Klinec*, quien sostenía públicamente un discurso característico del *Movimiento Bordó* creado por su padre, el comandante *Milos Klinec*, quien había liderado la lucha armada revolucionaria contra la alianza entre los partidos Rosa y Militar que por entonces conducía desde hacía varios años un gobierno instaurado a través del fraude electoral.

Después de la denominada “*Revolución Bordó*”, en la que los guerrilleros se enfrentaron en la Plaza Rosa y durante casi una semana con las fuerzas de seguridad del aparato represivo estatal, el comandante Klinec, un díscolo del Ejército, fue elegido por

más de la mitad de la población como el presidente legítimo. Pero la alianza derrotada se reagrupó y aprovechando las internas del movimiento vencedor entre los democráticos y los más revolucionarios, dio dos años después un nuevo golpe militar derrocando a Klinec, quien murió posteriormente en el exilio.

Por su parte, su hijo Norberto, que ahora era un potencial presidente apoyado y promovido por el interino Dauden, proponía en su plataforma impulsar por primera vez en la historia los juicios por los crímenes cometidos durante el último gobierno de facto iniciado en 1975 y que había sembrado el terror durante nueve largos y tenebrosos años.

Federico, al advertir que la discusión se tornaba peligrosamente densa, propuso ir a recorrer la Feria, pero Soledad le dijo que prefería regresar a su casa. Él se ofreció a acompañarla para que no anduviese sola por la calle, pero ella accedió a que lo hiciera solo hasta la esquina de su domicilio. “Para mis viejos nosotros estamos peleados. Así que lo mejor es que sigan pensando eso. Si nos ven juntos se van a confundir y no tengo ganas de dar explicaciones”, indicó la joven, a lo que el muchacho no se opuso para no seguir alimentando las diferencias entre ambos.

De todos modos, ella le dijo de hablar en la semana para arreglar con anticipación y mejor organización una cita más apropiada, lo que calmó la ansiedad de Federico, quien emprendió el regreso a su barrio con algunas esperanzas.

Por eso, antes de llegar a su casa, el joven siguió una parada más y se desvió hasta lo de Esteban, quien ése domingo no jugaba en el club ya que había fecha libre por las elecciones. Cuando arribó a lo de su amigo, este estaba tomando unos mates con Nahuel, quien había ido a visitar a su novia.

Esteban vivía junto a su hermana menor y sus padres en una especie de cabaña urbana. El inmueble, que había sido construido por su padre y su abuelo, se trataba de un chalet de una planta, con techo a dos aguas y tejas coloniales rojas, mientras que todas las aberturas eran de madera. Incluso, las ventanas que deban al jardín delantero no tenían persianas plásticas, sino postigos de algarrobo. En el exterior, los ladrillos a la vista de las paredes habían sido barnizados con un *touch* de tintura oscura. Dentro de la vivienda, en cambio, los ladrillos estaban revocados y pintados de un amarillo pastel, que combinaba con el mobiliario, también de madera. El living comedor estaba dividido en dos: el sector lindante con la cocina, donde se ubicaba la mesa con seis sillas y el televisor; por un lado; y del otro, los sillones y la mesa ratona acomodados junto a la chimenea que funcionaba como una especie de separador del amplio ambiente. Al lado

del hogar se levantaba una repisa de caña en la que los dos hermanos depositaban el equipo de audio y decenas de CD's, casetes, libros y revistas de los más variados.

Esteban salió a recibir a Federico y apenas el visitante cruzó el portón de rejas de la entrada le avisó que en la casa estaba Nahuel. El recién llegado entró al living comedor y vio a la pareja sentada en el sillón de dos plazas y los saludó. Luego se sentó a la mesa en la que el anfitrión lo esperaba con la pava, el mate y unas galletitas integrales. "Para engañar el estómago hasta la cena", le indicó al huésped.

-¿Disfrutando de un domingo libre? -preguntó Federico mientras recibía el primer verde.

-Sí, ni hablar. Me levanté a las tres de la tarde y mi viejo me estaba esperando con el asadito. Después me tiré a dormir un rato la siesta y me desperté recién.

-¿Se acostaron tarde ayer?

-Y sí... Como a las seis y pico. Te lo perdiste.

-¿Tan bueno estuvo? -Federico devolvió el porongo al cebador.

-Estuvo re bueno. Con Mateo pegamos onda con un grupo de chicas muy copadas y estuvimos toda la noche con ellas.

-¿Y pasó algo?

-Yo unos besos y el número de teléfono. Mateo solo el tubo. Así que las vamos a volver a ver.

-¡Bien ahí!

-Che, ¿y vos que hiciste hoy? ¿La viste a Sole, al final?

-Sí. Igual, ni me hables.

-Uh, ¿y ahora qué pasó?

-Nada.

-¿Cómo nada?

-Sí, nada.

-¿Pero ella qué onda?

-No sé, Esti. Ni siquiera hablamos de nosotros, de la relación. Lo único bueno es que me dijo que la llamara en la semana para volver a salir.

-Te lo dije y te lo repito: no seas boludo. Es al pedo seguir hablando y viéndose si ella no tiene ganas de reconciliarse.

-Ya lo sé. Tenés razón, pero ¿qué querés que haga? -Federico dejó caer su cabeza en sus brazos apoyados sobre el mantel floreado y plastificado.

Nahuel había estado escuchando la conversación desde el sillón y en cuanto su novia se levantó para irse a dar una ducha se reunió con sus amigos alrededor de la mesa.

-Fede, sé que es difícil aguantársela, yo no pude cuando esta me dejó de una a los dos meses de noviazgo. Pero no te queda otra que tener paciencia. A mí me terminó funcionando –intervino Nahuel.

-Tiene razón. Hay que ser un poco más orgulloso. Hacerse el difícil. Sino, ella va a terminar haciendo lo que se le cante el culo y te va a hacer mierda -retomó Esteban incorporando a su cuñado a la ronda.

Mientras los tres amigos cambiaban de tema y miraban el noticiero deportivo, sonó el teléfono y Esteban se levantó a atender.

-Fede, es tu viejo.

El huésped, sorprendido, soltó el mate y tomó el aparato inalámbrico.

-¿Pá?

-Hijo, menos mal que te encuentro. Me imaginé que ibas a estar de Esteban.

-¿Qué pasó?

-Estoy en la clínica porque internaron al abuelo. Quería avisarte porque en casa no hay nadie.

-¡No te la puedo creer! ¿Y cómo está él?

-Aparentemente bien. No sería nada grave. Le hicieron unos estudios y ahora estamos esperando a los médicos a ver qué nos dicen.

-Bueno, bueno. Ya salgo para allá. Están en el policlínico, ¿no?

-Sí, el mismo.

-Ok.

Federico cortó con la mano derecha y con la izquierda se agarró los pelos. Antes de que sus dos amigos le preguntaran qué había ocurrido, les contó que habían internado al abuelo y que se tenía que ir ya.

-Yo te llevó. Estoy con el auto –ofreció Nahuel.

-Gracias.

-Vayan, vayan. Yo le aviso a mi hermana cuando salga del baño -sugirió Esteban, a sabiendas de que su amigo/cuñado había planeado quedarse a cenar con su familia política.

“Cuando estás en la mala racha, viene una pálida atrás de otra”, le dijo Nahuel a su amigo cuando ya transitaban por la avenida hacia el Policlínico del Sindicato de

Panaderos y Pasteleros de la Capital Nacional. “La verdad que últimamente no pego una”, respondió Fede, quien miraba por la ventanilla las veredas oscuras y las persianas metálicas de los comercios bajas.

Al arribar a la clínica, Nahuel se ofreció a quedarse para hacerle compañía y darle una mano, en caso de que la fuese a necesitar, pero su amigo le respondió que no era necesario y le agradeció que lo haya acercado con el auto.

-Andá tranquilo, Nahu. Así no se te hace tarde para cenar.

-Bueno. Cualquier cosa llamame. A lo de Esti o a mi casa. Vos sabés que me acuesto tarde.

Los dos amigos se despidieron en la puerta del Policlínico con la promesa de que Federico iba a avisar si se producía alguna novedad y tras la partida de Nahuel, el primero se dirigió a la mesa de entradas donde se encontró con su padre que lo aguardaba allí para conducirlo al área de terapia intensiva, aunque Don Francisco estaba alojado en terapia intermedia por un problema cardíaco que lo afectaba desde hacía varios años, cuando enviudó de la madre de Roberto. Sin embargo, ambas salas funcionaban pegadas en el mismo sector, por lo que compartían tanto el espacio físico como el personal médico y todo el instrumental.

Padre e hijo subieron las escaleras hasta el primer piso y luego cruzaron un largo pasillo hasta llegar a la parte posterior del sanatorio, que tenía entrada y salida a la playa de estacionamiento en la que se producía el inevitable movimiento de las ambulancias. Al llegar hasta el sector de terapia, Federico vio a su madre sentada cerca de uno de los extremos de la hilera de sillas plásticas ubicadas junto a la puerta cerrada de la recepción.

En el ambiente silencioso se podía oler una desinfección tan intensa que hasta daba la impresión de que, en realidad, el lugar estaba sucio por exceso de productos químicos. De hecho, los pisos de cerámica se veían bastante opacos, pero esto se debía a que se trataba de un área por la que pasaban muchas personas durante el día. En ese momento, sin embargo, los tres integrantes de la familia Alem se hallaban solos ya que el horario de visita había terminado.

-¿Qué pasó? ¿Cómo fue? -preguntó el joven.

-Habíamos terminado de almorzar y el abuelo dijo que no se sentía bien y se fue a acostar -respondió Ana sacando el paquete de pañuelos descartables de su cartera-. A media tarde se levantó con dolores en el pecho y falta de aliento, así que tu padre lo trajo a la guardia y lo dejaron internado.

-¿Fue un infarto, entonces?

-No -intervino Roberto mientras se sentaba junto a su esposa, del otro lado del que lo hacía su hijo-. Fue un pre infarto, por suerte.

-Bueno, eso es algo positivo, ¿o no?

-Sí. Por la edad que tiene podría haber sido mucho peor -señaló Ana, cuyos padres habían fallecido cuando eran bastante más jóvenes que Don Francisco y ella, la hija menor, apenas transitaba por la adolescencia, por lo que sus dos hermanos mayores quedaron prácticamente a cargo de ella.

-Igual, voy a ver si lo pueden derivar a otra clínica, a la de los empleados de Comercio -retomó Roberto.

-¿Por qué, pá?

-Porque este Policlínico se está cayendo a pedazos. Por eso.

Roberto tenía razón. Es que hacía poco más de un año que el secretario General del Sindicato había sido detenido en el marco de una causa penal en la que se investigaba el manejo irregular de las obras sociales de distintos gremios afines al gobierno y que eran depositarios de grandes sumas de dinero oficial que nadie controlaba. Pero lo peor no era la supuesta malversación de fondos, sino el atentado contra la salud, ya que estas obras sociales terminaban por perjudicar a los pacientes afiliados que muchas veces recibían remedios vencidos o apócrifos.

El modelo sindical está agotado, se dijo Roberto mientras permanecía sentado, esperando novedades. Y si bien su análisis era correcto, como casi siempre ocurría, la realidad le iba a demostrar que los defensores de ese sistema no estaban dispuestos a cambiar un ápice por muchos años más.

X

Roque Izarraga se acomodó con la mano su cabellera larga hasta el cuello y peinada ligeramente hacia a la izquierda, luego se rascó la barba y miró la pantalla del televisor, al tiempo que bebía de su cortado reclinándose en una silla giratoria y con ruedas que se trababan en los pliegues de la gastada alfombra que se formaban sobre las irregularidades del piso de cemento. El joven vestía pantalón de jeans, zapatos con suela de goma y una camisa cuadriculada de mangas cortas. La única ventana de la oficina daba al contra frente del edificio lindero, por lo que a través de ella no corría demasiado aire fresco ni luz. Ya anochecía, por lo que únicamente los gases calientes emanados por las entrañas de la ciudad podían oxigenar aquel reducido ambiente que funcionaba en el séptimo piso de la sede de la *Secretaría de Seguridad Nacional (SNN)*, ubicada en un rincón arbolado y de amplias plazas de la capital de la nación. Ni siquiera este paisaje natural podía evitar que Federico, quien estaba sentado al lado de Roque, se desajustara cada vez más la corbata y se arremangase la camisa hasta los bíceps.

Los dos jóvenes, exageradamente transpirados y no solo debido a una ola de calor inusual para los primeros días de abril, se hallaban en la oficina de *Prensa* de la SNN donde el ya Licenciado en Periodismo Federico Alem trabajaba desde junio del año anterior, cuando lo había convocado Loreley, la mujer de su exeditor Ramiro, que, al igual que su pareja, había abandonado la redacción del diario para utilizar su otro título universitario, el de abogada, y asumir como la jefa de Gabinete del titular de la secretaría, *Néstor Quelín*.

“Prensa” era un despacho angosto y largo situado un piso más abajo que la oficina de Quelín, quien estaba en la cima del edificio y poseía un living con ventanales que daban a la terraza adornada con un jardín florido y hasta una piscina, aunque esta se encontraba siempre vacía. En cambio, donde trabajaba Federico, el frente de la oficina estaba delimitado por paneles de fórmica, aluminio y vidrio cubiertos con una persianas de plástico blanco. Y quien estaba a cargo del área era *Nora Pedraza*, una vieja amiga de Loreley.

Las dos mujeres se encontraban en ese momento reunidas con el secretario, por lo que Federico y Roque, un exmilitante social que ahora se desempeñaba como asesor de la SSN gracias sus nexos con las agrupaciones de desocupados que el gobierno nacional quería desarticular sin violencia ni represión para evitar una matanza como la del Viaducto, estaban los dos solos mirando por los canales de noticias la cobertura de

una multitudinaria marcha convocada bajo el lema “Justicia y Seguridad” y que se desarrollaba en la Plaza Rosa, frente a la Casa de Gobierno.

-¿Cuánta gente habrá, Fede?

-No sé. Pero es muchísima.

-Sí. Más de la que todos esperábamos.

La movilización era encabezada por el padre de *Alexis Blooming*, un joven estudiante de Ingeniería que dos semanas atrás había sido secuestrado en el Distrito Presidencial cuando llegaba a su casa a bordo de su automóvil y siete días después apareció asesinado de un balazo en la cabeza y con su cuerpo parcialmente calcinado en un descampado del distrito *Las Púas*, en el norte metropolitano.

Justo un día antes de que ese nuevo secuestro extorsivo seguido de muerte hiciera temblar los cimientos de la sociedad civil se habían cumplido treinta años de la asunción del Comandante Klinec como presidente del país, oportunidad en la que el actual mandatario e hijo del fallecido líder de la Revolución Bordó convirtió el *Campo de Entrenamiento del Ejército (CEE)*, ubicado en el Barrio Militar del Rosedal y que había sido utilizado como centro clandestino de detención durante la última dictadura, en un predio deportivo estatal. Fue un hecho histórico para el flamante gobierno que buscaba instalar como fuera su política a favor de los Derechos Humanos.

Federico y Roque habían presenciado dicho acto junto a la gran mayoría de los funcionarios del SSN y en esa oportunidad conocieron al mismísimo presidente, a quien sus allegados le decían “Capitán Klinec” porque había ocupado ese puesto en la selección de rugby de Roca Negra, cuando iba a la Universidad de esa provincia. Muchos habían creído hasta entonces que el apodo había surgido por haber sido hijo de un Comandante, pero Norberto nunca había recibido instrucción militar. De hecho, muy pocos sabían que el apodo se le pegó por primera vez y para siempre en 1973, cuando estudiaba en el extranjero gracias a una beca deportiva, en el mismo momento en que los seguidores de su padre se mataban a tiros en la Plaza Rosa.

Y además de la transformación del CEE, el capitán también había firmado un decreto por el que reincorporaba *post mortem* a su padre a las filas del Ejército ya que lo habían echado por “traidor” tras su derrocamiento. Estas dos decisiones presidenciales humillaban no solo en las filas actuales de las Fuerzas Armadas, sino también al secretario Quelín, quien había estudiado en el Colegio Militar en su juventud, antes de ingresar al Poder Judicial, del que después de veinticinco años se había pedido licencia para trabajar en el Ejecutivo.

De todos modos, aquel acto había sido tomado por la ciudadanía en general como la continuación del camino comenzado once meses antes hacia un nuevo modelo de país. Aunque el cadáver aún tibio de Alexis era una prueba de que la realidad seguía siendo la misma que la de los últimos tres años, como mínimo.

La noticia del hallazgo del cuerpo del joven se había conocido una tarde en la que el secretario Quelín estaba reunido con *el ministro de Justicia y Seguridad de Roca Negra, Rodolfo Rivero*, sucesor de Casino y quien no estaba al tanto de que Alexis estaba secuestrado a pesar de que la captura y el homicidio habían ocurrido en territorio provincial. Es que el fiscal Dante había decidido que en la pesquisa trabajara el *Servicio Nacional de Inteligencia (SIN)*, lo que generó discusiones de alta tensión, sobre todo, cuando el secretario le admitió al ministro que sí sabía del caso y que, a su vez, suponía que él también contaba con la misma información.

De hecho, había sido el propio Federico el que les comentó sobre el hallazgo a dos de los asesores del ministro cuando estos pasaron por Prensa a tomar un café, una práctica habitual en todos los funcionarios dado que era la única oficina del edificio en el que había dos televisores y dos computadoras con Internet.

-Cómo debe estar Quelín, ¿no? -retomó Federico mientras tomaba apuntes en un archivo del procesador de texto para presentar luego el informe sobre la cobertura que los medios habían hecho de la movilización en marcha.

-Se debe querer matar.

-Me sorprende que haya tanta gente igual, porque en otros casos similares no hubo semejante repercusión.

-¿Ah, sí?

-Y hace casi dos años hubo dos secuestrados asesinados también en provincia y no se movilizó tanta gente. Y menos en El Rosedal.

-¿Sabés qué pasa? Esta vez, la víctima justamente pertenecía a una familia capitalina, de clase media/alta, de las que no votaron a Klinec y quieren que vuelva la mano dura para reprimir la delincuencia.

-Puede ser, porque del pobre Daniel Palma nadie se acuerda ya que era un pibe humilde, por no decir pobre.

-¿Quién?

-¿No te acordás de caso Palma? El adolescente que secuestraron en San Antonio y lo asesinaron en un basural de Los Indios.

-Ah, sí –Roque se pasó la palma de su mano por la frente y se secó el sudor.

-Bueno, al principio, cuando yo lo cubrí para El Central, hubo un gran revuelo, pero salvo los amigos y vecinos del chico, nadie salió a copar las calles como ahora. Federico señaló la pantalla del televisor:- Mirá, debe haber más de cien mil personas.

Los manifestantes, con su ropa de oficina, en silencio y portando velas encendidas, no paraban de acercarse hasta el enrejado que protegía el ingreso principal de la Casa de Gobierno. *Juan Alberto Blooming*, padre de Alexis, había montado junto a esa estructura metálica un pequeño escenario que podía verse desde la oficina con balcón que el presidente tenía en el frente del edificio, de cara al corazón de la plaza.

-Es cierto, Fede. Por el caso Palma solo se la agarraron con la Policía.

-Es más, Roque, un mes antes de lo que pasó con Palma habían secuestrado y asesinado a otro chico, Juan Pablo Castro, que vivía en el Barrio Militar y hubo una marcha al Palacio Presidencial. Yo la cubrí y te juro que eran solo los familiares y amigos, más algunos pocos vecinos de la zona. Nada más.

-Y bueno, la gente parece que está confundiendo la manera de combatir estos hechos. Porque con mano dura no se va a solucionar este problema. No funciona así.

-Ya sé. Pero, ¿cómo se lo explicás al padre de este pibe? En un momento así, eso es imposible.

-Y la gente lo sigue porque se trata de un reclamo que, en el fondo, es genuino, aunque nosotros no estemos de acuerdo con la forma en la que lo manifiesta.

-Tal cual -asintió Fede, quien dejó de escribir cuando se sorprendió al ver un rostro familiar en el escenario montado por el padre de Alexis: se trataba de Estela de Palma, quien había conformado junto a otros padres de víctimas de la inseguridad una asociación civil para acompañar y asesorar a las familias como la de Blooming. También divisó entre un nutrido grupo de personas abarrotadas alrededor de Juan Alberto a Mirta Castro, quien también formaba parte de la misma asociación y que por esos días esperaba ansiosa el inicio del juicio por el secuestro y asesinato de su hijo Juan Pablo, el cual se suponía iba a comenzar en septiembre y tenía al notorio Chino Montes como único imputado.

Por su parte, Roque se puso de pie y caminó unos pasos hasta el mostrador donde se ubicaban los dos televisores y bajó el volumen de uno de ellos ya que en ambas pantallas se veían las mismas imágenes y no tenía sentido tener un sonido desfasado que confundiera al periodista. Luego, el asesor se volvió a sentar y advirtió que Federico había dejado de mirar tanto la TV como la PC y tenía la vista puesta al frente, sin enfocar en nada en particular.

-¿Estás bien, Fede?

-Sí, ¿por?

-Por nada.

-Dale, decime.

-Es que te noto un poco raro últimamente.

-¿Raro? –Federico miró a su compañero y alzó el entrecejo-. No, está todo bien.

-¿Y por qué no te quedaste anoche? Fuimos con los chicos de Legales a comer pizza y después a bailar. Estuvo bueno.

-¿No te dije? Tenía que salir con una chica.

-No, no me dijiste. ¿Y cómo te fue? -preguntó Roque acercando la silla hacia el escritorio del periodista.

-Bien. Qué se yo.

-¿Pero qué pasó?

-Nada. Fuimos a tomar algo a un bar, charlamos, escuchamos buena música y la pasamos bien.

-¿Y después?

-Nos dimos unos besos en el bar cuando nos fuimos. Pero nada más.

-Entonces te fue bien –Roque palmeó a Federico en un hombro-. ¿Quién era la mina?

-Es una amiga de la novia de un amigo. Yo ya la conocía de vista y hace un tiempo que la novia de mi amigo nos está haciendo gancho.

-¿Qué onda?

-Es linda, copada, pero no sé...

-Es que esas citas arregladas no son muy efectivas. Por lo menos para mí. No me gustan porque hay como una especie de presión que termina incomodando. Yo lo hice un par de veces y me fue mal.

-Pero a mí no es que me fue mal porque se trató de una cita arreglada. Soy yo el que está en una mala racha. Desde que dejé de estar de novio el año pasado ando para atrás con las mujeres.

-Todos pasamos por algo así alguna vez. Quedate tranquilo. Ya va a pasar.

-Seguro. Pero siento mucha bronca conmigo mismo porque no puedo evitar transmitir esa actitud negativa ¿viste? Lo hago sin querer, pero ellas se dan cuenta enseguida y le escapan. Entonces me bajoneo más y la mala actitud aumenta, como en un círculo vicioso, ¿entendés?

-Obvio que te entiendo. Mirá, yo estuve varios años de novio y hasta conviviendo, y cuando volví a estar soltero al principio era igual. Pero me di cuenta de que la única solución es no bajonearse y salir lo más posible. Hay que activar la noche y conocer chicas nuevas todo el tiempo. En los bares, en los boliches, hasta que cambia la racha de una...

-Ojalá.

-En serio. No pierdas el tiempo quedándote en tu casa o con esas citas arregladas. Haceme caso -indicó Roque mirando fijamente al periodista, con una sonrisa.

-Mis amigos me dicen lo mismo.

-Y claro, gil.

-Con la diferencia de que casi todos están de novios.

-Quedate tranquilo que me tenés a mí. Yo salgo todas las noches. ¿Por qué creés que llego a la oficina cerca del mediodía? ¿O te pensás que me gusta tener que quedarme acá dentro hasta la noche?

Los dos jóvenes se rieron a carcajadas, tras lo cual, Federico llamó a la cocina, ubicada al lado del despacho del secretario y le pidió al mozo dos cortados más ya que la marcha iba para a largo.

Es que luego de saludarse efusivamente con algunos políticos de la oposición, miembros de la Iglesia y otros referentes sociales, Juan Alberto Blooming se dirigió a los manifestantes y leyó un petitorio en el que exigía a las autoridades que la portación de armas de fuego fuese un delito no excarcelable, que los teléfonos celulares quedasen legalmente registrados con los datos personales del titular y que se prohibiese la venta de los mismos a personas con antecedentes penales, que se aumentasen veinte años las penas mínimas para los delitos de homicidio, secuestro y violación, y se agrave la calificación legal cuando hubiese funcionarios o miembros de fuerzas de seguridad involucrados, que la edad de imputabilidad bajase de dieciséis a catorce años, y que la prisión perpetua fuese perpetua, no de veinticinco años como máximo.

“Ah, bueno, pero este tipo es un facho. ¡Lo único que le falta es pedir la pena de muerte!”, exclamó Roque abriendo ambos brazos y uniendo sus manos detrás de la nuca. Federico lo miró callado y siguió escribiendo lo que leía Blooming mientras se escuchaban los aplausos de la multitud que acompañaba al orador.

“La gente está totalmente en pedo si le va a hacer caso a este pobre hombre”, continuó Roque, quien creía que Blooming estaba mal asesorado o, por el contrario, era

utilizado políticamente por la oposición. “Si quiere cambiar las leyes, que vaya a protestar al Congreso, no al presidente”, añadió, ofuscado.

Federico apenas asintió y terminó de redactar el informe, en tanto que el asesor se fue de la oficina empujando la silla contra el escritorio tras levantarse de la misma casi con un salto y haciendo que el asiento móvil golpeará contra el marco de la puerta, lo que produjo un sonido latoso.

Más allá de las consideraciones de Roque, que compartían muchos funcionarios oficialistas, el Congreso, donde el gobierno era mayoría, tardó poco menos de cuatro meses en sancionar las nuevas leyes pedidas por Blooming. Así, finalmente se legisló que la portación de armas fuera reprimida con pena de prisión no excarcelable en personas con antecedentes penales, que la comercialización de la telefonía celular móvil se realizara únicamente a través de las empresas autorizadas, que en los casos de dos o más hechos concurrentes las penas debían sumarse con un tope de cincuenta años y que se impusiera para los encarcelados, sean procesado o condenados, una reeducación a través del trabajo.

En el caso del agravamiento de las penas para la portación de armas de fuego en personas con antecedentes penales (que pasó de una escala penal de tres –excarcelable- a seis años, a otra de entre cuatro y diez) se abrió un debate jurídico ya que varios miembros del Poder Judicial consideraron que se estaba castigando más el prontuario del delincuente que el delito concreto, lo que terminaba por vulnerar el principio de culpabilidad sostenido en un histórico sistema de Derecho Penal de acto y no de autor. Esta manera de aplicar la Ley prohibía cualquier intento de sancionar personalidades, formas de ser o estados peligrosos sin que se hubiesen materializado en acciones.

De todos modos, y más allá de la cuestión jurídica, la marcha de Blooming fue tapa de todos los diarios del país y de la región, y tuvo consecuencias inmediatas: primero renunció el ministro Rivero, quien había estado pocos meses en el cargo; y el gobernador Solís decretó “la emergencia en seguridad”. Luego, la Policía detuvo a cinco sospechosos y la Justicia procesó con prisión preventiva a otros cuatro acusados que habían sido apresados la noche en la que se frustró el pago del rescate para liberar a Alexis.

XI

Resultaba extremadamente difícil mantener una vida más o menos ordenada en aquellos días de un verano húmedo y lluvioso. Ese clima pesado y pegajoso complicaba aún más la situación personal de Federico, quien entró a la redacción de AGEN prácticamente corriendo, como casi todos los jueves desde hacía unos dos meses, aproximadamente. Al arribar a la sección Policiales, *Horacio Chimentti*, segundo jefe de la misma, lo recibió de manera habitual, como si no hubiera advertido el retraso del nuevo redactor que había ingresado a la agencia como reemplazante de aquellos que se tomaban vacaciones.

-Perdón que llegué tarde, Cito. Pero en el Consejo no me largaban y el tránsito estaba terrible -se disculpó Federico tratando de acomodar su cabellera transpirada cada vez más larga y que hacía juego con su barba, la que no se rasuraba desde el invierno anterior.

-No te preocupés Galleguito, que la tarde viene tranquila -respondió Chimentti, quien estaba a cargo de la sección ya que el jefe titular, *Guido "El Tano" Sculli*, disfrutaba por entonces de su descanso veraniego.

"Cito" no era solo un apodo, sino también el diminutivo de "Horacito", tal como lo llamaban sus colegas mayores que él, quienes, a su vez, habían conocido a su padre, Horacio, que también trabajó allí hasta su muerte, la cual se produjo de manera súbita y a raíz de un Accidente Cerebro Vascular (ACV).

La redacción de AGEN era bastante más pequeña que la del Central y Policiales funcionaba en el primer piso de un edificio de ocho niveles ubicado en el extremo sur del *Barrio Centro* de la Capital Nacional. De hecho, este viejo inmueble estatal distaba unas cinco cuadras de la Casa de Gobierno, en el cruce de dos avenidas que marcaban el límite con el Barrio Sur.

Las secciones del primer piso de la agencia no estaban separadas y cada una de ellas consistía en una "isla" de escritorios que ocupaban casi todo el ancho del lugar, dejando una serie de angostos pasillos paralelos entre ellas y dos longitudinales en los extremos del ambiente, uno del lado de los baños y el otro en el que estaban los armarios de fórmica empotrados en las paredes.

A diferencia del diario, el suelo no estaba cubierto por alfombras, sino que eran de mosaicos calcáreos de un tono marrón opaco que servía para disimular el polvo que comúnmente los cubría.

Chimentti, un hombre alto, de pelo corto y morocho, estaba solo en la sección, sentado delante de su computadora, por lo que Fede, ocho años menor que él, se acomodó a su lado. A diferencia del Tano, Cito vestía siempre de manera informal, con remera de mangas cortas, jean y zapatillas; mientras que el jefe, que le llevaba la misma edad que él al redactor y era más bajo y canoso, usaba camisa y zapatos tipo mocasín.

Cuando Federico apoyó sobre el escritorio su mochila, esta se abrió y de su interior se cayó una pila de papeles que se desparramaron sobre el teclado de la PC.

-Galle, ¿seguís enquilombado con el cierre de la revista del Consejo?

-Ni me hables. No veo la hora de terminar con la edición de este mes -respondió el redactor, que escribía para la revista bimensual del *Consejo Económico de Roca Negra*, cuyas oficinas funcionaban en la Capital Provincial, a poco más de una hora de viaje en colectivo del Rosedal.

Federico había comenzado a escribir para esa publicación a fines de septiembre del año anterior, y si bien no era un trabajo fijo y bien remunerado, fue el único puesto periodístico que había logrado conseguir tras haber sido despedido de la Oficina de Prensa del SNN cuando el presidente Klinec echó a Quelín y a todos sus asesores porque el secretario no estaba dispuesto a que la Policía Nacional no llevara sus armas reglamentarias a los operativos de seguridad para controlar las manifestaciones sociales y los cortes de tránsito.

A raíz de aquella decisión, Loreley también se había quedado sin trabajo y volvió a convertirse en referencia de Federico cuando Ramiro, un amigo cercano del Tano y Cito, le preguntó si sabía de alguien dispuesto a hacer los reemplazos de verano en AGEN. Es que con el paso de los años se había generado una especie de comunión entre los periodistas de Policiales de la agencia y los del diario, de la que también formaban parte Gabriel, Facundo y la mujer de este, que ocupaba un cargo de editora en la redacción estatal.

Por suerte para Federico, la lealtad de este círculo funcionó y pudo conseguir un nuevo trabajo, aunque como contratado eventual. Y si bien le pagaban bastante mejor que en el Consejo debía cumplir el turno tarde de jueves a lunes, con francos martes y miércoles, por lo que no tenía ningún día libre en la semana ya que durante las mañanas de lunes a viernes se encontraba en la revista.

La tarde de aquel jueves de febrero, Federico leía atentamente los despachos que habían sido publicados durante el día cuando sonó su teléfono celular: era *Nadia*.

-Hola Fede, ¿estás ocupado? -arrancó la joven que trabajaba en un local de lencería femenina en pleno centro de la Capital Provincial, a pocas cuadras de la sede del Consejo.

-¡Hola hermosa! Todo bien. Puedo hablar. ¿Cómo estás?

-Bien. Bien. Te llamaba para preguntarte si esta noche ibas a venir a cenar a casa.

-No puedo, Nadia. Hoy voy a salir muy tarde de acá y mañana entro temprano en el Consejo.

-Ah, ok.

-Si querés, almorzamos mañana cuando salgo de la revista y antes de que me venga para acá, ¿te parece?

-Pasa que necesitaba hablar con vos lo antes posible.

Federico advirtió que el tono de la joven estaba perdiendo su habitual dulzura, por lo que se levantó de su silla y caminó hasta la diminuta cocina situada al lado del baño de caballeros y donde un mozo servía el café por las mañanas y luego, antes de retirarse, dejaba una jarra preparada para los que trabajan en el turno tarde.

-Pero, ¿te pasó algo? -retomó el redactor una vez que consiguió un poco de privacidad para seguir la charla.

-No. Estoy bien -Nadia hablaba pausado entre cada palabra que pronunciaba-. Pero estuve pensando estos últimos días que nos vimos poco y bueno...

-Pará Nadia. Yo sé que este verano fue una locura conmigo yendo y viniendo de un trabajo al otro, uno en cada punta. Pero tampoco es para hacerse tanto problema - Federico habló con firmeza procurando ser lo suficientemente claro y, a su vez, no dejarle la iniciativa a ella-. Esto es algo temporal y en marzo cuando termine acá, ya voy a volver a pasar más tiempo allá, con vos, como hacía en los primeros meses que empezamos a salir.

-Y eso es lo que extraño un poco.

-Yo también. ¡No sabés cuánto me gustaría volver a pesar todo el finde en tu casa, los dos solos!

-Te creo Fede, pero la verdad es que me parece que lo nuestro así no va a funcionar.

-Nadia, no da ni un poco que digas esto por teléfono -Federico elevó el volumen de su voz y apenas pudo disimular su bronca-. ¿No podés esperar hasta mañana al mediodía y charlamos más tranquilos?

-Perdón Fede, pero te lo tenía que decir. Igual, mañana te espero y charlamos.

-Está bien —el redactor apoyó la palma de su mano libre sobre su frente y bajó la vista, observando cómo las puntas inquietas de sus pies rebotaban aceleradamente sobre el suelo.

-Bueno, chau. Un beso.

-Chau.

Federico cortó la comunicación sin poder salir de su asombro. No puedo creer que me deje por teléfono, pensó y luego volvió hasta su escritorio y aprovechando que Cito estaba ocupado hablando por teléfono llamó a su amigo Esteban para contarle lo que acababa de ocurrirle.

-Y bueno flaco, evidentemente ella no quiere seguir saliendo con vos y no sabe cómo cortarla.

-Sí, Esti, eso quedó bastante claro. Fijate que me llama cuando estoy trabajando y me tira la bomba por teléfono. ¡Es cualquiera!

-La verdad que ahí, ella demostró ser una pendeja porque no puede cortarte por teléfono.

-Pero tiene veintitrés años. Ya no es más una adolescente —las frases de Federico brotaban de su boca una detrás de otra, casi sin parar-. Y si bien no éramos novios formales, estábamos saliendo desde hacía seis meses y creo que me merecía otro tipo de trato.

-Totalmente de acuerdo.

-Además, yo siempre la respeté.

-Sí, me acuerdo —del otro lado de la línea Esteban meneaba la cabeza-. Evidentemente, no sabe cómo manejarse.

-Tal cual.

-Bueno, Fede, no te hagas tanto problema. Yo sé que Nadia te gustaba. Los vi juntos y hacían una linda pareja, pero seguro vas a estar mejor sin ella —señaló Esteban cómodamente sentado en uno de los sillones de su casa, donde disfrutaba de sus vacaciones del colegio en el que trabajaba durante el año como profesor de Educación Física.

-Puede ser —la voz de Federico sonó un poco más calma-. El lado positivo de todo esto es que, a diferencia de lo que me pasó con Sole, Nadia no fue nunca a mi casa, no conoció a mis viejos, así que mi familia no se ve a meter en el medio.

-¡¿Viste!?! Siempre hay algo para rescatar dentro de todo lo malo.

-Gracias amigo.

-¿Gracias por qué?

-Por el aguante.

-De nada, gil.

-Che Esti, te dejo porque mi jefe me está necesitando, así que después hablamos.

Un abrazo.

-¡Abrazo!

“Me acaban de pasar una bomba”, le dijo Chimentti a su redactor apenas este dejó el teléfono. Federico no se animaba a preguntar de qué se trataba la noticia porque no estaba de humor para una larga y dificultosa jornada laboral, pero lo hizo de todos modos. A lo que Cito le respondió que un jefe policial de Roca Negra le informó que poco después del mediodía habían asesinado al dueño de una financiera que estaba secuestrado desde la mañana. El cuerpo de la víctima, identificada como *Fernando Azcurra*, de treinta cuatro años, había sido hallado en un canchita de fútbol junto a un arroyo en el interior de la villa *La Trapera*, en el oeste metropolitano.

-¡Qué raro que la propia policía te pasó el dato! -expresó el joven, ya acostumbrado a tener que insistir en eternos e infructuosos interrogatorios con los voceros de la golpeada fuerza provincial.

-Pasa que ya detuvieron a tres sospechosos y buscan a otros ya identificados, por lo que consideran que el caso está prácticamente esclarecido. Por eso llaman.

-Entiendo.

-Bueno Galle, voy a necesitar que me des una mano con esto, así que preparate para salir a la calle.

-Está bien. No hay problema. ¿Me voy para la villa?

-No, no. Ahí no hay nada. La Policía ya se llevó el cuerpo y a los detenidos. Andate para la financiera de la víctima que queda acá cerca. Podés ir caminando y ver si te atiende el socio que fue el que pagó el rescate o alguien que labure ahí.

-Listo, listo. Ya me voy para allá -respondió Fede mientras guardaba su libreta de apuntes en la mochila y tomaba su rompe viento impermeable del perchero.

-Para que estés en tema, te cuento cómo fue la mano: esta mañana, a la víctima le hicieron un secuestro virtual. La llamaron desde una cárcel sin que él supiera y le dijeron que tenía a un familiar suyo secuestrado. Pero era mentira. Entonces le pidieron que fuera a pagar un rescate a la villa y cuando el tipo fue lo secuestraron de verdad.

-¿Parte de la misma banda?

-Aparentemente sí. Estos villeros laburaban con el que había llamado para extorsionarlo, pero se ve que cuando vieron que la víctima tenía un buen auto y ropa cara lo chuparon para sacarle más plata.

-Ok. ¿Y por qué lo mataron?

-No se sabe. Porque cuando lo secuestraron de verdad lo hicieron llamar a su socio para pedirle el rescate y el socio fue enseguida y pago diez lucas. No creo que se haya querido escapar o algo por el estilo. Por eso es importante ver si se puede hablar con el socio.

-Seguro –Federico se colocó el rompeviento y se colgó la mochila-. Bueno, me fui.

Federico salió a la calle y aún lloviznaba. Si bien en vacaciones la ciudad solía quedar semivacía habían pasado varios minutos de las dieciocho, por lo que era el horario pico en el que la gente salía de sus lugares de trabajo y copaba las calles. Caminó casi al trote las siete cuadras que separaban la agencia de la oficina de Azcurra, ubicada en la planta baja de un edificio con dos departamentos por cada uno de sus cinco pisos, pero cuando llegó hasta allí no había nadie en la puerta. El joven hubiera jurado que se encontraría con los movileros de los canales de noticias de televisión y de las radios, pero estaba él solo. Tocó varias veces el timbre del portero y de los departamentos de la planta baja pero no obtuvo respuesta, a pesar de que a través de una de las persianas plásticas de las ventanas que daban a la calle podía ver luces encendidas. Llamó a Cito para confirmar que la dirección fuese la correcta y su jefe le dijo que era ésa. Entonces volvió a insistir con el timbre hasta que una mujer le preguntó qué quería del otro lado de la ventana de la oficina donde había luz.

-Estoy buscando la oficina de Fernando Azcurra -dijo Federico intentando disimular que era periodista.

-No hay nadie en la financiera. ¿Quién lo busca?

-Pero, esta es la oficina de Azcurra, ¿no?

-Sí, pero no hay nadie. ¿Qué quiere?

Entonces el redactor no tuvo más remedio que decir la verdad.

-Disculpe señora. Soy Federico Alem de la Agencia Estatal de Noticias.

-Perdone, pero yo no lo puedo ayudar. Soy de la limpieza -respondió la mujer y luego bajó la persiana lo más que pudo hasta que ya no se pudo advertir desde el exterior las luces ni los movimientos dentro de la oficina.

Federico llamó nuevamente a su jefe y le comentó la novedad, a lo que Cito le indicó que volviera a la redacción. Así, el joven, frustrado y mojado, regresó a la agencia sin otra información más que unos pocos datos de color.

Al reubicarse en su escritorio, Federico le propuso a Cito escribir un recuadro con los últimos casos de secuestrados asesinados y el jefe, que redactaba la nota central sobre Azcurra, aceptó.

-El último fue el caso Blooming, hace unos diez meses, ¿no? Y dos años antes habíamos tenido el de Castro y el de Palma -señaló el redactor.

-Exacto. Un secuestrado asesinado cada doce meses en los últimos cuatro años. Ése es un buen título para el recuadro -expresó Cito sonriendo, al tiempo que seguía tipeando en un procesador de textos tan desactualizado como la computadora, que ni siquiera tenía conexión de Internet. Solo uno de los ordenadores de la sección podía conectarse a la red, por lo que los periodistas debían turnarse para chequear sus correos electrónicos o buscar algún dato en la web.

“*Secuestran a dueño de financiera, cobran el rescate y lo matan*”, tituló Cito la crónica principal que al día siguiente ocupó todos los medios gráficos del país. Luego, en el desarrollo de la nota indicó que durante una conferencia de prensa realizada en Roca Negra Capital, el jefe de Antisecuestros de la policía provincial, *Oscar Cienfuegos*, quien era una versión más delgada, alta y con bigote del pasado a disponibilidad Casáis, confirmó que todo había comenzado con un secuestro virtual desde un penal local y que la víctima fue a pagar mil pesos acordados en esa extorsión a la villa lindante con la parte posterior del amplio predio *Base Aérea Oeste* y que allí los cobradores lo amenazaron con un arma de fuego y lo tomaron cautivo.

De acuerdo a Cienfuegos, Azcurra permaneció unas horas encerrado en una casilla del asentamiento hasta que su socio pagó para que lo liberaran, aunque uno de sus captores lo mató de un tiro en la nuca.

Este investigador policial (que había sido la fuente que alertó a Cito del caso) también señaló que al momento del pago de los diez mil pesos, el socio de la víctima no tuvo contacto con Azcurra y que los secuestradores le prometieron que lo iban a liberar poco después de que se fuera de la villa.

Finalmente, el cadáver de la víctima fue encontrado por un cartonero que pasaba con su carrito por el campito de fútbol de La Trapera y que al abandonar la villa en dirección a la Capital Nacional se cruzó con un patrullero y alertó a los efectivos del hallazgo.

El jefe Cienfuegos aclaró, como una manera de restarle responsabilidades a la fuerza, que tanto el secuestro virtual como el extorsivo no fueron denunciados por Azcurra o su socio mientras éstos se desarrollaban, por lo que los pesquisas solo tomaron conocimiento de lo ocurrido después de ser hallado el cuerpo de la víctima.

Por último, el comisario general señaló ante la prensa que los tres detenidos eran dos jóvenes de entre dieciocho y veinte años, y una mujer de la misma edad y cuyo marido estaba alojado en un penal provincial. En ese sentido, precisó que los dos muchachos habían sido los captores de Azcurra y que la chica vivía en la casilla donde la víctima había estado cautiva y fue la encargada de cuidarla mientras sus cómplices cobraban el rescate.

La versión de Cienfuegos, elaborada a pocas horas de ocurrido el secuestro y crimen, consistía en que uno de los dos jóvenes apresados fue quien le disparó a Azcurra y que entre ambos se descartaron del cuerpo.

“Menos mal que este tema saltó temprano”, le dijo Cito a Federico y antes de retirarse de la redacción le pidió al joven que hasta que él se fuera estuviera atento a que la Policía no produjera nuevas detenciones por el caso. Pero eso no ocurrió y el redactor pudo volver tranquilo a su casa una vez finalizado su horario laboral.

Al llegar a su domicilio, sus padres ya habían cenado y miraban televisión en su habitación, por lo que Federico se sentó solo en la cocina. Su madre le había dejado una milanesa de carne que el muchacho comió sin recalentar en el microondas y acompañada por una ensalada mixta. Cuando terminó, y mientras lavaba los platos, pensó en llamar a Nadia para decirle que no tenía caso juntarse a charlar al día siguiente ya que ella había dicho todo lo necesario y tomado una decisión.

“Pero si le cancelo voy a ser tan pendejo como ella. Así que mejor voy a verla y me la banco. Ya arreglamos así y no puedo tirarme para atrás,” se dijo el muchacho y finalmente se acostó sin tocar el teléfono fijo de su casa ni su celular. Es más, apagó el aparato móvil para no tentarse y enviarle a la chica un mensaje de texto, una vía de comunicación que había sido muy utilizada en la relación, a pesar de que él no se acostumbraba a la misma y prefería hablar en vivo y en directo. Y eso que cada día escribía mejor, por lo menos, en su trabajo.

Así que al día siguiente, minutos después de las catorce, Federico fue a ver a Nadia a la casa que esta alquilaba en Capital Provincial, donde cursaba en la Facultad de Veterinaria de la *Universidad Nacional de Roca Negra (UNRN)*. En realidad, se trataba de un dúplex pequeño que la joven compartía con otra chica del Interior y que estaba

ubicado a pocas cuadras de la *Reserva Natural* de la ciudad, la más importante en cuanto a fauna avícola de toda la región metropolitana.

Antes de que Federico empezara a trabajar los fines de semana, él y Nadia solían ir a tomar mates a esos bosques en los que había un gran lago. La pareja se sentaba sobre un tronco en la orilla y luego caminaban hacia el *Museo de Ciencias Naturales* que también funcionaba en ese inmenso predio. Ella disfrutaba viendo fósiles de animales y las plantas, mientras él miraba todo aquello sin entender demasiado aunque sin dejar de apreciarlo.

Y cuando aquel viernes llegó del Consejo Económico, Federico se sentía muy cansado, lo que acentuaba su derrotismo, por lo que solo atinó a escuchar los argumentos de Nadia para terminar con la relación. Fueron más o menos los mismos que ella le había comentado por teléfono la tarde anterior. Entonces, el muchacho se entregó sin resistirse y partió de la casa de la chica con un sabor amargo que lo llevó a pensar en Soledad.

Pero el bajón anímico no le duró demasiado. Quizás porque tenía poco tiempo libre para sentirse deprimido y su cabeza se mantenía ocupada en otros temas.

XII

Durante su paso por la SNN, Federico había recibido muchos llamados a última hora de parte de Facundo, quien en aquella época era uno de los periodistas que más visitaba el despacho de Prensa para charlar en *off the record* con el secretario Quelín. “Gallego, ¿dormís en la oficina? Ya te parecés a los comisarios. ¡Jajá!”, se rió Facundo en más de una ocasión. Pero ahora, siete meses más tarde, el joven atendía a su excompañero del Central cada vez que este llamaba a la redacción de AGEN para hablar con su esposa Verónica.

Estos llamados se producían todas las mañanas, pero Federico solo era testigo de los que ocurrían los lunes, jueves y viernes, cuando él trabajaba bajo la supervisión de la editora. Mientras que los sábados y domingos, las labores del redactor eran supervisadas por el jefe Sculli y Cito, respectivamente.

Federico había cambiado de horario en abril, luego de abandonar por falta de tiempo y energías su trabajo en la revista del Consejo. Y al tener más horas disponibles, el Tano había decidido que solo los sábados y domingos trabajase durante la tarde-noche y el resto de los días por la mañana.

Aquel sábado de mediados de julio, mientras parecía cumplirse la vieja broma de Facundo, Federico estaba en la redacción junto a Sculli, quien trabajaba seis días a la semana antes la falta de personal para cubrir los turnos.

Era una hora ideal para dormir una siesta, en especial por lo gris y gélido del clima que envolvía la Capital Nacional y sus alrededores. “Me duermo sentado”, susurró Federico ubicado al lado del jefe que editaba un despacho enviado por uno de los corresponsales del Interior.

-¿Qué pasa Galle? No me digas que estás cansado, eh. Esa excusa ya se te acabó cuando dejaste de laburar en el Consejo. Así que ponete las pilas.

-Todo bien. Pasa que ahora que puedo volví a jugar los sábados a la mañana el torneo de fútbol con mis amigos del barrio -respondió el joven con media sonrisa.

-Me parece bien. Y también hay que hacerse un tiempo para salir a tomar unos copetines con los pibes, ¿o no? -Sculli guiñó un ojo.

-A *full*.

-Che, ¿vos no estabas de novio?

-Ya no. Hace rato que me peleé.

-¿En serio? -Sculli dejó por un momento de reescribir el cable del corresponsal y miró a Federico, quien ya no sonreía, ni siquiera a medias-. No sabía nada.

-Cosas que pasan –el redactor se encogió de hombros-. Nos peleamos justo antes de que dejara de trabajar en el Consejo, así que ahora no tengo que ir de acá para allá.

-Yo viví mucho tiempo en Roca Negra Capital, pero prefiero El Rosedal.

-Mi ex no lo veía así. Para nada.

-¿Era del Interior?

-Sí. Durante el año estudiaba en la Universidad y vivía en Roca Negra, y cuando terminaba la cursada de volvía a sus pagos. Jamás quiso pisar la ciudad.

-¿Qué estudiaba?

-Veterinaria.

-Cuando yo estudiaba en Roca Negra salí con algunas chicas de Veterinaria, pero las más lindas estaban en Psicología.

-No tenía ese dato, che. Sí te puedo decir que las compañeras de Veterinaria de mi ex eran lindas, pero re tranquilas. Capaz porque todas venían de pueblitos lejanos, con otros estilos de vida.

-Probablemente.

Sculli se levantó de su asiento y se dirigió hasta la cocina a buscar un par de cortados, mientras que Federico retomó la lectura de los correos electrónicos que enviaba Prensa y Difusión del MJSRN con información sobre los resultados “exitosos” de distintos operativos antidrogas o esclarecimientos de robos y homicidios ocurridos en los últimos días, pero que no se habían difundido antes a los medios.

Federico leía atentamente cuando el Tano volvió a su escritorio y le señaló la pantalla del televisor en la que había un adelanto de una noticia de último momento.

“Hallan cadáver de un niño en el fondo de un pozo en una quinta de Los Jardines. Investigan si se trata de Sebíta Miranda, el niño de seis años que es buscado desde el miércoles pasado”, indicaron dos pantallazos sucesivos escritos en letra catástrofe.

“Y... era cantado que iba a ser así. Siempre pasa lo mismo”, indicó Sculli mirando a Federico y torciendo la boca. “Ahora sí que va a pasar a ser un tema de Policiales”, agregó.

Sebastián Miranda había desaparecido el miércoles de esa semana, tras lo cual, su padre *Wado* salió inmediatamente a pedir la ayuda de los medios de comunicación y de las organizaciones dedicadas a la búsqueda de niños perdidos, que abandonaban sus

casas o eran sustraídos de sus hogares. Estos casos eran cubiertos por los periodistas de *Sociedad*, la sección que en AGEN más se asimilaba a la de Información General del Central, excepto por los hechos policiales.

-¿Por qué lo decís Tano?

-Porque cada vez que hay un chico desaparecido que es buscado masivamente lo cubre Sociedad hasta que aparece muerto y ahí pasa a nosotros. Por eso.

De todos modos, el jefe de Policiales estaba molesto porque habría querido que la cobertura pasara a su sección un día antes, cuando se conoció que la familia de Sebita había recibido un llamado en el que reclamaron dinero como rescate para liberar al niño, lo que derivó que la causa pasara a la Justicia Federal que inició la correspondiente investigación bajo la carátula de “secuestro extorsivo”, dejando sin efecto las actuaciones por “averiguación de paradero” del fuero ordinario. Pero como varias fuentes policiales habían puesto en duda la validez de esa llamada, el caso siguió bajo la órbita de Sociedad.

Ante las últimas novedades, Sculli le ordenó al redactor que llamara de inmediato a la policía de Investigaciones, precisamente al comisario Cienfuegos, para tratar de confirmar la información que acababa de publicar el canal de televisión. Federico llamó insistentemente al teléfono celular del jefe policial, pero cada vez lo atendió el contestador automático. Entonces probó llamándolo a través del radio recientemente adquirido por la sección para justamente comunicarse con los policías que tenían en sus aparatos el doble sistema celular-radial. Pero tampoco tuvo éxito. “Llamalo al fiscal”, le sugirió el Tano, mientras él trataba de hablar con alguien de Prensa y Difusión del MJSRN.

Federico no había seguido muy atento el caso de Sebita ya que era un tema de otra sección, aunque recordaba las marchas que se habían realizado los últimos tres días y hasta la misma mañana de aquel sábado en la que los familiares y vecinos del niño reclamaron por la aparición con vida de la víctima. De todos modos, recién en ese momento se dio cuenta de que el instructor de la causa era el fiscal Dante, un viejo conocido.

-¿Doctor Dante? Lo molesta Federico Alem de AGEN. ¿Tiene un minuto? -arrancó el redactor apenas lo atendieron del otro lado de la línea telefónica en su primer intento por comunicarse con el fiscal.

-Un minuto, nada más. Estoy con muchísimo trabajo.

-Me imagino. Justamente lo llamo para preguntarle si es cierto que hallaron el cuerpo de un niño en un pozo de una casa quinta de Los Jardines y que podría ser el de Sebastián Miranda.

-Lo único que le puedo confirmar es que, efectivamente, se encontró el cadáver de un niño, fuertemente golpeado y dentro del pozo ciego de una casa vecina a la familia Miranda, pero aún no hay confirmación de que se trate del niño Sebastián.

-Entiendo. De todos modos, ¿estamos frente a un homicidio o podría ser un accidente?

-No, no. Esto es un homicidio: la víctima tenía la cabeza prácticamente destrozada, estaba maniatada y el pozo tenía una tapa de cemento. Así que solo no pudo atarse y luego caerse ahí adentro.

-Claro. Claro.

-Bueno, discúlpeme Alem, pero tengo que seguir trabajando.

-Lo último, ¿hay gente detenida?

-Sí, los dueños de la casa quinta. Pero más no le puedo decir por ahora-respondió el fiscal Dante, quien no se explayaba mucho ante las consultas periodísticas desde el año anterior, cuando recibió una lluvia de críticas por su investigación del secuestro y asesinato de Blooming. En especial, por su manejo de la pesquisa durante los días en que la víctima había estado cautiva. En ese sentido, el padre del joven asesinado le había cuestionado duramente, y ante todos los medios, la decisión de que interviniera el personal del SIN en vez de los policías de Antisecuestros ya que consideraba que los efectivos de Inteligencia pusieron en peligro la vida de Alexis cuando intentaron frustrar el pago del rescate y detener a los delincuentes que finalmente escaparon con el dinero y en medio de un infernal tiroteo.

De hecho, un día antes del hallazgo del cuerpo en Los Jardines, Cito había llamado al fiscal Dante para confirmar que este quedaba a cargo del caso Sebita como un secuestro extorsivo, a lo que el funcionario judicial le dijo: “Te paso la información solo a vos porque fuiste uno de los pocos que no me prendió fuego por lo de Blooming”.

Federico le comentó los datos que le había pasado el fiscal a su jefe y este decidió enviar un despacho breve para anunciar el hallazgo y la sospecha de que podría tratarse del niño buscado. Una vez que ese adelanto fue publicado, Sculli se tranquilizó y el redactor siguió intentando comunicarse con el comisario Cienfuegos.

Pero el jefe policial no lo atendió, aunque a media tarde salió a hacer declaraciones vía telefónica por el canal de noticias *Primera Hora*, que transmitía las 24 horas, 18 de ellas en vivo y en directo, aunque repitiese la misma nota una y otra vez.

En esa comunicación, Cienfuegos confirmó que el cuerpo había sido identificado como el de Sebita por sus propios padres. “¡Cómo le gusta la cámara a este hijo de puta! Nos cagó la primicia”, exclamó Sculli al escucharlo. “Ahora, cuando corte, seguro que lo llamás y te atiende. Vas a ver Galle”, continuó el Tano y acto seguido se sentó delante de su computadora para escribir un nuevo adelanto con la confirmación de la identidad de la víctima que el comisario acababa de dar a la prensa.

Dicho y hecho. Cuando Cienfuegos dejó de hablar por televisión, Federico lo volvió a llamar y esta vez atendió y le pasó toda la información que se podía conocer.

El hallazgo del cuerpo se había producido alrededor de las dieciséis, durante un rastillaje policial con cuatrocientos agentes efectuado en el barrio de la familia Miranda ubicado en el límite entre los distritos de *Los Jardines* y San Antonio, en el sudoeste metropolitano, zona donde los policías ya habían realizado decenas de procedimientos pero sin éxito.

Sin embargo, en el último operativo, uno de los canes rastreadores de la fuerza llegó hasta una casa quinta situada en la vereda de enfrente a la vivienda de la víctima y en cuyo jardín había un pozo ciego. El perro (que se había guiado por los olores de las prendas de vestir de Sebita que le había exhibido sus adiestradores) se dirigió directamente hacia ese agujero que tenía una tapa rectangular de medio metro de ancho hecha de cemento. Ante esa situación, los policías levantaron esta estructura de concreto, que aún no había secado del todo, y desde el orificio superior pudieron ver el cuerpo que yacía a unos tres metros de profundidad y con la misma ropa que el niño vestía al momento de su desaparición, cuando jugaba frente a su casa.

Además de estar maniatado, el cadáver tenía una soga alrededor de su cuello que los pesquisas policiales creían se había utilizado para bajar el cuerpo hasta el fondo del pozo ciego. Los bomberos tardaron unas horas en poder retirar los restos de la víctima de allí y cuando lo hicieron, los forenses determinaron a simple vista que había pérdida de masa encefálica a raíz de los golpes en el cráneo.

Este escenario llevó a que Wado y *Sandra*, los padres del niño, debieran ser asistidos inmediatamente por los psicólogos del flamante Centro de Ayuda del MJSRN. Sobre todo la mujer, que el día en que desapareció su hijo había dejado a Sebita al

cuidado de la niñera ya que realizaba horas extras en el hospital local donde trabajaba como enfermera.

La mamá de la víctima había contado a los investigadores que mientras ella estaba en el hospital y su marido trabajaba como todos los días de la semana en la venta de golosinas, Sebita se encontraba junto a un amiguito en la vereda y la señora que lo cuidaba lo miraba a través de la ventana del living.

Sin embargo, según Sandra, la niñera no pudo advertir el momento exacto en que el niño desapareció y tampoco si se le había acercado otra persona que no fuera su amiguito que, a su vez, también dijo no haber visto nada sospechoso.

A pesar de las pocas pistas con las que se inició la investigación, los detectives llegaron hasta la quinta del hallazgo donde, apenas avistaron el cadáver, detuvieron al matrimonio de caseros y al hijo de la pareja. Estas tres personas quedaron acusadas como los coautores del hecho aunque lo curioso fue que, según Cienfuegos, habían participado de las marchas realizadas los días previos para pedir por la aparición con vida de Sebita.

Tras la charla con el jefe policial, Federico, a instancias de Sculli, volvió a llamar al fiscal Dante para chequear la información. Ya era de noche y el funcionario judicial se había retirado de la escena del crimen, por lo que le habló un poco más distendido, aunque no le brindó muchos datos. Sí le confirmó la identificación positiva del cuerpo efectuada por Wado y Sandra a partir de las prendas de vestir y las tres detenciones. Con todos estos datos, el Tano terminó de armar la nota central del hecho que desde día pasó a llamarse “Caso Sebita” en los despachos de la agencia.

“Este no fue un secuestro extorsivo clásico ya que el primer y único llamado pidiendo rescate ocurrió recién dos días después de la captura del niño, cuando ya se habían realizado marchas para reclamar por su aparición y el hecho había llegado a los medios. Y tampoco hubo prueba de vida. Pero no deja de ser un secuestro”, opinó Sculli una vez que la nota central salió al aire y él la releía en busca de algún error.

-Pero el propio padre había dicho ayer mismo que él no creía en esa hipótesis - indicó el redactor.

-Hay que ver, Galle, si dijo eso a pedido de los investigadores para no avivar a los delincuentes.

-Entonces, ¿por qué lo mataron?

-Para mí, los secuestradores se asustaron con la repercusión mediática que tuvo el caso. Y además eran vecinos y conocían al nene.

De esta manera, el Tano no siguió el criterio de Cienfuegos que, en *off the record*, sugería la pista de una venganza hacia Wado como móvil del crimen y pidió a Federico que escribiera, como lo había hecho en febrero, un recuadro con los últimos casos de secuestrados asesinados: Castro, Palma, Blooming, Azcurra y, ahora, el niño Miranda.

Pobre fiscal Dante, pensó el redactor mientras escribía y recordaba que el funcionario judicial estaba a cargo de todas esas causas, excepto por la de Azcurra, que tras un intenso debate judicial se estableció que recayera en el fuero federal de la Capital Nacional ya que el llamado extorsivo se había producido en esa jurisdicción, y a pesar de que la víctima había estado cautiva y sido asesinada en territorio provincial.

El contrapunto iniciado en la redacción de Policiales entre el jefe de la sección y su redactor terminó por definirse al día siguiente cuando el fiscal Dante le confió a Cito que en la causa constaban testimonios que sostenían que los imputados necesitaban dinero para abrir una rotisería y que por esa razón habían secuestrado a Sebita. Y no solo eso, la suma que precisaban para ese negocio eran casi la misma que la reclamada en la llamada extorsiva: treinta mil pesos.

En total, la familia Miranda había recibido seis llamados extorsivos, pero salvo ése, los otros cinco se había efectuados desde unidades carcelarias, por lo que los pesquisas creían que eran falsas, a cargo de oportunistas o de secuestradores virtuales como los del caso Azcurra. En ese sentido, desde el asesinato del dueño de la financiera, las autoridades penitenciarias habían acordado con los legisladores un proyecto de Ley para que las comunicaciones desde los penales contaran con un mensaje que identificara su origen apenas el receptor atendía.

Por su parte, Cienfuegos siguió poniendo en duda la hipótesis del secuestro aunque al menos aportó nuevos datos como, por ejemplo, que los peritos habían hallado rastros de sangre y restos de masa encefálica en distintos puntos de un pequeño baño ubicado en el galpón del patio de la casa quinta, por lo que todo apuntaba a que el niño había sido asesinado en ese lugar de un fuerte golpe en la cabeza aplicado con un cortafierros encontrado en el fondo del pozo ciego, junto al cadáver.

El jefe policial precisó posteriormente en distintas declaraciones televisivas que se habían hallado manchas de sangre en las paredes y el lavamanos de ese cuarto gracias a la utilización de un reactivo químico que se ponía azul cada vez que detectaba presencia de rastros hemáticos en distintas superficies.

También indicó que los resultados preliminares de la autopsia habían arrojado que el niño no había sido atacado sexualmente y que la muerte databa del mismo miércoles en que había desaparecido. Por esto último, los investigadores policiales mantenían en duda el móvil del secuestro porque para ellos no tenía sentido negociar un rescate con la víctima ya muerta. Pero, tal como sostenía Sculli, quizás Sebita reconoció a sus captores por un descuido de estos y por esa razón lo mataron antes de concretar la extorsión.

Además, el jefe policial aseguró que otros dos sospechosos habían sido detenidos en las últimas horas. Se trataba de dos jóvenes del barrio que Wado había denunciado meses atrás por un supuesto robo a una casa cercana, lo que cuadraba perfectamente con la pista de la posible venganza. Sin embargo, algo no encajaba en esa línea investigativa y era cómo estos dos sospechosos, que no tenían una aparente relación con los caseros y el hijo de éstos, y tampoco vivían en el barrio, habían colocado el cuerpo de la víctima en la casa quinta de los principales acusados. Cabía la remota posibilidad de que lo hubieran hecho para endilgarles el crimen a los encargados de dicho inmueble, pero esos muchachos eran simples rateros, no delincuentes avezados.

Más allá de la insistencia del comisario mayor, convertido en la fuente de información estrella, en AGEN se puso mayor énfasis en la hipótesis del secuestro burdo, aunque sin dejar de lado la del homicidio por problemas con el padre de la víctima. Al fin y al cabo, la palabra definitiva la iba a tener la Justicia, como siempre, por más que ello llevara mucho tiempo.

XIII

El Cholo Carrizo cumplía veintinueve años y cuatro de los últimos los había pasado en prisión. Temprano por la mañana salió de la cárcel pero no a festejar, sino para ser trasladado nuevamente por los efectivos penitenciarios hasta los Tribunales Federales de Roca Negra Capital donde se desarrollaba desde comienzos de noviembre el juicio por el secuestro y crimen de Daniel Palma. Durante el fin de semana, el detenido se había rapado la cabeza y afeitado la barba, por lo que su aspecto físico había vuelto a parecerse al de aquel joven delgado que había confesado ante el juez Fernández Pereyra, aunque el paso del tiempo había dejado sus huellas en sus bíceps y pectorales, los cuales se veían algo más abultados debido a los ejercicios físicos que realizaba a diario junto a otros internos.

La custodia lo hizo ingresar a la colmada sala de ausencias primero en la fila de los acusados seguido por el Pelado Pizarro, Charly Rodríguez, la colorada Sarita Pistone, Balbuena y Shimauta, todos esposados. En cambio, una hilera detrás de estos se sentaron Galíndez y Amador, los únicos dos acusados que habían llegado al debate beneficiados con la excarcelación.

La sala era amplia, con un pasillo en el medio que separaba dos sectores de bancos, como si se trata de una iglesia. En ese camino central, los penitenciarios montaron un cordón humano para separar a los acusados y sus respectivos defensores y familiares del resto del público, entre el que se encontraba Federico, enviado especialmente por AGEN para cubrir el juicio.

Federico había ganado la pulseada en la redacción ya que hubo otro candidato que se había postulado para dicha cobertura: *David Razzotti*. Este era cinco años mayor que el exredactor del Central, tenía cargo de editor y lo ejercía cuando en la sección no estaban Sculli, Chimentti o Verónica.

También lo consideraban un especialista en secuestros extorsivos ya que había cubierto el caso Palma para la agencia cuando su joven compañero lo había hecho para el diario y el caso Castro completo, desde la comisión del hecho hasta el primer juicio en el condenaron al notorio Chino Montes a reclusión perpetua más la accesoria por tiempo indeterminado ya que, entre otras pruebas, sus huellas dactilares habían sido encontradas en el estéreo del auto de Juan Pablo que el delincuente intentó robar durante el secuestro de la víctima.

En aquella oportunidad, el día que se conoció la sentencia, Mirta y Gustavo entraron a la sala de audiencias rezando un Padre Nuestro y al escuchar la pena impuesta por los jueces estallaron en lágrimas, al tiempo que la madre de la víctima, mirando fijo a un inmutable Montes, le rogó a este que le dijera por qué había matado a su hijo. Le pidió que hablara por única vez, pero Montes ni siquiera la miró y no respondió.

Razzotti había presenciado esa tensa situación entre Mirta y el asesino de su hijo y luego la volcó a una crónica que salió publicada en todos los diarios. Lo cierto es que este editor habría querido cubrir el juicio por el caso Palma pero Sculli finalmente decidió que lo hiciera Federico ya que, en primer lugar, Razzotti había cubierto recientemente el debate por el caso Blooming y, en segundo término, cuando este no pudo asistir a dos audiencias de ese juicio había sido reemplazado exitosamente por el joven redactor.

Una de esas intervenciones de Federico en aquel debate fue crucial ya que se produjo cuando declaró como testigo Juan Alberto y criticó duramente al fiscal Dante y a los espías que frustraron el pago del rescate de su hijo.

Más allá de las críticas del padre de Alexis, la Justicia finalmente no dejó el caso impune y en octubre dictó dos condenas a reclusión perpetua, otras cinco a penas de entre diez y veinte años de prisión, y cinco más que fueron de tres a ocho años de cárcel. Pero Juan Alberto sentía un dolor tan irreparable que calificó el fallo de “vergonzoso” y reclamó la pena de muerte para todos los condenados.

El padre de Alexis no se daba por vencido y el lunes que comenzó el juicio por el caso Palma se sentó junto a la madre de Juan Pablo Castro y Wado Miranda para apoyar a Estela, quien se ubicaba delante de esos tres familiares de víctimas. En tanto, Federico se colocó en la última hilera de bancos y en el asiento que daba contra una de las paredes laterales para estar cerca de los parlantes y poder escuchar bien las declaraciones del debate. Además, estaba cerca del baño al que podía ir a ocultarse para llamar por teléfono a la redacción sin ser reprendido por el personal de seguridad que prohibía el uso de celulares adentro de la sala.

“Cuando pasó a declarar. Carrizo ni miró hacia donde estaban los demás acusados que lo fulminaban con la mirada. Tenía un jean, remera de mangas cortas y zapatillas. Murmullos y tensión”, anotó el periodista en su libreta.

Momentos después, *Gerardo Stein*, el secretario del Tribunal Oral Federal (TOF) 1 de Roca Negra (había un TOF 2 que se había encargado de los respectivos

juicios por los casos Blooming y Castro), comenzó a leer los datos personales de Carrizo y se detuvo para preguntarle al imputado en qué grado había abandonado la escuela primaria, a lo que el imputado respondió: “No me acuerdo. Pero sé leer y escribir, eh”. Esta respuesta despertó algunas risas entre los presentes, por lo que el secretario judicial debió pedir orden varias veces antes de terminar su lectura.

Stein era la estrella del tribunal y en cuanto el primer juez del cuerpo se jubilase él iba a ser la primera opción para ocupar ese puesto. De hecho, el rostro, y sobre todo la voz, del secretario habían quedado grabados para siempre en las imágenes de los medios periodísticos del país cuando a fines del año anterior leyó la resolución en la que se condenó a reclusión perpetua a quien había sido jefe de la Policía de Roca Negra durante la última dictadura militar y desde esa función ordenado secuestros y desapariciones de civiles, lo que el Tribunal consideró por primera vez en la historia judicial de la provincia como un “genocidio”.

Cuando Stein pidió silencio, todos los presentes en la audiencia en el debate por el caso Palma obedecieron, tras lo cual, le preguntó a Carrizo si quería comenzar con su declaración o iba a responder a las preguntas. Ante esa situación, el defensor oficial del acusado saltó de su asiento y aclaró que el imputado iba a declarar y que una vez terminada su exposición atendería a cada una de las requisitorias de la fiscalía y el particular damnificado.

Entonces, Carrizo inició un relato muy similar al que había hecho en su primera confesión. Primero contó sobre cómo se planificó y llevó a cabo el secuestro del adolescente. Luego admitió haber participado del traslado de la víctima tras la captura, de haberlo cuidado junto a Balbuena en una casa del Naranjo propiedad de Rodríguez y que durante los casi tres días de cautiverio sedaron a Palma para tenerlo mejor controlado aunque, sobre esto último, aclaró: “El pibe no se resistió en ningún momento.”

Respecto a Pizarro señaló que él y Rodríguez fueron los encargados de negociar el rescate y tomar las decisiones, y que junto a Pipo terminaron siendo los ejecutores del homicidio. También dijo que el plan inicial era secuestrar al chico por la mañana y liberarlo a la noche del mismo día al momento de cobrar el rescate. “Cuando me di cuenta de que la mano venía torcida me quise despegar porque sabía que iba a terminar todo mal”, indicó el acusado y reiteró que él no participó del homicidio.

El declarante dijo que se sentía arrepentido de lo que había hecho y les pidió perdón a los padres de la víctima. Además, indicó justo antes de que comenzaran las

preguntas de las partes, que él aceptaba ser considerado un “secuestrador” pero nunca un “asesino”.

Consultado sobre las motivaciones para matar al adolescente, Carrizo explicó que Rodríguez le dijo que iban a “limpiar” a la víctima porque el padre no quería “ponerla” (en alusión al dinero del rescate exigido) y, además, había visto los rostros de él y del Pelado.

“¡Sos un mentiroso hijo de puta! ¡Traidor!”, exclamó en ese momento el propio Pizarro poniéndose de pie y señalando a Carrizo, a lo que el secretario del tribunal exigió orden a los gritos y los efectivos penitenciarios lo sentaron al furioso acusado a los empujones.

Carrizo prosiguió y dijo que Pizarro, Rodríguez y Gatti se llevaron al chico desde la casa del primero en Los Indios hasta el basural, mientras que él fue a buscar a Balbuena al Naranjo y que cuando ambos volvieron observó a aquellos tres con toda la ropa ensangrentada. Luego contó cómo se sacaron esas prendas y las quemaron en el fondo del inmueble, pero dijo que no preguntó nada sobre lo ocurrido porque los tres estaban “recontra pasados de merca”.

-Entonces, ¿cómo se explica que los peritos forenses hayan encontrado sangre de la víctima en una campera suya que fue secuestrada en su domicilio cuando lo detuvo la Policía? -preguntó el fiscal Dante, quien hasta ese entonces había permanecido callado pero atento.

-Bueno, este.... Esa campera se la había prestado a Pizarro y era la que usó él el día que mataron al chico.

-¿Y es cierto que luego de cometido el homicidio el imputado Rodríguez le pidió que llamara a la casa de la víctima y amenazara a José Palma para que pagara el rescate?

-Solo llamé para preguntar si ésa era la casa de la familia Palma y corté.

-¿Y cómo cobraron el rescate?

-Lo único que sé es que la guita la cobraron Charly, Pipo y El Pelado. Nada más -respondió Carrizo, tras lo cual, el fiscal Dante indicó al tribunal que él tenía una sola pregunta más para el acusado.

-Usted, señor Carrizo, insiste en que es un arrepentido. Pero si estaba tan arrepentido por lo que había hecho, ¿por qué espero a ser detenido para confesar ante la Justicia en vez de entregarse antes y hacerlo espontáneamente?

-Porque me iban a matar.

-¿Quiénes? ¿Los otros miembros de la banda o posibles policías cómplices?

-...

-No más preguntas -concluyó el fiscal mirando al secretario Stein, quien asintió ligeramente con un movimiento de la cabeza.

Por su parte, el particular damnificado adoptó la misma postura que el representante del Ministerio Público Fiscal ya que se dio por satisfecho con las respuestas que acababa de dar el acusado. Entonces, los jueces decidieron pasar a un cuarto intermedio hasta después del almuerzo cuando iba a declarar el remisero Amador.

Apenas salió de la sala de audiencias, Federico llamó desde el teléfono celular de la agencia a la redacción para pasar las novedades de la jornada del juicio. Del otro lado lo atendió Chimentti, quien recién comenzaba su turno, para lo cual, Verónica lo había puesto al tanto de los temas del día ya que Sculli todavía no había llegado.

-¿Qué hacés Cito? Me pasás con Vero -el joven buscaba apurado unos textuales en su libreta de apuntes.

-Está hablando por la otra línea, Galle. ¿Qué pasó? ¿Terminó la audiencia? Contame a mí.

-Hay un cuarto intermedio para almorzar. Pero lo bueno es que declaró el arrepentido y si bien reiteró más o menos lo mismo que había dicho en la instrucción tiró un buen título.

-¡¿Ah, sí?! ¿Qué dijo?

-Que mataron al chico porque el padre no quería pagar el rescate.

-Está bueno eso. ¿Cómo fue que lo dijo? Así mando un adelanto.

-El fiscal le preguntó por qué mataron a Palma y Carrizo respondió que otro de los acusados, Rodríguez, le dijo: `Vamos a limpiar al pibe porque el padre no quiere ponerla`.

-Ajá -Chimentti tipeaba mirando la pantalla de su computadora-. ¿Quién era el Pelado?

-El imputado Pizarro, al que Carrizo señaló como uno de los asesinos junto a Rodríguez y Gatti, el que está prófugo.

-Perfecto. Bueno, yo voy mandando este adelanto y calculo que va a ser un tema central del día, así que en cuanto puedas mandá algo escrito. Yo le digo al Tano que lo venda en la reunión de edición.

-Dale. Yo ahora me voy a la corresponsalía y mando un cierre desde ahí porque después no sé a qué hora va a terminar a la audiencia.

-Está bien ¿Quién declara a la tarde?

-Declara el remisero. Así que puede llegar a estar bueno.

-Ok. Igual, mejor que lo que dijo el arrepentido no va a estar. Esa va a ser la cabeza de la nota.

-Seguro.

-Por eso mejor manda un cierre con lo de la mañana y mandamos la nota central con eso. Vos volvé tranquilo a la audiencia y si después el remisero declara algo interesante actualizamos el material, ¿te parece?

-Sí. Me parece bien -Federico guardó su libreta en la mochila junto con el grabador y se despidió:- Bueno, me voy a la corresponsalía a escribir.

-¡Ah!, Galle, otra cosa. Tengo algo para decirte. Es muy importante -indicó Chimentti.

-¿Qué pasó?

-Nada malo. Después, cuando me mandes el material, llámame y te cuento. Andá tranquilo.

Federico cortó la comunicación algo confundido ya que desde hacía dos meses que esperaba novedades sobre la renovación de su contrato que había quedado en suspenso a raíz de un parto total de actividades que el personal de AGEN había realizado durante cuarenta y dos días seguidos en reclamo de la reincorporación de dos empleados despedidos sin justificación por oponerse a los caprichos de la dirección que había asumido un año y medio antes, y que se mostraba más interesada en hacer propaganda política y aumentar los negocios de la pauta de publicidad oficial, que a ejercer un periodismo serio y responsable.

De hecho, apenas había asumido el actual directorio, los contratados como Federico se quedaron sin trabajo porque la política adoptada fue no incorporar a nadie a la planta permanente del área de Periodismo, pero Sculli insistió tanto al jefe de redacción en que necesitaba gente y que Alem era el indicado que, finalmente, la agencia accedió y acordó incorporarlo a este último, pero con un contrato renovable cada tres meses.

En marzo y en julio le habían renovado a Federico su contrato temporal, pero en septiembre, cuando era el turno de volver a hacerlo, la empresa aún estaba de paro y no lo hizo. Cuando finalmente se levantó la medida de fuerza, el redactor recibió la

promesa de que le iban a hacer un nuevo contrato en cuanto se normalizara toda la actividad administrativa; sin embargo, su situación era compleja ya que había sido el único contratado en adherirse al paro de punta a punta. Otros que estaban en la misma situación contractual habían recibido presiones y trabajaron, lo que resultó cuestionable pero entendible. En cambio, sí había sido absolutamente repudiable la actitud de ciertos jefes y editores que fueron completamente funcionales a los intereses del directorio.

No fue el caso de Sculli, a quien el jefe de redacción le dijo, a raíz de haber parado la sección, que apenas terminara la medida de fuerza iba a ser desplazado de su cargo. Y esa había sido la razón por la cual Federico jamás abandonó el paro, incluso, luego de que Verónica le reveló que había hablado con el resto de los miembros de la sección y que si él decidía trabajar ninguno de ellos iba a reprochárselo porque sabían que era contratado y que corría riesgo de perder su trabajo.

De todos modos, al levantarse el paro, los desplazamientos de cargos como los que había sufrido Sculli quedaron sin efecto y la empresa se comprometió a pasar a planta permanente a todos los contratados. Eso sí, no se había acordado ningún plazo para cumplir con esa medida, por lo que Federico seguía esperando. Y, mientras tanto, trataba de trabajar haciendo su mayor esfuerzo, como si eso fuera a convencer a la patronal de que merecía ser efectivizado.

“Lo hecho, hecho está. Estoy en la lista negra y ahora no me queda otra que bancármela”, se repetía el redactor cada vez que trabajaba horas extras sin saber si algún día iba a ser incorporado a la planta. Y se conformaba con que, al menos, le renovaran los viejos contratos por tres meses la mayor cantidad de veces posible.

Ya a fines del año anterior había dejado un trabajo mal pago en una editorial en la que escribió sobre *management* y arquitectura para volver a la agencia, por lo que si ahora lo dejaban ir de AGEN iba a engrosar el índice oficial de desempleo que, por entonces, seguía siendo de dos dígitos a pesar de que estaba en descenso.

En la corresponsalía de Roca Negra no había nadie ya que todo su personal se había ido a almorzar aprovechando que la oficina quedaba en pleno centro de la ciudad y cada uno de los periodistas allí asignados vivía en la zona. De esta manera, Federico pudo escribir rápidamente una crónica bastante extensa sobre el caso Palma y enviarla por correo electrónico a la redacción de Policiales.

-¿Hola Cito? -preguntó el periodista apenas se comunicó con la sección desde la línea fija de la corresponsalía.

-No, Galle. El Tano. Pará que te lo paso. Después hablamos -le respondió el jefe y luego lo transfirió al interno de Chimentti.

-Hola, Galle -atendió el subjefe-. Acá me llegó la nota. Está bastante completo. Así que volvete tranquilo al juicio.

-¡Perfecto! -exclamó Federico aliviado y dejándose caer sobre el respaldo de la silla-. Che, ¿qué me tenías que decir antes?

-Ah, cierto. Casi me olvido -Chimentti hizo una breve pausa y rió-. Te quería decir que anoche vino la petisa de Política a preguntarme a si estabas saliendo con alguien.

-¿Quién?

-Carolina.

-Ah, sí. Ya me acordé quién es. ¿Y me tiró onda?

-No, exactamente. Escuchame.

-Ok, ok. -Federico no pudo contener la risa.

-Carolina me preguntó eso porque la que aparentemente está interesada en vos es *Patricia Díaz*, de Espectáculos, ¿la ubicás?

-Claro que la ubico -el redactor se entusiasmó-. A veces pasa a saludarla a Vero. Creo que cubre los festivales de música y danza, ¿no?

-Sí, sí ¿Y qué te parece ella?

-Es muy bonita y tiene onda. Yo hablé varias veces con ella.

-Bueno, entonces, ¿le puedo pasar tu celular a Caro para que se lo dé a Patricia?

-Sí, pero igual me parece mejor que Carolina me pase el de Patricia y yo la llamo. O directamente se lo pido a Patricia cuando la vea en el laburo.

-Mirá, por lo que me dijo Caro, está todo bien con Patricia. Mejor encarala vos de una y listo.

-Tal cual. Voy a hacer eso.

-Bueno Galle, solo quería pasarte el dato porque pensé que podrías estar interesado.

-Gracias, Cito.

-Listo entonces. Seguí laburando. Después hablamos -cortó el subjefe.

El joven salió renovado de la corresponsalía y en el camino a los tribunales se compró un sándwich de jamón y queso y un jugo de pomelo que ingirió rápidamente antes de entrar a la sala de audiencias. Al hacerlo, se sorprendió de ver a su excompañero Gabriel entre el público presente en el recinto. No se encontraba con él

desde el invierno, cuando Chimentti había festejado su cumpleaños en un bistró de la Capital Nacional al que fueron los amigos periodistas como Facundo y Verónica, Sculli, y Ramiro y Loreley.

-¿Qué hacés por acá Gabo? -preguntó Federico dándole un fuerte abrazo a su colega.

-¡Galle querido! -respondió Gabriel y tras el abrazo se paró a la par de su protegido al que palmeó en la espalda-. El corresponsal se tuvo que ir a cubrir una nota para Política, así que Ramiro me mandó a relevarlo. ¿Qué le voy a hacer?

-Mejor. Así tengo a alguien de confianza que me haga compañía. A los movileros no los aguanto más.

-Y si viven diciendo boludeces. Lo de ellos es puro show. No les interesa hacer periodismo.

Luego de intercambiar unas sonrisas cómplices, Gabriel le pidió a Federico que lo pusiera al tanto de lo que había ocurrido en el juicio durante la mañana y ambos se acomodaron en el fondo de la sala de audiencias donde el debate se reanudó enseguida con la declaración del remisero Amador, quien volvió a relatar cómo él llevaba a Daniel cuando los secuestradores, simulando ser policías, le cortaron el paso y capturaron al adolescente.

El chofer precisó nuevamente que los delincuentes lo golpearon y que por esa razón no pudo resistirse, al tiempo que aclaró que él no era parte de la banda y no lo entregó. “Si yo lo conocía al chico y a su familia. Gente buena, de trabajo, como yo”, declaró Amador con una voz apenas audible.

Cuando el fiscal Dante le preguntó por qué luego de la captura fue primero a la remisería y recién después de hablar sobre lo ocurrido con sus compañeros de trabajo alertó al padre de la víctima, Amador explicó que no lo hizo a propósito, que actuó casi sin pensar porque tenía mucho miedo y recaló que él posteriormente ayudó al hombre a buscar a su hijo.

Se trató de una declaración breve, que fue seguida por la de dos testigos que complicaron la situación de Amador. Uno de ellos, una mujer que vivía en la misma cuadra que los Palma y que la mañana del hecho había salido a la calle para ir a comprar a la panadería del barrio. Esta vecina contó que antes del secuestro vio un remis estacionado en la esquina de la casa de la víctima, junto al cordón de la vereda y que en un momento un auto que transitaba en sentido opuesto dobló en “U”, se le puso a la par y dos hombres descendieron del vehículo y se pararon junto a la ventana del conductor

del remís. Instantes después, uno de esos hombres caminó hacia la parte trasera del lado del acompañante e hizo descender a un joven al que, junto al otro desconocido, subieron a su auto, a bordo del cual abandonaron el lugar.

El segundo testigo, otro vecino que ocasionalmente estaba en la calle cuando ocurrió la captura, confirmó lo que había dicho la mujer al sostener que el remís estaba estacionado y con el motor apagado.

Tras estas testimoniales declararon los primeros policías que arribaron a la casa de los Palma apenas recibieron la denuncia del secuestro, pero no aportaron datos reveladores o que no constaran ya en el expediente, por lo que una vez finalizadas estas exposiciones, el tribunal dio por concluida la jornada y pasó a un cuarto intermedio.

Rápidamente, el público desalojó el recinto y al llegar a la vereda de los tribunales los movileros abordaron a Estela y su abogado, *Juan Varela*, quien estaba más acostumbrado a ser defensor en este tipo de procesos. Ante la catarata de preguntas, la mujer primero decidió aclarar sus dichos que había pronunciado cuatro años antes, apenas habían sido detenidos los acusados, cuando pidió que los imputados recibieran la pena de muerte.

“No voy a hacerme la distraída y negar lo que dije. Soy una persona muy humilde, pero igual aprendí que todas las personas, hasta los delincuentes más desalmados, tienen derecho a vivir”, señaló la mujer.

Consultada entonces de cuál era la condena que ella esperaba, Estela respondió que pretendía que los acusados permaneciesen tras las rejas la mayor cantidad de años que permitía la legislación vigente. Con esa pena máxima, ella consideraba que se iba a hacer Justicia y su hijo descansaría en paz. Y también volvió a cargar contra los policías que investigaron el caso por no haber hecho nada mientras su hijo todavía estaba vivo.

A su turno, el abogado Varela destacó que todavía era prematuro hablar de las penas que les correspondían a los acusados en caso de ser hallados culpables del secuestro y crimen de Palma, aunque señaló que de comprobarse la participación directa de cada uno de ellos en sus distintos roles, la intención de la familia sería solicitar la reclusión perpetua para todos.

Según el letrado, el debate representaba la última oportunidad para esclarecer no solo el secuestro y homicidio de Daniel, sino también si hubo complicidad y encubrimiento de parte de policías y funcionarios corruptos.

Sobre la declaración de Carrizo, Varela consideró que había sido muy importante porque permitió conocer cómo se preparó el secuestro, la forma en que se consumó el homicidio y lo que sucedió después del crimen.

Por último, el abogado consideró que comenzaba a robustecerse la imputación de Amador ya que apoyaba la hipótesis de que la muerte de Daniel pudo haber estado motivada en que la víctima descubrió que el remisero lo había entregado.

En tanto, Federico y Gabriel habían permanecido unos pasos al costado de los movileros tomando notas de las declaraciones de Estela y su abogado en vez de enredarse en la telaraña de micrófonos y grabadores. Cuando la improvisada conferencia de prensa acabó, los dos periodistas emprendieron el viaje de regreso a la Capital Nacional para terminar de escribir la nota central del caso en sus respectivas redacciones. “Me alegra verte bien Galle. Y te felicito por tu laburo”, dijo Gabriel antes de despedirse. Federico le agradeció y ambos volvieron a abrazarse fraternalmente.

XIV

El joven trataba de marcar el número que se sabía de memoria en su teléfono celular con su mano derecha y con la izquierda se corría los finos cabellos del flequillo que le obstaculizaban su visión al bajar la cabeza hacia la pantalla del pequeño aparato móvil. Federico estaba a bordo de un remís en dirección de los tribunales de Roca Negra Capital para cubrir una nueva jornada del juicio por el caso Palma. Era media mañana pero su amigo Esteban, a diferencia de él, siempre que podía atendía los llamados y también los devolvía al advertir una llamada perdida.

-¿Hola Esti? ¿Podés hablar? -arrancó Federico apenas lo atendieron del otro lado de la línea.

-¿Fede? ¿Qué hacés tan temprano? ¿Te pasó algo? -respondió el amigo, quien fumaba y tomaba un mate en la sala de maestros del colegio donde daba clases de expresión corporal para los infantes y educación física para los niños y adolescentes, en especial, clases de hockey a las mujeres y de fútbol a los varones.

-Sí, pasó. Pero nada malo. Te llamaba para avisarte que esta noche no voy a poder ir a jugar al club.

-Está bien. No te hagas problemas. ¿Mucho laburo?

-Sí y no. Estoy a *full* en el trabajo, pero pasa que Patricia me acaba de invitar a cenar a la casa.

-La chica del laburo, ¿no?

-Sí. La que te conté que salí el finde pasado.

-¿Pero no me habías dicho que te había ido más o menos?

-Bueno, parece que no tanto....

-Ves que sos un gil. ¿No te digo siempre que tenés que ser un poco menos pesimista? -retrucó Esteban saliendo de la sala de maestros por unos momentos para poder hablar con mayor privacidad.

-Igual, ella ya me aclaró que no quiere saber nada con tener algo serio, que tiene una visión muy particular de las relaciones de pareja y el amor, y que está bien sola. Así que muchas ilusiones tampoco me puedo hacer.

-Lo que pasa es que es una mujer grande, que ya estuvo en pareja por muchos años y ahora no debe querer más compromisos. Y, quizás, sea mejor así: algo más *free*.

-Puede que tengas razón.

-Relájate y goza, amigo.

-Tal cual. Eso es lo que pienso hacer.

-Me parece perfecto –Esteban miró su reloj y advirtió que ya era hora de volver al trabajo-. Bueno Fede, te dejo porque tengo que dar clases. Después me contás como te fue esta noche. Un abrazo.

-¡Abrazo!

Tras cortar la comunicación, el periodista permaneció en silencio el resto del viaje hasta la Capital Provincial y disfrutó del paisaje lindero a la autopista, el cual se componía de pinceladas gruesas de un verde y amarillo intensos. Y en el fondo del cuadro se podía apreciar también los destellos de la marea.

Para Federico, el último tramo de la primavera era la mejor época del año para andar por las calles de Roca Negra ya que estas se colmaban de estudiantes universitarios que aprovechaban el clima cálido para estudiar en grupo en las plazas o reunirse a festejar los finales aprobados y la proximidad del fin de la cursada.

Al llegar al edificio judicial se sorprendió que no hubiera mucho movimiento de periodistas y pensó que muchos de sus colegas ya se habían cansado de cubrir el debate, en especial, los de la televisión y la radio. Es que en este tramo del juicio solo se sucedían las testimoniales que terminaban por ratificar lo que ya constaba en el expediente sin revelar ningún dato sorprendente o misterioso.

De hecho, al ingresar a la sala de audiencias, Federico advirtió que era el único cronista allí presente. Me parece que me voy a comer un embole, pensó mientras se acomodaba en uno de los asientos libres ubicados más adelante de los que habitualmente ocupaba. Luego de estar un rato sentado y mirando como los jueces, los abogados y los acusados ocupaban sus respectivas posiciones, tomó el anotador y dejó guardado el grabador.

Apenas inició la audiencia, el fiscal Dante sostuvo ante el tribunal que iba a desistir de varios de los testigos que estaban citados a declarar ese día por considerar que el aporte que podían hacer era mínimo. Los magistrados aceptaron la moción de la fiscalía, tras lo cual, el defensor oficial de Rodríguez anunció que su imputado quería declarar en esa misma jornada ya que si se desistía de otras declaraciones era el momento propicio para que lo hiciera. El tribunal también hizo lugar a esa solicitud, por lo que el imputado se levantó de su asiento, se situó en el banquillo frente al estrado y tomó el micrófono para hacer su descargo.

Ceferino Rodríguez tenía 36 años, el pelo negro y bien corto, y vestía un pantalón de jean clarito, una camisa a cuadros de mangas cortas y zapatillas deportivas

blancas. “Soy totalmente inocente”, arrancó el imputado, que antes del caso Palma ya contaba con antecedentes por robo y homicidio, aunque aclaró que en la segunda de esas causas había sido sobreseído.

A diferencia de Carrizo, Rodríguez hablaba de una manera más articulada y entendible para todos los presentes. Además. Tenía un tono de voz grave, por lo que resultaba bastante claro escuchar lo que decía.

El imputado explicó que al momento del hecho estaba en cama, sin poder moverse “ni para ir al baño” ya que tenía tres costillas fisuradas a raíz de un accidente que había sufrido con su auto una semana antes.

Respecto de ese supuesto accidente, Rodríguez precisó que sucedió en El Naranjo cuando él volvía solo de bailar y, como estaba alcoholizado y también había fumado marihuana, perdió el control de su Volkswagen Senda. Luego indicó que lo llevaron en ambulancia al hospital de esa ciudad donde le practicaron estudios y le hicieron las curaciones de rigor. Y aseguró que su abogado había pedido incorporar al expediente los certificados médicos y las radiografías que supuestamente le habían realizado.

Por ello, el acusado aseguró que no estaba en condiciones físicas de salir de su casa, por lo que Carrizo mentía descaradamente y no entendía por qué el fiscal y el juez le habían creído.

Mientras Rodríguez declaraba, Federico tomaba notas en su libreta pero al ver que la exposición se prolongaba y el contenido abundaba en detalles se sentó cerca de los parlantes y comenzó a grabar el resto del descargo. En tanto, todas las demás personas presentes escuchaban atentas, en especial, Estela, quien le susurraba permanentemente a su marido ubicado a su lado.

Al hacer un alto en su relato, el acusado pidió un nuevo vaso con agua ya que se había tomado el que siempre dejaban junto al micrófono y una vez que los penitenciarios lo hicieron, bebió un sorbo largo y continuó con su versión de los hechos.

Según Rodríguez, la razón por la que terminó involucrado en el caso Palma era que desde joven había sido “injustamente perseguido” por la Policía por el solo hecho de ser pobre. Según él, en los noventa, los efectivos lo habían dejado “pegado” a un homicidio que diecisiete años después quedó demostrado que era inocente. También sostuvo que le “armaron” una causa por robo en la que tuvo que pagarles dinero para que no lo detuvieran y que en un momento en que no pudo pagar más le “plantaron” pruebas para acusarlo del secuestro y crimen de Daniel.

Ante esos dichos, el fiscal Dante interrumpió la declaración de Rodríguez para aclarar ante el tribunal que en el expediente constaba que los resultados de un peritaje de audio que había cotejado la voz del imputado con la de varios de los llamados extorsivos recibidos por la familia Palma habían dado resultado positivo en un 99,9 %, lo cual significaba una prueba “irrefutable”.

-La identidad fonética no deja lugar a dudas: la voz masculina de carácter extorsivo le pertenece a Ceferino Rodríguez -aseguró el representante del Ministerio Público Fiscal poniéndose de pie junto a su escritorio, que estaba ubicado justo en frente al del secretario Stein.

-Yo desconozco las técnicas que utilizaron en esa pericia y no confío en ellas -intervino el acusado casi a los gritos y mirando a los jueces-. A mí ya me hicieron una cama trucando unas fotos, así que no me sorprende que ahora hayan trucado mi voz.

-¡Orden! ¡Orden! -exclamó el secretario del tribunal mirando al frente y luego volviéndose hacia Dante-. Señor fiscal, debo recordarle que recién cuando el acusado termine su exposición usted podrá hacer todas las preguntas que considere pertinentes y presentar sus argumentos. Y en cuanto a usted señor Rodríguez, no voy a tolerar que suba el tono de voz y que hable fuera de lugar.

-Disculpe, doctor. Solo quería dejar en claro que yo no hice ninguna llamada. Esa voz no es mía. Desconfío plenamente de los peritos de la Policía que hicieron el cotejo -indicó el acusado un poco más sereno.

Luego, Rodríguez, tal como lo había hecho cuatro años antes en su primera indagatoria, admitió que conocía a Carrizo cuando iba al Motorcito a visitar a su hija y que lo veía en los pasillos de la villa reunido con un grupo de pibes del lugar. Sobre dicho acusado manifestó que no le agradaba porque lo consideraba un “agrandado” y negó que aquel haya estado alguna vez en su casa del Naranjo.

Además, indicó que él no conocía a los acusados Gatti, Amador ni al tal “Japonés”; aunque sí reconoció tener una relación desde hacía años con Balbuena, de quien era vecino. Y respecto de la “La colorada Sarita” dijo que no la había visto nunca en toda su vida, pero que le habían llegado comentarios de que era una chica que tomaba, se drogaba y andaba con pibes chorros.

En cambio, Rodríguez admitió que conocía a Pizarro y a Galíndez. Del primero dijo que lo respetaba porque era un hombre humilde y “con códigos”; todo lo contrario a Carrizo, pero negó que haya estado presente en su vivienda. Sobre el segundo

manifestó que había sido pareja de su mujer, pero que no tenía relación con él porque su padre era policía y desconfiaba de “esa gente”.

De esa manera, el acusado concluyó su descargo, tras lo cual, el tribunal preguntó al abogado del particular damnificado si tenía alguna pregunta para hacer y el letrado respondió que no, pero que a raíz de que la fiscalía había desistido de varios de sus testigos, pidió adelantar la declaración de los padres de Daniel. Los jueces aceptaron y resolvieron que esas testimoniales se llevarían a cabo después de un cuarto intermedio para almorzar.

Durante el receso, Federico salió del recinto e inmediatamente llamó a la redacción para informar sobre las novedades. Habló con Verónica, quien decidió publicar un adelanto con el siguiente título: *Uno de los acusados se declara inocente y denuncia una confabulación policial*.

Si bien el juicio por el caso Palma no había sido considerado hasta ese momento como uno de los temas centrales del día, a partir de la declaración de Rodríguez se convirtió en la nota principal de la jornada, por lo que la editora le indicó a Federico que le diera bastante extensión a los contenidos y que no se perdiera la testimonial de los padres de la víctima. “A ver si tiran otra bomba. Por las dudas, siempre hay que estar. Fijate como zafamos esta mañana. Parecía que iba a ser una audiencia aburrida y menos mal que fuiste”, le dijo Verónica a su cronista, quien luego de aquella charla telefónica se fue a almorzar rápido, en una panchería ubicada frente a los tribunales.

El muchacho, sentado en una silla de hierro y lona ubicada en la vereda del local de comidas junto a una mesa redonda del mismo material y debajo de una sombrilla haciendo juego ya que tenía la inscripción de la misma publicidad de cerveza que los otros dos elementos del mobiliario, deglutió una hamburguesa con lechuga y tomate, unas papas fritas y una gaseosa, mientras observaba a la gente ir y venir por la avenida principal de la ciudad.

Claro que en ningún momento de su almuerzo exprés perdió de vista al abogado de los padres de Daniel que durante el receso ocupó una mesa en un rincón del interior del mismo local donde repasó unos documentos y bebió un agua mineral fría. Y cuando el doctor Varela abandonó su posición para regresar a los tribunales, el periodista hizo lo mismo.

El primer testigo al reanudarse el debate fue Estela, quien al comienzo de su declaración respondió a preguntas protocolares que solo sirvieron para precisar algunos

datos sobre su hijo y también del día en que el chico fue secuestrado como direcciones, horarios, etc.

La mujer llevaba puesto un prendedor con la fotografía de su hijo sobre su blusa roja y contestó a todas las preguntas del tribunal con voz clara pero tensa, ya que era la primera vez que estaba cara a cara con todos los imputados del crimen de Daniel. Sin mirarlos en ningún momento, Estela disparó munición gruesa al calificar de “desastrosa” la investigación que se hizo después de la captura y antes de que apareciera el cuerpo de la víctima. La mujer recalcó que apenas se habían llevado a su hijo, ella les dijo a los policías que el chico ya había sufrido un intento de secuestro, pero que en la comisaría de San Antonio no le quisieron tomar la denuncia de aquel hecho.

La testigo también criticó a la Policía porque dijo que cada vez que iban a realizar un operativo se enteraba todo el mundo, inclusive, los delincuentes que tenían que ir a buscar, y luego fue el turno de señalar a Amador.

Respecto del remisero, Estela contó que cuando el hombre regresó a la casa de ella para contarle que habían secuestrado a su hijo no pudo evitar insultarlo porque consideraba que él era el “responsable” de cualquier persona que llevara en su auto.

Según Estela, ante esa situación, el remisero se excusó diciéndole que los delincuentes lo habían golpeado, por lo que no había podido hacer nada para evitar que se lo llevaran a Daniel y entonces ella le dijo que no le creía porque no le veía “ni siquiera despeinado” y que, además, era un “cagón” por no haber defendido a su hijo con más determinación y fuerza.

Sin detenerse a beber ni un sorbo de agua, la testigo prosiguió su relato recordando que durante el cautiverio de Daniel las negociaciones estuvieron a cargo de su marido y que ella solo atendió un solo llamado extorsivo, que se lo atribuyó al imputado Galindez. También dijo que apenas hicieron la denuncia se instalaron dos policías junto al teléfono de su casa a los que le indicó que no perdieran el tiempo allí, tratando de cuidarla a ella y su familia, sino que salieran a la calle a buscar a los secuestradores de su hijo.

Por último, la mujer opinó ante el tribunal que consideraba que la banda que había asesinado a Daniel no estaba completamente desbaratada y solicitó que se investigue la participación policial ante la posibilidad de que los efectivos hayan “liberado la zona” para que se concretara el secuestro.

Tras la declaración testimonial de Estela fue el turno del padre de Daniel, que vestía una camisa a cuadros azul y blanca. “El papá tiene el mismo peinado y bigote de

siempre. Es como si el tiempo no hubiera pasado en él después del hecho”, escribió Federico en su anotador al ver pasar al hombre hacia el estrado con su andar parsimonioso, tan calmo como el sonido de su voz.

José relató que luego de que Amador fue a su casa a avisarle de la captura de su hijo él salió con el remisero a buscar a Daniel y que al volver a su domicilio recibió el primer llamado extorsivo en el que le dijeron: “Tenemos a tu pibe. Sabés que es esto, ¿no?”. Palma contó que él respondió afirmativamente, a lo que el secuestrador agregó: “Esto te va a salir doscientas lucas verdes, ¿entendiste?”. Y luego cortó.

A raíz de esta primera comunicación, el padre de la víctima llamó inmediatamente a la Policía para denunciar lo ocurrido y minutos después dos agentes llegaron a su casa. Relató que los efectivos le preguntaron si él estaba por cobrar, o había cobrado recientemente, alguna suma importante de dinero por alguna operación comercial o una herencia y que les respondió que no tenía mucha plata porque era un “simple laburante”.

De acuerdo al testimonio de José, las negociaciones posteriores fueron muy duras ya que los captores se fueron comportando de manera cada vez más agresiva, a pesar de lo cual, él accedió a seguir todas las instrucciones que le impartían hasta que llegaron a un acuerdo de cuánto sería el rescate y de cómo y dónde se iba a pagar el mismo.

“Los investigadores me dijeron que al momento de pagar el rescate me iba a acompañar un policía. Como se hacía la hora de salir y no venía nadie, le pregunté al único efectivo que estaban en casa y me dijo que me fuera tranquilo porque el agente que tenía que seguirme lo haría de manera encubierta”, recordó el testigo.

Y, en ese sentido, José señaló que cuando volvió a su domicilio tras pagar el rescate, unos policías que lo aguardaban allí le dijeron que el efectivo que debía seguirlo se había perdido en el camino. “Entonces les dije que el agente encubierto me tendría que haber llamado al celular, pero no me supieron explicar por qué no lo había hecho. Y en ese momento me sentí realmente desprotegido por la Policía y que mi familia se encontraba a la buena de Dios”, agregó.

Respecto de la actuación policial, el padre de Daniel aclaró que él ya había comenzado a sentirse defraudado por los efectivos cuando dos días antes de pagar el rescate cayó preso el subcomisario Herrera y las sospechas apuntaban a que este había desviado la investigación.

Finalmente, José habló de la “infinita sensación de vacío” que le produjeron los días sin novedades desde el pago del rescate, de cómo aguardaron día y noche, durante más de un mes, junto al teléfono una nueva llamada de los secuestradores que nunca se produjo. “Y la única llamada de la Policía fue para avisarme que habían encontrado a mi hijo muerto”, concluyó con lágrimas en los ojos.

La testimonial de José fue la última de la jornada que terminó en medio de un nubarrón anímico que no se condecía con el clima que brillaba en las calles. Apenas dejó los tribunales, Federico llamó a la redacción y le contó al jefe las novedades, a lo que Sculli le indicó que hiciera la nota central con la declaración de Rodríguez, que mencionara lo de los padres en un segundo párrafo y que resto de lo que había dicho el matrimonio Palma lo escribiera en un recuadro aparte.

Al llegar a la corresponsalía la nota central no le demandó demasiado tiempo y después de enviarla por correo electrónico a la sección Policiales escribió un recuadro encabezándolo con la idea de que los padres de Daniel denunciaban formalmente la participación policial en el hecho.

Federico concluyó su jornada cuando ya empezaba a oscurecer, por lo que se pidió un remis para volver a la agencia y así devolver el celular y el grabador sin que el encargado de los suministros se enojara a la mañana siguiente cuando le faltaba material de su inventario.

En tanto, el periodista decidió no pasar ni un minuto por la sección ante la posibilidad de que si todavía quedaba algún tema pendiente su jefe lo hiciese quedar un rato más. Además, ya se había cerciorado vía telefónica que su material había llegado y sido publicado sin problemas.

La cita con *Patricia* no tenía un objetivo determinado, como podría haber sido cenar, salir a tomar algo o ir al cine. No era el estilo de ella hacer muchos planes. Más bien prefería romper con ciertas estructuras, aunque vivía bajo determinados condicionamientos que a Federico le generaban alguna molestia pero que él no se animaba a expresarla en voz alta. Por ejemplo, cuando ella bajaba de su departamento para abrirle la puerta del edificio, ubicado a pocas cuerdas de la redacción de AGEN, y estaba presente algún vecino del lugar, lo saludaba con un beso en la mejilla y cuando iban a comer juntos por el mismo barrio, ella no lo tomaba de la mano mientras caminaban.

La noche de ese jueves, Patricia bajó a abrirle con un vestido de verano turquesa que dejaba sus hombros y su espalda color miel al descubierto, y le llegaba a las rodillas. Pero debajo del mismo tenía un jean gastado con el estampado de una flor que ella misma había diseñado y cocido para tapar un agujero en la tela. Llevaba puesta unas sandalias, las que apenas cruzaron el umbral del departamento ella se sacó dando unos puntapiés cortitos en el aire, por lo que Federico también se descalzó para sentir en las plantas de sus pies la frescura del parque.

-¿Querés tomar algo? -preguntó la anfitriona mientras se dirigía la cocina que se conectaba directamente con el living comedor que daba a la calle. El segundo ambiente del inmueble era el dormitorio, el cual estaba separado por una pared blanca y una puerta a tono, tenía una ventana hacia el frente del edificio y, además, incluía el baño.

-Algo frío. Estoy muerto de calor -respondió el joven, quien se desplomó en un sillón individual ubicado entre la mesa y sillas, y la biblioteca en la que estaba el equipo de música del que emanaba una dulce *bossa nova*.

Patricia regresó de la cocina con dos vasos de cerveza y en vez de darle uno de esos a Federico depositó ambos en la mesa. Luego, se sentó encima del joven con las piernas abiertas a ambos lados de la cintura de él y lo besó apasionadamente en la boca. En cuestión de segundos, los cuerpos de ambos se arrimaron hasta que quedar prácticamente pegados. Ella le sacó la remera y él respondió sacándole el vestido y el corpiño. Los torsos de los dos estaban cubiertos en sudor y antes de volver a besarse con desenfreno, él la miró fijamente para apreciar su bello rostro, que lucía unos ojos color nuez y una boca carnosa.

Federico acarició la suave piel de su amante y también su cabellera castaña y lacia hasta los hombros, tras lo cual se desnudaron por completo y tuvieron sexo en el suelo de la sala de estar, primero ella arriba de él y luego a la inversa hasta que ambos llegaron al orgasmo.

-¿Estás bien? -preguntó Patricia, recostada en el pecho de Federico, quien se quedó tirado de espaldas sobre el parque, con las manos detrás de la nuca y mirando el cielo raso.

-Sí, muy bien. ¿Y vos?

-También.

-¡Estabas en llamas, eh!

-Entonces, ¿te gustó?

-Mucho.

-No te veo muy convencido –Patricia alzó la vista y la enfocó en el rostro aun enrojecido del joven.

-Está todo bien. No pasa nada –Federico la besó en la frente.

-¿Seguro?

-Sí. Solo que me gustaría que algunas cosas fuesen más sencillas -respondió él acariciando la melena totalmente despeinada de Patricia, quien se había vuelto a recostar sobre sus pectorales cubiertos por vellos negros.

-¿Y a quién no?

Las últimas palabras de la mujer fueron casi un suspiro, como si no hubiese querido pronunciarlas en voz alta.

-Che, Pato, ¿cuándo vas a conocer mi casa? -preguntó Federico, para quién ya que no tenía sentido seguir intentando en ese momento alinear mente y cuerpo en un mismo eje para que todo funcionase como él realmente deseaba.

-¿Querés que conozca a tu familia? -repreguntó Patricia volviendo a levantar la cabeza hacia el rostro de él.

-No, nena. Mi casita.

-¿Ya te mudaste?

-Sí.

-Bueno, entonces cuando vos quieras.

-Este finde no puedo porque tengo un cumpleaños el viernes y otro el domingo, pero la semana que viene te invito a cenar a mi hogar, dulce hogar, ¿te parece bien?

-Sí, nene. No hay ningún apuro.

Ella bajó la cabeza y cerró los ojos. Él, en cambio, permaneció con la mirada perdida un largo rato más hasta que descubrió que Patricia se había quedado dormida. Entonces la despertó suavemente y ambos se levantaron del suelo y depositaron sus cuerpos aún húmedos en la cama, la cual siempre estaba deshecha, del mismo modo que el ropero del dormitorio permanecía abierto de par en par y varias prendas de vestir de ella estaban apiladas sobre una silla que funcionaba como especie de mesita de luz.

Después de una breve “siesta”, la cita terminó con una cena en el departamento, un poco de *zapping* y vuelta a dormir. Y por la mañana, con las energías renovadas, volvieron a tener sexo, esta vez, sobre el colchón.

XV

La “casita” de Federico era, en realidad, un mono ambiente ubicado detrás de la expanadería de Don Francisco, quien había muerto a fines del año anterior. Tras su fallecimiento, Roberto había dividido el terreno en dos, vendido la parte del comercio y con ese dinero remodelado el quincho del fondo que históricamente había sido el depósito de mercadería y estaba separado del local delantero por un patio interno de baldosas que ahora compartían ambas construcciones. El padre de Federico le cambió los muebles humedecidos del baño, donde colocó una ducha; instaló una cocina completa, con un aparador bajo mesada y otro arriba amurado; y compró también una estufa para el invierno. Es decir que convirtió el viejo depósito en un lugar habitable.

Por su parte, el joven periodista se encargó de pintar todo el interior y de contratar a un techista que le arreglase las goteras. Con sus ahorros también compró una heladera, microondas, una mesa y sillas de pino, y un *sommier* de dos plazas. Todo este equipamiento lo había terminado de colocar junto a su padre el fin de semana anterior a ese miércoles en el que se levantó bien temprano para ir a la agencia. Ese mismo día, como cada semana, Patricia no tenía que ir al ensayo con su grupo de danza, por lo que él la invitó a cenar a su humilde morada, aunque ella le dijo que le confirmaría esa misma noche si podía ir a o no.

Federico se encontraba a dos cuadras de la agencia cuando Verónica lo llamó a su celular para saber cuánto demoraría en llegar ya que tenía mucho trabajo al que se le acababa de sumar “novedades importantes” en el caso Palma. El joven le respondió a su editora que recién había descendido del colectivo y que no se preocupara porque en cinco minutos arribaría a la redacción.

-¿Qué pasó, Vero? -preguntó el joven periodista apenas dejó caer su mochila en la silla junto al escritorio vacío ubicado al lado del de Verónica, quien no dejaba de impactar las teclas con sus largos y finos dedos de uñas cortas pero prolijamente pintadas de un negro azabache que combinaba a la perfección con el color de su pantalón de vestir y sus sandalias que, a su vez, contrastaban armoniosamente con su camisa blanca de mangas cortas decorada con un pequeño estampado floral.

-¡¿Qué hacés pibe?! Menos mal que llegaste. Vení, sentate –indicó la editora, nerviosa.

El joven la saludó con un beso en la mejilla y luego se sentó a su lado.

-A ver...

-Fede, necesito que antes de que te vayas a cubrir el juicio trates de hablar con el juez de la causa porque el abogado de la familia Palma acaba de decir por radio que detuvieron el prófugo del otro lado de la frontera.

-¡Ah, bueno! ¡Es una bomba!

-Tal cual. Y si tenemos los detalles no sé si es más importante que los alegatos del juicio.

-Y puede ser.

-¿Entonces hablás con el juez?

-Sí, sí. Ya lo llamo. Dejame ir a buscar un café y me pongo con eso.

Federico se levantó de la silla y comenzó a caminar hacia la cocina del fondo en momentos en que Patricia se dirigía hacia el mismo lugar. Él se mantuvo unos pasos atrás de ella, que iba con el termo vacío en una mano y el mate en la otra. La redactora trabajaba en el segundo piso, donde funcionaban las secciones “frías”, pero allí no había cocina, por lo que todos los periodistas de ese sector debían bajar al primero a buscar agua, café o fumar un cigarrillo.

Federico alcanzó a Patricia antes de que ella se diera cuenta y cuando la periodista de Espectáculos se dio media vuelta con su termo humeante se topó con el rostro sonriente del muchacho.

-Hola –arrancó él y luego la besó en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios.

-¿Cómo andás? -preguntó ella colocándose de espaldas a la pared para darle paso hacia la máquina expendedora de café.

-Apurado. Pero todo bien. ¿Vos?

-Bien, bien. Con un poco de sueño, nomás. Vine temprano para terminar una entrevista que hice anoche en el teatro. Pero en cuanto la entregue me voy.

-Mejor. Así llegás temprano a tu casa.

-¡Sí! Por favor.

Federico se agachó para tomar el vaso con su cortado y cuando se reincorporó advirtió que junto a Patricia estaba parada una compañera de ella que la había seguido para ir a fumar y compartir unos mates. Entonces, él se despidió con un “después nos vemos” al pasar y abandonó la cocina mascullando bronca por haber tenido el tiempo suficiente para poder averiguar si esa noche iba a haber una nueva cita.

Una vez acomodado en su escritorio, Federico sacó de su mochila nueva un cuaderno de anotaciones de tapa blanda, la cual se había doblado al quedar aprisionada

por la muda de ropa interior y una remera limpia que guardaba para aquellas jornadas largas y calurosas en las que no volvía a hasta la noche tarde o, incluso, el día siguiente.

El periodista llamó varias veces al despacho del juez Fernández Pereyra hasta que este finalmente lo atendió. Como siempre, el magistrado estaba ocupado, por lo que le pidió a Federico que fuera breve.

-Doctor, solo quería confirmar la información de que Pipo Gatti, el prófugo del caso Palma, fue detenido en el exterior.

-Efectivamente. Lo detuvo INTERPOL en la frontera norte, pero del lado extranjero.

-Gatti está imputado como autor material del crimen, ¿no?

-Es correcto.

-¿Y ahora cómo es el proceso para traerlo al país?

-Bueno, yo ya he solicitado vía Cancillería la extradición del imputado y ellos inician el proceso.

-O sea, ¿a este juicio no va a llegar?

-Claro que no. Estos trámites demoran cierto tiempo. Aunque en este caso, el imputado no tiene otras causas pendientes y eso puede abreviar el proceso.

-¿Entonces va a haber un segundo juicio?

-Exacto.

-¿Y este primer juicio puede influir en ese proceso?

-No debería. La única condición a tener en cuenta a la hora de juzgar a Gatti será que de acuerdo a normativas del derecho penal vigente, el extraditado no podrá ser condenado a la pena de prisión o reclusión perpetua ya que donde fue detenido no contempla dicha pena para el secuestro extorsivo seguido de muerte.

-Entiendo.

-Bueno, discúlpeme, pero no tengo más información para brindarle por el momento, así que...

-No se preocupe, doctor. Como siempre, agradezco su atención y disculpe las molestias.

-No es molestia. Hasta luego.

-Hasta luego y gracias -concluyó el periodista, quien continuó escribiendo una vez que ya había cortado la comunicación. Y cuando levantó lapicera del papel, colocó sus dos manos en el teclado y comenzó a redactar un borrador con las declaraciones del juez de la causa, mientras que Verónica hablaba por la otra línea.

-¿Qué te dijo? -preguntó la editora apenas colgó el teléfono y lo vio a Federico escribiendo.

-Me confirmó la información y me dio algunos detalles más.

-¡Buenísimo! Se lo sumamos a la desgrabación que ya hice del abogado de la familia.

-Yo te dejo el crudo con lo del juez y me voy directo a para los tribunales porque ya se está haciendo tarde, ¿te parece?

-Sí, sí. No hay problema. Andá tranquilo que yo me encargo de juntar los dos materiales.

Más, temprano, el abogado Varela había manifestado en declaraciones radiales que la detención de Gatti era “la clave” para esclarecer por completo el crimen ya que, según la confesión de Carrizo, aquel había sido uno de los que apuñalaron a Daniel y arrojaron su cuerpo al basural de Los Indios.

El letrado también se mostró confiado en que los trámites de extradición se llevarían a cabo rápidamente y así poder realizar el juicio en el plazo de no más de un año. Y aclaró que por razones constitucionales, este segundo debate iba a estar a cargo de un tribunal distinto del primero.

Respecto del juicio que se llevaba a cabo por esos días, el abogado precisó que en la última audiencia habían declarado los tres hombres y la mujer que encontraron el cuerpo de la víctima en el basural adonde los testigos, según ellos mismos dijeron, iban habitualmente a hurgar entre los residuos en busca de materiales para vender como cartones, aluminio y vidrio. Aunque también, en ocasiones, buscaban entre la basura restos de alimentos que luego limpiaban e ingerían.

En esa misma jornada habían declarado, además, los dos peritos forenses que practicaron la autopsia al cuerpo de Daniel y que, según Varela, sostuvieron que la víctima recibió diez heridas punzo cortantes, tres de ellas en la espalda y siete en el cuello. De acuerdo a los médicos, la herida mortal fue la que perforó la yugular y provocó que la víctima se desangrara en pocos minutos.

Mientras este material era publicado en una nota actualizada de Verónica junto a los dichos del juez, Federico viajó a Roca Negra Capital y llegó a los tribunales justo antes de que comenzara una nueva audiencia del debate, esta vez, muy concurrida.

El primero en alegar ante el tribunal fue el fiscal Dante, quien realizó una extensísima exposición que el joven periodista trató de resumir en pocas pero concisas ideas. En sus anotaciones, Federico destacó que, ante todo, el representante del

Ministerio Público consideró que no cabía ninguna duda de que el hecho ventilado en el debate se trataba de un secuestro seguido de muerte y que merecía ser castigado con una condena “ejemplar”.

“La prueba científica y testimonial reunida en todos estos años es más que suficiente para condenar a los acusados, al tiempo que resulta irrefutable la declaración del imputado Carrizo, quien no solo confesó su participación en el hecho y la de sus cómplices en la etapa de instrucción, sino que la ratificó en este mismo recinto y hasta amplió ciertos detalles”, sostuvo el fiscal.

Luego, Dante le agregó a la calificación penal el delito de “homicidio calificado por alevosía, ensañamiento, la participación de dos o más personas y para ocultar otro crimen”; e imputó en calidad de “coautores” a Carrizo, Rodríguez, Pizarro y Pistone.

En función de esta carátula, al fiscal no lo quedó otra opción que reclamar que esos cuatro acusados fueran condenados a la pena de prisión perpetua, la más alta prevista en el Código Penal. En realidad, la más alta era la reclusión por tiempo indeterminado, pero la misma ya no se aplicaba porque iba contra la jurisprudencia asentada en los últimos fallos por distintos tribunales internacionales que se oponían al encierro permanente del preso.

Al continuar con la descripción del accionar delictivo de la banda, Dante consideró como agravantes genéricos el haber cobrado el rescate cuando la víctima ya había sido asesinada, que Palma era un adolescente menor de edad, la nocturnidad en la que se ampararon y la crueldad con la que mataron al chico en cautiverio.

En otro tramo de su alegato, el fiscal acusó a Balbuena y a Shimauta de haber actuado como “partícipes primarios” del delito de secuestro extorsivo seguido de muerte y pidió que fueran condenados a dieciséis años de prisión; mientras que al remisero Amador le atribuyó el rol de “partícipe secundario”, es decir, un grado menor de responsabilidad, por lo que para él requirió una pena de 6 años.

Por último, el acusador solicitó que el imputado Galíndez fuera condenado a cuatro años y seis meses de prisión como “autor” del delito de “tentativa de extorsión” al dar por probado que había llamado en al menos una oportunidad a la familia Palma para reclamar el pago del rescate, más allá de que no estaba involucrado en el secuestro de Daniel ni en el posterior homicidio.

El fiscal Dante también recordó al tribunal que más allá de los imputados juzgados, creía que con las pruebas recolectas era posible llevar a juicio a los jefes policiales denunciados por la familia Palma por el delito de “encubrimiento agravado” y

aclaró que estos sospechosos habían sido beneficiados con la falta de méritos, pero no sobreesidos, lo que implicaba que no se encontraban totalmente desvinculados de la causa y, por lo tanto, correspondía que siguieran bajo investigación.

Apenas terminó el alegato de la fiscalía, el tribunal dispuso escuchar al representante del particular damnificado sin hacer un receso primero. Parece que están apurados los jueces, pensó Federico mientras terminaba de anotar frases más salientes de Dante. Sin pausa, el periodista no pudo salir del recinto para llamar a la redacción e informar sobre las novedades. Así que permaneció sentado y atento.

De todos modos, la exposición del abogado Varela fue menos extensa que la del fiscal ya que coincidió en casi todo lo argumentado por Dante, excepto que acusó al remisero Amador de “partícipe primario” del secuestro y pidió que sea condenado a la misma pena que Balbuena y el Shimauta. Además, el letrado exigió una pena de 6 años para Galíndez.

Una vez finalizado el alegato del particular damnificado, el tribunal comunicó a las partes que antes del mediodía se iba a escuchar a las defensas, que luego de un breve cuarto intermedio para almorzar se llevarían a cabo las “últimas palabras” de los acusados y que, finalmente, se daría a conocer el veredicto. Todo el mismo día.

Esta decisión sorprendió a las partes del proceso y también al público. De hecho, algunos de los defensores oficiales de los imputados protestaron formalmente porque consideraban que no iba a haber tiempo suficiente, mientras que por lo bajo Federico los escuchó decir que “la sentencia ya estaba escrita antes de empezar el juicio”. Sin embargo, ninguno de esos abogados se atrevió afirmarlo en voz alta cuando les llegó el turno de alegar.

El primer defensor en exponer sus argumentos fue *Luis Frías*, quien representaba a Carrizo e intentó demostrar que la confesión del acusado había sido “lo único claro en una investigación turbia”. Por ello, pidió al tribunal que se le aplique la figura legal del “arrepentido” por haber revelado todo lo que sabía del caso y permitido de esa manera acusar a los principales responsables del hecho. Con esa calificación, el abogado buscó una reducción de pena, al tiempo que recalcó que el acusado tuvo una “participación secundaria” dentro de la banda y se opuso al homicidio desvinculándose totalmente del mismo.

El defensor también pidió la nulidad de la declaración de la hermana mayor del acusado, que había sido tomada en la etapa de instrucción bajo reserva de identidad e incorporada por lectura al debate, por considerar que durante las audiencias, y a través

de dichos de terceros como el de la expareja de la mujer, había quedado expuesto quién era la testigo y esa circunstancia violaba la Ley que preservaba la familia como institución.

Es que, según la acusación, antes de ser detenido, Carrizo le había confesado el hecho a su hermana menor de edad, esta a su hermana mayor que luego le contó a quien por entonces era su novio, un joven policía que terminó por pasar toda la información necesaria a los detectives que investigaban el caso.

En segundo lugar, *Adrián Leiva*, el defensor de Balbuena, pidió la absolución basándose en que la confesión de Carrizo era “falsa” y que los dos únicos elementos verdaderos que apuntaban a su representado eran que, por un lado, conocía a Rodríguez y a Pistone; y, por el otro, tenía una moto de similares características a la que supuestamente utilizaron los secuestradores para ir a cobrar el rescate.

Sobre ese rodado, el defensor agregó que, poco antes del secuestro, el acusado había tenido un accidente con el mismo y que la moto quedó prácticamente destrozada, daños que se pudieron comprobar cuando la Policía lo incautó durante el allanamiento a la casa de Balbuena.

En tercer término, alegó la defensa de Pizarro a cargo de *Francisco Bazán*, quien también pidió la absolución y para ello desacreditó a Carrizo al sostener que el confeso incurrió en una “grave contradicción” cuando dijo que uno de los autos utilizados en el secuestro pertenecía a su defendido cuando, según él, al momento del hecho el vehículo no funcionaba. Y criticó a los peritos policiales porque señaló que ninguno de ellos se molestó en comprobar si el auto al menos arrancaba.

También sostuvo que las armas de fuego que secuestraron en la vivienda de Pizarro pertenecían a él porque tenía permiso para portar, pero que le habían “plantado” el chaleco con la inscripción de “Policía” que fue hallado en el mismo lugar.

Este mismo defensor representaba al resto de los imputados para los que también pidió la absolución por el beneficio de la duda y acusó a la Policía de haber “armado” la causa en función de que, en algunos casos, había cierto grado de conocimiento entre ellos, y en otros, existían antecedentes penales o un mal concepto vecinal.

Por último, Bazán criticó que Carrizo había mostrado muchas dudas tanto en el reconocimiento fotográfico como en rueda de personas de los demás imputados, por lo que consideró que estas pruebas debían ser desechadas.

Apenas el tribunal dio por terminado los alegatos de todas las partes y se retiró a almorzar, Federico salió del recinto y llamó a la redacción para pasar el adelanto de que el fiscal acababa de pedir prisión perpetua para cuatro de los acusados.

La noticia de que por la tarde iba a conocerse el veredicto del juicio despertó la avidez de los demás medios de prensa nacionales que, en su mayoría, enviaron a sus cronistas y móviles para cubrir el final del debate. Casi todos llegaron sobre la hora ya que nunca habían esperado un desenlace tan precipitado, sobre todo, por la gravedad del caso y también porque el Código Penal les permitía a los jueces tomarse hasta cinco días para dar a conocer su veredicto.

“No te muevas de ahí Galleguito”, fue la indicación de Sculli a su redactor, que se encontraba almorzando con Gabriel, quien había llegado a los tribunales sin pasar por el diario y directo desde su casa en Los Indios, lo que le resultaba mucho más práctico ya que le quedaba a mitad de camino entre ambas capitales.

-¿Así que estás de novio, Galle? -Gabo estiró las piernas que caían cruzadas desde la silla junto a la mesa ubicada en la vereda de la panchería.

-¡Cómo se corrió la bola, eh! No. Ni ahí. Estoy saliendo con una chica de la agencia, pero nada serio.

-Está perfecto, así podés seguir disfrutando de todo esto -señaló el periodista del Central abriendo ambos brazos hacia la calle donde pasaba una mujer detrás de otra.

-¡Jajá! Siempre que vengo a cubrir el juicio almuerzo acá porque es como presenciar un desfile de moda.

-Tal cual. Creo que cuando me separe me mudo para esta zona. Es ideal.

Luego del almuerzo, Federico y Gabriel se encaminaron hacia la sala de audiencias y justo en la puerta de entrada se encontraron con un amontonamiento de gente que aguardaba a que le permitieran pasar. Entre ese barullo se cruzaron con Estela y su marido a quienes el periodista del diario se acercó a saludar. A la mujer le dio un beso en la mejilla y al hombre le estrechó la mano. El joven redactor, en tanto, dudó unos instantes, pero al ver que se demoraba el ingreso por la gran cantidad de personas finalmente siguió los pasos de su colega.

-Espero que su familia pueda obtener la Justicia que busca -le dijo el periodista al padre de Daniel.

-Esperemos. Ya han pasado muchos años. Pero bueno, ustedes dos lo saben bien.

-Es cierto. Con el colega hemos estado siguiendo el caso desde el primer día. Me acuerdo como si hubiera sido ayer cuando llamó al diario para darme la primicia – Gabriel movió su torso prominente hacia el costado, en dirección a Federico.

-Claro. Hablé con usted.

-Y él -dijo Gabriel colocando su mano derecha en la espalda de Federico-, fue el primero que lo entrevistó.

-También me acuerdo –asintió el hombre sonriendo.

-Pasa que después el pibe creció, abandonó el diario y se fue a robar el sueldo al Estado –Gabriel comenzó a reír a la par del padre de Daniel.

-No, pobre. Siempre me llama presentándose como Federico de AGEN y fue uno de los pocos periodistas que vino a casi todas las audiencias -intervino Estela golpeando suave y repetidamente la cabeza del redactor con su mano derecha, a lo que Federico agradeció con una especie de reverencia.

En ese momento apareció el abogado Varela, quien saludó a los dos periodistas y le indicó al matrimonio que el cuarto intermedio se había extendido un poco más de lo previsto porque los jueces estaban deliberando, pero que ya podían pasar y ubicarse en los asientos delanteros. Instantes después, Federico y Gabriel entraron al recinto detrás de los Palma y se sentaron en el fondo, en un sector delimitado como un corralito para la prensa mediante unas sogas que separaban una parte de los bancos del resto, evitando así el paso hacia el pasillo interior entre ambas filas y a los laterales de la mitad del recinto hacia adelante. “Los jueces tienen miedo que se arme quilombo”, le susurró Gabriel a Federico antes de que el secretario del tribunal pidiera silencio en la sala.

Luego, el primero de los acusados en pronunciar sus últimas palabras fue el remisero Amador. “Soy completamente inocente. Lo único que quiero es que se haga Justicia. Vengo de una familia humilde y también tengo hijos. Así que puedo imaginarme por lo que deben estar pasando los padres de Daniel”, afirmó el remisero.

En segundo lugar, Rodríguez aceptó hablar para dirigirse a su familia: “Quiero decirle a mi mamá y a mis dos hijos que yo no tengo nada que ver con la muerte de este pibe. Me molesta mucho que la Policía les haya mentido y que ahora mis seres queridos piensen que estuve involucrado.”

-Este tipo es un hijo de puta. No puede decir semejante cosa. Tendría que pedir disculpas y listo –comentó Federico por lo bajo.

-Tenés razón, Galle. Calienta el ambiente al pedo –Gabriel ladeó la cabeza en disconformidad-. Pero pasa que este ya sabe que está jugado.

A su turno, Pizarro, al ver que la paciencia de los jueces era cada vez más acotada, fue breve y sostuvo que él ya había sido condenado por la prensa que lo tildó de “asesino” desde un primer momento, al tiempo que se quejó de que todos creyeran la versión de Carrizo como si se tratara de una buena persona cuando en realidad era un delincuente.

En tanto, Shimauta habló por primera vez en más de cuatro años ya que siempre se había negado a declarar tanto en la etapa de instrucción de la causa como en el debate. De todos modos, fue muy escueto: “Soy absolutamente inocente y lo único que pido es que se aclare toda la situación.”

Por último, Carrizo, quien llevaba puesto un chaleco antibalas y era escoltado por dos penitenciarios en vez de uno como el resto de los acusados, se sentó una vez más ante los jueces y juró que todo lo que había dicho antes era verdad y pidió perdón a los padres de Daniel. “Soy un arrepentido, no un buchón”, afirmó y luego fue conducido a un asiento ubicado detrás de un blindex protector que se había colocado un año antes cuando el tribunal realizó el debate histórico por delitos de lesa humanidad cometidos por la Policía de Roca Negra durante la última dictadura militar.

Los mismos jueces que en esa oportunidad habían acreditado por primera vez la comisión de un “genocidio”, ahora terminaron por condenar a prisión perpetua a Rodríguez, Carrizo, Pizarro, Balbuena y Pistone como “coautores” del secuestro y homicidio de Daniel Palma; mientras que le impusieron una pena de diez años a Shimauta y de cinco a Galíndez. En tanto, el remisero Amador fue absuelto por falta de pruebas, lo que despertó algunas críticas de la familia Palma que, a su vez, no podía ocultar su satisfacción por el resto del fallo.

“En este momento, Daniel me está agradeciendo desde el Cielo”, expresó Estela ante los periodistas cuando se retiraba de la sala de audiencias y sin soltar la fotografía de su hijo que colgaba de su cuello.

En la entrada a los tribunales, Juan Alberto Blooming, con su habitual carpeta de cartón marrón en una de sus manos, se acercó a la mujer y le dio un fuerte abrazo, mientras que los movileros no paraban de blandir sus micrófonos y grabadores, y Federico y Gabriel esperaban su turno para tomar algunas declaraciones.

“Nos vamos satisfechos”, escuchó Federico decir al padre de la víctima entre lágrimas, a lo que una cronista le preguntó qué opinaba sobre la absolución del remisero. “Nunca dijimos que había participado del secuestro, pero sí que nunca nos

ayudó. Capaz que los jueces entendieron que actuó por miedo y no por complicidad”, respondió el hombre.

-Esta piba de Primera Hora siempre igual, con tal de salir distinto a los demás medios le busca la quinta pata al gato –indicó Gabriel a Federico, quien seguía anotando los dichos de los padres de Daniel.

Primera Hora era el matutino de mayor tirada nacional y el histórico competidor del Central. Se trataba del diario con mayor presupuesto y que en los últimos años había modernizado su formato pasando de sábana a tabloide y llenado sus páginas de avisos publicitarios e imágenes. Además, había pasado a manos de un grupo empresario de capitales extranjeros, el cual se convirtió, a su vez, en el dueño de la señal de televisión por cable homónima, la cual transmitía noticias todo el día.

-Es capaz de titular que la familia criticó el fallo porque absolvieron al remisero y después cuelga nuestro cable para dejarnos pegados -asintió Federico dejando de escribir en su cuaderno-. Igual, el problema es que esta piba siempre quiere figurar. Cuando fue a cubrir el juicio de Blooming hizo las mismas preguntas desubicadas.

-Y eso que vos la conocés hace poco. Hace unos años, antes de ser madre, se creía una modelo.

Al cabo de unos minutos también aparecieron entre la muchedumbre Mirta Castro y Wado Miranda, quiénes habían faltado a las anteriores audiencias del debate, pero no se iban a perder la última y más importante. Los dos saludaron a Estela y a José con besos y abrazos, y charlaron unos instantes, lo que disipó a los cronistas que redireccionaron las preguntas hacia el abogado Varela.

El letrado sí criticó la absolución del remisero aunque dijo estar satisfecho con el fallo, al tiempo que adelantó que iba a pedir que se investigue a una serie de policías que había participado en la pesquisa, tal como lo había señalado oportunamente en su alegato, y analizar si, por esa razón, correspondía pedirle el juicio político al magistrado Fernández Pereyra.

“Vení, Galle. Vamos a ahora a hablar con los padres que ya se desocuparon”, sugirió Gabriel empujando ligeramente a Federico hacia la posición de Estela y José, parados a pocos pasos de distancia y aun acompañados de Castro y Miranda.

Apenas hicieron contacto visual, ambos periodistas saludaron a los cuatro, a lo que la madre de Daniel le dio un beso al redactor de AGEN.

-Gracias por todo, Federico. De corazón te lo digo.

-No Estela, gracias a ustedes que siempre me atendieron con respeto y sin problemas -respondió el joven pasando su brazo por detrás de los hombros de la petisa mujer que no paraba de llorar. Mientras tanto, a un costado, Gabriel hablaba con Palma padre y los otros dos familiares de víctimas.

-¿Querés hacer algún comentario, Estela? -retomó Federico tomando su lapicera y el anotador.

-Poné que esto recién empieza. Terminó la primera etapa. Yo no voy a bajar los brazos y voy por los policías y por el juicio a Gatti.

Federico anotó rápido y volvió a agradecerle a la mujer y a su esposo que le estrechó la mano. “¿Terminaste?”, le preguntó Gabriel, a lo que el joven asintió. Luego saludaron al abogado Varela, que ya había despachado a los demás cronistas, a Miranda y a Castro, y caminaron hacia la avenida lateral en busca de un remís. Federico se volteó antes de llegar a la esquina y vio a aquellos familiares de víctimas caminar juntos hacia el estacionamiento ubicado a la vuelta de la ochava, sobre la otra calle.

Ya había anochecido y soplabla una brisa fresca, aunque la frente de Federico aún goteaba de transpiración. Se la secó con la mano y decidió llamar a Patricia para cancelar la cita que habían acordado ya que él iba a llegar muy tarde a su casa para después ponerse a cocinar. Para su suerte, la mujer le dijo que estaba cansada y le hizo una contra propuesta: que la visitara a ella en su departamento. El muchacho accedió, a lo que Patricia agregó que iba a preparar la cena para los dos, así no tenían que salir a ningún lado.

“Como vas aprendiendo, eh”, bromeó Gabriel, quien no había podido evitar escuchar la conversación telefónica de Federico, que solo atinó a sonrojarse y largar una carcajada que resonó en una avenida que comenzaba a quedar desierta y a oscuras, a la espera de que se encendiesen las luces artificiales del alumbrado público.

XVI

La extrema delgadez de *Sabrina Vallejos* no tenía nada que ver con un problema de salud o una mala alimentación ya que la mujer comía de todo de un poco y durante casi todo el día, por lo que su metabolismo era realmente envidiable. “La Flaca”, como la mayoría de sus conocidos la llamaba, tenía el pelo ondulado y largo hasta los hombros y un rostro de tez blanca en el que brillaban unos ojos celestes que opacaban su pequeña nariz y su boca de labios finos. Y cuando iba a trabajar se vestía de manera informal, pero con prendas clásicas, nada que llamase demasiado la atención.

A principios de año, esta periodista había llegado a la sección Policiales de AGEN donde mantuvo su estilo habitual, el mismo que le había permitido destacarse en la revista *Punto*, la cual había quebrado un par de años antes, tras una larga agonía derivada de la última gran crisis económica de principios de la década.

Tras verse forzada a dejar esa publicación, Sabrina se dedicó a hacer prensa y difusión para distintas multinacionales hasta que pudo volver a la gráfica aprovechando sus contactos y que en Policiales se había abierto un cupo por la partida de Razzotti, quien había decidido cambiar su puesto en AGEN por otro en la producción televisiva en el canal Primera Hora. Aunque a ella le hubiese gustado más recaer en Sociedad, su especialidad en su época de redactora en *Punto*.

A su vez, la abrupta partida de Razzotti generó otros cambios en Policiales ya que Chimentti se pasó al turno mañana para darle una mano a Verónica; entonces, Federico se convirtió en la mano derecha de Sculli por la tarde, adonde finalmente recaló Sabrina.

La llegada de la compañera fue una muy buena noticia para Federico ya que esta eligió una semana laboral de martes a sábado, por lo que él dejó de trabajar de jueves a lunes y pasó a hacerlo de domingo a jueves. Con los viernes y sábados como días francos, el redactor obtuvo el tiempo suficiente para poder salir con sus amigos e ir a jugar a la pelota sin que ello representara un esfuerzo físico cuasi sobrehumano.

-Che, ¿hay alguna máquina que funcione como la gente? -preguntó Sabrina a sus compañeros de Policiales sin levantarse de su asiento y luchando contra la siempre atorada casilla de correo electrónico.

-No creo. En esta sección están todas hechas una mierda. Ya pedí mil veces que nos trajeran al menos una sana y todavía sigo esperando. Evidentemente, esta gerencia se puede gastar cien lucas en convertir la guardería en un jardín de invierno pero no le

alcanza para nuevas computadoras -Sculli escupía bronca y resignación desde su silla ubicada junto a la de Federico-. ¡Al pedo tanta tecnología e Internet! Mejor volvamos a los teletipos.

A su vez, Sabrina reinició su PC y al confirmar que la computadora seguía fallando llamó al interno de Informática para que fueran a revisarla. En ese momento sonó otra línea y Federico atendió. Era *Augusto Oleguer*, el jefe de la corresponsalía de Roca Negra Capital y viejo amigo de Sculli, quien había trabajado bajo sus órdenes antes de mudarse a la redacción central.

-Hola, soy Augusto, ¿quién habla ahí? -se escuchó del otro lado de la línea una voz ronca que denotaba las secuelas de años y años de fumar y beber whisky.

-Soy Fede.

-¡Galleguito querido! ¿Cómo andás? ¿Todo bien?

-Sí, sí. ¿Vos?

-Bien, acá de vacaciones.

-Y si estás de vacaciones, ¿para qué carajo llamás? ¡Jajá!

-No me hablés así, pendejo de mierda. Llegué ayer a mi pueblo y hoy amanecemos todos convulsionados porque encontraron muerto a un productor rural que estaba desaparecido desde hacía siete días. Se llama *Fernando Williams*, un tipo grande, de casi setenta años. ¿Salió algo de esto por algún medio?

-No. Para nada. Están todos a full con la sentencia por el caso Azcurra.

-¡Ah, cierto! ¿Pero ni siquiera el amigo David lo tiró por la tele?

-No te hagas el boludo. Si los que tendríamos que sangrar por la herida somos nosotros.

-Bueno, contale esto al Tano y decile que en cinco le mando un mail con un crudo, ¿sí?

-Dale. Ya le digo. Pero ojo que la casilla de la sección está andando para el orto. Mejor mandáselo a la dirección personal de él.

-Listo. Chau -cortó Augusto, a quien le faltaban un par de años para jubilarse.

Si bien hablaban mucho por teléfono, Federico apenas había visto a Augusto unas pocas veces cuando pasaba por la corresponsalía. Era un hombre alto y corpulento, canoso y con una tupida barba amarillenta por los efectos del humo del cigarrillo.

Al cabo de la comunicación, Federico le pasó la novedad al jefe que se agarró la cabeza y frotó sus manos sobre ella, despeinándose. Peor fue la reacción cuando leyó el

correo electrónico de Augusto que decía que la víctima aparentemente había sido secuestrada y asesinada antes de cobrar el rescate.

-Fede, ¿hace cuánto que no teníamos un secuestrado asesinado? -preguntó Sculli mientras redactaba un adelanto del hecho.

-Dos años, creo. El último fue el caso Sebita.

-Bueno, necesito que hables con todos los jefes policiales de la provincia para confirmar si este tema que nos pasó Augusto se trató de un secuestro extorsivo o no.

-Pero me estaba por ir a cubrir la sentencia de Azcurra, ¿cómo hago? -retrucó el joven por lo bajo y acercando su silla a la del jefe.

-Olvidate de Azcurra. Que vaya la Flaca -Sculli miró a Sabrina, quien había estado escuchando desde su asiento, en silencio y sin hacer un solo gesto-. ¿Podés ir vos, Sabri?

-Si a Federico no le molesta... -respondió ella poniéndose de pie.

-Como vos quieras -Federico se encogió de hombros.

-¡Listo! Entonces vos Galle ponete con lo de Williams y ella se va al juicio.

Tras la última palabra del jefe, Sabrina guardó sus pertenencias en su bolso y fue a buscar un celular y un grabador a la oficina de Suministros. Cuando regresó a la sección advirtió que Sculli estaba en el baño, por lo que aprovechó la ocasión para preguntarle a Federico si se había molestado.

-No Sabri. Para nada. Está todo bien.

-Bueno, gracias. Porque si vos te ibas al juicio yo me iba a volver loca con lo del secuestrado.

-¿Por?

-Y porque todavía no la tengo tan clara con las fuentes policiales. A vos te dan más bolilla.

-Es solo cuestión de tiempo. Ya le vas a agarrar la mano. Además, vos tenés mucha más experiencia que yo en todo...

-Gracias. Te debo una -ella lo miró sonriendo y después dejó caer suavemente su mano derecha sobre el brazo izquierdo de él, que le devolvió una risita.

La conexión entre ambos fue fugaz ya que Sabrina partió raudamente hacia los tribunales, al tiempo que Federico comenzó a llamar frenéticamente a todos los celulares que tenía de los jefes de Antisecuestros. Ya no estaba en funciones el comisario Cienfuegos, quien había sido echado a principios de año luego de que una banda de delincuentes cometió un cinematográfico robo a un banco del Distrito

Presidencial, donde montó una falsa toma de rehenes durante horas y escapó con todo el dinero del tesoro y millones de las cajas de seguridad por un túnel que habían cavado meses antes desde los desagües pluviales y que desembocaban en el mar. De hecho, los ingeniosos ladrones, además de ganar tiempo con los rehenes, huyeron con el botín en dos gomones, pero no llegaron hasta la desembocadura marítima, sino que salieron de los desagües a unas 30 cuadras del banco y se ocultaron en una casa que habían alquilado, desde donde partieron disfrazados de operarios que su suposición había estado realizando previamente una serie de refacciones pluviales en la cuadra.

Ahora, el titular de la División Antisecuestros de la Policía de Roca Negra era *Horacio Martín*, un viejo sabueso que había pasado por todas las áreas de la fuerza e investigado resonantes casos.

Cuando Federico logró hablar con Martín, este estaba en pleno viaje hacia *Cerro Bajo*, donde había sido hallado el cadáver de Williams, para ponerse al frente de las diligencias. Aquel pueblo en el que había nacido Augusto, aunque suene contradictorio, era el territorio más alto sobre el nivel del mar en toda la región oeste de la provincia Roca Negra, y estaba ubicado justo en la frontera con el Interior del país. Allí, la tierra era como el azabache y sumamente fértil, por lo que la economía local se basaba principalmente en la actividad agrícola y ganadera. Solo en la costa marítima rocanegrense, en el extremo Este, donde el terreno era montañoso, y en las grandes ciudades, la explotación comercial del campo no constituía la base del desarrollo que se traducían en multimillonarias ganancias por exportaciones de materias primas que quedaban en unas pocas manos terratenientes, básicamente, extranjeros.

Otra característica distintiva de Cerro Bajo era que allí residía una gran cantidad de descendientes de inmigrantes británicos (sobre todos irlandeses, escoceses y galeses) que fueron desplazados de las ciudades cercanas a la Capital por los extranjeros provenientes de Italia y España que se iban instalando en el país hasta constituirse en la principal mayoría.

La versión que el jefe policial le dio al redactor de AGEN fue bastante parecida a la que le habían brindado los efectivos de Cerro Bajo a Augusto: ese último jueves de julio, el cuerpo maniatado con alambre y amordazado con un trozo de sábana de Williams había sido hallado en una tapera ubicada a unos 500 metros de la ruta principal del pueblo y a unos 5 kilómetros del casco urbano, en una zona descampada.

Martín confirmó que la víctima había sido vista con vida por última vez la noche del jueves de la semana anterior cuando salió de comer un asado de en un club social

del centro del pueblo con la intención de dirigirse a su casa, en la estancia que había heredado de su padre y se ubicada en las afueras de Cerro Bajo.

El investigador consultado también dijo que durante la semana que estuvo desaparecido, la familia del productor agropecuario recibió una serie de llamados extorsivos en los que les exigieron unos doscientos cincuenta mil dólares de rescate. Las primeras de esas comunicaciones fueron recibidas inmediatamente después de la captura por la esposa de la víctima, mientras que los dos hijos de la pareja residían en la Capital y se enteraron de lo sucedido horas después, una vez que la mujer denunció el hecho a la Policía.

El jefe de Antisecuestros afirmó que a partir de la intervención de los teléfonos de la víctima y su entorno, y el entrecruzamiento de llamados, habían identificado a cinco sospechosos que fueron detenidos tras una serie de allanamientos efectuados en las últimas horas por personal a su cargo.

Martín no dio el nombre, pero en *off the record* le confió al redactor que fue uno de los apresados el que se quebró y finalmente reveló a los investigadores donde se encontraba la víctima, aunque el acusado dijo tras el hallazgo del cuerpo de Williams que ellos lo habían dejado con vida, que no lo habían asesinado.

Por esta razón, los investigadores aguardaban los resultados finales de la autopsia al cadáver de la víctima para establecer las causas y la mecánica de la muerte. De todos modos, habían caratulado inicialmente el hecho como “secuestro extorsivo seguido de muerte”.

Según Martín, a simple vista, el cuerpo de la víctima presentaba un golpe en la cabeza, pero los médicos no estaban seguros de que el mismo le hubiera causado el fallecimiento, lo que consideró la única duda en el caso, el que, para él, ya estaba “esclarecido”.

Por su parte, Federico escuchó la versión del jefe policial sin dejar de tipear en su PC y cuando Martín hizo una pausa en el relato, el periodista le preguntó algunos datos personales sobre los detenidos. Pero su fuente se limitó a precisar que eran una prostituta, la pareja de esta, un boxeador local, el hijo de un productor rural cuyos campos estaban ubicados al lado del de Williams, y un exconvicto también oriundo de Cerro Bajo.

Y en ese sentido, la principal hipótesis que manejaban los investigadores era que Williams mantenía una relación asidua con la prostituta y que en algunas oportunidades

le habría referido que tenía mucho dinero, lo que llevó a la mujer a urdir el plan criminal con los otros cuatro acusados.

De acuerdo a esa línea investigativa, la prostituta fue quien el día de la captura avisó a sus cómplices que Williams había salido solo del club donde había cenado, bebido y jugado a las cartas con sus viejos amigos y que se movilizaba en la camioneta en la que habitualmente lo hacía.

Siempre según Martín, la acusación apuntaba a que cuatro hombres esperaron a la víctima junto al portón de la tranquera de entrada al campo, el cual habían cerrado con una cadena con candado para obligarlo a detener su marcha y descender de su vehículo. Cuando Williams lo hizo, fue reducido a golpes y encapuchado, tras lo cual, lo volvieron a cargar en su camioneta y los captores huyeron del lugar amparados en la oscuridad y que se trataba de una zona despoblada. Era imposible que alguien ajeno al hecho viera o escuchara algo sospechoso.

Luego, la víctima fue conducida hasta la tapera donde finalmente sería encontrada muerta mientras que los secuestradores llamaron a su esposa para decirle que Williams estaba cautivo y que debía juntar dinero si quería volver a verlo con vida.

En tanto, el exconvicto se encargó de llevarse la camioneta del productor agropecuario conduciendo toda la madrugada hasta la costa marítima cercana a Roca Negra Capital, desde donde regresó al día siguiente a bordo de un colectivo que atravesó la provincia a lo ancho.

Como la camioneta apareció tan lejos seguro que los canas pensaron que el viejo había armado un autosequestro y ni lo buscaron, pensó Federico mientras Martín seguía hablando sobre la investigación en general y las pruebas que había por entonces para detener a las cinco personas, en particular.

De acuerdo al jefe policial, además del entrecruzamiento de llamados, en la casa de la prostituta se halló una camisa de la víctima y en la de la pareja de esta mujer, que trabajaba como remisero, se encontró el chip del teléfono celular de Williams desde el que habían hecho los llamados extorsivos.

En realidad, según se desprendió luego de las indagatorias de los acusados ante la Justicia, la prostituta no solo buscaba un rédito económico, sino que quería vengarse de Williams porque había tenido un hijo con este y el productor agropecuario nunca quiso hacerse cargo del chico que terminó siendo criado solo por la mujer y el remisero.

Para tales fines, la prostituta también convocó al boxeador, que era otro cliente habitual suyo y odiaba a Williams porque la trababa mal a ella. El pugilista aceptó ser

parte del pan de la mujer, pero con la condición de que iban a necesitar a alguien más, una persona que estuviera dispuesta a ensuciarse las manos. Y así fue que le propuso sumar al exconvicto.

Todos coincidieron en que en ningún momento quisieron matar a la víctima, pero la autopsia finalmente reveló que el hombre fue asfixiado con un pullover encontrado junto al cadáver, en el piso, muy cerca de la cabeza. Los forenses creían que los captores dejaron a Williams maniatado y amordazado en una silla, y le cubrieron la cabeza con esa prenda, y como uno a uno fueron cayendo detenidos, nadie regresó a tiempo para evitar que se sofocara.

Por otro lado, Sabrina llegó a los tribunales de Roca Negra Capital cuando la última audiencia del juicio por el secuestro y crimen de Azcurra estaba por comenzar. La sala de audiencias estaba repleta pero, curiosamente, en esta oportunidad no había tantos efectivos penitenciarios distribuidos por el recinto para separar al público de los nueve imputados, todos presentes al momento en que comenzó la lectura del fallo.

Ante la falta de espacio, la periodista permaneció de pie, junto a la puerta de entrada, en el fondo de la sala de audiencias mientras los jueces del TOF 2 tuvieron que pedir silencio varias veces para poder continuar.

Los imputados más comprometidos eran Juan Barrera, de veinte años, y Álvaro Guerrero, de veintidós; quienes habían liderado una banda de jóvenes delincuentes llamada “*Los Caruchas*” y que operaba en La Traperera. Según el tribunal, el segundo de ellos estaba al momento del secuestro y crimen de Azcurra detenido por robo en una prisión provincial y fue desde allí que llamó a la víctima para extorsionarla diciéndole que tenía a una familiar suyo cautivo. Y por haber sido el autor del secuestro virtual, que luego derivó en el extorsivo y posterior homicidio, la Justicia le aplicó una condena a 30 años de prisión.

En cuanto a Barrera, este había admitido durante el debate que él había sido el autor del disparo que mató a Azcurra, pero aclaró que no había sido ésa su intención, sino que el tiro se le escapó porque estaba muy nervioso por haber secuestrado a la víctima ya que él era “un chorrito más del montón” que no solía cometer delitos con armas de fuego. Pero el tribunal no le creyó y lo condenó a veintiocho años de prisión.

“¡A Juan no! ¡A Juan no!”, gritó una mujer entre lágrimas al escuchar el monto de la pena que le aplicaban al joven. Según pudo averiguar luego Sabrina, la exaltada había sido la novia del condenado.

La chica se calmó enseguida y los jueces continuaron con la lectura, pero pronto el escándalo volvió a tronar en el recinto. Ocurrió cuando se supo que al acusado llamado “Jorgito”, que era menor de edad al momento del hecho, le correspondía una pena de tan solo cuatro años. “¡Hijo de mil putas!” , gritó Guerrero poniéndose de pie y abalanzándose sobre el muchacho al que alcanzó a pegarle una trompada en la cabeza antes de que lo frenaran los penitenciarios. Es que Jorgito era otro de los confesos que había complicado la situación de los demás imputados.

Ante esa situación, el tribunal ordenó interrumpir la lectura y desalojar a todos de la sala. Sabrina aprovechó ese intermedio para llamar a la redacción y pasar un adelanto, aunque Sculli ya había visto los incidentes del juicio por el canal Primera Hora que estaba transmitiendo en vivo y publicado la información.

-El problema es que ahora no van a dejar a volver a entrar las cámaras, así que el resto del veredicto no lo van a pasar por televisión -le aclaró la periodista al jefe.

-Listo. Entonces en cuanto terminen de leer lo que falta, llámame y yo mando otro adelanto con el resto de la información -respondió Sculli.

Al cabo de unos minutos, el público que tiritaba de frío en los pasillos del edificio judicial volvió a ingresar al recinto, pero los acusados ya no se encontraban allí. Solo sus defensores fueron los que escucharon el resto del veredicto en perfecto orden y sin pronunciar palabra. Tampoco estuvieron presentes en el lugar los camarógrafos de los canales de televisión ni los fotógrafos.

De acuerdo al fallo, Osvaldo Juárez, quien secuestró a Azcurra junto a Barrera, recibió diecinueve años de prisión; Alejandra Ramírez, la pareja de Guerrero, diecisiete; un hermano menor de Barrera, diez; y los tres acusados restantes fueron absueltos, lo que molestó a la familia de la víctima que, no obstante, se retiró de los tribunales sin hacer declaraciones a la prensa, tal como lo había hecho siempre.

Entonces, Sabrina se comunicó directamente con la redacción para completar los datos que faltaban. “Volvete para la agencia que lo de Williams lo vamos a cerrar tarde”, le indicó Sculli antes de colgar, por lo que la redactora inició el regreso de inmediato.

Cuando la periodista llegó a la redacción ya había anochecido y en la sección solo quedaban Federico y el jefe, quienes ultimaban detalles de la nota central del caso Williams y unos recuadros con datos más de color.

-¿Necesitan una mano? -Sabrina apoyó su bolso sobre el escritorio de Federico, luego tomó una silla libre y se sentó al lado del redactor, varios años más joven que ella.

-No, gracias. Ya estoy terminando una actualización de la nota principal y no queda más nada -respondió Federico al tiempo que Sculli esperaba ansioso que le enviara el artículo para poder editarlo e irse a su casa.

-Ok -Sabrina se puso de pie y tomó su bolso-. Entonces voy a devolver el celular y el grabador, y enseguida vuelvo.

La periodista caminó unos pasos hacia las escaleras. Allí se detuvo y se volvió hacia Federico y al ver que este estaba concentrado escribiendo retomó su marcha y subió a la oficina de Suministros, donde se cruzó con Carolina de Política, con quien había trabajado en Punto y había sido la persona que le dio buenas referencias suyas a Chimentti para que la incorporaran a Policiales.

Las excompañeras de la revista aprovecharon aquel encuentro casual para ponerse el día, por lo que permanecieron un largo rato charlando hasta que Sabrina advirtió que se estaba haciendo tarde y regresó a la sección, donde Federico se encontraba solo, guardando sus efectos personales justo antes de partir.

-¿Y el Tano? -preguntó la periodista, sorprendida.

-Se acaba de ir -Federico se levantó de su silla y se colgó la mochila de un hombro.

-¡Ah, bueno! ¿Qué hizo? ¿Editó la nota en cinco minutos?

-Y... más o menos -el redactor echó un último vistazo al escritorio para asegurarse de que no se olvidaba nada importante y finalmente apagó la computadora.

-¿Ya te vas?

-Sí. ¿Vamos para la parada?

-¡Dale! -Sabrina recogió el bolso que había depositado instantes antes sobre el escritorio y caminó a la par de Federico en dirección a la puerta de salida.

Una vez en la vereda, ambos se dirigieron hasta Plaza Rosa, donde luego abordaron el mismo colectivo ya que en esta ocasión viajaban en igual sentido: hacia el Barrio Sur, donde ella alquilaba un departamento nuevo ubicado lejos de la costa y del muelle, y él tenía previsto visitar a Patricia, quien lo esperaba cómodamente en el dúplex de su hermana mayor que se había tomado unos días de vacaciones con su esposo e hijos.

-¿Siempre viviste en el sur? -preguntó él durante el viaje, en el que se ubicó junto a Sabrina en un asiento doble del fondo de la unidad, la cual iba prácticamente vacía.

-Sí, aunque no siempre en el mismo lugar. De hecho, me acabo de mudar a un departamento recién terminado, más amplio que el anterior.

-¡Qué bueno!

-¿Y vos siempre viviste en el Barrio Obrero?

-Sí, siempre -Federico miraba por la ventanilla las luces multicolores de los comercios de la avenida principal del Sur que en los últimos años habían copado el barrio, convirtiéndolo en una zona que no dormía de noche y en la que se invertía permanentemente en el mercado inmobiliario, aprovechando que estaban limpiando la costa, tradicionalmente pesquera-. ¡Qué lindo que se puso todo este lugar, che!

-¡¿Viste!?! -asintió la mujer observando su paisaje preferido a través del vidrio-. Nada que ver con cómo era antes.

-Tal cual -Federico se volvió hacia Sabrina-. Me parece que me voy a mudar para esta zona. ¡Jajá!

-¿Querés pasar por casa? -propuso la periodista cuando faltaba un par de paradas para que ella debiera bajar-. Digo, así conocés por dentro uno de estos edificios nuevos que hay por acá.

-Me encantaría, pero ya quedé con un amigo para cenar.

-¡Ah, claro! Por eso te viniste para este lado.

-Exacto.

-Bueno -Sabrina, quien ocupaba el asiento del lado del pasillo, se puso de pie-. Otro día.

-¡Dale!

La mujer se despidió con un beso en la mejilla y tocó el botón para pedir parada. Y cuando el colectivo se detuvo descendió rápidamente mientras Federico, que bajaba unas cuadras más adelante, observó como ella se alejó por la vereda, apurada, hasta que desapareció de su campo visual.

Absorto en esos pensamientos, Federico casi se pasó de la parada en la que debía bajar, la cual estaba ubicada a media cuadra de donde lo esperaba Patricia. Al descender del colectivo, el joven vio la hora en su celular y aceleró el paso hasta prácticamente trotar. Y cuando finalmente entró al dúplex, su amiga con beneficios se sorprendió al verlo todo sudado.

Sin dar explicaciones, Federico comenzó a besar a Patricia mientras le sacaba la ropa. Ella respondió de la misma manera y en unos instantes, los dos estuvieron

completamente desnudos entre las sábanas. Fue un coito breve pero intenso, tras el cual, la mujer le propuso que se quedara a dormir y él aceptó encantado.

-Quería decirte algo -indicó Patricia mientras su amante salía del baño después de darse una ducha, y ella ponía la mesa para cenar.

Pero Federico se le acercó y la interrumpió besándola en la boca lentamente, con suavidad.

-Mejor en otro momento, ¿no te parece? -dijo él, a lo que ella no respondió ya que su mente acababa de partir hacia un sitio más placentero y menos problemático, donde era mucho más fácil dejarse llevar por las emociones que por las ideas. Ya habría tiempo para volver a racionalizar lo que estaba pasando.

La cena transcurrió normal y apenas concluyeron la digestión se fueron a dormir ya que por la mañana siguiente Patricia debía levantarse temprano para ir al médico. De hecho, ni desayunaron y cuando se despidieron en la puerta del edificio, ella lo saludó con un beso en la mejilla, lo que acentuó las sospechas iniciales que Federico había tenido la noche anterior.

Ese día y el siguiente, el joven estuvo de franco, por lo que no vio a Patricia en el trabajo. A la noche del segundo día, él le envió un mensaje de texto invitándole a salir y ella respondió con un llamado en el que le propuso verse cuanto antes.

Federico fue inmediatamente a verla al dúplex, donde Patricia le dijo que prefería que no volvieran a salir porque no quería poner en riesgo el buen clima laboral que hasta entonces reinaba entre ambos en la redacción, a lo que él argumentó, en vano, que las relaciones personales y el trabajo no tenían por qué mezclarse.

Pero Patricia había tomado una decisión y no iba a cambiar de opinión.

“Al menos, esta mina me lo dijo en la cara y no por teléfono”, se dijo el redactor en el colectivo de regreso a su hogar, una vez consumada la ruptura.

XVII

El mensaje de texto que acababa de aparecer en la bandeja de entrada del teléfono celular de Federico decía *“llego en cinco”*, a lo que él respondió: *“Estoy en una mesa en el jardín del fondo”*. Desde donde estaba ubicado, el redactor de AGEN no podía apreciar como rebotaban las luces del Yatch Club en la espuma de una marea que subía afectuosamente por una alfombra de arena hasta rozarse con las piedras de la costa y luego volvía a descender lentamente, una y otra vez. *“¡Qué hermosa noche! Ya están llegando los días de calor”*, se dijo el periodista apenas observó aquel paisaje, justo antes de entrar al restó donde había sido acordada la cita. Y mientras esperaba con una copa de vino blanco dulce, le llegó un nuevo mensaje, esta vez, enviado por *Catalina*, quien se la había presentado un mes y medio antes su amigo Ariel ya que ambos trabajaban en el mismo estudio jurídico. *“¿Cómo andás? ¿Todo bien?”*, escribió la abogada, lo que incomodó un poco a Federico. *“Sí, todo bien. Todavía en el trabajo”*, respondió él. *“Ah, oki. Entonces no te molesto. Besos”*, continuó ella. Y él concluyó con un simple *“besos”*.

Más allá de que no sentía ningún compromiso hacia Catalina, a Federico no le gustaba mentirle porque si bien la conocía hacía poco tiempo la consideraba una buena persona. A quien sí conocía desde antes era al padre de ella, *Arturo*, quien había sido comisario de la Policía de Roca Negra. En realidad, el periodista lo había visto en persona una sola vez en su vida, cuando trabajaba para El Central, pero había hablado por teléfono con él y observado su rostro en televisión en una infinidad de oportunidades hasta que lo pasaron a retiro junto a su colega y amigo, Aníbal Casáis.

Aquel único encuentro cara a cara entre Federico y el padre de Catalina había ocurrido cuando la policía rocanegrense aún sufría las secuelas del caso Palma y Arturo, por entonces jefe de Investigaciones de la Brigada Norte, citó a varios periodistas para anunciar que había desbaratado un plan para secuestrar a los hijos de una famosa actriz. En esa conferencia de prensa, con su uniforme reluciente y su impecable bigote negro y ancho, el jefe policial contó que habían detenido a la mucama de la actriz y al novio de la sospechosa. Fue una noticia de las denominadas “bomba”, aunque unos tres años después la pareja apresada resultó absuelta y quedó libre por falta de pruebas al cabo de un juicio oral.

“Fue una casualidad. Cuando me dijo su apellido y me enteré de quién era hija, me quería morir”, le había contado Federico a Sculli cuando le reveló a este quien era la

nueva joven con la que estaba saliendo. Y su jefe, al escuchar el curioso relato, le puso un moño tragicómico: “No te mandés ninguna cagada grossa, a ver si aparecés en una zanja.”

Luego de intercambiar los breves mensajes de texto con Catalina y recordar aquella anécdota reciente, otra porción de su historia, una bastante más antigua, se hizo presente en su mesa: Soledad había llegado para cenar. Como en una calesita incansable, y después de cinco años, él volvía a tener contacto con su exnovia, quien lo había localizado a través de las redes sociales ya que no tenía su correo electrónico ni muchos menos su número de teléfono celular. “¿Sos el Federico Alem de la Facultad de Periodismo?”, fue la pregunta de Soledad en un mensaje privado vía *Facebook* que se transformó en el puntapié inicial del reencuentro entre ambos. Después de esa primera comunicación, la expareja intercambió otros mensajes de la misma índole y luego pasaron a los *e-mails*, a través de los cuáles él describió sus coberturas más importantes y ella le explicó que en el último tiempo se estaba dedicando a escribir una serie de cuentos cortos que iban a conformar una obra llamada “Días de una loca”. Finalmente, los dos se pasaron sus respectivos números de celulares, aunque el diálogo siguió siendo gráfico, vía *SMS*.

Al cabo de unas semanas de este trato distante, Federico se animó a invitarla a cenar y ella aceptó. Por entonces, Soledad también trabajaba hasta tarde en una agencia de publicidad en la Capital Nacional y vivía sola en el departamento de su difunto abuelo paterno ubicado cerca de la casa de sus padres. Así fue que decidieron encontrarse en un lugar neutral: un local de comida mexicana que funcionaba en los bosques del Barrio Marítimo, que además de ser el pulmón de la ciudad era el principal polo gastronómico del Rosedal con los más variados restó que aprovechaban sus patios, jardines y anchas veredas para ofrecer distintos menús con plena comodidad y buen gusto.

Una vez sentados frente a frente en la mesa del fondo del patio del restó, Federico y Soledad se miraron como si el tiempo no hubiera pasado. “Estás igual”, dijo él. “Vos también”, indicó ella, aunque el joven procuraba dejar en claro que ya no era el chico de antes. Tras servirle una copa de vino, del tipo que ella tanto solía degustar en noches cálidas como aquella, Federico se distendió y le contó todas las novedades de su vida laboral y familiar con lujo de detalles. La mujer, en cambio, se mantuvo inicialmente reservada y admitió, por primera y única vez desde que se conocían, que se había portado mal con él, aunque no le pidió disculpas y aclaró que sí lo había

contactado fue porque “no podía aceptar” que él fuese su único exnovio con el que no había podido seguir en contacto una vez terminada la relación.

Esta especie de autocrítica a medias dejó a Federico bastante sorprendido, por lo que al cabo de la cena, y de una extensa sobremesa con más vino blanco, le propuso volverse a ver para tratar de revelar hasta donde estaba dispuesta ella a llegar en su nuevo rol de “amiga”. Y Soledad también aceptó.

Días después, tras una nueva serie de mensajes de texto, volvieron a encontrarse para cenar en los bosques, esta vez, en un local de pastas donde ocuparon una mesa ubicada en un rincón del salón, a la luz de las velas y bebieron vino tinto. Y de postre fueron a caminar por la bahía en la que se detuvieron a apreciar los lujosos veleros amarrados allí.

El paseo mantuvo un tono amistoso hasta que se sentaron en un banco de madera a contemplar el calmo movimiento del oleaje y Federico aprovechó un breve silencio en la charla para abrazarla y darle en la boca ése beso que le había quedado atragantado cuando se despidieron en la primera cita. No fue una gran escena romántica ya que Soledad volvió a marcar distancia rápidamente y comenzó a hablar de diversos temas sin parar.

Así fue que ella contó cómo su padre había dejado a su madre y tenido un hijo con su secretaria. “¡Qué buen tipo resultó ser tu viejo, eh!”, ironizó Federico al escuchar dicha noticia. “No lo justifico ni ahí, pero sabés que lo entiendo”, señaló ella y para fundamentar su postura reveló detalles de la vida de Lander que nunca antes le había contado a nadie, ni siquiera a sus amigas más íntimas.

Los ojos del periodista se mantuvieron abiertos como los de un buey mientras escuchó, asombrado, que el abuelo paterno de Soledad, llamado *Amorebieta*, había sido abandonado por su madre cuando era un niño. Esta mujer, “una vasca bravísima”, tal como la describiría por siempre su propio hijo, desapareció de la noche a la mañana y el nene quedó al cuidado de su padre. Pero un par de años más tarde, este murió, por lo que el abuelo de Soledad se crió con un tío. Durante mucho tiempo, Amorebieta buscó a su madre por todos lados hasta que finalmente la encontró cuando él ya se había casado y Lander tenía casi de la misma edad que al momento en que él había sido abandonado junto a su difunto padre.

El abuelo de Soledad fue un día a visitar a su madre para presentarle a su esposa e hijo pero la vasca prácticamente lo echó de la casa. Recién cuando Lander cumplió los

18 años, la madre de Amorebieta volvió a ver a su hijo y a la familia de este. Se trató de un único encuentro ya que poco después la anciana falleció.

Al finalizar este relato familiar, Soledad le dijo a Federico que se sentía cansada y prefería regresar a su departamento. Pero esta no fue una invitación ni una indirecta porque cuando él le preguntó si quería que la acompañe, ella le respondió “mejor otro día” y antes de retirarse sola en su auto le prometió que se volverían a ver pronto.

La tercera cita fue pautada para al primer lunes de octubre (las otras dos también habían sido un día de semana) y ella eligió el lugar: un local de pescados y mariscos ubicado frente al Yatch Club. Cuando se encontraron, Federico se levantó de la mesa y la saludó con un beso corto en los labios. Luego, Soledad colgó su cartera en el respaldo de la silla y se sentó del otro lado de la mesa. A estas alturas, él ya sospechaba que ella estaba viendo a otra persona, pero que no se animaba a tratar el tema, no por temor al rechazo, sino para evitar que él también quedara expuesto, ya que la mujer también intuía que su exnovio andaba con otra. No es ninguna boluda, pensó el periodista mientras los dos hablaban de cualquier otra cosa.

Pero tarde o temprano, las cartas se echan sobre la mesa y para sorpresa de Federico fue Soledad quien jugó la primera mano. “Hablé con *Andrea* y le conté que te había vuelto a ver, y ella me dijo que no te lastimara más”, comentó ella en referencia a su mejor amiga, una excompañera de Periodismo de ambos, a lo que él respondió que tampoco tenía intenciones de herirla ni de retomar el noviazgo y que solo estaba tratando de pasarla bien y nada más.

En ese sentido, Federico brindó una versión *light* de su relación con Catalina, respecto de quien aclaró que no era su novia aunque no descartó que en un futuro pudiese llegar a serlo. Entonces, Soledad decidió nivelar la balanza de las confesiones y admitió que había vuelto a hablar con su exnovio, *Nicolás*, y que existía una posibilidad de reconciliación, por lo que no quería estropearla.

Sorteado el obstáculo de los asuntos privados de cada uno, el resto de la cena transcurrió en un clima más relajado que el de las dos anteriores y Soledad se dedicó en gran medida a hablar sobre su hermana Celeste, quien iba a viajar en los próximos días a Norteamérica como invitada por un amigo diplomático para presenciar la asunción del nuevo dueño del mundo.

-Hablando de presidentes -Federico apoyó la copa casi vacía sobre un clásico mantel blanco-. Tu mamá debe estar contenta con nuestra presidenta, ¿no?

-No te creas -respondió ella tras limpiarse la boca con una servilleta del mismo color-. Ella sabe muy bien que no son los verdaderos compañeros. Esos están todos muertos o exiliados y sin un peso.

-Es cierto -asintió él con una sonrisa cómplice-. Igual, tu mamá era más amiga que militante.

-Claro.

-¿Y tu papá que dice? No me lo quiero imaginar.

-Mirá, no habla mucho del tema, está como despreocupado. Pero yo siempre le digo que se tiene que cuidar, que revise todos los días sus oficinas y que cambie seguido de teléfonos porque seguro lo deben estar escuchando.

-¡Pará! ¡No seas paranoica! -Federico acabó el vino que quedaba en su copa y con señas de la mano llamó al mesero-. ¿Pido otra botella?

-Mejor, no. Suficiente alcohol por una noche -respondió ella extrayendo de su cartera un paquete de cigarrillos-. ¿Este sector es para fumadores, no?

-Sí, fumá tranquila.

Soledad prendió el cigarrillo, a lo que el mesero le acercó un cenicero. En tanto, Federico ordenó dos cortados y la cuenta.

-Mirá -retomó ella una vez que el mesero se retiró-, los paranoicos están en el gobierno porque pretenden seguir viviendo como hace treinta años. Se pelean con todo el mundo y así van a terminar mal.

-Ellos no van a terminar mal porque los milicos ya no existen. Esos sí que no vuelven más.

-Puede ser que tengas razón y este gobierno no termine mal -Soledad exhaló una larga bocanada de humo-. Pero seguro que algún pendejo militante las va a terminar pagando muy caro por culpa de estos funcionarios.

-¿Te parece? No creo que se llegue a tanto.

-Acordate lo que te digo: si este gobierno sigue dándole poder al sindicalismo siempre oficialista por un lado y, por el otro, alienta a los militantes de izquierda, va a volver a correr sangre.

-No creo que pase lo mismo que en el setenta y tres. La idea del gobierno es clara y el discurso también, aunque todos saben internamente que muchas son palabras huecas.

-Ése es el punto, justamente. Se trata solo de palabras y no hay ninguna acción concreta. Hoy por hoy, hay muchos sectores divididos y enfrentados. Es como aquel refrán: divide y reinarás. Bueno, esta princesita que tenemos quiere ser reina.

“La Princesita”, como la llamaba Soledad (y un amplio sector de la oposición) era ni más ni menos que la médica pediatra *Carina Klinec de Ferro*, la hermana menor del popular Capitán Klinec, quien había enfermado al promediar su mandato y no se pudo presentar a las siguientes elecciones para ser reelegido. Así que apoyó a su hermana favorita, quien ganó cómodamente y se convirtió en su sucesora.

Por su parte, Carina estaba casada con *Alberto Ferro*, un experimentado cuadro bordó pero de superficie y mano derecha del Capitán. Durante la gestión de su cuñado, “El Beto” había sido ministro de Gobierno y su mujer la secretaria de Salud. Ahora él era el vicepresidente y, quizás, un presidente encubierto.

-Ahí te salió la fascista de adentro ¡Aflojá! -expresó Federico y mientras esperaba los cortados se inclinó sobre la mesa y acarició la cabellera de Soledad.

El periodista estaba a punto de besar a su exnovia cuando sonó su teléfono celular y si bien no quería atender no tuvo más remedio que hacerlo ya que leyó en la pantalla de su aparato el nombre de su jefe que quería saber si se había producido alguna novedad de último momento en el caso del día.

-¿Qué pasó? -preguntó ella apenas Federico cortó.

-Nada. El jefe no se puede ir a dormir tranquilo sin cerciorarse de que no nos estamos pasando por alto alguna noticia importante.

-Me imagino que habrá sido un día movido, ¿no? Digo, leí en los portales que hubo otro secuestrado asesinado. Un tal *Darío Míguez*, ¿no?

-Sí. Así se llama. Bah, se llamaba.

Míguez tenía veintidós años y trabajaba como *delivery* en una pizzería del distrito rocanegrense *La Cueva*, situado junto a unos de los laterales de la Base Aérea Oeste, y la noche anterior había sido secuestrado cuando salió a repartir unos pedidos por esa zona en la camioneta del dueño del comercio, un cuñado suyo. El joven iba hablando por celular con su novia cuando fue abordado por los captores que se movilizaban en otro vehículo no identificado, por lo que la mujer, al escuchar los ruidos sospechosos, llamó inmediatamente a la Policía.

Cuando los efectivos de la seccional local llegaron a la pizzería, el cuñado de Darío ya había recibido un primer llamado extorsivo en el que los secuestradores le exigieron un rescate de treinta mil pesos que el comerciante dijo no tener. Al ver a los

policías, el dueño del comercio les pidió que no intervinieran porque ya había acordado un pago de cinco mil para poder liberar a la víctima.

Los policías de calle abandonaron la pizzería aunque dieron intervención al fiscal Dante, quien ordenó que una comisión de detectives de la División Antisecuestros fuera de todos modos hasta el local. Sin embargo, cuando los pesquisas llegaron al lugar, el cuñado de Darío ya se había ido a pagar el rescate, por lo que los investigadores no pudieron monitorear la entrega del dinero que se concretó poco después de la medianoche en cercanías a La Trapera, donde los efectivos hallaron luego la camioneta de la víctima.

Alrededor de las ocho y treinta, la Policía recibió el llamado de un transeúnte que denunció que había una persona tirada en posición fetal junto a un árbol ubicado en el monte cercano a la Base Aérea. Cuando los efectivos se trasladaron hasta ese sitio constataron que se trataba de Darío, quien había sido asesinado de tres balazos por la espalda: uno detrás de la oreja, otro en el omóplato y el restante en la cintura, lo que indicaba que probablemente lo balearon cuando intentó escapar de sus captores.

Los detectives policiales también sospechaban que la liberación probablemente se frustró porque los secuestradores no habían quedado conformes con el monto del rescate pagado, aunque tampoco se volvieron a comunicar con el cuñado de la víctima, con quien negociaron inicialmente.

Además, los pesquisas manejaban la hipótesis de que Darío había permanecido cautivo en una casilla de la villa cercana al lugar del hallazgo del cadáver, por lo que profundizaron los procedimientos en La Trapera.

Paralelamente, los policías comenzaron a indagar en el entorno de la pizzería, que era muy concurrida, lo que no permitía descartar que algún conocido de su dueño hubiera actuado como “entregador” de Darío ante el supuesto dato de que el cuñado de la víctima podía tener mucho dinero en efectivo ya que el negocio marchaba bastante bien.

-¡Qué hijos de puta! ¿Te das cuenta? Ya no se salva nadie -expresó Soledad luego de escuchar la reconstrucción del hecho que le hizo Federico.

-Lamentablemente es así: pobres contra pobres. Porque este pibe era un simple laburante que no tenía un peso partido al medio.

-¡Me importa una mierda que los secuestradores sean pobres!

-No los defiendo, pero los que detuvieron por este caso son unos chicos que viven en la marginalidad absoluta y están re jugados.

-Entonces que dejen de drogarse. Porque vos decís que son pobres, pero plata para la merca tienen, eh.

Según agregó Federico, horas después del hallazgo del cadáver de Darío, la Policía recibió un llamado anónimo en el que un muchacho confesó haber participado del hecho y relató cómo se había cometido el secuestro y posterior asesinato. Este sospechoso fue apresado en la periferia de La Cueva, por lo que los otros tres sospechosos que habían sido detenidos poco antes por aparente posesión de drogas y armas en La Trapera quedaron prácticamente desvinculados del caso ya que no tenían relación alguna con el confeso.

Ante la Policía, este confeso dio los nombres de los otros dos partícipes del hecho, uno de ellos al que señaló como el supuesto autor material del homicidio, y admitió que habían matado a Darío cuando discutían si pedían más dinero al cuñado de la víctima, ocasión que fue aprovechada por el cautivo para intentar escapar.

Este acusado, cuyos dichos debían ser ratificados ante la Justicia para que tuvieran validez para la causa, también dijo a los efectivos que a Darío lo habían secuestrado “al voleo” ya que se sintieron atraídos por la camioneta nueva en la que aquel se desplazaba. Y contó que lo interceptaron en un auto robado que dejaron abandonado y que huyeron en el vehículo de la víctima, a bordo del cual permanecieron todo el tiempo que duró el cautiverio, lo que derrumbaba la pista policial sobre la presunta estadía dentro de la villa.

Federico y Soledad se habían pasado horas hablando y en el restó ya no quedaban otros comensales. De hecho, el mesero ya les había entregado la cuenta y aguardaba, impaciente, poder cobrar y así dar por terminada su jornada laboral.

-Parece que nos quieren echar -bromeó Fede colocando su tarjeta de débito junto a la factura y luego alzándolas en el aire para que las viera el mesero, a quien tenía de frente-. Yo invito.

-Gracias -Soledad se puso de pie y tomó su cartera del respaldo de la silla-. Voy al baño y nos vamos.

Cuando la mujer regresó Federico ya había dejado la propina sobre la mesa y estaba esperándola junto a la puerta.

-¿Querés venir a tomar algo a mi casita, así de paso la conocés? -preguntó el periodista al salir del restó en dirección al auto de ella, estacionado en la misma cuadra, a pocos metros de distancia.

-No sé -Soledad bajó la vista y aceleró el paso. Y mientras ella buscaba las llaves de su auto en la cartera él miró la hora en su celular.

-Está bien. Ya es tarde.

-Sí. La noche se me pasó volando -Soledad abrió la puerta del auto y se volvió hacia Federico, quien permanecía de pie junto a ella.

-Además, mañana tengo que arrancar temprano y me espera un día bastante largo.

-Otra vez será.

El periodista asintió con cierta resignación, a sabiendas de que quedaban pocas chances de que hubiera una próxima vez. Así que la besó largamente y se despidieron sin nuevas promesas.

Esa noche, Federico se fue a dormir con un dejo de satisfacción que, a su vez, le aportó la pizca de claridad que le estaba faltando. Y cuando se despertó, con la primera persona que se contactó fue con Catalina, a quien le envió un *SMS* invitándola a cenar a su hogar, donde le prepararía un plato especial. Eso sí, la cita debía ser tarde porque él tenía que ir a cubrir la sentencia del segundo juicio por el caso Castro, en el que juzgaban a los dos lugartenientes del Chino Montes no solo por el caso de Juan Pablo, sino también por otros dos secuestro exprés, uno de ellos contra un gerente comercial de una firma extranjera.

Finalmente, en una sala colmada en la que no faltó ni una sola familiar de las últimas víctimas se secuestros seguidos de muerte, los dos acusados fueron condenados a prisión perpetua como “partícipes primarios” del hecho cuyo autor material seguía siendo Montes. Esta vez no hubo cruces de palabras ni reproches, solo desahogo. Y así intentó reflejarlo Federico en su crónica que fue publicada de manera casi textual por varios de los principales matutinos.

XVIII

El viento del sudeste disimulaba la alta temperatura. El veloz y húmedo aire marino entraba por las ventanas abiertas del recinto principal donde las mujeres trataban inútilmente de no despeinarse. Se ataban el pelo con alguna banda elástica o lo contenían con una bincha o las propias manos, pero el cabello quedaba irremediablemente a merced del enrarecido clima. Federico había pasado por la peluquería unos días antes, lo hacía cada tres o cuatro meses para que su cabellera luciera un poco más prolija, por lo que ahora, a unas dos semanas de que terminara el verano, refunfuñaba cada vez que el flequillo le entorpecía la visión. El periodista ni siquiera estaba escribiendo en su anotador, pero la situación lo molestaba igual. Tres asientos más adelante que él, Wado Miranda apretaba con fuerza la mano de su esposa Sandra mientras esperaban la lectura del veredicto por el secuestro y crimen de su hijo Sebita. A uno de los lados de la pareja, el banquillo de los acusados estaba vacío ya que los imputados *Eustaquio Pilsen*; su esposa, *Analía Vergara*; y el hijo del matrimonio, *Horacio Alejo Pilsen Vergara*; habían pedido a los jueces no estar presentes al momento de conocerse el fallo.

El debate oral había empezado en febrero y constado de pocas audiencias ya que de los cien testigos que estaban citados a declarar se presentó menos de la mitad luego de que las partes desistieran del resto e incorporaran por lectura las respectivas declaraciones realizadas durante la etapa de instrucción de la causa. Ni siquiera los tres imputados habían decidido declarar en el juicio. Solo lo hicieron al pronunciar sus “últimas palabras”, oportunidad en la que aseguraron ser inocentes y que se trataba de una “causa armada”.

Por su parte, el fiscal Dante había considerado en su alegato que la responsabilidad de los imputados estaba debidamente acreditada y que habían actuado con extremo salvajismo ya que los forenses precisaron que el niño aún estaba con vida, aunque con el cráneo destrozado por los golpes, cuando lo arrojaron al pozo ciego donde murió ahogado. También sostuvo que los acusados se habían amparado en la confianza que la víctima tenía en ellos, sus propios vecinos.

Para el fiscal, ese marco propició que Sebita fuera un blanco accesible dado que los acusados habitualmente le permitían ingresar a jugar a la casa quinta donde finalmente lo asesinaron y apareció su cadáver.

Según Dante, había quedado claro que el móvil del crimen fue un secuestro extorsivo porque los imputados necesitaban obtener dinero para su emprendimiento comercial y distintos bancos ya habían rechazado otorgarle un préstamo.

Por último, el fiscal dio por probado que hubo complicidad entre todos y cada uno de los acusados para cometer el secuestro y el asesinato, más allá de que no pudo demostrar cuál o cuáles de todos había sido el autor material del homicidio

“El Tribunal Oral Federal número uno de la ciudad de Roca Negra resuelve, por unanimidad, condenar a Eustaquio Pilsen, Analía Vergara de Pilsen y a Horacio Alejo Pilsen Vergara a la pena de prisión perpetua por considerarlos coautores penalmente responsables del delito de secuestro extorsivo triplemente agravado por tratarse la víctima de un menor de edad, haber participado en el hecho tres o más personas y haberse ocasionado intencionalmente la muerte de la persona ofendida”, leyó el secretario Stein, tras lo cual, se escucharon gritos y aplausos dentro de un recinto que volaba de aprobación.

Apenas terminó al lectura del fallo, todos los presentes salieron apurados a la puerta de los tribunales donde aguardaban los movileros de radio y TV. En ese marco, Federico quedó a mitad de la fila apretada de personas que se encolumnó detrás de Wado y Sandra, y hasta se tropezó con una mujer de baja estatura que tenía adelante. “Perdón”, se disculpó el periodista, a lo que la mujer se dio vuelta enseguida: “Está bien, no se preocupe”. Cuando ambos se miraron no pudieron evitar sorprenderse.

-¡Estela! No la había visto -indicó él y luego saludó a la madre de Daniel Palma con un beso en la mejilla-. Hace tiempo que no nos veíamos, ¿no?

-Y... como dos años y medio, más o menos -respondió la mujer palmeando al periodista en el hombro.

-Claro, desde el juicio. ¡Cómo pasa el tiempo! -continuó Federico, quien se había colocado al lado de Estela y comenzado a caminar a la par de ella.

-Ya que te veo te cuento: en unos días extraditan a Gatti, así que el año que viene seguramente tendremos el segundo juicio.

-Gracias por el dato. Es una buena noticia. Así que cuando quiera, me llama a los mismos teléfonos de siempre y hacemos una nota.

-En cuanto sepa cuando llega al país te aviso. Quedate tranquilo -Estela se despidió apenas cruzaron la puerta y se dirigió a saludar a Wado y Sandra, tras lo cual se retiró en medio de decenas de personas. Federico, en tanto, esperó su turno para poder hacerles un par de preguntas a los padres de Sebita, pero se terminó conformando

con colocar el grabador al lado de los micrófonos de los movileros que, encima, estaban transmitiendo en vivo, por lo que en la redacción de AGEN seguramente estaban tomando apuntes.

“Como abogado estoy tranquilo porque se hizo Justicia y esto debería renovar nuestras esperanzas en los jueces de este país. Ahora, como padre creo que no hay pena suficiente para los asesinos de mi hijo”, expresó Wado, quien iba tomado de la mano de su esposa que solo atinó a decir que el fallo le traía un poco de paz, pero que no iba a evitar que el dolor por la muerte de Sebita estuviese por siempre en el seno de su familia.

Con estas declaraciones Federico se dio por satisfecho y llamó a la redacción para pasar las novedades, que no fueron tales ya que Sculli había escrito dos adelantos, uno con el veredicto y otro con unos textuales de los padres de la víctima. “¡Al pedo vine!”, se quejó el redactor apenas cortó con su jefe, que le indicó que se desentendiera de esa cobertura y regresara enseguida a la agencia.

De todos modos, no había nada más por hacer en Roca Negra ya que los tribunales habían quedado desiertos de un momento a otro. El portón de rejas del frente estaba cerrado, el público del juicio se dispersaba por las calles laterales y los técnicos de los móviles que también debían volver hacia El Rosedal guardaban apurados los cables y las cámaras, mientras que los periodistas aguardaban a bordo de sus vehículos.

Federico se acercó hasta el móvil de Primera Hora y se encontró con Felicitas Echeverría, quien hacía varios años había abandonado la redacción del diario homónimo para dedicarse a las noticias en la pantalla chica.

-¡Hola Fede! ¿Qué hacés por acá todavía? ¿Necesitás que te llevemos hasta la Capi? -preguntó la mujer mientras se peinaba su melena morocha y se miraba en el espejito de la camioneta.

-Quedate tranquila que estás linda, como siempre -bromeó el periodista sonriendo.

-Gracias, dulce. Pero viste como es la tevé, te exige estar espléndida en todo momento, no como en una redacción -rió Felicitas, quien se retocaba los ojos con un delineador-. ¿Subís? Mirá que ya nos vamos.

-No, gracias. Tengo un remis de la agencia que me está esperando. ¿Por qué el apuro? Desaparecieron todos.

-¿No escuchaste a los policías que nos despejaron de la puerta?

-No, estaba hablando por teléfono cerca de la esquina, ¿qué pasó?

-Hay sudestada y subió la marea. Así que todos los que volvemos al Rosedal por la autopista nos tenemos que ir ya porque va a haber inundaciones.

-Pero si hay un sol que raja la tierra...

-Y bueno... el tiempo está raro.

Federico saludó a Felicitas con un gesto de la mano y a la distancia, y realizó un trote hasta el remís que lo esperaba a la vuelta para llevarlo de regreso a la redacción. En el trayecto, el periodista pudo apreciar que el agua revuelta y amarronada llegaba hasta donde comenzaba el terraplén que sostenía la cinta asfáltica a unos dos metros de altura. El tránsito estuvo con bastantes demoras ya que los vehículos se habían amontonado para escapar de la amenaza de inundación, por lo que el auto de alquiler tardó más de lo previsto en llegar a AGEN.

Al entrar a la redacción, Sculli le indicó a Federico que se dedicara a escribir la nota central del caso Miranda con tranquilidad, mientras que Sabrina se estaba ocupando del otro tema policial del día: una marcha en reclamo de Justicia por *Rolando Gutiérrez*, un joven que había sido secuestrado y asesinado dos días antes.

Al momento del hecho, “Roly”, como solían llamar a la víctima, tenía veintiún años y vivía junto a su familia en una casa sencilla en el extremo norte de la *Villa Universitaria*, en el límite entre este barrio y el Obrero de un lado, y el Militar del otro. Esta zona capitalina era una especie de triángulo escaleno cuyos lados estaban conformados por grupos de personas provenientes de diferentes estratos sociales y con estilos de vida muy distintos, casi opuestos. Además, la proximidad geográfica entre unos y otros implicaba que de una vereda a otra cambiaba la jurisdicción de la comisaría actuante, por lo que era bastante común que ante cada delito grave los jefes de las seccionales deslindara responsabilidades los unos en los otros.

El 5 de marzo Roly había salido en el auto de su padre hacia un club cercano adónde iba a jugar al fútbol con unos amigos de la Facultad de Medicina en la que estudiaba. Pero a pocas cuadras de su domicilio, cuatro hombres en otro vehículo lo interceptaron y redujeron mediante amenazas con armas de fuego, y dos de ellos abordaron su auto para llevárselo cautivo. Esto ocurrió a primera hora de la noche y, sumado a que era domingo, no hubo testigos presenciales que hubieran podido alertar del hecho a la Policía.

Una hora después de la captura, los secuestradores obligaron a Roly a llamar a su casa y avisarle a su padre qué estaba sucediendo. En esa primera comunicación, uno

de los delincuentes tomó el teléfono y le exigió al papá del joven que reuniera unos cincuenta mil dólares para pagar como rescate.

La familia del cautivo denunció el hecho inmediatamente a la Policía Nacional, por lo que los detectives Antisecuestros se instalaron en su casa y comenzaron a intervenir las líneas telefónicas. Así, pudieron escuchar la segunda llamada, en la que el padre de la víctima le dijo al secuestrador que ya había juntado diez mil pesos y que eso era lo único que tenía por el momento. El captor le dijo que esa cifra no era suficiente y que siguiera juntando más plata.

A partir del análisis informático, los investigadores establecieron que esa segunda llamada se había efectuado desde el distrito *Malaespina*, lindante con Púas, en el norte metropolitano, ya que la celda del teléfono celular de Roly, que era el aparato utilizado para comunicarse, se había activado en esa zona. A partir de este dato, las diligencias se centraron en esa pista aunque no dieron resultados positivos.

Mientras tanto, la familia Gutiérrez no recibió ninguna nueva llamada de los secuestradores hasta que a las seis y treinta de la mañana siguiente la Policía se comunicó para decirle que el cadáver de Roly había aparecido calcinado dentro de su auto incendiado, al costado de la autopista El Rosedal-Roca Negra, a la altura de Los Indios, en un sector cercano al basural donde unos siete años antes habían encontrado el cuerpo de Daniel Palma.

De acuerdo a los resultados posteriores de la autopsia, el joven había sido ejecutado de un balazo en la nuca efectuado por una pistola 9 milímetros, luego rociado con nafta y prendido fuego en el asiento trasero de su auto en el que se hallaron los restos de la botella de gaseosa en la que los asesinos había llevado el combustible para iniciar el fuego.

-Tano, acabo de hablar con Antisecuestros y me dicen que no descartan que se haya tratado de una venganza por un problema de polleras –explicó Sabrina a su jefe de sección, al tiempo que los canales de noticias transmitían como cientos de personas cortaban el tránsito en la principal esquina de la Villa Universitaria en reclamo de Justicia.

-Dicen eso porque no tienen una sola pista y quieren ensuciar a la víctima, y a su familia -respondió Sculli, quien miraba en la pantalla de TV como *Walter Gutiérrez*, el hermano mayor de Roly, aseguraba que los secuestradores habían tenido una información errónea sobre el dinero de la familia.

Es que, según Walter, su papá había comprado recientemente, no vendido, una propiedad valuada en unos cincuenta mil dólares y aseguró a los movileros que cubrían la marcha que a su hermano lo asesinaron porque reconoció a uno de los secuestradores, probablemente el que había entregado el dato erróneo sobre la mencionada operación inmobiliaria.

-¿Ves, Sabri? Esto es lo que le molesta a la Policía: que la familia ventile detalles de la causa. Por eso, ahora los quieren ensuciar -retomó Sculli.

De todos modos, los pesquisas mantenían como principal hipótesis que se había tratado de un intento de robo fallido, devenido a secuestro exprés y que culminó en un homicidio porque la víctima intentó escapar. Las dudas de los detectives pasaban por la falta de testigos, lo poco llamativo del auto usado en el que viajaba la víctima, lo breve que fue la negociación y el despliegue logístico de la banda que inició su raid en El Rosedal, pasó por Malaespina y terminó en Los Indios, un circuito de unos 80 kilómetros.

Por su parte, Federico terminó la nota sobre el caso Miranda y se retiró temprano de la redacción ya que esa noche tenía una cita especial: *Gimena*, la profesora de Educación Física con la que estaba saliendo, quería presentarle una amiga de ella a su amigo Esteban. Y a pesar de que en el pasado este tipo de salidas lo habían hecho sentir algo incómodo, el periodista accedió al pedido de la chica ya que en esta ocasión él no tenía nada que perder.

Cuando Federico llegó al bistró donde habían acordado encontrarse los cuatro, Esteban ya estaba en el lugar, sentado junto a la barra y bebiendo un fernet con cola. El periodista se sentó su lado y pidió el mismo trago mientras esperaban a las dos mujeres.

-Tomemos tranquilos porque Gime no se caracteriza por su puntualidad. Es una colgada -ironizó Federico alzando su vaso-. Por la amistad.

-Y por las mujeres que derrochan simpatía, como en la canción -agregó el amigo al aceptar inmediatamente la propuesta de brindis, tras lo cual, ambos bebieron contentos-. ¿Y cómo andan tus cosas on Gime? -retomó luego de apoyar el vaso sobre la barra.

-Tranca. Qué sé yo -el periodista se encogió de hombros.

-¿Cómo `qué sé yo`?

Federico hizo una breve pausa y tomó un largo trago.

-Es que para mí ya está claro que la relación no va a crecer más que esto, que no vamos a ser novios.

-¿Se lo dijiste?

-Sí, ya lo charlamos y ella estuvo de acuerdo, pero me sigue llamando e invitando a salir.

-Está bien. Ella es grande y puede hacerse cargo de sus acciones.

-Tal cual. El que avisa no traiciona, ¿cierto?

-Cierto –Esteban calló unos segundos en los que apoyó sus dedos en el borde del vaso para retirar del cristal unas gotas de condensación-. Pero, ¿qué es lo que no te convence de ella? Porque, por lo que vos me contás y lo que he visto de los dos juntos, se llevan bastante bien.

-La cuestión no pasa por tener problemas, justamente no los hay. Tampoco falta piel, todo lo contrario.

-¿Entonces?

-Lo que no hay es romance, desafío, compatibilidad en nuestras formas de ver las cosas. ¿Me explico?

-Creo que sí. ¿Y con Catalina que pasó?

-Con Cata fue justamente al revés: nos llevábamos mejor fuera de la cama y así pasábamos la mayor parte del tiempo.

-Entiendo.

-Por ejemplo, ahora con Gime tenemos muy pocos temas de conversación. En todos estos meses no tuve una sola charla interesante con ella. Es todo joda, palo y a la bolsa. Y con Cata podíamos hablar de cualquier cosa durante horas, pero a la hora del sexo...

-Faltaba algo.

-Exacto.

-Y bueno. Esas cosas suelen pasar.

-Tal cual. Pero me dio mucha bronca porque en todos los demás aspectos funcionábamos bárbaros.

-De todos modos, Fede, no me podés negar que después de Sole ninguna te movió el piso. Porque admitámoslo, tanto con Cata como ahora con Gime podrías esforzarte más y quejarte menos.

-No es tan así. Yo siempre le pongo la mejor onda. Lo que pasa es que no me dura mucho. ¿Qué querés que haga? –Federico miró a su amigo y levantó ambas manos a la altura de su pecho, con las palmas hacia arriba.

En ese momento, Gimena y su amiga *Clara* entraron al local, por lo que Federico y Esteban dieron por terminada la conversación y tomaron sus respectivos vasos y fueron al encuentro de ellas.

Para sorpresa del periodista, Clara era más atractiva que Gimena, quien lucía un físico atlético pero sin tantas curvas como las de su amiga. Y Esteban apenas vio a su cita no pudo ocultar la satisfacción en su rostro, la cual mantuvo durante toda la cena en la que los cuatro se divirtieron charlando, bebiendo vino y escuchando buena música.

En un momento de la velada, Federico y Gimena se cruzaron en la puerta de los baños y, aprovechando que Clara todavía no había salido del *toilette* de damas, la mujer le dijo que a su amiga le había gustado Esteban, por lo que este podía pedirle el teléfono sin problemas para arreglar una salida entre los dos. “¿No te enojás si me voy con ella en vez de a tu casa? Me da cosa dejar que se vuelva sola”, le dijo Gimena al periodista que le respondió que no se preocupara ya que todos estaban cansados y al día siguiente debían levantarse temprano. Ella se lo agradeció con un beso y volvió a entrar al baño a buscar a su amiga. Por su parte, Federico se dirigió rápidamente hasta la mesa y transmitió la buena noticia a Esteban.

Minutos después, los dos amigos se dividieron la cuenta y salieron a la vereda junto a las chicas. Allí, mientras Federico se despedía a los besos de Gimena, Esteban le pidió el número de teléfono a Clara, quien se lo entregó encantada junto a su dirección de correo electrónico. Finalmente, las dos mujeres se fueron por un lado y los dos hombres por el otro.

Y como unos meses antes Esteban le había comprado el auto a su padre, quien había adquirido uno 0km, Federico no tuvo que tomarse el colectivo para regresar a su casa. Así que llegó temprano y se tiró en el sillón a ver un rato de televisión antes de irse a dormir. El periodista solía desmayarse apenas fijaba la vista en un canal, aunque esta vez el sueño le duró poco porque se sobresaltó al escuchar su teléfono celular. Con los ojos ardidos miró el aparato y descubrió que se trataba de una llamada entrante del contacto “Sole”. La atendió enseguida.

-Hola, ¿Fede? ¿Sos vos? -escuchó decir a una voz femenina que le resultaba familiar, pero no terminaba de identificar.

-Sí, soy yo ¿Sole?

-No, soy Celeste. Perdón por la hora.

Federico se sentó en el sillón, rascándose la frente, y al cabo de unos instantes reaccionó.

-No te preocupes. ¿Qué pasó?

-Este... No sé cómo decirlo de otra manera así que te lo cuento de una: Sole falleció.

-¡¿Qué?! Pero, ¿cómo? Digo... ¿Qué le pasó? -exclamó el muchacho poniéndose de pie.

-La encontraron muerta la semana pasada en su departamento. Estaba ahorcada con los cordones de las zapatillas, adentro del baño.

El periodista se quedó paralizado, como una estatua en el medio de su living-comedor-cocina. Una lágrima gélida le surcó el rostro y se tomó la cabeza. “No te la puedo creer”, retomó él, mientras Celeste continuaba dándole algunos detalles de lo ocurrido.

Según la Policía, se trataba de un “suicidio de manual”, pero la familia de Soledad no estaba segura de ello y sospechaba de Nicolás, el exnovio de la joven que la había golpeado en varias ocasiones cuando estaban juntos. Entonces, Celeste le explicó al periodista que lo estaba llamando porque estaba al tanto de que él había visto a su hermana unos meses antes y quería saber si ella le había comentado algo sospechoso respecto de Nico. “Me contó que estaban por reconciliarse, nada más. En ningún momento me habló mal de él”, indicó Federico.

Lo cierto es que Nicolás era hijo de un empresario de la noche al que Soledad había conocido en uno de los eventos que ella organizaba como RR.PP. El padre del joven tenía uno de sus boliches en la zona del Viaducto, donde el muchacho trabajaba como encargado. Y en todos sus negocios controlaba a los *dealers* a través de altas coimas a la Policía de Roca Negra y la Nacional, por lo que tenía contactos en ambas fuerzas. De hecho, en más de una ocasión, el empresario había tenido que recurrir a esos vínculos para salvar el pellejo de su hijo, un empedernido adicto a la cocaína.

Este estilo de vida peligroso era lo que llevaba a los padres de Soledad a sospechar que la Policía, a instancias del padre de Nicolás, había montado la escena del crimen para que pareciera un suicidio.

Pero, por el otro lado, la familia de Soledad no podía eludir el hecho de que la fallecida había estado muy deprimida cuando Nicolás la dejó, a tal punto que había querido suicidarse tomando pastillas, por lo que tuvo que ser internada unos días en un neuropsiquiátrico y luego medicada en el marco de un estricto tratamiento.

En esa oportunidad Soledad había comenzado a escribir sus cuentos cortos, los que Federico había creído que se trataban de inventos sin ninguna conexión con la

realidad de parte de su exnovia. Entonces, cuando Celeste le comentó sobre Nicolás, la relación tormentosa de este chico con Soledad y los problemas de salud de su hermana, Federico comenzó atar cabos y recordó que cuando eran novios, Soledad había mostrado en varias oportunidades cierta tendencia autodestructiva por los supuestos fantasmas de su pasado ya que, por ejemplo, desde antes de la separación conflictiva de sus padres, ella siempre había puesto en duda las circunstancias de su nacimiento. “Yo sé que soy hija de desaparecidos”, le había dicho Soledad más de una vez, cuando charlaban sobre política, la Revolución Bordó y la última Dictadura Militar.

Federico, al igual que Celeste, se inclinaba más por la hipótesis del suicidio, pero los padres de Soledad no. Sobre todo la madre, que estaba convencida de que Nicolás la había matado porque un vecino del barrio le había acercado información que comprometía al sospechoso.

-Lo siento mucho, Cele. En serio.

-Gracias, Fede. Y disculpá que no te haya avisado antes. Pero los últimos días fueron una pesadilla. Y mi familia viste como es...

-Me imagino. No te preocupes.

-¿Hicieron alguna ceremonia?

-Como mis viejos no se ponían de acuerdo, no hubo velatorio e hicimos algo cortito en el Cementerio de la Ciudad. La colocaron en un nicho, al lado del de los abuelos.

-Me hubiera gustado estar.

-Lo sé. Perdoná.

-Pará de disculparte.

-Bueno, Fede. Te dejo dormir tranquilo. Y ya sabés, si te acordás de algo que te haya contado mi hermana, lo que sea que te parezca pueda estar relacionado, llamame. ¿Tenés mi celu?

-No.

-Anotá.

-Mejor mandame un SMS al mío, así me queda guardado el número.

-Ok. Ahora cuando corto te mando un mensaje de texto desde mi celular.

-Dale. Gracias. Y Cele, quedate tranquila. Si sé de algo te aviso. Y cualquier cosa que necesites no dudes en llamarme y pedírmelo.

-Gracias, Fede –se despidió la joven, a la que apenas se le oía la voz, como si las energías la estuviesen abandonando, al borde del colapso.

-De nada.

Federico cortó la comunicación y se tiró sobre la cama. Cerró los ojos y trató de visualizar a Soledad, aunque sea por unos instantes. Su mente turbada no lo dejó dormirse, por lo que permaneció despierto toda la madrugada, mirando el techo. Si antes era difícil olvidarme de ella, ahora va a ser imposible, concluyó.

XIX

“Yo estaba en casa mirando la novela cuando escuché que golpeaban desaforadamente la puerta de al lado. Levanté apenas la persiana, la tenía baja porque el sol daba de frente y el reflejo no me dejaba ver bien la tele, y miré por la ventana. Entonces vi a un chico que no era del barrio. Era un pibe flaquito, muy jovencito, rubio, con el pelo corto y que gritaba: ‘¡Ábranme!, ¡ábranme!’. Como al lado viven unos abuelos, se ve que estaban durmiendo la siesta y no lo escucharon; entonces el chico se fue corriendo por el medio de la calle hasta la esquina”, relató *Marisa* en una entrevista en vivo y en directo con Felicitas, de Primera Hora, que se encontraba en el barrio *La Alambrada* de *Malaespina*.

Este distrito rocanegrense, cuyo nombre hacía honor a su vegetación escasa, delgada y filosa, era un amplio territorio, mayoritariamente rural aunque sin producción agropecuaria, donde convivían lujosos countries con barrios humildes, como en el que vivía *Marisa*.

-¿Y cómo lo vio al chico? -preguntó la periodista.

-Me pareció todo muy sospechoso, porque el chico estaba bien vestido, un jean nuevo, camisa, zapatillas de marca y empezó a patear la puerta del otro vecino que vive en la ochava pidiendo que lo dejaran entrar. Estaba desesperado, como loco. Me asusté y decidí llamar a la Policía, pero cuando estaba por hacerlo, ya con el tubo del teléfono en la mano, escuché una frenada de auto y más gritos. Me volví a asomar por la ventana y vi el auto del mecánico que vive acá a la vuelta, que estaba con el hijo y otro muchacho. El mecánico y su hijo le decían al chico: ‘¡Vení para acá, chorro de mierda!’. Después lo agarraron de los pelos y lo metieron en el coche. En ese momento salió el hombre de la casa de la esquina y le preguntó al mecánico que pasaba y este le dijo que el pibe había entrado a robar a su taller y que se quería escapar. Yo, desde la ventana escuché como el vecino le preguntó si quería que llamara a la Policía, pero el hijo del mecánico le dijo que ellos ya lo habían hecho y que se iban para la comisaría.

-Y después que se fueron, ¿llamó usted a la Policía?

-No. Porque pensé que los vecinos tenían todo controlado. Es más, al rato sentí pasar un patrullero por el barrio y estuvo todo tranquilo. Recién los llamé cuando vi la foto del chico en el noticiero.

-Y ahora que sabe quién era ese chico, ¿se arrepiente de no haberlo ayudado?

-Y sí. Me da mucha pena saber lo que le pasó, porque yo también tengo un hijo de esa edad. Pero en el momento, ¿cómo iba a saberlo? Fueron segundos nomás.

-En esos segundos, ¿nunca lo escuchó pedir auxilio o socorro?

-No, para nada. Solo escuché que pedía que le abrieran y los golpes a la puerta. Y enseguida llegó el mecánico y dijo que le había robado. Nunca me imaginé lo que estaba pasando realmente. Y con lo peligrosa que está a la calle... uno nunca sabe.

-¿Es un barrio inseguro?

-Es un barrio como cualquier otro. Hoy en día no se vive seguro en ningún lado. Lamentablemente es así. Vivimos con miedo y desconfiamos de todos. Y después pasan estas cosas. Es realmente triste.

Al término de la entrevista de la movilera de Primera Hora, Sculli le preguntó a Federico si la había grabado para hacer luego un recuadro, a lo que el redactor le dijo que sí. Era un testimonio importante y por ello Verónica ya había hablado con Marisa por la mañana, aunque en esa oportunidad la mujer le ofreció un relato bastante más escueto que el que acababa de brindar por televisión, algo habitual dado que la caja boba es mucho más atractiva que un grabador o un tubo de teléfono.

El chico al que se refería esta vecina era *Marcos Belloso*, un adolescente de quince años que dos días antes había concurrido a la fiesta de cumpleaños de una compañera de colegio que residía en el Distrito Presidencial. Al salir de aquel festejo en los albores de la mañana siguiente, Marcos regresó junto a otros amigos en una combi alquilada especialmente por los padres de los chicos y que los trasladó hasta Malaespina, donde residían todos los miembros del grupo.

El vehículo de alquiler dejó a los adolescentes alrededor de a las seis, en la puerta de la escuela, ubicada al costado de la autopista *El Rosedal-Norte*. Allí, Marcos les dijo a sus compañeros que, para ahorrar dinero, en vez de ir en un remis hasta su casa, situada a unas treinta cuadras del colegio, se iba a tomar el colectivo, por lo que se fue caminando solo hasta la parada más cercana aprovechando que ya estaba amaneciendo.

Al llegar a la parada no había nadie y al cabo de unos minutos el chico fue abordado por dos jóvenes armados que lo asaltaron con fines de robo y le exigieron la entrega de dinero y de las zapatillas. Pero luego, al creer que pertenecía a una familia de buena posición económica, los delincuentes lo secuestraron.

Los captores llevaron a Marcos en colectivo hasta La Alambrada, donde lo encerraron maniatado y con los ojos vendados adentro del taller mecánico del padre de

la novia de uno de ellos. Una vez en ese lugar, el yerno del mecánico fue el encargado de llamar desde el teléfono celular de la víctima a la familia Belloso para pedir treinta mil pesos de rescate, monto que luego fue reducido a cinco mil.

Por su parte, los padres de Marcos, ante las amenazas de los captores de matar al chico, decidieron no denunciar el secuestro a la Policía y tratar de pagar lo antes posible.

Después del mediodía, mientras se negociaba el pago del rescate y en un descuido de sus captores, Marcos logró escapar del taller mecánico y comenzó correr a los gritos por el barrio de calles de tierra y pocas viviendas precarias, pero minutos después fue recapturado por los mismos secuestradores.

Los delincuentes regresaron al chico al taller y como la víctima no paró de gritar en ningún momento, se encargaron de divulgar entre los vecinos la falsa versión del ladrón que había intentado robar en el taller.

Luego, como Marcos ya podía reconocer a sus captores, éstos decidieron trasladarlo hasta un descampado ubicado detrás del Cementerio Municipal donde lo ejecutaron de dos balazos en la nuca. Finalmente, los asesinos arrojaron el cuerpo en un pastizal al costado de la autopista, a unos 500 metros de la parada de colectivos donde el chico había sido capturado inicialmente.

Tras concretar el crimen, los secuestradores volvieron a llamar a *Joaquín Belloso*, padre de la víctima, para cobrar el rescate. El hombre les dijo que había reunido cinco mil pesos e imploró porque lo dejaran hablar con su hijo. Pero el delincuente con el que dialogó primero le respondió que esa suma de dinero era insuficiente y que no insistiera en hablar con el chico porque lo iba a matar. Por último, el captor le indicó al papá de Marcos que lo volvería a llamar al día siguiente.

Poco después de esta comunicación, cuando ya atardecía, el cuerpo del adolescente fue encontrado por personal Obras Públicas de Malaespina que estaba realizando tareas de desmalezando en los terrenos linderos a la transitada autovía. Cuando la Policía identificó a la víctima y se contactó con la familia de esta, recién entonces Joaquín denunció formalmente que su hijo había sido secuestrado.

La noticia del hecho se conoció esa misma noche y los canales de televisión rápidamente publicaron fotografías de Marcos. Allí fue cuando Marisa reconoció al chico que había visto horas antes y llamó al 911, por lo que el dueño del taller, su esposa, su hija, su yerno y el amigo de este quedaron todos detenidos antes de que terminara el día.

Al dueño del taller se le practicó el *dermotest* y dio positivo ya que en ambas manos se constató la presencia de plomo, bario y antimonio, producto de la deflagración de un disparo de arma de fuego. Además, un joven vecino de los imputados declaró ante los investigadores que en el barrio se comentaba que el día del hecho el hijo del mecánico y su amigo se habían ido a trabajar pero se volvieron antes porque en el camino se encontraron “un chanco servido en bandeja” y se lo trajeron con ellos.

Por su parte, Federico se encontraba en la redacción tratando de comunicarse con la Fiscalía Federal de Roca Negra donde Dante se había jubilado recientemente y en su lugar había quedado su secretaria, *Rocío Del Corral*, una treintañera alta y rubia, muy elegante pero, a diferencia de su antiguo jefe, con poca predisposición para dialogar con la prensa.

Al mismo tiempo, Felicitas no paraba de salir en la pantalla desde La Alambrada donde entrevistaba a cada uno de los vecinos con los que se cruzaba en su camino, los cuales no podían salir de su asombro y juraban que todos habían creído la versión de que la víctima era un ladrón.

“Les mostramos el lugar de cautiverio del pobre Marcos. Hablamos con los vecinos de los imputados, aquellos que dicen que eran buena gente y que no supieron ayudar a la víctima, y también con la testigo clave de este terrible caso que nos conmueve a todos. ¿Y los políticos? Ausentes. ¿La Policía? Tarde. Esperemos que ahora la Justicia llegue a tiempo”, expresó la periodista al rematar su última salida al aire.

-Cada vez los secuestran y matan más jóvenes -dijo Federico tras un nuevo intento fallido de hablar con la fiscal Del Corral.

-¡Y por menos plata! -exclamó Sculli, ubicado junto al redactor.

-Esta es una lucha de pobres contra pobres -Federico tenía el tubo apoyado en la oreja, pero del otro lado de la línea daba permanentemente ocupado.

-Es así el sistema, Galleguito. Lamentablemente, no va a cambiar porque la famosa revolución quedó inconclusa hace ya muchos años.

-¿Vos decís que no hay chances de cambiar todo esto?

-Creo que no. Ya ganó un único modelo -el jefe de sección sostenía una taza de café con su mano derecha, la cual alzó en dirección a la pantalla-. La única diferencia - retomó segundos después, tras ingerir un sorbo de su bebida-, radica en el grado de responsabilidad social o compromiso político con el que se aplica ese modelo, y de eso termina dependiendo si funciona mejor o peor. Nada más.

-Y a ese compromiso hay que sumarle la intervención de un Estado que realmente represente los intereses de la gente -intervino Federico, quien, cansado y frustrado, colgó el teléfono.

-Pero, ¿sabés qué pasa? El modelo se basa siempre en lo mismo: una política acumulativa y no distributiva. Por eso termina generando exclusión, en distintos grados, dependiendo del gobierno de turno.

-Cierto. Y siempre va a haber ganadores y perdedores.

-No nos queda otra que aspirar a que haya cada vez más de los primeros, pero nunca va a dejar de haber de los segundos.

-Es como la final del Mundial de Fútbol: no puede terminar empatada nunca. Tiene que haber un ganador y un perdedor.

-Tal cual, Galleguito. Me gustó esa analogía, eh.

Sabrina había estado hablando por otra línea y al terminar la comunicación se levantó de su escritorio y se dirigió hasta donde se encontraban Sculli y Federico.

-Lamento interrumpir la muy interesante charla política, pero acaba de llamar Augusto para avisar que nos mandó el anuncio de que la semana que viene comienza el juicio por el caso Williams -indicó la mujer.

-Está bien. Guardemos esa nota para el fin de semana, por si no hay ningún otro tema central -señaló el jefe.

-Me dijo Augusto que él va a cubrir el debate, pero por teléfono.

-Y sí. Tampoco va a ser un gran juicio. Los acusados ya están condenados antes de que empiece el debate.

-Si mal no recuerdo, en las indagatorias, los acusados, creo que eran cinco, terminaron confesando el hecho, pero que no habían querido matar a la víctima -acotó Federico, quien había vuelto a tomar el tubo del teléfono y marcaba frenéticamente.

-Sí, son cinco, ¡qué memorioso! -afirmó Sabrina y volviendo a su escritorio comenzó a leer la nota de Augusto-. Tenemos la prostituta, el remisero, el boxeador, el hijo de un ruralista y el exconvicto.

-Ahí tenés. En tres audiencias, a los cinco les van dar prisión perpetua -opinó Sculli, quien casi nunca se equivocaba en estos casos. Y de hecho, en esta ocasión tampoco erró su pronóstico.

Lo mismo había ocurrido unos meses antes cuando Sabrina quiso ir a cubrir en persona el juicio por el caso Míguez y el jefe de la sección le dijo que prefería que lo hiciera por teléfono para que permaneciera en la redacción y así poder cubrir más temas

sin perder tanto tiempo. “Con las pruebas que hay no va a surgir nada nuevo”, le dijo en aquel entonces Sculli a su redactora que no sentía a gusto cuando pasaba toda la tarde adentro de la agencia. En cambio, Federico ya no disfrutaba tanto salir a la calle a cubrir notas, sobre todo, porque esa tarea implicaba trabajar muchas horas de más que la empresa nunca terminaba por reconocerlas.

En el caso Míguez, Sabrina protestó pero Sculli finalmente acertó: en cuatro audiencias, dos para las testimoniales, una para los alegatos y la restante para el veredicto, *Víctor Toledo* fue condenado a prisión perpetua por el delito de “secuestro extorsivo agravado por la participación de dos o más personas con resultado doloso de muerte, en concurso ideal con robo doblemente agravado”.

En el debate se ratificó todo lo actuado en la instrucción de la causa y quedó claro que este Toledo fue el delincuente que llamó al 911, confesó su participación en el hecho y señaló a sus dos cómplices. Uno de éstos había estado detenido y luego fue liberado por falta de pruebas, por lo que no fue juzgado. El otro, *Juan Toledo*, el hermano mayor del condenado, tampoco fue sentenciado porque meses después del secuestro y crimen de Míguez, mientras se encontraba prófugo, murió en un tiroteo con la Policía.

Durante el juicio, la defensa Víctor Toledo había tratado de probar que, en realidad, el que había llamado al 911 fue Juan y que este también había sido el autor material del homicidio. Pero un peritaje de voz desechó esa hipótesis, a lo que se sumó el resultado positivo del *dermotest* en las manos del hermano menor, que intentó despegarse de la autoría del crimen al sostener que él había estado horas antes del homicidio tirando en un baldío para probar el arma que había conseguido su difunto hermano.

-Tano, estaba pensando que deberíamos actualizar las estadísticas de los secuestrados asesinados como hacíamos antes, con cada caso nuevo, ¿no te parece? – propuso Federico.

-Está perfecto. Hacelo.

-Y creo que habría que agregar los dos casos que hubo en el año 2003 de secuestrados que nunca aparecieron, pero que la Justicia condenó a sus captores dando por probado que habían asesinado a las víctimas.

-¡Dale!

Finalmente, Federico escribió un recuadro que iba a ser publicado el fin de semana junto a la nota central de anuncio del juicio por el caso Williams en el que

destacó: “En los últimos ocho años, hubo un secuestro que terminó en homicidio o en desaparición forzada de persona cada diez meses y seis días.”

En tanto, Federico fracasó en su intento por comunicarse con la fiscal Del Corral, por lo que no pudo escribir nada sobre las indagatorias de los imputados del secuestro y crimen de Marcos. De todos modos, ningún otro medio tuvo información al respecto y solo trascendió una versión extraoficial de que los detenidos se habían negado a declarar, por lo que Sculli se quedó relativamente tranquilo y no presionó a su redactor.

Alrededor de las veintidós, cuando Sculli y Sabrina ya se habían ido de la redacción hacía un rato largo, Federico se preparaba para volver a casa cuando sonó su teléfono celular. Era un número privado, por lo que el periodista temió que fuera alguna fuente con una novedad de último momento. Pero no. Era Celeste, que quería saber si le había llegado la cédula de notificación para declarar al día siguiente en la causa por la muerte de Soledad.

-No, Cele. No me llegó nada.

-Qué raro. Porque el socio de mi papá, que es el que lleva la causa, pasó hoy por el juzgado y pidió ver el expediente, y vos estás citado como testigo para mañana a la mañana.

-¿Y qué hacemos, entonces?

-El abogado me dijo que tenés que ir y que lo mejor va a ser que te juntes con él temprano en el café de la esquina de los tribunales para preparar lo que tenés que decir. Si vos querés, te acompaño.

Era la primera vez que el periodista debía prestar declaración en una causa judicial, a pesar de que desde hacía más de un lustro que convivía con esos trámites por cuestiones laborales.

Más allá de ello, Federico accedió al pedido de la joven y al día siguiente se reunió con Celeste y *Alfonso Attarian*, abogado del estudio de Lander, en la mencionada cafetería. Allí, el letrado puso al periodista al tanto de los pormenores del expediente, sobre todo, lo que había declarado Nicolás.

En su primera declaración, este joven había manifestado que el día de la muerte de Soledad, él había ido a visitarla y que tuvieron una fuerte discusión porque le dijo a ella que no quería reconciliarse. Nicolás contó que la chica se puso muy mal y lo echó, por lo que se fue del departamento, pero que al cabo de unas horas volvió porque la reacción de su exnovia lo había dejado preocupado.

Nicolás indicó que él tenía llaves del departamento porque Soledad le había dado unas copias cuando estaban juntos y aún las conservaba, y que al entrar al inmueble la encontró muerta en el baño. La joven estaba vestida solo con una remera y la bombacha. Dijo también que tenía un cordón anudado alrededor del cuello y un fuerte golpe en la frente donde alcanzó a ver un pequeño hilo de sangre.

Interrogado sobre lo que suponía que había ocurrido, el muchacho dijo creer que su exnovia había atado un extremo del cordón en su cuello y el otro en la reja que protegía el ventiluz en el techo. Luego se paró en una banqueta de madera de un metro de alto, aproximadamente, que ella utilizaba para alcanzar los estantes más altos de armario y saltó. Pero el cordón se habría roto y la cabeza de la chica golpeó contra el piso o el borde de la bañera y quedó tirada, inconsciente, sin poder pedir auxilio ni recibir la asistencia médica, lo que quizás le hubiera salvado la vida.

-¿Y qué dijeron los primeros peritos que inspeccionaron el cuerpo? -preguntó Federico al abogado.

-Para nuestra sorpresa, el informe de los médicos de Policía coincidió en casi todo con la declaración de Nicolás y estableció que la muerte había sido por asfixia y no por golpes. Son tan parecidas ambas versiones que la situación resulta muy sospechosa, ¿me explico?

-Sí, seguro. Como si Nicolás hubiera leído el informe de los médicos antes de declarar.

-De hecho, la versión inicial de Nicolás no está incorporada a la causa porque la hizo ante la Policía al momento del hallazgo del cuerpo y solo se tomó en cuenta lo que declaró posteriormente en sede judicial que, como vos debés saber, es la instancia donde los dichos tienen validez. Entonces es posible que en esa segunda instancia haya tenido cierto conocimiento de lo que informaron los médicos.

-¿Y los policías que lo entrevistaron en el lugar del hecho no declararon haber escuchado la primera versión de Nicolás?

-No. Los efectivos que declararon como testigos no dijeron nada al respecto -respondió Attarian, un morochón de pelo corto y enrulado, y con un bronceado natural e intenso.

El letrado contó luego que los padres de Soledad habían pedido una segunda autopsia a cargo de forenses del Poder Judicial para despejar todas las dudas. Pero el informe también concluyó que la causa de la muerte había sido la “asfixia mecánica” y que la víctima no presentaba signos de defensa, como tendría que haberlos tenido si se

hubiera resistido de un potencial estrangulador. Tampoco se detectaron indicios de la participación de una segunda persona.

Además, en el departamento de Soledad, y sobre todo en el baño, no había desorden que indicaran una lucha previa ni rastros de alguna sustancia química que podría haber utilizado un asesino para adormecerla. Solo estaban las pastillas antidepresivas recetadas, en un frasco intacto.

Según el letrado, que cada vez que hablaba lo hacía buscando con la mirada la aprobación de Celeste, quien, a su vez, asentía en silencio, lo más sospechoso era que un vecino le contó a la madre de Soledad que el día de la muerte había visto a Nicolás entrar al edificio de la joven acompañado de dos amigos y que éstos últimos luego se retiraron solos, por lo que creía que el exnovio se quedó adentro del departamento mucho más tiempo del que él sostenía.

Para mamá Susana, Nicolás mintió porque algo malo había hecho. Y, evidentemente, había recibido ayuda. Pero el vecino no quería declarar en la causa por temor al padre del joven y los amigos de este que sí testificaron y dijeron no haber estado el día del hecho en el departamento de Soledad.

-¿Entonces que conviene que declare yo? -inquirió Federico.

-La verdad: que a Soledad la viste bien, que no sabías de sus problemas anímicos y que ella apenas te nombró a Nicolás. Con este testimonio sencillo, Sole no va a parecer una persona con tendencia suicida.

-Pero lo era -intervino Celeste con sus ojos húmedos.

-No importa eso ahora. Eso que lo digan los peritos que van a hacer la autopsia psicológica. Nosotros tenemos que saber la verdad de cómo murió, no el por qué. Además, no estamos acusando falsamente a nadie.

Federico miró a Celeste, quien estaba sentada a su lado, y la tomó de la mano. Por su parte, el abogado pagó la cuenta y luego los tres abandonaron en café y se dirigieron a los tribunales. “No te preocupes. Yo entré con vos al despacho de la jueza”, le indicó Attarian al periodista, que terminó siguiendo sus consejos y así se convirtió en un nuevo testigo en la causa caratulada como “presunto suicidio”.

XX

El último viernes de noviembre, Roby estaba vestido con su pijama liviano, es decir, una musculosa blanca y los *shorts* del equipo de fútbol del Fuerte. Se encontraba sentado junto a la mesa de la cocina, solo, ya que su mujer había salido a realizar las compras y él, por primera vez en mucho tiempo, se había tomado una mañana libre en un día laborable luego de levantarse agitado y cansado. Estaba con ambas manos apoyadas sobre la madera, una arriba de la otra, a la altura del pecho y con la vista clavada en las seis pastillas de distintos colores colocadas en un montoncito al lado del vaso con agua. Tardó varios minutos en tragárselas todas juntas y luego su corazón pegó un salto de vigor justo en el momento que su hijo Federico entraba en su campo visual. Desde que se había mudado solo, el periodista solía pasar temprano por la casa de sus padres para saludar y tomar unos mates con su madre, y también hacía un breve acto de presencia en el negocio de su papá. Así que al ver a Roby en soledad se sorprendió.

-¿Estás bien, pá? -preguntó Federico apenas puso un pie en la cocina.

-Hola, ¿no? -respondió el hombre levantándose de su silla y abrazando a su hijo.

-Sí, perdón. Hola –el joven sintió que su padre permanecía más tiempo de lo habitual con la cabeza apoyada sobre sus hombros-. ¿Pasó algo? ¿Y mamá? –Se preocupó-. ¿Qué hacés vos en casa a esta hora?

-Tranquilo, tranquilo. No pasa nada –Roby se echó ligeramente hacia atrás y miró a su hijos a los ojos-. Tu madre se fue a hacer las compras y yo voy a entrar a trabajar un poco más tarde. Nada más. Total, el empleado tiene llave y se maneja solo.

-¿Entonces están bien?

-Sí, sí. ¿Y vos cómo estás?

-Bien.

-¿Seguro? Tenés una cara...

-Tengo muchas cosas en la cabeza, pero estoy bien. En serio.

-¿Soledad?

-Sí.

Roby regresó a sentarse a la mesa y apartó una segunda silla para su hijo.

-No sé por qué, pero me lo imaginaba –retomó el hombre-. Justo ayer hablábamos del tema con tu madre. ¿Hubo novedades con la causa?

-No –Federico cayó pesadamente contra el respaldo del asiento ubicado al lado del de su padre.

-¿Fuiste al cementerio a dejarle una flor? ¿Llamaste a los padres?

-No, pá. No. Ya te dije que no voy a hacer eso.

-¿Entonces?

-Nada. No sé. Anoche me llamó Celeste para vernos porque me quería decir algo en persona. No me comentó mucho, pero tampoco me mencionó la causa ni nada.

-Raro, ¿no?

-Y sí. Porque desde que declaré hace más de un año que no la volví a ver, solo hablé un par de veces por teléfono con ella y el abogado, pero nada más. Así que ahora me voy a encontrar con ella para ver qué me dice.

-Está bien. Manteneme al tanto, eh –Roby palmeó a su hijo en el lomo-. ¿Y el trabajo cómo anda?

-A *full*, pá –el periodista se levantó y fue colocar la pava en el fuego mientras su padre llenaba el mate de yerba.

-¿Estás con algún caso en especial que yo conozca?

-Justamente hoy, a pesar de que es mi día franco, tengo que ir a cubrir la audiencia final del segundo juicio por el caso Palma.

-¡¿Todavía siguen con eso?!

-Y sí. Pasa que en este juicio hay un solo acusado, el último detenido. El que tuvieron que extraditar. Y eso llevó mucho tiempo.

-¡Cuánta burocracia!

Federico agachó la cabeza, asintiendo y permaneció callado hasta que el agua estuvo lista. Luego se volvió a sentar junto a su padre y ambos tomaron unos verdes a la espera del regreso de la ama de casa ya que ambos querían saludarla antes de irse a sus respectivos lugares de trabajo, aunque el periodista debía primero encontrarse con su excuñada antes de viajar a Roca Negra Capital.

Por su parte, Ana llegó justo cuando su hijo se preparaba para partir y al verla arribar con la pesada bolsa de los mandados colgada de su arrugado e irritado antebrazo se la arrebató y la cargó hasta ponerla arriba de la mesada. “Me tengo que ir má, pero mañana vengo y me quedo a comer, ¿sí?”, le dijo el periodista a su madre y luego la besó en la frente. “Vení cuando quieras”, respondió ella, al tiempo que su hijo ya encaraba hacia la puerta de salida.

-¿Dónde vas a ver el partido de la Selección hoy? -preguntó Roby casi a lo gritos ya que Federico estaba a punto de atravesar el umbral.

Al oír a su padre, el muchacho se detuvo junto a la puerta abierta y soltando el picaporte se volvió hacia Roby.

-No sé. Depende de a qué hora termine. Encima el partido empieza temprano. Así que estoy bastante complicado.

Y apenas respondió, el periodista dio media vuelta y abandonó la casa.

Federico había acordado con Celeste encontrarse en un café frente a la Plaza Rosa ya que la joven trabajaba en la zona y a él le quedaba cerca la agencia desde donde planeaba tomarse un remis hacia los tribunales provinciales. Entonces, el periodista se fue en subte, al igual que cientos de miles de personas lo hacían cada mañana y, tras veinte minutos de un viaje que lo vivió aplastado contra la puerta del vagón, llegó al lugar de la cita primero que ella. Se ubicó en una mesa doble junto al ventanal y pidió un cortado. Apenas el mesero le trajo el pedido Celeste entró a la cafetería, vestida con un trajecito que le hacía honor a su nombre, unos tacos del mismo color y una camisa blanca. Y a diferencia de su hermana mayor, tenía el pelo más oscuro, corto y enrulado, y la cara redonda.

La chica entró apurada, saludó a su excuñado con un beso en la mejilla y se sentó frente a él.

-¿Querés tomar algo? -preguntó Federico mientras se acomodaba en la silla y giraba para buscar al mesero con la mirada.

-No, gracias. Estoy re atrasada.

-Igual que yo.

-Perdón que te haya llamado de la nada y citado de un día para otro, pero me pareció que era lo mejor.

-¿Hubo alguna novedad con la causa de Sole?

-No, ninguna.

-¿Entonces?

-Mi papá vendió el departamento donde vivía Sole y en la mudanza los nuevos propietarios encontraron media escondida una caja de cartón con muchos papeles de mi hermana, y como sabían lo que le pasó la trajeron a casa. Había varias cosas, entre ellas, un sobre con tu nombre. No estaba cerrado, así que miré adentro y tenía una carta y un CD. Eso sí, no vi el contenido de ninguno de los dos. Quedate tranquilo.

La joven sacó de la cartera el sobre de papel madera con la inscripción "FEDE" en fibrón negro y se lo entregó.

-Lo único que te pido es que si llega a haber algún dato que sirva para la causa que me avises. Después, hace lo que vos quieras. Igual, me parecía que debías tenerlo.

-No te preocupes. No tire ni una sola carta o regalo de ella en ocho años, así que no creo que empiece justo ahora –Federico hizo una pausa para intentar recordar si ese manojito de papeles aún se encontraba en la casa de sus padres, donde los había visto por última vez, vaya a saber cuándo-. Y si llega a haber algún dato que sirva para esclarecer su muerte te prometo que te lo voy a pasar.

-Gracias -respondió Celeste, sonriente, y comenzó a respirar más pausado.

-De nada –Federico apoyó su palma derecha sobre la mano que ella había dejado extendida en la mesa.

-Bueno Fede, Me tengo que ir –la joven bajó la mirada-. Perdón que no me quede ni un minuto más. Pero se me hace tarde –indicó poniéndose de pie.

-No te hagas problema. Gracias por traerme el sobre -dijo él mientras Celeste rodeó la mesa y se despidió besándolo nuevamente, pero esta vez más cerca de la comisura de los labios.

En tanto, el periodista se quedó mirando como la joven caminaba hacia la puerta dándole la espalda. Y una vez que la perdió de vista pagó el café y se marchó enseguida a la redacción. Allí, Chimentti estaba editando en reemplazo de Verónica, quien se había pedido el día porque su hija menor estaba con fiebre. Los otros dos cronistas nuevos que trabajaban en el turno mañana se encontraban en sus respectivos puestos de trabajo, sentados frente a sus computadoras y hablando por teléfono.

Fede nunca había llegado a tener una buena relación con ambos por la diferencia de horarios ya que cuando él llegaba a la tarde, ellos ya se habían marchado. Así que los saludó con un gesto de la mano al pasar por al lado de los dos.

-¡Galle querido! -exclamó el subjefe apenas lo vio llegar-. ¿Todo bien?

-Sí, todo bien. ¿Vos?

-Bien, bien -respondió Chimentti sin moverse de su silla-. Che, ya te pedí el remis y el fotógrafo te está esperando en el garaje para irse cuanto antes para Roca Negra.

-Perfecto -respondió el redactor mientras chequeaba que el grabador tuviera pilas y el celular de la agencia batería suficiente-. Hacía rato que no venía a la agencia a la mañana. Parece tranquilo, ¿no?

-Sí, no hay mucho quilombo. Estoy detrás de algo del caso Belloso que puede estar bueno. Razzotti tiró por la tele que los peritos hallaron una huella dactilar de la

víctima en una botella plástica que secuestraron en el taller mecánico donde estuvo cautiva y confirmaron que la tierra encontrada en las zapatillas del chico coincidía con la levantada en el piso de ese taller y en el interior del auto del mecánico detenido.

-Está buena la historia.

-Sí. Espero que me lo cuente alguna fuente. ¡Ah!, otro tema: confirmaron la prisión preventiva de los seis procesados por el caso Roly, pero lo podemos guardar para el finde. En tribunales dijeron que iban a pasar el fallo con la confesión completa de dos de los acusados. Así que después te la mando por mail y lo armás tranquilo, ¿te parece?

-Dale, dale. Bueno Cito, me rajo. Después te llamo –Federico se despidió del subjefe y después se dirigió a los dos cronistas:- ¡Chau chicos!

Habitualmente, los fotógrafos viajaban en el asiento trasero del auto porque llevaban a cuesta sus abultados equipos, pero esta vez Federico pidió sentarse él atrás para que el chofer no le diera tanta charla. Una vez que el vehículo arrancó, el periodista sacó de su mochila el sobre que le había entregado Celeste un rato antes y leyó la carta que le había escrito Soledad:

Fede,

Después de tantos años voy a seguir debiéndote muchas explicaciones, pero al menos voy a intentar disculparme por haberte mentido y tratado mal. Como nunca fui buena para pedir perdón de manera convencional te dejo este CD con un reconocimiento hacia tu buena persona: escribí todas las historias que me has contado sobre tu familia, tus amigos, tu trabajo, tus coberturas periodísticas y hasta tus otras mujeres (viste que no era tan celosa como vos creías). Es un relato en el que vos sos el protagonista, aunque le falta el final. Igual que el título, que creo debería estar directamente vinculado al personaje principal. Así que eso te lo dejo a vos. Espero que puedas terminar lo que empezaste.

Te quiero mucho

Sole.

Federico terminó de leer la carta y no sabía si extrañar a su exnovia, sentir lástima por la locura que la joven había alcanzado en sus últimos días de vida o agradecerle el gesto con una mirada al cielo. De lo único que estaba seguro era que cada

vez que pensaba en Soledad lo invadía una tremenda bronca por todo lo que había ocurrido entre ambos y, sobre todo, por el abrupto final de ella. También lo atravesaba la frustración por no haber podido ayudarla. Entonces, guardó la misiva escrita de puño y letra en el sobre junto al CD y trató inútilmente de concentrarse en sus notas sobre lo que había ocurrido durante el segundo juicio por el caso Palma.

XXI

Cristian Gatti había comenzado a ser juzgado a principios de mes como presunto líder de la banda que secuestró a Daniel Palma y también como el autor material del homicidio del adolescente. En la primera audiencia, la fiscal Del Corral leyó la acusación que pesaba sobre el imputado y los puntos más salientes de la sentencia del primer debate que se había llevado a cabo por el mismo caso.

La sorpresa fue que la funcionaria judicial decidió separar la causa en dos partes, una, por el robo agravado por el uso de arma de fuego del auto con el que capturaron a Daniel; la otra, el secuestro y el homicidio del chico. Por esa razón, en el segundo juicio estuvieron presentes los ya condenados en el primer debate y que no habían sido juzgados por el robo automotor.

Luego de la lectura de la acusación, el TOF 1 le dio la palabra al acusado que, a diferencia de su indagatoria en la Instrucción Penal Preparatoria (IPP) llevada a cabo tras su extradición, decidió hablar. Primero, afirmó que era un grave error que lo acusaran del hecho ya que él se enteró de lo sucedido por los diarios. Y en ese sentido sostuvo que la equivocación se debía a que los demás condenados habían señalado a un tal “Pipo” como el principal responsable, pero afirmó que ése no era su verdadero apodo.

En segundo lugar, el imputado aseguró con un tono monocorde y sin que se le moviera un solo músculo de su rostro rosado, en el que se podían ver las viejas cicatrices de un furioso acné adolescente, que al momento del secuestro y crimen del adolescente, él ya se encontraba fuera del país, dedicándose a la compra y venta de ropa y electrodomésticos en la frontera.

De todos modos, el acusado admitió que desde antes del hecho conocía a una persona que le decían “el Japonés”, pero que no se trataba del mismo hombre que había sido condenado por el caso. Respecto de los demás sentenciados dijo que recién los conoció en prisión.

Ante una pregunta del juez Stein, quien se había convertido en vocal del tribunal dejando el puesto de secretario para una joven abogada en franco ascenso, Gatti admitió que en el extranjero había estado detenido por asociación ilícita y atentado y resistencia a la autoridad, pero que resultó sobreseído en esa causa.

Tras la declaración del imputado, ese mismo día comenzaron las testimoniales, muchas de ellas repetidas, como la de los padres de la víctima, el remisero Amador y el

exnovio policía de la hermana mayor de Carrizo; y continuaron en la segunda jornada del debate. Otras, en cambio, como la del propio Carrizo, se incorporaron por lectura para ahorrar tiempo.

Pero hubo un testigo nuevo que se destacó: el exsubcomisario Herrera, quien había sido echado de la fuerza recién dos años después de que lo imputaran en la causa por la supuesta privación ilegal de un comerciante de San Antonio.

Herrera no había declarado en el primer juicio porque el entonces fiscal Dante y el particular damnificado apostaron todas sus fichas a que el tribunal iba a pedir investigar por encubrimiento y si comparecía como testigo solo podía ser acusado por falso testimonio ya dejaba de ser considerado un imputado.

Es que ninguna persona podía ser testigo y acusado en un mismo proceso. En todo caso, si se comprobaba que un testigo había cometido un delito más allá del falso testimonio, aquel debía ser sometido a un juicio nuevo.

Lo cierto es que los jueces que estuvieron a cargo del primer debate por el caso Palma no pidieron investigar a Herrera, por lo que este pasó a ser un testigo más del segundo juicio.

Finalmente, el otrora subcomisario reconoció haber sido el jefe del grupo de investigaciones que intervino en la pesquisa y tuvo contacto permanente con la familia Palma analizado los llamados extorsivos de los captores desde la propia casa de la víctima. Reconoció que en esa época fue “el auge de los secuestros” y que la orden era no proceder contra los sospechosos hasta que no se concretara el pago del rescate y la liberación del cautivo para no poner en peligro a este. Recordó que hubo muchas llamadas que sembraron pistas falsas y que él no pudo seguir en la investigación porque se lo llevaron detenido. Pero que cuando salió y finalmente apareció el cuerpo de la víctima había unas veinte hipótesis sobre lo sucedido, entre ellas, la pista aportada por el policía que había dicho que el hermano de su cuñada (por Carrizo) había admitido su participación en el hecho y que de esa manera se fue identificado al resto de la banda.

Respecto de Gatti, el testigo dijo que recién confirmaron quién era cuando localizaron a Shimauta ya que este había estado detenido con el primero en otra causa anterior. Por último, contó que al momento de llevarse detenido a Carrizo, este marcó la casa del supuesto líder de la gavilla.

También declaró otro policía, del distrito de Los Indios y que no lo había hecho en el primer juicio. Este testigo dijo haber detenido a Gatti un año antes del crimen de Palma por un caso de robo automotor y confirmó que el apodo del acusado era “Pipo” y

que este había estado preso con Shimauta. Pero lo más saliente de esta testimonial fue que el efectivo aseguró que mientras se buscaba a Daniel, un menor de edad en situación de calle le había dicho que el cautivo estaba muerto y que él informó inmediatamente la novedad a sus superiores, pero que nunca lo llamaron a declarar en sede judicial.

Además, atestiguó una vecina de San Antonio que reconoció al imputado Gatti como uno de los hombres que robó el auto con el que posteriormente secuestraron a Daniel.

Para la audiencia final del debate, el tribunal había dispuesto que las partes llevaran a cabo sus respectivos alegatos y que el acusado pronuncie sus “últimas palabras” por la mañana, y, tras un receso de un par de horas, se conocería el veredicto.

Al llegar al edificio judicial, Federico se encontró con el abogado Varela haciendo declaraciones ante los periodistas a los que les recordaba que el tratado de extradición no permitía aplicar la prisión perpetua, por lo que él iba a pedir una pena única de treinta y siete años de cárcel por el secuestro y homicidio de Daniel, y el robo del auto con el que se interceptó el remis en el que viajaba la víctima. También dijo sentirse confiado en que la fiscal Del Corral iba a solicitar un monto similar.

El letrado reiteró que también iba a solicitar que se abriera una causa para investigar el mal desempeño del excomisario Casáis y del juez Fernández Pereyra por considerar que a partir de la declaración del policía de Los Indios había quedado claro que aquellos dos investigadores habían incurrido en encubrimiento e incumplimiento de los deberes de funcionario público.

Junto al abogado, como siempre, se encontraban los padres de Daniel y Estela de Palma no dejó pasar la oportunidad para expresar que al oír los dichos del policía testigo sintió que le habían tomado el pelo durante años.

De pie en el primer peldaño de la escalinata de los tribunales, la mujer también habló de Gatti, respecto de quien señaló que durante el juicio había sido incapaz de mirarla a la cara, por culpa y vergüenza, al tiempo que dijo estar segura de que el acusado iba a ser condenado.

Luego, Estela ingresó al recinto donde se ubicó en la hilera de bancos de adelante, al lado de su esposo y de otros parientes cercanos que llevaban pancartas colgadas del cuello con hilo y en las que se podía ver la fotografía de Daniel con la leyenda “Justicia”.

Los alegatos comenzaron con una doctora Del Corral contundente. La fiscal sostuvo que Gatti había formado parte activa de la banda que planificó y ejecutó el secuestro y posterior asesinato habiendo asignado los diferentes roles complementarios de sus miembros que permitieron concretar el hecho.

Según la representante del Ministerio Público Fiscal, a los tres días de la captura, los delincuentes asesinaron cruelmente a su víctima y no conformes con ello, continuaron extorsionando a la familia creándole falsas expectativas de recuperar a su hijo hasta que lograron cobrar el rescate.

Para Del Corral se había probado a través de diversos testimonios que Gatti conducía la moto que huyó del lugar donde se entregó el dinero del rescate y, en ese sentido, se refirió a los dichos Carrizo, sobre quién manifestó que por arrepentimiento y miedo a sus cómplices, le había confesado el hecho a su hermana menor y esta a su hermana mayor, cuya declaración se incorporó por lectura tanto en el primer debate como en el actual proceso, lo que resultó concordante con las declaraciones vertidas en ambas ocasiones por la expareja de la mujer que se desempeñaba como efectivo de la policía provincial.

Finalmente, la fiscal, tal como todos esperaban, solicitó que Gatti fuera condenado a treinta y siete años de prisión, al igual que el particular damnificado; en tanto que la defensa requirió la absolución por falta de pruebas.

En sus argumentos, el defensor oficial solo atinó a poner en duda la identidad de Gatti y pidió la nulidad del reconocimiento en rueda de personas que habían hecho del imputado el propio Carrizo, la vecina que dijo haberlo visto robar el auto y los dos hombres que lo identificaron como uno de los ocupantes de la moto utilizada en el cobro del rescate por considerar que todos ellos habían dudado al señalar al tal “Pipo”. Y en ese sentido, aclaró que había un “Pipo” muy conocido en la zona del Naranjo y que el hermano de Gatti era muy parecido, a raíz de lo cual, los testigos se habrían confundido de persona.

Pero en su réplica, la fiscal de juicio le recordó al tribunal que el reconocimiento en rueda había sido solicitado justamente por la defensa y que la diligencia se había llevado perfectamente.

Por su parte, el acusado reiteró en sus “últimas palabras” que él era inocente, tras lo cual, se pasó a un cuarto intermedio hasta después del almuerzo para que el tribunal deliberara.

Al salir del recinto, Federico se encontró con Gabriel, quien había llegado tarde al juicio y se había tenido que quedar en un banco del fondo. Se saludaron con un abrazo y cuando se dirigían a comer algo a la panchería de siempre vieron que el lugar estaba repleto, en su mayoría por los movileros, por lo que se fueron a almorzar a la pizzería de la esquina.

-¿Cómo andás Galle? -preguntó Gabriel antes de darle un largo sorbo al moscato que le acaba de traer el mesero.

-Todo bien. Un poco cansado porque hoy, en teoría, es mi franco. ¿Vos?

-Bastante enquilombado. Me separé, ¿sabías?

-No. ¿En serio? ¿Otra vez? Pero si te casaste el año pasado. ¿Qué pasó?

-Me canso rápido de las mujeres y ellas se cansan aún más rápido de mí -Gabriel dibujó con su boca humedecida una sonrisa socarrona.

-Igual, ¿qué querés? Si te pasás todos los días en el diario, la radio y dando clases en la Facultad.

-Y bueno, cuando uno necesita plata, no queda otra que laburar. Además, a tipos como nosotros nos gusta en serio el periodismo. Lo hacemos por placer, más allá de todas las presiones, el maltrato y los bajos sueldos.

-Tal cual. Es el mejor laburo que hay -asintió Federico mientras trataba de que no se le cayera el morrón de su porción de pizza especial-. Por ejemplo, recién, cuando saludé a Estela, la madre de Daniel, me agradeció con lágrimas en los ojos por haber estado todos estos años en la cobertura del caso.

-¡¿Ves?! Esas cosas no tienen precio. Por eso hay que valorarlas. Y me alegra que vos lo hagas porque eso también demuestra que has tenido grandes maestros y fuiste un buen alumno.

Federico se largó a reír y se le escapó de la boca una aceituna a medio terminar.

-Creo que incorporé todos los vicios del periodista, Gabo.

-¿Por?

-Porque a mí tampoco me dura ninguna mina.

-Bueno, vos sos joven, aprovecharé -rió Gabriel y luego cacheteó a Federico, que refunfuñó porque su colega lo estaba ensuciando de aceite con la mano que acababa de dejar la porción de pizza en el plato-. Además, te volviste a dejar el pelo largo, tenés facha. Así que podés tirar varios años más, ja.

-No sé. Volví a mi *look* de soltero, pero cada vez tengo menos pelo y más panza.

-Si vos tenés panza, ¡¿qué me queda a mí?! -retrucó Gabriel agarrándose su abultado estómago, tras lo cual, largó una ruidosa carcajada que atrajo la mirada de otros comensales.

Al finalizar el almuerzo, Gabriel y Federico regresaron al tribunal cuando todo el público ya estaba adentro de la sala de audiencias, por lo que permanecieron parados junto a la puerta, donde se habían ubicado las cámaras que iban transmitir en vivo la lectura del fallo. El periodista de AGEN se colocó en puntas de pie y buscó con la mirada a su fotógrafo, pero no lo encontró. “Entre la tele y que Gatti está hasta la manos, no creo que nos perdamos de alguna sorpresa”, dijo Gabriel, por lo bajo, a su colega, quien ya tenía en sus manos el anotador y la lapicera.

Finalmente, en un fallo unánime, el tribunal condenó a Pipo a la pena de treinta años de prisión por el delito de “secuestro extorsivo en concurso real con homicidio triplemente calificado por alevosía, ensañamiento y el concurso premeditado de dos o más personas” y también por el robo del auto “doblemente agravado por el uso de arma de fuego y en poblado y en banda”.

Gatti estuvo presente al momento de la lectura del veredicto y no emitió sonido alguno. Solo bajó la cabeza. Un asiento más atrás se ubicaron Carrizo, Rodríguez, Pizarro, Pistone, Balbuena y Shimauta, quiénes fueron condenados a penas de entre 3 y 8 años de prisión por el robo automotor.

Instantes antes de que se terminaran de escuchar la resolución judicial, el público en el recinto exclamó satisfecho: “¡Daniel presente, ahora y siempre!”

-¿A dónde vas, Gabo? -preguntó Federico al periodista del Central al verlo que daba unos pasos hacia el estrado del tribunal en dirección totalmente opuesta al resto de los presentes.

-Galleguito, yo voy a ir a ver a Stein para que me dé una copia del fallo. Si la consigo te la paso, ¿sí? Más tarde te llamo -respondió Gabriel.

-Dale. Yo después te paso algunos textuales de las repercusiones.

-Está bien. No te preocupes. Para algo sirven los movileros. Seguro que a la noche lo repiten. Después hablamos -agregó Gabriel antes de abrirse paso entre la gente y desaparecer por una puerta ubicada justo detrás del escritorio de la secretaria, al tiempo que en el interior del recinto aún resonaban los aplausos.

Por su parte, Federico siguió a la masa a través de la puerta de salida y una vez en el exterior de la sala alcanzó a los padres de Daniel con los que no pudo evitar

abrazarse antes de que éstos comenzaran a responder las preguntas de los demás periodistas que esperaban su turno entre murmullos.

Tratando de bajar los escalones de la mano de su mujer, Pepe dijo estar conforme con el fallo, aunque admitió que le hubiera gustado una condena de por vida para que el asesino de su hijo se pudiera en la cárcel. También adelantó que la familia iba a seguir promoviendo la investigación sobre el supuesto mal desempeño del primer juez de la causa y los policías.

“¡Vieron que se puede! Cuando uno lucha en busca de la verdad, tarde o temprano, sale a la luz. Por eso nunca hay que bajar los brazos”, exclamó Estela, secundada por Mirta Castro, Wado Miranda y Juan Alberto Blooming, con quienes se fundió en un abrazo que pareció eterno. También se sumaron al grupo Walter Gutiérrez y Joaquín Belloso, a los que la madre de Daniel les agradeció el apoyo y acompañamiento y les dijo que se mantuvieran fuertes y que no creyeran en que los crímenes de sus hijos iban a quedar impunes.

Por último, Estela miró al cielo como si Daniel le estuviera hablando y con los ojos vidriosos y la voz entrecortada emprendió la retirada junto al resto de los presentes que lentamente se fueron dispersando cada uno por su lado.

En tanto, Federico abandonó el lugar sin más despedidas de por medio y en el umbral de un anochecer luminoso que se había apoderado de Roca Negra gracias al reflejo de las estrellas y la luna que se deslizaba gentilmente sobre la cresta de las olas mansas.

Habemus final, pensó Federico apenas cortó la comunicación telefónica con la redacción, en la que transmitió su último informe sobre el caso Palma desde el remis en el que regresaba hacia El Rosedal. Su fotógrafo se había vuelto horas antes en otro auto de alquiler porque tenía que ir a cubrir otra nota, por lo que ahora el periodista tenía casi todo el vehículo a su disposición. Es más, el chofer iba escuchando el partido por la radio, así que ni siquiera le dirigía la palabra.

En ese momento de aislamiento, el periodista tomó el sobre que le había dado Celeste y extrajo el CD. Lo observó ansioso y lo invadieron unas incontrolables ganas de llegar a su casa cuanto antes y colocarlo en su computadora portátil para poder leer su contenido que, dada la procedencia del mismo, podía ser sorprendente y revelador. Pero ése no era el punto ya que él ahora estaba consciente de cuál era su asignatura pendiente y sabía cómo iba a saldarla de una buena vez y para siempre.

-Disculpe, ¿puede pasar por el cementerio de la ciudad antes de llegar a la redacción? -preguntó Federico al chofer.

-Pero está cerrado a esta hora, pibe -respondió el conductor bajando el volumen de la radio y mirándolo a través del espejo retrovisor.

Entonces, Federico volvió a guardar el sobre en su mochila, la cual había dejado apoyada a su lado en el asiento trasero del vehículo, detrás del lado del acompañante. Y justo allí logró verla: con las piernas cruzadas, el brazo alzado en noventa grados, el codo apoyado en la orilla prominente de la puerta, justo donde nacía la ventanilla, y un cigarrillo encendido entre sus dedos.

Movía la muñeca con suavidad hacia afuera, dejando salir el humo por el hueco del vidrio ligeramente bajo mientras el vehículo circulaba cada vez más rápido. Lo miraba a él, sonriendo y en silencio. Soledad, simplemente.

Buenos Aires, marzo de 2012.